

FEMINISMO EN VENA

Columnas de opinión
de Juana Gallego (2012-2022)



Prólogo de Zúia Mendez y Teresa Lozano

Epílogo, por Silvia Carrasco

FEMINISMO EN VENA

COLUMNAS DE OPINIÓN DE JUANA GALLEGO
(2012-2022)

Editorial Digital Feminista Victoria Sau

Barcelona, enero de 2023

Título: *Feminismo en vena. Columnas de opinión de Juana Gallego (2012-2022)*

Autora: Juana Gallego Ayala

Diseño gráfico e ilustración portada: Rosa Marín

Usted es libre de

Copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las siguientes condiciones:

- **RECONOCIMIENTO (attribution):**

En cualquier explotación de la obra autorizada por la licencia será necesario reconocer la autoría.

- **NO COMERCIAL (non commercial):**

- La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.

- **SIN OBRAS DERIVADAS (non derivate works):**

- La autorización por explotar la obra no incluye la transformación para crear una obra derivada.

- Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.

- alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene permiso del titular de los derechos de autora.

- En esta licencia nada se menoscaba o restringe de los derechos morales de la autora. Los derechos derivados de usos legítimos o otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por la anterior.

Juana Gallego Ayala

Juana Gallego Ayala (Arriate, Málaga) es profesora titular de periodismo de la Facultad de Comunicación en la UAB desde 1989, universidad en la que ha ejercido diversos cargos, como directora del Observatorio para la Igualdad (2017-2018) o coordinadora del Máster Género y Comunicación (2015-2020).

Entre sus publicaciones más relevantes figuran: «Las mujeres ya no son lo que eran. Nuevos modelos femeninos en la narrativa audiovisual» (2021) «Género y comunicación: avances y retrocesos en una península ibérica en crisis» (2020). «Las revistas femeninas del siglo XXI. De modelo de mujer a mujer catálogo» (2020); «In the wake of Ana Orantes. For an Ethical representation of violence against Women» (2018); «De prostituta a trabajadora sexual: legitimación de la prostitución a través del relato cinematográfico» (2018); «Many Women, Little Power» *The Handbook of Women and Journalism* (2013); *Periodismo social* (2014) *De reinas a ciudadanas. Medios de comunicación ¿motor o rémora para la igualdad?* (2013) *Putas de película. Cien años de prostitución en el cine* (2012), sin olvidar *Mujeres de papel. De ¡Hola! A Vogue: la prensa femenina en la actualidad* (1990), hoy un referente en el tema. En el 2000 recibió el primer premio del Consell Audiovisual de Catalunya por el trabajo que dirigió llamado *La prensa por dentro* que se publicó en 2001.

Su verdadera pasión es pensar y escribir sus reflexiones, por eso inició un blog en el año 2012 con el título de *Eva devuelve la costilla*. Fue columnista de opinión del diario *Público* (2019-2021) hasta que prescindieron de su colaboración, momento en que retomó su blog. Fue una militante en el movimiento feminista independiente de Barcelona de finales de los 70 y primeros 80, durante los cuales coordinó la revista *Dones en Lluita*. En 1992 fundó junto con otras colegas la *Associació de Dones Periodistes de Catalunya*, y en el 2021 se incorporó al proyecto político de Feministas al Congreso.

Índice

Vigilantes toda nuestra vida. Prólogo de Zúa Mendez y Teresa Lozano (<u>Towanda Rebels</u>)	15
--	----

Introducción	19
--------------------	----

Columnas

Quiero ser mediática (3-03-2012)	23
Huérfanas, especialmente de madre (4-03-2012)	24
8 de marzo, qué antiguas (6-03-2012)	25
El patriarcado feroz (14-03-2012)	26
Que se mueran las feas (23-03-2012)	27
Putas o santas, todas perdemos (24-03-2012)	28
El «material» de Straus-Kahn y otros fantoches (30-03-2012)	29
Mujeres con cuernos (31-03-2012)	30
Casada, soltera, viuda o monja (3-04-2012)	31
La violencia de género no es un suceso (1) (5-04-2012)	32
La violencia de género es un problema social (2) (5-04-2012)	33
La violencia de género es un problema político (3) (5-04-2012)	35
¡A tomar por culo! (16-04-2012)	36
El nuevo estado de desecho (20-04-2012)	37
Madres imperfectas (1-05-2012)	38
Teoría y práctica de la prostitución (17-05-2012)	40
Madres pluscuamperfectas (5-06-2012)	41
Vuelta usted pasado mañana (9-06-2012)	42
Persiana antiviolación (21-08-2012)	43
Delitos inmorales (26-08-2012)	44
Por el forro (18-09-2012)	45
Corte de mangas olímpico (28-09-2012)	46
Dominación burda y dominación sutil (3-10-2012)	47
Zorros a guardar gallinas (21-10-2012)	49
Detengan a la víctima (23-10-2012)	50
Donjuanes no, depredadores sexuales (24-10-2012)	51
El honor entre las piernas (5-11-2012)	52

La vida en el centro (15-11-2012)	53
Adiós a doña perfecta (30-11-2012)	54
La violación no existe (14-12-2012)	55
La culpa es de ellas (29-12-2012)	56
La semilla de Amanat (30-12-2012)	57
¡Dejad de lloriquear! (9-01-2013)	58
Damas de alta cuna (21-01-2013)	59
Luisito se aburre (3-02-2013)	60
Sobre hombres, cerdos y ratas (23-02-2013)	62
La tierra es cuadrada (26-02-2013)	63
Las mujeres y su próstata (9-03-2013)	64
La fiera dormida (24-03-2013)	65
Bendita crisis (07-04-2013)	66
Su belleza, su capital (12-04-2013)	67
Despelote transgresor (26-04-2013)	68
Los tontos del pueblo (30-04-2013)	69
Las feminazis (4-06-2013)	70
Mujeres, negras y prostitutas (5-06-2013)	71
Un derecho más, un pelo menos (15-06-2013)	72
Menos reinas y más ciudadanas (12-07-2013)	73
Burka poliédrico (21-07-2013)	74
Tragedias y afectos familiares (30-07-2013)	75
Acabemos con el feminismo de una puta vez (3-08-2013)	76
El monstruo y los demás (11-08-2013)	78
Ser y parecer (8-09-2013)	79
Manda «güevos» con la RAE (3-10-2013)	80
Paraísos sexuales ficticios (13-10-2013)	81
¿Derechos para avanzar o para retroceder? (1-11-2013)	82
Las mujeres sostienen el mundo (10-11-2013)	83
Predisposición para morir (3-12-2013)	84
Bond, Jasmine Bond (14-12-2013)	85
En este país no abortará ni dios (13-01-2014)	87
8 de marzo 35 años después (8-03-2014)	88
La lástima de las mujeres (23-03-2014)	89
Stop comercio sexual en Europa (9-05-2014)	90
Mear de pie (18-05-2014)	91

Besar en Irán (24-05-2014)	92
Drogas, sexo... y el PIB (1-07-2014)	93
La codicia de las amas de casa (4-07-2014)	94
Disociar el cuerpo del alma (14-07-2014)	96
Trece medallas (26-08-2014)	97
Violaciones distantes y cercanas (7-09-2014)	98
Oye, matria, mi aflicción (15-09-2014)	99
Feministas involuntarias (23-09-2014)	100
Sobre abusos y pederastia (25-09-2014)	101
Del rosa al amarillo (20-10-2014)	102
Maternidad bajo demanda (MBD) (23-10-2014)	103
Máster para suicidas (18-11-2014)	104
Charlie Hebdo y la cólera de los dioses (11-01-2015)	105
Deseos contra realidades (6-02-2015)	106
Privilegios masculinos (26-02-2015)	107
Mujeres reales (22-03-2015)	108
Monstruos interiores (28-03-2015)	110
Chavalitas (28-06-2015)	111
Animales de carga (13-07-2015)	112
Morir matando (23-08-2015)	113
El truco de los chamarileros (12-09-2015)	114
Feministas putas (27-10-2015)	115
Guerra simbólica contra las mujeres (18-11-2015)	116
Mujeres florero (1-01-2016)	117
Trans femeninos vs. Masculinos (16-01-2016)	117
El 50% del pastel (8-03-2016)	118
Volvamos al siglo XIV (17-04-2016)	119
La igualdad mata (21-05-2016)	120
Cerrar las piernas (17-06-2016)	121
I know you want it (12-07-2016)	122
Un fantasma recorre el mundo (20-07-2016)	124
Con velo o sin velo nos toman el pelo (3-09-2016)	125
La era del desconcierto (11-10-2016)	126
Mujeres en la calle (6-11-2016)	127
Cabrones ilustres (24-12-2016)	128
Involución baldía. (28-01-2017)	129

Muñecas putas (10-03-2017)	130
Dos modelos de ser humano (16-04-2017)	131
Cuentos de esclavas (21-05-2017)	132
Por qué se ofenden los hombres (16-07-2017)	133
Unidas por el trasero (5-11-2017)	134
Razonamiento pueril (31-12-2017)	135
La huelga de las bellas durmientes (3-03-2018)	136
Nosotras, los hombres (22-04-2018)	137
Los hombres que juzgaban a otros hombres (27-04-2018)	138
El feminismo no es una religión (14-07-2018)	139
Derecho de pernada (4-08-2018)	140
Mansplaining a lo bestia (11-10-2018)	141
Rearme patriarcal (5-01-2019)	142
El feminismo que gusta a los hombres (2-02-2019)	143
Los animales primero (12-05-2019)	144
La falacia de la igualdad (2-06-2019)	145
Un monstruo entre nosotros (10-07-2019)	146
El sexo no existe, idiota (16-07-2019)	148
Maltrato tecnológico (24-07-2019)	149
Abusar de qué (6-08-2019)	150
Decirle no a Dios (13-08-2019)	151
Impuras (21-08-2019)	153
Hombres caducos (27-08-2019)	154
Primeros «damos» (3-09-2019)	155
Las manos de los machos (13-09-2019)	156
Inquisidores posmodernos (21-09-2019)	157
Que vuelva La Clave (27-09-2019)	159
Dinamitar el feminismo (4-10-2019)	160
Los apellidos del feminismo (12-10-2019)	161
8 hombres 8 (6-11-2019)	162
Más allá del minuto de silencio (25-11-2019)	164
Ni mueren ni desaparecen (6-12-2019)	165
Estándares de otra época (15-12-2019)	166
El género o el timo de la estampita (30-12-2019)	167
Paridad (15-01-2020)	168
Libre elección (21-01-2020)	170

Madres y padres de película (28-01-2020)	171
Mover el culo (6-02-2020)	172
Hombres con tacones (11-02-2020)	173
Yo soy negra (24-02-2020)	175
Ya no soy feminista (3-03-2020)	176
¡Que siga el espectáculo! (10-03-2020)	177
Lo imprescindible, lo importante y lo accesorio (18-03-2020)	178
Las redes como vertedero social (23-10-2020)	179
El retorno de la realidad (31-10-2020)	181
La vida en el centro (7-04-2020)	182
El bien interno de los oficios y profesiones (15-04-2020)	184
No odien por mi (22-04-2020)	185
De farol (29-04-2020)	187
Qué será, será (14-05-2020)	188
Criaturas sin madre, madres sin criaturas (20-05-2020)	189
Por un feminismo internacionalista (28-05-2020)	191
Es el feminismo, tía (4-06-020)	191
Censura retroactiva (12-06-2020)	194
Criaturas sin identidad (19-06-2020)	195
Ley trans, ¿decisión personal o revolución? (26-06-2020)	196
Soy mujer por mis santos cojones (3-07-2020)	198
Dogmatismo progresista (10-07-2020)	199
Fraude de ley (17-07-2020)	200
El generismo, nuevo movimiento social (24-07-2020)	202
La Babel feminista (1-08-2020)	203
Retrodistopía (7-08-2020)	205
Sexo asignado al nacer (14-08-2020)	206
Dejar atrás la posmodernidad (24-08-2020)	208
Género, de imposición social a identidad (31-08-2020)	209
La involución del brilli-brilli (7-09-2020)	211
Guapis, el aprendizaje de ser mujer (15-09-2020)	212
Datos desagregados por sexo, no por género (24-09-2020)	213
Cuerpos equivocados (2-10-2020)	215
Estamos solas (11-10-2020)	216
Vestidos para hombres (15-10-2020)	218
De vulvas y peneportantes (25-10-2020)	219

La RAE posmoderna (1-11-2020)	221
La Ley trans es un despropósito (7-11-2020)	222
Feroz reacción internacional contra las mujeres (13-11-2020)	224
Kamala Harris no debería estar allí (20-11-2020)	225
Los privilegios de las mujeres (28-11-2020)	227
¿Consulta previa o plebiscito sobre la Ley Trans? (8-12-2020)	229
Cambie de sexo o de género en un clic (11-12-2020)	230
El negocio de la insatisfacción permanente (18-12-2020)	232
Todos somos No Binarios (28-12-2020)	233
Terfas a la hoguera (3-01-2021)	235
El silencio de los carneros (9-01-2021)	236
El silencio de la Universidad (17-01-2021)	238
Me llamo Juan y soy un hombre (24-01-2021)	240
Si perjudica a las mujeres no es feminismo (29-01-2021)	241
No votaré misoginia (5-02-2021)	243
La Ley Trans se inspira en La vida de Brian (12-02-2021)	245
Furor trans (19-02-2021)	247
Desactivar el feminismo, la tormenta perfecta (26-02-2021)	248
Reivindiquemos la opresión (5-03-2021)	251
No se puede (12-03-2021)	252
Mujerómetro (19-03-2021)	254
La violencia de género no es un espectáculo (26-03-2021)	255
Mujeres molestas en la Universidad (2-04-2021)	257
Feministas donde haga falta (9-04-2021)	259
Si te resistes malo, si no te resistes peor (16-04-2021)	261
De «las miembras» a «les hijes» (26-04-2021)	262
Terrorismo patriarcal (3-05-2021)	264
Tres eran tres (10-05-2021)	266
La feminidad contra las mujeres (18-05-2021)	267
Adoctrinamiento y educación (25-05-2021)	269
Esto no iba a pasar (6-06-2021)	271
Provocar el problema, ofrecer la solución (9-06-2021)	273
Paridad basada en qué (14-06-2021)	274
Un nuevo Contrato Social que excluye a las mujeres (otra vez) (20-06-2021)	276
Resistencia feminista (27-06-2021)	279

Yo soy quien digo que soy (2-07-2021)	280
Prefiero una hija trans que un hijo maricón (10-07-2021)	281
El feminismo es cosa de hombres (18-07-2021)	283
Misoginia al cuadrado (o al cubo) (27-10-2021)	285
Ser mujer es tener menos testosterona (3-08-2021)	286
No binarios, X y otros (8-08-2021)	288
Oscurantismo frente a ilustración (20-08-2021)	290
Mujeres y otros colectivos vulnerables (30-08-2021)	292
Mujeres al paredón (6-09-2021)	294
Desactivar el feminismo apropiándose de él (18-09-2021)	295
Ser mujer, una cuestión geopolítica (29-09-2021)	297
Nos sobran los motivos (6-10-2021)	299
El lado correcto de la historia (13-10-2021)	301
Lo que tenemos entre las piernas (21-10-2021)	302
Feminismo machista (26-10-2021)	304
Mujeres indignadas (1-11-2021)	306
Dolores y la justicia emocional (9-11-2021)	307
Con flores a María (14-11-2021)	309
Tocar las pelotas (20-11-2021)	310
El Guinnes del disparate (29-11-2021)	312
Bípedo, No bípedo y Otros (9-12-2021)	313
Cuando la política se convierte en religión (27-12-2021)	315
Las feministas y el juego a la ultraderecha (2-01-2022)	317
Feministas al Congreso echa a andar (25-01-2022)	319
El 8 de marzo pertenece a las mujeres (1-02-2022)	320
Las mujeres que no amaban a los hombres (11-02-2022)	322
Competencia por la sinrazón (19-02-2022)	324
Clarificar los 7500 millones de feminismos (9-03-2022)	326
El corazón henchido de emoción (25-03-2022)	328
Bruja, feminazi, terfa, tráfoba (3-04-2022)	330
Nosotras, la No-Trans (12-04-2022)	331
Encarnizamiento judicial contra María Salmerón (28-04-2022)	333
Las feministas y la ultraderecha (7-05-2022)	334
Sobre cissexuales, transexuales y género fluido (25-05-2022)	336
Filósofos horrorizados y otros escándalos invisibles (3-06-2022)	338
Oltra, Colau, Diaz y las demás (20-06-2022)	340

La peli rara del Tribunal Constitucional (9-07-2022)	342
Cambiar la naturaleza humana a golpe de formulario (26-06-2022)	344
Clarificar la sopa LGTBIQ+ (5-08-2022)	346
¿Cómo hemos llegado hasta aquí? (26-08-2022)	348
Ley Trans, corre, corre, que te pillo (26-09-2022)	351
El cuerpo humano reactiva un mercado moribundo (7-10-2022)	353
Los medios de comunicación o el desprecio de la verdad (Publicado en Tribuna Feminista, (13-10-2022)	355
La fraternía queer, el nuevo pueblo elegido (13-11-2022)	358
Por J o por B vamos para trans (11-12-2022)	360
Esos techos amarillos (25-12-2022)	362
 La sonrisa en la trinchera, a modo de Epílogo, por Silvia Carrasco, Profesora de Antropología de la UAB	 365

Vigilantes toda nuestra vida

Prólogo por Zúa Mendez y Teresa Lozano

Doscientos ochenta y seis años es el tiempo que la ONU calcula que tardaremos en conseguir la igualdad *real* entre mujeres y hombres al ritmo que vamos. *Al ritmo que vamos* es clave en este cálculo, puesto que las Naciones Unidas tienen claro también que estamos viviendo una regresión en cuanto a derechos, en parte debido a la crisis generada por la pandemia del Covid-19. A nosotras, como a la mayoría de las feministas, no nos hace falta que ningún organismo oficial nos confirme lo que ya sabemos, porque lo vivimos día a día. Prueba de esta regresión es esta recopilación de artículos de la feminista Juana Gallego, un registro de los avances y victorias —que también las ha habido— del movimiento feminista. Pero también es la memoria de una lucha decidida e incansable para llevar a cabo nuestra agenda política.

En los últimos años, como tan bien explica Juana, el feminismo se ha convertido en un *jugoso bocado del que todo el mundo ha pretendido apropiarse*, al mostrar su capacidad revolucionaria y su fuerza de transformación en las calles de todo el mundo. Pero el feminismo no es un eslogan, ni cabe en un tweet, ni es una estrategia de *marketing* para vender camisetas. Por mucho que el neoliberalismo siga intentando vaciar de contenido nuestro movimiento, las feministas sabemos que el feminismo es teoría y activismo social, una agenda política. No lo decimos nosotras, por supuesto; lo dice nuestra maestra Amelia Valcárcel, y lo deja claro la valiente Juana Gallego en esta memoria. Como ella misma recuerda, *si perjudica a las mujeres, no es feminismo*. Una pista sencilla que más de uno y más de una debería seguir si de verdad quiere colaborar en reducir esa deprimente cuenta atrás de casi tres siglos.

Los artículos de Juana nos dan una clara perspectiva sobre lo que ha ocurrido (y también sobre lo que seguimos esperando) en materia de igualdad en los últimos diez años en nuestro país. En 2022, como en 2012, las feministas

todavía tenemos que pelear por acabar con la brecha salarial, el techo de cristal, la carga de los cuidados, la presión estética, la imagen estereotipada y cosificada de las mujeres en medios de comunicación y productos culturales, la violencia de género y, por supuesto, la violencia sexual (incluida la prostitución y la pornografía), la explotación reproductiva y un largo etcétera.

Han pasado diez años —¿o tres siglos?—, pero seguimos luchando contra la misma mierda de siempre. Sí, ha leído bien. ¡Mierda! Nosotras, al igual que Juana, estamos seguras de que andando de puntillas y utilizando eufemismos para no molestar, no vamos a cambiar las cosas. Aunque pertenecemos a diferentes generaciones, compartimos con Juana la necesidad de denunciar sin miedo las injusticias y a los victimarios que las cometen, y honrar a nuestras ancestras y referentes en la lucha. Juana es una de esas grandes mujeres que admiramos y de las que aprendemos. Gracias, compañera, por llamar a las cosas por su nombre, por mostrar nuestro enfado y nuestra rabia en tantos artículos de denuncia y, por supuesto, por contar con nosotras para abrir estas páginas. Es un honor estar a tu lado y es un placer leerte, para recordar contigo y llenarnos de argumentos y determinación.

Nuestras demandas apenas han cambiado en este tiempo porque, o bien no hemos llegado a conseguir nuestros objetivos (como, por ejemplo, la abolición de la prostitución), o bien porque, como ocurre con el tema del aborto, parece que debemos seguir a pies juntillas el consejo de Simone de Beauvoir, quien decía ¡en 1949! que debíamos permanecer *siempre vigilantes*, pues nuestros derechos nunca se dan por adquiridos. Y aquí, vigías sin descanso, nos encontramos en 2022 ante un panorama bastante desolador. No solo nos enfrentamos hoy al machismo del día de la marmota y a los mismos que una y otra vez nos ponen zancadillas, sino que ahora el sistema se ha reinventado. Si en 2012 teníamos que reclamar el uso del concepto de género, y el de violencia de género en las leyes y en los medios de comunicación, ahora nos encontramos con que el género nos ha engullido cual Saturno devorando a sus hijos. En este caso, a sus hijas. Resulta doloroso y preocupante comprobar que, quienes tienen poder para cambiar la vida de las mujeres, no saben lo que es una mujer, o ya no se atreven a decirlo. Ahora que hemos sido reducidas a ser *individuos con menos de 10 nanomoles de testosterona*, o, en el mejor de los casos, a *personas que menstrúan o vulvoportantes*, a veces nos da por preguntarnos si las *personas con útero* no estábamos mejor antes, cuando *mujer* no se había con-

vertido, como Voldemort, en la palabra prohibida (permitan que hagamos un pequeño homenaje a otra Juana, la antes amada y ahora acosada y *cancelada* por el generismo Joanne Rowling, conocida como J. K. Rowling).

Desde que el feminismo existe como movimiento político y emancipador, las feministas hemos tenido que defendernos de quienes nos acusan de dividir la izquierda, animar con nuestra lucha el auge de la extrema derecha, discriminar y violentar a colectivos vulnerables y hasta de propagar con nuestras manifestaciones el temido Covid. Desde el pecado original y la Caja de Pandora las mujeres hemos sido señaladas como las culpables de todo. No es nada nuevo, pero es una estrategia eficaz de desgaste que nos mantiene ocupadas defendiéndonos en vez de llevar a cabo —perdonen que seamos tan insistentes— nuestra agenda política. La propia Juana ha vivido la censura y la cancelación en la universidad, en las redes y en los medios donde escribía tras *cuarenta años defendiendo incansablemente los derechos de las mujeres*, tal y como denuncia ella misma en uno de sus artículos. A pesar del linchamiento y la persecución que las feministas, —rebautizadas como TERF— estamos sufriendo y que Juana recoge en sus artículos de un modo brillante, debemos darnos cuenta de que algo debíamos y debemos estar haciendo bien para haber desatado esta reacción machista tan violenta, este rearme patriarcal que busca dinamitar el único movimiento político con capacidad real para acabar no solo con el patriarcado, sino con el capitalismo. Si lo pensamos bien, nos daremos cuenta de que esta reacción no habla de su fortaleza, sino de su miedo. No, no estamos peor que ayer porque ayer no estábamos, no existíamos como movimiento político. Ningún tiempo pasado fue mejor... para las mujeres ni para el feminismo.

Juana Gallego escribe desde el *nosotras, las feministas*. Recoge nuestras vindicaciones, las históricas y las que hemos tenido que asumir en el devenir de los tiempos; escribe nuestro relato, el que siempre cuestionan, y amplifica nuestra voz, silenciada tantas veces, para que no se diluya entre titulares tramposos y *trending topics*. Una voz que, lo sabemos, es incómoda y persistente porque tiene la intención declarada de tumbar el sistema. En medio de las cifras de violencia, de los debates intoxicados y de la usurpación de nuestros espacios, Juana observa con detenimiento y analiza impecablemente las ideas que construyen este mundo injusto en el que vivimos. Por mucho que nos presenten como *fóbicas profesionales*, nosotras, las feministas, tenemos muy

claro que no cabe el relativismo cultural cuando se trata de defender la vida y la libertad de todas las mujeres; reivindicamos firmes que nuestro cuerpo no es nuestro lugar de trabajo ni una parte divisible que podamos alquilar a ratos, ya sea para parir para otros, ya sea para que los hombres acceden a él por un mísero billete; sabemos muy bien quiénes somos y cuál es el sujeto de nuestra lucha. Por eso seguimos afirmando orgullosas y desafiantes: nosotras, las mujeres, pese a quien le pese y a pesar de la persecución, la censura y la cultura de la cancelación, incluso desde instituciones y partidos políticos.

Por todo ello, tener la oportunidad de escribir este prólogo para Juana Gallego es, en cierta forma, una pequeña *vendetta*. Porque, a pesar de la mentira y a pesar del robo, un día nosotras también entendimos que *las vacas parecían gordas, pero en realidad estaban famélicas*. Bebimos, como Juana y como tantas mujeres, de la *marmita del feminismo*, y ya nadie puede cambiar quiénes somos ni robarnos nuestro poder. Tardaremos cien, doscientos o trescientos años, pero lo conseguiremos. Porque sabemos, como afirma Juana Gallego, y sin lugar a dudas, que estamos en el lado correcto de la historia. Y es que nosotras todavía soñamos con que, si no nuestras hijas, nuestras nietas crezcan en un mundo feminista.

Zúa Mendez y Teresa Lozano (@Towanda Rebels)

Introducción

Las columnas de opinión que conforman este volumen fueron escritas entre marzo de 2012 y diciembre de 2022, diez años, ocho de los cuales en mi blog Eva devuelve la costilla y casi dos (2019-2021) en el diario *Público*. Por invitación de Lola G. Luna, *alma mater* de editorial digital feminista Victoria Sau, he seleccionado un conjunto de ellas que ahora presento bajo el nombre genérico de *Feminismo en vena*.

Tengo varias pasiones, una es escribir y otra pensar (otras de carácter más íntimo no creo que sea prudente confesar). He tenido la inmensa satisfacción de poder aunar ambas en estas columnas de opinión que he reunido y ponemos a vuestra consideración. La práctica totalidad de las columnas versan sobre el tema que ha configurado la tercera de mis pasiones: el feminismo y la situación de las mujeres.

Soy feminista desde que tengo memoria, incluso mucho antes de saber qué significaba exactamente el término. Era una intuición, una inquietud, una comezón. Observaba el mundo a mi alrededor y lo encontraba tremendamente injusto, especialmente para las mujeres. Tuve mucho antes conciencia feminista que conciencia de clase, porque esta la descubrí cuando vi desigualdad económica, mientras que la desigualdad por razón de sexo la percibí desde niña.

No fue hasta mucho tiempo después, tras una larga carrera académica que ya llega a su fin, que sentí que necesitaba poner por escrito mis reflexiones y pensamientos sobre los diversos asuntos de la realidad social. La aparición de Internet y la posibilidad de publicar un *blog* me permitieron escribir libremente sobre todo aquello que me preocupaba, sobre las cuestiones de actualidad que se iban sucediendo y sobre las que sentía la imperiosa necesidad de pronunciarme.

Pronto pude ver que mis columnas empezaban a tener seguidores, que recibía mensajes de felicitación o ánimo (algunas críticas, también) y la idea

de que lo que escribía podía ser de interés para un público indeterminado, cuyo alcance era difícil de cuantificar, me dio coraje para continuar con la publicación de una columna semanal. También significó un reto el mantener la periodicidad, lo cual no es nada fácil.

Después estuve casi dos años escribiendo una columna de opinión semanal para el diario *Público*, que seguían el tono, el estilo y la temática tan libremente como me había mostrado en mi blog. Agradezco a Ana Pardo de Vera la oportunidad que me dio de poder publicar mis columnas en las páginas de un diario digital por las posibilidades de llegar a un público más amplio que con mi modesto blog. Sé que me seguía mucha gente, y que lamentaron que el diario prescindiera en 2021 de mi colaboración.

Regresé a mi blog *Eva devuelve la costilla* donde continué volcando mis reflexiones una vez a la semana. Como las columnas están puestas en orden cronológico, se puede observar una cierta evolución de mi pensamiento, sobre todo con mi posición crítica respecto al concepto de género como identidad en lugar del género como imposición social, que es lo que el feminismo siempre había defendido. Estupefacta ante la rapidez con que la sociedad parece haber aceptado que ser mujer u hombre es un sentimiento, y que puede ser elegido a voluntad, mi posicionamiento público me ha creado no pocos problemas en la Academia, como el boicot de que fui objeto en marzo de 2022 por parte de las alumnas del Máster Género y Comunicación que yo misma había fundado. Desde hace unos años a las feministas que somos críticas con el concepto de identidad de género se nos ha acusado de transfobia, de ser de ultraderecha, de hacer el mismo discurso que Vox, de hacerle el juego a Hazte oír. Nada más lejos de la realidad. Las feministas como yo nos hemos mantenido fieles a los más de 300 años que hace que se inició este movimiento social de emancipación, que ha sido mi única militancia. Lo único que ha pasado es que no hemos renunciado a la racionalidad, no renegamos de la ciencia y defendemos el sentido común. Muchas feministas se han visto acosadas, perseguidas, silenciadas. Los medios de comunicación han apostado por la defensa acérrima de la cuestión trans, muchas veces sin profundizar ni reflexionar seriamente sobre lo que representa. Han ninguneado a las mujeres que han reflexionado y argumentado con seriedad sobre los muchos conceptos que se han aceptado sin casi debate, como por ejemplo «el sexo asignado al nacer», «identidad de género», «autodeterminación de sexo» etc. No hay ni una sola

evidencia científica ni ningún consenso académico o intelectual, ni descubrimiento irrefutable sobre estas cuestiones que, sin embargo, se repiten como mantras dogmáticos incuestionables.

Muchos y muchas se han adherido de manera incondicional a un pensamiento cuasi religioso, pero muy pocas voces han respondido a los argumentos que algunas hemos dado por diferentes medios y modalidades. Algunos han querido situar el tema en una disputa partidista entre los socios que hoy gobiernan nuestro país, pero se equivocan. Las cuestiones de las que hablo, sobre todo en la última parte de este volumen, forman parte de un experimento sociológico de alcance mundial cuyo proceso de implantación también abordé en algunas de las columnas finales. Hay un movimiento internacional que trata de redefinir lo humano (el transhumanismo) y el impulso que se está dando a las modificaciones corporales que conlleva el cambio de sexo es un primer estadio. Pero este cambio que se pretende perjudica sobre todo a las mujeres y a la infancia y adolescencia, por lo que muchas hemos decidido que no vamos a permanecer calladas ante este intento de considerar el sexo como cosa irrelevante, cuando ha sido el elemento sobre el que se ha erigido el patriarcado y la subordinación de las mujeres. Ya nos definieron una vez en el pasado, pero las feministas no vamos a permitir que se redefina otra vez lo que es ser mujer. No sin nuestra participación.

Como decía Virginia Wolf: «Cierra con llave tus bibliotecas, si quieres, pero no hay barrera, cerradura ni cerrojo que puedas imponer a la libertad de mi mente». Así que aquí seguiré mientras el cuerpo aguante y tenga algo que decir. Ustedes podrán juzgar si estas reflexiones pueden ser de alguna utilidad. Muchas gracias por leerme.

Columnas

Quiero ser mediática (3-03-2012)

Sí, han leído bien. Quiero ser mediática, pero como nadie apuesta por mí he decidido promocionarme a mí misma mediante este blog. He publicado algunos libros (como *Eva devuelve la costilla* o *La prensa por dentro*) a los que no se le ha hecho mucho caso, que creo decían cosas interesantes. Así que aquí me tienen, dispuesta a ponerme el mundo por montera y gritar a los cuatro vientos —norte, sur, este y oeste— que a partir de ahora mi voz se va a oír. No sé a cuánta gente llegará, ni si importará mucho lo que diga. Pero aquí estoy, columnista avezada a la lucha. He sido una gran saltadora de vallas y ahora me dispongo a afrontar el enorme reto que representa la comunicación globalizada. Voy a escribir de mujeres, de hombres, de las difíciles y complejas relaciones entre sexos, pero también de cultura, de política, de actualidad, de periodismo, de amor, de la belleza temible de la vida. Voy a salir al ruedo a cara descubierta, con nombre y apellidos y a escribir de lo que me dé la gana. Tengo la intención de publicar una columna a la semana. Dentro de poco van a salir dos libros, uno que se llama *Putas de película. Cien años de prostitución en el cine* y el otro *De reinas a ciudadanas. Medios de comunicación ¿motor o rémora para la igualdad?* en Luces de Gálibo, una pequeña editorial de un amigo mío, Ferran Fernández, un poeta como la copa de un pino. Y quiero que se hable de estos dos libros. Porque se lo merecen. Porque plantean cosas nuevas que nadie ha dicho antes que yo. Ustedes pensarán, sin duda, que soy una soberbia, una pedante insoportable, una megalómana, una amargada de la vida a la que nadie hace caso que ha decidido tomarse la revancha. De eso nada, monadas. Soy una mujer en la plenitud de su vida, llena de entusiasmo y fe que cree que ha llegado el momento de perder el miedo a vivir. Va por ustedes.

Huérfanas, especialmente de madre (4-03-2012)

Ignacio Bosque escribe un interesantísimo artículo de cuatro atiborradas páginas en *El País Domingo* en el que critica la elaboración de las guías sobre sexismo en la lengua que han aparecido últimamente. Comparto muchas de las cosas que dice, y efectivamente, de llevar a cabo algunas de las recomendaciones de algunas guías el lenguaje se convertiría en una jerigonza impracticable. Ahora bien, creo que si la Real Academia de la Lengua (RAE) hubiera hecho bien su trabajo desde hace décadas, y hubiera sido más sensible a la evolución social por lo que respecta al androcentrismo en la lengua (toda lengua es una cosmovisión del mundo) quizá no hubieran hecho falta estas guías y manuales. Por ejemplo, en la edición actualizada que se puede consultar por internet en la RAE si usted quiere saber lo que es un huérfano/na le saldrá como primera acepción esta:

1. adj. Dicho de una persona de menor edad: A quien se le han muerto el padre y la madre o uno de los dos, **especialmente el padre**. U. t. c. s.

El mismo señor Bosque, después de analizar y criticar las múltiples dificultades que acarrearía para los profesores acatar esas normas imposibles se ve impelido a utilizar esta frase: «Intuyo que somos muchos —y muchas— los que pensamos que la verdadera lucha por la igualdad consiste en tratar que esta se extienda por completo en las prácticas sociales...». Por supuesto, pero ¿por qué el Sr. Bosque tiene que recurrir al —y muchas—, en contra de lo que ha venido proclamando a lo largo de su texto? ¿Teme acaso que las mujeres no nos sintamos incluidas en el genérico masculino? Si él mismo utiliza este recurso, ¿por qué no habrían de intentar llamar a la reflexión sobre la evolución de la lengua esas guías a las que critica? A mí me preocupa mucho más que el artículo esté firmado por 33 personas, casi el 85% hombres, y el 15% mujeres. ¿Quizá sea esta la razón por la que somos más huérfanas si se nos muere el padre que si se nos muere la madre?

8 de marzo, qué antiguas (6-03-2012)

Qué antiguas, todavía celebrando el día internacional de las mujeres como si estuviéramos en 1911, como si la sociedad no hubiera cambiado nada, como si las mujeres en la RAE no hubieran pasado de un 0% a primeros de siglo XX a un 12% a principios del XXI; como si las mujeres en los consejos de administración no hubieran alcanzado ya la notoria cifra del 14%, y como presidentas de empresas un muy digno 3,4%. Todavía hacen como si no hubiera casi 20 mujeres (10% entre presidentas y primeras ministras) gobernando los alrededores de 200 países que conforman el mundo. Todavía celebrando un día específico para reivindicar qué, como si las horas que dedican las mujeres al hogar no hubieran bajado de 7 u 8 al día a 3 o 4, sólo tres veces más de lo que dedican los hombres; como si las compras domésticas que antes hacían las señoras al 100% no hubieran bajado hasta el 70%. Qué antigualla, continuar celebrando un día al año, cuando el salario de las mujeres respecto a los hombres sólo es menor en un 20%. Yo no sé por qué las mujeres no exigen que se elimine de una vez por todas ese ignominioso día de celebración, cuando en México no se llega ni a 2000 feminicidios al año, y poco más de 15.000 violaciones. Y qué decir del paraíso español, donde la cifra de muertes por violencia de género es ridícula, apenas 60 anuales. Si hasta las mujeres egipcias pueden ya casi conducir, y hasta van a permitir a las musulmanas jugar a fútbol con el velo. Y a las adúlteras en países que aplican la lapidación les van a reducir el número de pedradas o incluso a sustituir por unos cuantos latigazos. ¡Si hasta algunos imanes —como el de Terrassa— en un alarde de sensibilidad aconsejan a los hombres que en lugar de romperle los huesos peguen a sus mujeres sin que les queden marcas! Yo no sé por qué hay que continuar manteniendo esa vergonzosa celebración internacional del 8 de marzo cuando la ablación de clítoris ya sólo se practica en 30 países y en la provincia catalana de Girona. Y menos aún entiendo que se siga diciendo que hay discriminación laboral cuando se trae a miles de mujeres de países de América Latina o de los llamados del este y se las coloca en suntuosos burdeles que ya quisiera yo para mí, «retozando» 20 horas al día ¡Y encima quieren cobrar! Y más que mejorará la situación— sobre todo en Cataluña— con la creación del macrocasino Euro Las Vegas. Siempre será mejor tener putas de lujo en los hoteles, como dice Duran Lleida, que desperdigadas por ahí, afeando nuestras carreteras, con lo mucho que han ganado en visibilidad y seguridad vial y el dineral que nos han

costado. De 7000 millones de personas que tiene el mundo, que 1,39 millones de mujeres y niñas sean objeto de explotación sexual es un irrisorio 0,01%. En fin, que yo no sé qué quieren las mujeres, que no están contentas con nada y no saben valorar el progreso social. Anda y que les den.

El patriarcado feroz (14-03-2012)

¿Por dónde empezar? ¿Qué tema destacar como más importante? ¿Cómo se puede priorizar el horror? Leo tantas cosas que empeoran la ya terrible situación de millones de mujeres en el mundo que me da escalofríos pensar cómo hemos podido pasar tanto tiempo padeciendo la ignominia. Las mujeres marroquíes denuncian con valentía que una casi-niña de 16 años se ha suicidado porque fue obligada a casarse con su violador. ¡Casarse con el violador! Y encima es a ella a la que culpan del delito cometido por el hombre. ¡Qué insufrible situación no debía estar pasando esta muchacha para preferir ingerir matarratas antes que continuar viviendo! Pero ayer mismo contemplo horrorizada la foto de una mujer belga con la cara totalmente desfigurada por ácido sulfúrico que un ex novio le lanzó en pleno rostro, a semejanza de lo que ocurre en muchos países donde desfigurar con ácido el rostro de las mujeres es una práctica habitual, como bien puede contemplarse en el Premio World Press Photo de 2011, o las sobrecogedoras imágenes de Emilio Morenatti sobre violencia de género en Pakistán donde muchos hombres recurren a desfigurar a sus mujeres para cobrarse algo a lo que llaman «honor». Y continuó leyendo relatos escalofriantes de mujeres que abortan en condiciones infrahumanas; que en otros países, como España, se va a eliminar la ley de plazos para volver a la de los supuestos, cuando el 98% de los abortos se realizaban porque peligraba la vida o la salud física o psíquica de la madre. ¡Nunca se habían visto tantos casos de grave peligro para la vida de la embarazada! Y me doy cuenta de que la hipocresía es universal. Pero después lo pienso mejor, y decido que es el patriarcado el que es universal, y que ante los indudables avances del movimiento de mujeres, que en todo el mundo cuestiona la hegemonía masculina, el patriarcado ataca con ferocidad y virulencia. ¿Dónde vamos a ir a parar? Se preguntan muchos hombres. Si las mujeres de todo el mundo cuestionan el poder de los varones, estamos perdidos. Hay que parar

este avance. Y donde el patriarcado parece estar medio derrotado o en fase terminal renacen brotes para prolongarle la vida. El patriarcado se desliza desde lo real a lo simbólico. Pero de eso hablaré otro día porque hoy apenas si puedo digerir tanto horror.

Que se mueran las feas (23-03-2012)

¿Quién se atrevería a mantener hoy día que la sociedad debería descansar sobre la división sexual del trabajo? Ningún intelectual, y muy pocos personajes influyentes, so pena de perder su prestigio, estarían dispuestos a seguir afirmando que las mujeres deben seguir siendo el sexo subordinado y los hombres el sexo dominante. Sólo aquéllos que se aferran a clavos ardiendo para mantener sus privilegios. Aunque sólo sea por parecer «modernos» o políticamente correctos, la mayoría sostendría hoy que hombres y mujeres deben tener los mismos derechos y deberes, las mismas posibilidades, idénticas oportunidades. Visto así, el patriarcado real estaría en fase de desaparición —sobre todo en las democracias liberales—, y su imagen bastante deteriorada en la mayor parte del mundo. Por eso afirmo que el patriarcado se ha deslizado de lo real a lo simbólico. Si ya no es posible seguir legitimando la desigualdad por razón de sexo, las mujeres lo van a seguir teniendo mucho más difícil en aquellos órdenes de la vida sobre los que es difícil cuando no imposible legislar: las creencias, las tradiciones, los valores dominantes, la ideología, las imágenes, los mensajes, la publicidad. Uno de los más importantes órdenes simbólicos es el que atañe al culto al cuerpo. Si para las mujeres siempre ha sido importante el aspecto —hasta el punto de que en las crónicas de sociedad si no era posible referirse a una mujer como hermosa al menos había que considerarla gentil— en la actualidad es crucial. El tándem belleza-juventud-delgadez se ha impuesto de tal manera que a las mujeres mayores de 45 años, a las feas y a las gordas no nos queda más remedio que morirnos. También a los hombres les empieza a afectar este trinomio, pero la presión social es atroz en el caso de las féminas. La batalla perdida en la que todas estamos embarcadas contra arrugas, flaccidez, michelines, celulitis, bolsas, ojeras, cartucheras, grasa, canas etc. nos va a llevar a la tumba. O al museo de los horrores, porque la no aceptación del cuerpo femenino en su inmensa diversidad, la feroz resis-

tencia contra el paso del tiempo, está produciendo rostros clónicos que hará que no podamos distinguirlas las unas de las otras. ¡Qué susto, ir por la calle rodeadas de legiones de Titas Cerveras, Belenes Estaban o Anas Obregones!

Putas o santas, todas perdemos (24-03-2012)

Y dijo el hombre: dividamos a las mujeres en dos categorías antagónicas e irreversibles. Las buenas no podrán tener sexo con quien quieran, sólo con quien deban. Las malas con todo el que pague, pero serán despreciadas. De las buenas abusaremos en la intimidad del hogar, pero a cambio las consideraremos santas. Las malas serán de uso colectivo, no merecerán ningún respeto, pero serán imprescindibles para combatir el aburrimiento que nos provocan las primeras. Y vio el hombre que lo así estipulado era bueno. De esta manera, grosso modo, ha funcionado el mundo hasta hace bien poco, cuando algunas locas feministas empezaron a denunciar lo injusto de la situación. Desaparecida por fortuna —o en vías de desaparición— la consideración moral sobre el uso que las mujeres quieran hacer de su sexualidad, la prostitución emerge como un colosal y alegal negocio donde se dan las mayores ignominias y las mayores rentabilidades. ¿Prostituta forzada? ¿Prostituta libre? Difícil cuestión. El tráfico sexual de mujeres y niñas es el más execrable negocio desde que se abolió la esclavitud, y sin embargo ahí está, creciendo año tras año. Y por lo que respecta a la puta liberada, es curioso que en la España actual la mayoría de ellas procedan de otros países. ¿Hemos de entender que a las foráneas les apetece más dedicarse a esta actividad que a las autóctonas? La pregunta del millón es ¿qué hacer con la prostitución? Ya lo he dicho en otro lugar: estoy a favor de las prostitutas, pero en contra de la prostitución. Hay que propiciar que las prostitutas tengan acceso a los derechos sociales que como personas les corresponden: cobertura médica, desempleo o jubilación. Pero como mujer feminista no puedo ni quiero legitimar esta manera de gestionar la sexualidad masculina. Hay que tomar iniciativas para abolir esa práctica patriarcal con la que todas las mujeres salimos perdiendo, porque a todas nos han considerado «zorras» alguna vez. Lo que hay que afeardar, discutir, cuestionar, sacar a la luz es la existencia de los clientes, esos individuos de sexualidad miserable para los que recurrir a una prostituta tiene que tener

algún *plus* más allá del mero alivio sexual. Quizá sea sentirse el amo momentáneo de un cuerpo humano, saber que mandas, que harán lo que tú quieras, que satisfarán tus deseos, que te sentirás poderoso, que durante diez minutos o diez horas esa mujer, esa niña, ese joven estarán a tu servicio y sentirás que has recuperado ese poder del que se te está desposeyendo cada día un poquito más. Para mí no son más que escoria, hayan pagado 5 euros o 5.000.

El «material» de Straus-Kahn y otros fantoches (30-03-2012)

¿Creerá DSK que si el «material» está formado por mujeres prostitutas será un hombre más digno? ¿Creen acaso los jueces que es más delito si en los fies-torros que montaban el ex político y sus compinches participaban prostitutas que si no lo eran? ¿Qué importará si las mujeres cobraban o no cobraban por satisfacer los caprichos, los desmanes, los apetitos, las extravagancias de un hombre del que desde que estalló el escándalo del Sofitel (mayo 2011) no se han sabido más que bajezas?: que tuvo que pedir disculpas cuando era Presidente del FMI por haber tenido una relación «inapropiada» con Piroska Nagy, una economista bajo sus órdenes. La periodista Tristane Banon lo describió como un «chimpancé en celo» cuando trató de violarla mientras lo entrevistaba. La misma madre de Tristane Banon, con quien también se acostó, dijo que «en la cama DSK se comportaba con una obscenidad cuartelera»; más tarde asis-timos a la seducción fulminante que DSK ejerció sobre la camarera del hotel Sofitel, Nafisattou Diallo, encuentro que no duró más que diez minutos, pero que él afirma que fue consentido, porque ¿quien puede resistirse al encanto de un desconocido gordinflón de 62 años que sale de la ducha desnudo enar-bolando el arma? A Nefisattou al principio la creyeron una pobre víctima para después desacreditarla porque «había mentido» sobre sus antecedentes, como si el hecho de ser violada por un energúmeno fuese menos violación por haber mentido sobre su pasado. ¿Qué se estaba juzgando, la agresión de DSK o el pasado de la camarera? Ahora (marzo 2012) nos llegan todos los miserables detalles de las francachelas del excelso DSK y sus correligionarios de Lille (Francia) acaudillados nada menos que por un tal Dodo la Salmuera, cuyo sólo nombre ya es casi un delito. Más allá de las miserias repetidas de to-das esas mujeres —hayan cobrado o no por ello— que se han quejado del trato

vejatorio y violento que DSK les ha dispensado (obligándolas a prácticas a las que no querían prestarse) lo que emerge es el retrato de lo que muchos hombres entienden por sexualidad: el abuso, la humillación, la violencia, la vejación, el sadismo. El *modelo* Strauss-Kahn no es un caso aislado, sino que se trata de una manera de entender la masculinidad en la que se alían el poder, el dinero, el sexo a destajo, la imposición y la superioridad. Hilachas del ego de unos fanticos para quienes las mujeres no son más que «el material», cosas; sujetos ruines que cuentan con la complicidad de una parte de la sociedad que confunde la violación con los delirios del seductor.

Mujeres con cuernos (31-03-2012)

Muchas veces nos hemos preguntado por qué mujeres aparentemente independientes, autónomas, profesionales, libres, a veces con más dinero que sus maridos, han soportado la humillación de verse traicionadas públicamente por sus parejas y no sólo no cantarles las cuarenta, sino ponerse incondicionalmente de su lado y apoyarles en su villanía. Aquí dejo tres hipótesis que pueden ayudar a comprenderlo.

- **Tradición:** ¿qué mujer en un sistema patriarcal no ha sido adiestrada, adoctrinada, educada, instruida en la posibilidad de que su marido le fuese infiel? En algunas sociedades es legal la poligamia. En otras no, pero no sé si recuerdan la figura de «la querida», de «la otra» en nuestro entorno cultural. Y, en tercer lugar, ¿dónde está escrito que todos los hombres que van de putas han de ser solteros? Y a juzgar por el número de prostitutas que hay es de suponer que el de clientes casados debe ser considerable. Todas las sociedades conocidas han alentado la idea del conquistador, de la insaciable necesidad sexual de los hombres. Del irrefrenable deseo de cambio. Y ninguna ha criticado, castigado, reprimido, enjuiciado negativamente la promiscuidad masculina.
- **Dependencia:** En parejas de largo recorrido, aquellas que se han mantenido juntas durante bastantes años suele producirse una simbiosis, una fusión, una interdependencia que hace que cada miembro de la pareja se sienta incompleto sin el otro. No importa si son ricos o pobres, cultos

o analfabetos, la dependencia es emocional, y en algunos casos la relación es armoniosa y gratificante, pero incluso aunque no lo sea, aunque haya humillación, vejación o trato degradante ambos miembros de la pareja adoptan un rol y crean una dinámica que ninguno de los dos osa romper. Se crean así parejas tipo *¿Quién teme a Virginia Woolf?* que se regodean en sus miserias, pero de las que son incapaces de prescindir.

- **Falta de amor propio:** En todas las sociedades las mujeres han sido más valoradas si han sido madres de hijos que si han tenido hijas, y no hablemos de la mayor importancia otorgada al hecho de nacer macho que hembra. Con frecuencia las hijas no han visto colmadas sus necesidades afectivas, según la idea de que las mujeres han de ser educadas para dar y los hombres para recibir. Ninguna relación donde haya vejación, humillación, infidelidad sistemática o maltrato puede considerarse amor. Esas mujeres que defienden a capa y espada a sus maridos reiteradamente infieles, puede parecer que los aman, pero la razón de que permanezcan a su lado es que no se aman a sí mismas.

Casada, soltera, viuda o monja (3-04-2012)

Si han leído las columnas anteriores ya sabrán que no puedo decir sino que el aborto es un doloroso pero inexcusable derecho de las mujeres. Igual que el de ser madres. Lo que ocurre es que durante muchos años —siglos— ser madre fue una obligación de la que sólo estaban excluidas las monjas. Las que no podían tener hijos eran miradas con conmiseración, y las que no lograban alcanzar el santo estado del matrimonio se las catalogaba como *solteronas*, *mocitas viejas* a las que, por otra parte, les estaba prohibido *conocer* varón. En fin, todo muy estilo Edad Media. Ahora, con las palabras de Ruíz Gallardón según las cuales «la libertad de la maternidad hace a las mujeres auténticamente mujeres» parece que volvemos a aquellos oscuros años de mi infancia cuando saltábamos a la comba con una cancioncilla que decía: «quisiera saber mi vocación, casada, soltera, viuda o monja» en la que como pueden observar la vocación de las mujeres se limitaba sólo al estado civil. Las mujeres son mujeres con hijos, sin hijos, casadas, solteras, viudas, monjas, con velo, sin

velo, con perro y hasta con pelos en las piernas. Las mujeres son —o deberían ser en todo el mundo— sujetos con capacidad para llevar a cabo su propio proyecto de vida, incluya eso tener hijos o dedicarse a tocar el trombón. Toda esa paparrucha sobre la libertad y las mujeres viene a cuento, de nuevo, por el tema del aborto. Que si hay que volver a la ley de supuestos, tema sobre el que ya dije en una columna anterior ([aquí](#)) que el 98% de los casos se debía a peligro físico o psíquico para la salud de la mujer. ¿Y por qué no volver a una situación anterior, a aquella en la que las españolas abarrotaban las líneas aéreas los fines de semana para ir a Londres o a Amsterdam, donde había unas clínicas con personal que hablaba el español mejor que yo? O aún mejor, a aquella época aciaga en que a las mujeres les metían agujas de hacer calceta o ingerían perejil y se desangraban sobre las mesas de los carniceros. O ya puestos por qué no imponer el cinturón de castidad a toda mujer en edad de procrear, en especial a las jóvenes y solteras, para que aprendan a esperar a estar casadas y sepan prestar a sus maridos el débito conyugal. Mientras el único modelo de sexualidad válido sea el impuesto por los hombres se seguirán produciendo embarazos no deseados. El aborto no es más que un fracaso de ese modelo, y puesto que es la consecuencia indeseada de la propia sexualidad masculina, parece justo y necesario que sean las mujeres las que tengan pleno derecho a decidir qué hacer en esa situación. Mientras tanto pensemos qué otros sistemas podría haber: por ejemplo vasectomización masiva de hombres. O mejor aún ¿qué tal si se la cortan de una vez?

La violencia de género no es un suceso (1) (5-04-2012)

Las agresiones contra las mujeres tienen que ser abordadas informativamente como una cuestión política colectiva y no como un problema individual. Esta serie de tres artículos plantea cómo debería tratarse el tema en los medios de comunicación.

Durante muchos años los asesinatos de mujeres por parte de sus maridos —que los había, en contra de lo que pudiera parecer— se trataban en la sección de sucesos como episodios aislados, imprevisibles, inevitables y lo que es peor, incomprensibles, sólo superficialmente catalogados como «crí-

menes pasionales». Así tipificados, eran hechos que no requerían explicación, ni tenían antecedentes ni consecuentes. De vez en cuando, a un episodio de agresión le sucedía otro, con lo que resultaba imposible establecer conexiones entre ambos acontecimientos, situarlos en un contexto social, ahondar en las causas y las consecuencias, buscar soluciones, crear estados de opinión. Afortunadamente, hoy sabemos que la violencia patriarcal —que no otra cosa es el asesinato de una mujer por parte de su pareja o expareja— tiene causas que hay que situar en las desiguales relaciones entre hombres y mujeres, en el papel hegemónico desempeñado por los hombres y la larga historia de subordinación femenina que convirtió la agresión a las mujeres en algo «natural». ¿Cómo, si no es bajo este prisma, pueden entenderse las violaciones de mujeres como arma de guerra, las violaciones en cualquier situación (véase la información que publicaba *El País* el pasado 14 de noviembre de 2010 sobre las mujeres centroamericanas que intentan emigrar a Estados Unidos), cómo si no pueden entenderse las agresiones que sufren las mujeres en cualquier lugar del planeta específicamente por ser mujeres? La violencia de género es un proceso que hunde sus raíces en un conflicto político que hay que inscribirlo en las relaciones de dominación masculino-femeninas que todavía hoy, con matices según las zonas, países y circunstancias perviven pese a los avances conseguidos. Aunque la sociedad (sobre todo en el área de influencia occidental) considere que ya no hay desigualdad de género, que todos somos iguales y que las mujeres no son ya el sexo subordinado, la realidad es que esas creencias, arraigadas en lo más profundo de nuestro inconsciente colectivo son las que explican que las agresiones o los asesinatos de mujeres sigan teniendo lugar.

La violencia de género es un problema social (2) (5-04-2012)

Para dejar de considerar los asesinatos de mujeres como problema individual hace falta dejar de tratar estos acontecimientos como «sucesos». Hace falta abordar la violencia de género como un problema social, un proceso que hay que enmarcar en unas coordenadas espacio-temporales concretas, que indague y cuestione las raíces de tal comportamiento, que se incluya en el flujo de la historia como un fenómeno que necesita una explicación de largo reco-

rrido y alcance y no que sea liquidado con la socorrida etiqueta del crimen pasional o como una violencia de segunda. Hace falta que cuando ocurran estos hechos, como así se hacía con los atentados de ETA, se manifiesten los políticos, sea celebrado un funeral al que tengan que acudir las autoridades, sea valorado por personas con experiencia, así como por los diferentes colectivos implicados en el tema y, sobre todo, se evite recurrir a los testimonios insípidos y anodinos de los vecinos para que aleguen «que parecía un hombre tan normal». Pese a que los crímenes de ETA no tuviesen ninguna justificación, se ha apelado al conflicto político para ubicarlo, se ha realizado un seguimiento continuado en el tiempo y se han relacionado unos crímenes con otros. Aunque no estemos de acuerdo, en algunos casos incluso se ha tratado de «comprender» ese tipo de violencia. En definitiva, hace falta convertir el asesinato de una mujer por parte de su pareja o expareja (así como las agresiones que sufren las mujeres en otros ámbitos) en un fenómeno de violencia pública y no privada.

Al convertir el asesinato de una mujer en un suceso lo estamos despojando de su contexto social, lo reducimos a una cuestión individual que atañe sólo a los afectados en el crimen, como si los demás nos quisiéramos distanciar del acontecimiento, como si no tuviera nada que ver con nosotros, como si una vez más fuese una cuestión íntima y personal que *afecta a los demás*. Por eso a mi me parece correcto utilizar la expresión *violencia de género* (que es un concepto que apela a una realidad colectiva, un problema social) y no *violencia machista*, porque el machismo es una actitud, no una ideología ni un sistema de pensamiento. Con violencia machista, como prefieren denominarla muchos sectores, se apela a una cuestión individual, y se despoja el fenómeno de su componente de conflicto entre sexos inherente a la sociedad patriarcal. Por eso me parece aberrante los argumentos de algunos jueces o instancias jurídicas según los cuales «hay que demostrar ánimo de dominio para considerar algunos crímenes violencia de género». Cualquier violencia ejercida contra las mujeres *por el hecho de serlo* (asesinato, agresiones, maltrato o violación) es por definición una muestra de las estructuras de dominación vigentes en la sociedad.

La violencia de género es un problema político (3) (5-04-2012)

Para que cambie la percepción social de los asesinatos de mujeres a manos de sus maridos o exparejas hace falta trasladar su tratamiento a las páginas de Política, y abordarlos como asesinatos políticos, porque política es la situación de desigualdad que subyace en ellos, así como política es la consideración que de las mujeres continúan teniendo no pocos hombres, que aún creen que son de su propiedad. Las mujeres asesinadas o agredidas lo son, en la gran mayoría de los casos, porque han elegido hacer uso de su libertad, la libertad que les corresponde como sujetos de pleno derecho. Por tanto, las mujeres que no pueden abandonar a sus parejas si lo desean, que son amenazadas si lo hacen, que no pueden iniciar otra relación, o empezar una nueva vida, solas o acompañadas, son rehenes políticos de unos hombres incapaces de relacionarse en pie de igualdad, como rehenes políticos son esas mujeres que por arriesgarse a cruzar un país solas, o a desafiar las normas patriarcales o a iniciar un camino propio sufren la violencia de esos hombres que se sitúan en una posición de superioridad y creen estar legitimados para usar la fuerza en el cuerpo femenino. Como en el caso de los amenazados por ETA —desaparecido ya ese riesgo, afortunadamente— hay que dar credibilidad a las mujeres que denuncian amenazas; es necesario que los poderes públicos establezcan mecanismos eficaces de protección, que dediquen fondos y personas a combatir el problema, poniendo escoltas si es preciso a aquellas que denuncien amenazas. No podemos seguir tolerando que en España mueran un mínimo de 50 mujeres al año por querer utilizar la libertad a la que tienen derecho, sin que en muchas ocasiones se las haya creído cuando han denunciado. Y también hay que lograr que aquéllas que no han interpuesto denuncias puedan expresar públicamente su problema, porque no es creíble que un hombre mate a su pareja o expareja sin que previamente haya habido un largo proceso de desencuentro. Sólo cuando la violencia contra las mujeres sea representada en los medios de comunicación como un problema político la percepción que la sociedad tiene de este tipo de acontecimientos cambiará, porque entenderá que es un problema social de primera magnitud que hace falta abordar colectivamente, que es como se abordan los problemas sociales. Y entonces muchas mujeres amenazadas que no han denunciado se sentirán capaces de hacerlo porque notarán la solidaridad de los demás, y el clima propicio para romper un vínculo indeseado si es eso lo que desean hacer. Y

podrán hacer uso de su libertad (ya sea separarse o emprender un viaje en solitario) sin miedo a que un hombre las viole, sodomice, maltrate, apalee, les pida favores sexuales a cambio de protección o las asesine. Mientras no sea así la sociedad seguirá asistiendo impávida a los crímenes o a la violencia contra las mujeres, desentendiéndose de este problema como si no le concerniera y mirando para otro lado a la menor ocasión.

¡A tomar por culo! (18-04-2012)

Cuando mis hijos eran pequeños convertí en juego el desesperante proceso de tener que desprendernos de juguetes viejos, puzzles incompletos, legos partidos, muñecos sin cabeza o simplemente artilugios que ya no servían. Cogíamos una papelera grande, vaciábamos todas las posesiones en el suelo y al grito de ¡a tomar por culo! íbamos encestando en la papelera la mayor parte de los juguetes que, de otra manera, se hubieran resistido a jubilar. En este grito de guerra, quiero aclararlo para que no se me solivianta nadie, no había ningún componente homófobo ni alusión sexual ni obscenidad alguna. Tengan presente que se trataba de un niño y una niña de corta edad. Los andaluces somos así de irreverentes en nuestras expresiones. Piensen que hasta a nuestro hermano podemos saludarlo con un ¿Qué hay, hijo de puta? Viene esto al caso porque el gobierno de España se está comportando como yo hacía con mis hijos al eliminar todo aquello que, según ellos, ya no sirve ni hace falta. ¿Para qué sirven las guarderías? ¡A tomar por culo! Que aguanten a los niños sus madres, que para eso los han parido. ¿Para qué sirve un Instituto de la Mujer? ¡A la basssura! (como diría Antonia de l'Atte). ¿Para qué necesitamos conciliar la vida familiar con la laboral? Que dejen de trabajar las mujeres, y así dejarán más puestos libres para los hombres. ¿Para qué sirve la ayuda para cuidar dependientes y mayores? Que los tiren por el barranco o que los cuiden las hijas, que para eso están. ¿Para qué sirven las campañas sobre violencia contra las mujeres? Pues ya se ve, para nada, porque este año (poco más de tres meses) ya llevamos 12 mujeres asesinadas por sus parejas o ex. Pues a la mierda campañas de concienciación. ¿Para qué queremos permisos de maternidad, si la muy insigne vicepresidenta Soraya Saenz ha vuelto al trabajo diez días después de dar a luz? (más veloz aún fue la ministra francesa

Rachida Dati, que lo hizo a los cinco días, mientras que Carme Chacón lo hizo a los 42, ¡¡qué cara!!) Que aprendan las mujeres que ese permiso es demasiado largo e innecesario, y que si las ilustres ministras han renunciado, todas pueden, a ver si se van a creer que parir es una actividad tan agotadora como parece. ¿Para qué queremos las cuotas que garanticen la presencia de mujeres en entidades y organismos? Para hacer la competencia desleal a los hombres, anda y que les den. Y así, tacita a tacita, empezando por aquellos logros que tímidamente beneficiaban a las mujeres, vamos a ir eliminando todas las conquistas sociales que paliaban un poco la desigualdad sexual. Total, ya puestos podemos concluir como mis hijos y yo hacíamos: el Estado del Bienestar ¡a tomar por culo!

El nuevo estado de desecho (20-04-2012)



Volvemos a ser pobres. En este país nos habíamos creído que éramos ricos, pero no, se ve que ha sido un largo sueño que al final se nos ha convertido en pesadilla. Yo, la verdad, fui una niña pobre. Pobre de solemnidad, y no me enorgullezco de ello porque no fue mérito mío. Lo heredé de mis padres, que a su vez continuaron la tradición de mis abuelos de salir de la nada para llegar a lo menos. Fíjense si he sido pobre que vi entrar en mi casa, sucesivamente, la luz, el agua, el W.C., la radio, la cocina de butano, la televisión, la nevera,

el teléfono, el microondas, el lavavajillas y por supuesto internet y el móvil. Es decir, todo, incluido el dinero pues en mi infancia aún se practicaba el trueque. Y no lo digo por populismo ni por hacerme la interesante, qué más hubiera querido yo que tener un Rolls-Royce en la puerta de la chabola. Observen la foto que acompaña este post: mis hijos y yo en las ruinas de la casa donde viví hasta los 10 años, en la Andalucía profunda, donde aún no hay ni carreteras. Mis 4 hermanas, mi hermano, mis primos, sobrinos y demás parentela son testigos vivos que pueden confirmarlo. Por eso estoy preparada para todo lo que venga. Y esas palabras de Rajoy diciendo que «no hay dinero para pagar los servicios públicos» me suenan a las que decía mi madre: no hay dinero para comer. Volveremos al cocido, a las papas fritas, a la casa sin puertas, sin cocina, sin baño y por supuesto sin televisión. Lo repito, somos pobres de solemnidad. Pero con una diferencia respecto a como lo era yo. Ahora somos pobres porque son muchos los que han metido la mano en la caja: algunos administradores de lo público, algunos señoritos, algunos políticos, algunos banqueros, algún noble. Y también porque hemos estirado más el brazo que la manga y nos han crecido los especuladores por doquier. Somos pobres porque unos han evadido capitales, otros no han pagado impuestos, otros han despilfarrado los recursos en edificios inútiles, en infraestructuras innecesarias, en caprichos de nuevo rico que no hacían ninguna falta. Somos pobres porque este país no tiene recursos energéticos y los que tiene —el sol— no los sabe aprovechar salvo para el turismo. No hay industria, ni tecnológica ni cultural, no hay investigación puntera, no se fomenta la creatividad... ¿de dónde coño vamos a sacar el dinero? Le doy cuatro ideas a Rajoy para salir de ésta: que instale un casino de Las Vegas en cada comunidad autónoma, que el Estado se haga cargo del tráfico de drogas, que legalice la prostitución y organice el tráfico de mujeres y niñas con fines de explotación sexual. He aquí los cuatro pilares del Nuevo Estado de *Desecho*.

Madres imperfectas (1-05-2012)

Soplan nuevos vientos en torno a la maternidad. Una cosa tan antigua como el mundo, siempre igual, y sin embargo tan cambiante. Durante mucho tiempo la maternidad fue un destino, una obligación, un fin cuya consecución

convertía a las mujeres en incompletas, como si las vacas, las camellas o las perras hubiesen sido menos vacas, camellas o perras si no tenían descendencia. (ampliar tema [aquí](#).) Una mujer sin hijos era sospechosa, repudiable, digna de compasión. Decimos Madre y la palabra en sí ya nos incita a la veneración. Sin embargo, La Madre, con mayúsculas, no existe. Existen las madres, cada una de ellas con una experiencia que en ocasiones puede ser sublime, otras anodina y otras veces simplemente odiosa. Durante muchos siglos la maternidad ejerció una función social, reconocida, potente, inexcusable. Después, cuando la reproducción pudo ser domesticada a base de píldoras y otros artilugios, ser madre se convirtió en una opción, en una elección personal, en una decisión individual. Incluso hubo círculos en los que estaba mal visto tener hijos al considerar la maternidad como una claudicación ante lo que había representado la opresión femenina. Y en épocas recientes una criatura ya no es ni siquiera una elección, sino un objeto de lujo que muy pocas mujeres van a poder disfrutar. En parte porque también los hombres quieren tener algo que decir ante la paternidad —cosa que les honra— y en parte por las dificultades con las que se encuentran las jóvenes que llegan a plantearse-lo: precariedad laboral, horarios incompatibles, ayudas sociales inexistentes, fragilidad de las relaciones... Leo que últimamente hay una nueva oleada de misticismo maternal. Una vuelta a los orígenes: la maternidad como único y exclusivo objetivo vital. Renunciar a la carrera profesional para triunfar en el hogar. Huir de lo público y refugiarse en la intimidad. Tendencias que surgen en momentos de crisis y que lo único que consiguen es seguir dificultando a las mujeres desarrollar su propio proyecto de vida. La nueva propuesta es ser la Madre Perfecta, la quintaesencia de la maternidad, como antes fue ser las mejores esposas, las mejores profesionales, las mejores amantes, las mejores compañeras... Metas inalcanzables que tanto sufrimiento y frustración provocan a tantas incautas que osamos intentarlo. Mi mejor aportación al mundo han sido mi hijo e hija, y si ellos escribieran esta columna me catalogarían sin duda de madre imperfecta. Una madre que, como todas las que me han precedido y todas las que me seguirán, ha tratado de hacerlo lo mejor que ha podido. Sin renunciar, no obstante, a mi propia individualidad.

Teoría y práctica de la prostitución (17-05-2012)

Era cuestión de tiempo. Si es una profesión como otra cualquiera es lógico que necesite formación. En una columna anterior aconsejaba a Rajoy que se hiciera cargo de organizar la prostitución como una manera de salir de la crisis. Ahora doy mis consejos desinteresadamente para que las Facultades de Prostitución ejerzan su magisterio de una manera óptima. Deben establecer muy bien cuáles son las *competencias básicas* y las *transversales*. Si hablamos de un título de Graduación (firmado por el Rey, naturalmente) debe tener una duración mínima de 4 años, durante los cuales debe haber una asignatura denominada *Historia de la prostitución desde la Antigüedad hasta nuestros días*, que les dé una panorámica completa del oficio desde Sumeria, Mesopotamia, Egipto, etc. No puede faltar una asignatura de *Técnicas de defensa personal* para lidiar adecuadamente con los energúmenos que intenten sobrepasarse. Por supuesto la salud es una materia fundamental que no debe faltar en ningún plan de estudios, con una asignatura anual sobre *Prevención y riesgos sanitarios*. Después deberá haber otra que se llame *Teoría y práctica de la prostitución* que se alargará durante los cuatro años que dure la carrera, donde se irán incorporando sucesivamente los diferentes aspectos del tema. Cada año habrá un *Métodos I*, *Métodos II*, *Métodos III* y *Métodos IV* centrado cada vez en una práctica diferente: fellatio, cunnilingus, coito anal, coito vaginal, masturbación manual, etc. Convendrá introducir una serie de materias optativas para que las aspirantes puedan elegir según sus preferencias: *Fantasías eróticas*, *Domatrix*, *BDSM*, *Juegos de rol*, *Psicodrama*, *Técnicas de seducción*, *Emprendeduría sexual*, *Streeper*, *Perversiones*, *Sadomaso* entre otras. Y finalmente, el practicum deberá estar organizado para que las estudiantes elijan el lugar donde realizar sus prácticas obligatorias (excepcionalmente gratuitas): calle, burdel, club de alterne de ciudad o de extraradio, carretera principal o secundaria, hotel, domicilio de cliente, piso autogestionado, soportales del Mercado de la Boquería, *peep-show* o cabinas.

Una vez desaparecido el patriarcado, conseguida plenamente la igualdad entre los sexos, eliminada todo tipo de discriminación por razón de género, elevada la libertad individual a ideología sagrada según la cual cada uno puede hacer lo que le plazca, desde cortarse una pierna por capricho, tirarse por un barranco, sodomizar a las criadas hasta comer carne humana si me da la gana... ¿quién va a tener los santos cojones de poner reparos a que de aquí

unos años proliferen por todo el mundo las Facultades de Prostitución? ¿Para qué seguir discutiendo si habría otras maneras de atajar el tema o poner en cuestión el modelo dominante de sexualidad? Demasiados quebraderos de cabeza. Con lo fácil que es conseguir la liberación femenina por el simple procedimiento de volver a la época de la esclavitud.

P.D. Como somos tan avanzados y no hay discriminación de ningún tipo también podrán optar a estos estudios los hombres, a ver si aligeramos el paro.

Madres pluscuamperfectas (5-06-2012)

En uno de mis últimos comentarios hablaba de las madres imperfectas, que somos todas. Después de ver la película *Un feliz acontecimiento*, que va de una joven pareja que tiene un hijo y los avatares que les ocurren, quiero hablar de las madres pluscuamperfectas, algo que muchas hemos intentado y ninguna ha conseguido. Porque, hagamos lo que hagamos, nuestras acciones siempre podrán ser cuestionadas en el futuro por nuestros vástagos, bien con sus gestos o bien con sus palabras. La película a la que me refiero es tan real que más parece un documental: la gran conmoción física, psicológica, mental y emocional que representa parir un bebé. Lo ilusas que somos la mayoría de las mujeres cuando, después de tener una criatura, pensamos que podremos continuar con nuestra vida anterior, como si en el cogollo de nuestra existencia no se hubiera instalado un *alien* que nos fagocita, nos succiona, nos chupa, nos conmueve, nos irrita, nos aplasta, nos remueve, nos pone del revés... y nos hace experimentar los sentimientos más extremos y poderosos que a lo largo de nuestra vida podamos llegar a sentir; porque aquel monstruito, aquella bolita de carne se ha convertido en una extensión de nuestro cuerpo, una parte de nosotras que extrañaremos cuando estemos lejos como echaríamos de menos nuestro propio brazo, una pierna, la cabeza, los pulmones, el corazón. Sólo aquellas para quienes la maternidad es una pura cuestión mecánica, un asunto más en sus agendas, salen indemnes.

No hay recetas para ejercer la maternidad, y cada una tendrá que inventar su propio menú. En esta tesitura, el peligro de querer ser pluscuamperfecta

acecha y nos abruma. Creo que las sociedades que más se han alejado de la naturaleza son las que más complicaciones reportan a las madres primerizas. Todo tiene que estar tan controlado, tan milimetrado, tan pautado, queremos diseñar tan a la perfección el camino de nuestro retoño, creemos que podemos llegar a planificar su vida y la nuestra, que nos olvidamos de disfrutar del día a día. Sin planes, sin exigencias, sin expectativas, sin tener que cumplir a la perfección con todos los mandatos que la sociedad, siempre tan benévola, va cargando sobre las espaldas femeninas. Dejemos espacio para la espontaneidad. Quiero confesaros una cosa: cuando mis hijos eran pequeños no los bañaba cada día, y a veces sólo una vez a la semana. Puede que yo fuese una madre un poco descuidada, pero os aseguro que el sagrado rito del baño diario nunca me quitó el sueño. Hoy día, con 28 y 18 años están tan lustrosos, sanos y felices como si se hubieran pasado media vida en la bañera. ¡Y nunca me lo han reprochado!

Vuelva usted pasado mañana (9-06-2012)

No, por favor, que Larra no tenga que volver a suicidarse porque las ventanillas de la administración le conminen cada día a volver mañana. Por favor, que no volvamos a tener como símbolo del país al pobre Lute. Desde los años 90 ir por el mundo diciendo que eras española no sólo no era una vergüenza, sino que en algunos países incluso admiraban el cambio que se había producido en la sociedad, nuestro sistema político, nuestras leyes progresistas. Los que tuvimos hijos en los años 80/90 les educamos en los valores de igualdad, y les hicimos entender la importancia de pagar impuestos para sufragar el Estado de Bienestar, de respetar las leyes; incluso los que habíamos corrido delante de los grises les inculcamos que la policía estaba al servicio de la sociedad, y no para detener estudiantes a la puerta del instituto; y los llevábamos de la mano cada vez que había elecciones para que supiesen de la importancia de ir a votar.

Por eso, por favor, por favor, que este país no vuelva al sistema clasista en el que crecí, donde a los individuos con carrera o con cierto estatus había que llamarlos de don, donde las personas iban a la cárcel por robar gallinas

mientras los estafadores, los defraudadores de hacienda, los especuladores, los poderosos disfrutaban de sus prebendas y privilegios bajo el palio de la impunidad. Si el presidente de los jueces, Carlos Dívar, ha malgastado 13.000 euros, aunque sea una *miseria*, que los devuelva; los que no declararon sus fortunas que paguen sus deudas con Hacienda; los que estafaron al erario público que sean perseguidos, los que se forraron a costa del dinero del contribuyente que devuelvan lo robado y vayan a la cárcel. Los que tuvieron responsabilidades en el malgasto de los caudales colectivos, los que sobornaron o fueron sobornados, los que cobraron comisiones ilegales, los que financiaron fraudulentamente sus partidos que dimitan, y que rindan cuentas ante la ciudadanía. Por favor, que este país no vuelva a ser el hazmerreír de Europa, que los valores que transmitimos a nuestros hijos se respeten, que el que la haga la pague. Que podamos ir por el mundo con la cabeza alta, sin avergonzarnos de las decisiones judiciales, como expulsar de la carrera a Garzón, el único juez que se comprometió con la verdad. Que podamos circular sin tener que agachar la cabeza porque en este país el caciquismo, el nepotismo, el favoritismo, el compadreo y la corrupción vuelvan a ser el pan nuestro de cada día. Por favor, que este país, aunque no sea una república no se convierta en una *monarquía bananera*. Por favor, por favor, que seamos un Estado de Derecho en el que Larra, si levantara la cabeza, no tuviera que volver mañana para hacer cualquier gestión mientras los funcionarios toman un café que dura dos horas. Que Larra, pobre, no tenga que volverse a suicidar. Por favor.

Persiana anti violación (21-08-2012)

Después de 15 días de asueto sin hacer NADA y dos meses sin escribir vuelvo con un montón de temas para comentar: Que si el aborto según Gallardón, que si la detención en Rusia de unas chicas rockeras, que si una ciudad para mujeres trabajadoras en Arabia Saudí, que si las atletas y sus medallas olímpicas. Todos temas del mayor interés. Pero todo va a quedar pospuesto porque hoy he leído una noticia que me ha dejado literalmente «espatarrada»: Todd Akin, un congresista americano, en lo que se supone ha sido un «lapsus» ha declarado que «si se trata de una violación legítima el cuerpo de la mujer tiene mecanismos para cerrarse del todo». Vale que se ha disculpado e intentado

enmendar el error, pero aún así, aunque quisiera decir «violaciones forzosas» (¿hay alguna violación que sea voluntaria?) me gustaría me dijera cuáles son esos mecanismos de cierre corporal para, en caso de violación voluntaria, ponerlos en práctica.

Más allá de si se trata de un error o no, lo que subyace en las declaraciones del político es la frivolidad, la escasa importancia y lo irrelevante que para muchas personas (sobre todo para muchos hombres) resulta el hecho de que una mujer sea violada. Recuerdo un profesor de mi facultad que no tenía empacho en declarar ante una clase repleta de alumnas que «el sueño de toda mujer es que la violen»; o bien los comentarios jocosos cuando una mujer mayor ha sido violada por parte de un hombre joven, al que según algunos —el escritor Paco Umbral, entre otros— esa mujer tendría que dar las gracias, o el «las hay con suerte» que hemos oído en más de una película cuando el violador ha sido un hombre atractivo. Todo ello no hace más que evidenciar el desprecio y la ligereza con que se alude a este traumático hecho que por lo visto las mujeres debemos agradecer. El congresista americano no ha hecho más que expresar en voz alta lo que muchos piensan: que en realidad la violación es un cuento y que total, tampoco es para tanto. Con echar el cierre las mujeres que realmente no quieren ser violadas pueden evitarlo. Y a las que no bajen la persiana se les está haciendo un favor. Una muestra más de que la sexualidad femenina aún debe recorrer un largo trecho para que sea reconocida como un derecho propio inalienable sobre cuyo uso sólo las mujeres pueden decidir. Con cierre o sin él.

Delitos inmorales (26-08-2012)

El tema de la segregación del alumnado por sexos va a quedar para mejor ocasión, porque quiero tratar los temas de mayor enjundia, y ese me parece, después de todo, una cuestión menor. Cuando leo que las mujeres son encarceladas en Afganistán porque huyen de sus maridos, bien porque las maltratan, porque las han casado a la fuerza, o bien porque tienen sexo fuera del matrimonio... eso sí que me eriza los pelos. Algunas, casi todas muy jóvenes, han declarado que cuando salgan de la cárcel piensan quitarse la vida, porque

han deshonrado a sus familias y es el único camino que les queda. Lo peor de todo esto es que estén en la cárcel por lo que la justicia de aquel país llama «delitos morales». Meter en la cárcel a esas mujeres por querer hacer uso de una libertad que se les niega, eso sí que es un delito inmoral. Casar a jóvenes de 15 años en contra de su voluntad con hombres de 50, a veces con dos o tres esposas, e innúmeros hijos; reducirlas casi a la condición de esclavas, al servicio de unos maridos que la mayor parte de las veces las maltratan o las usan sólo para su satisfacción sexual... eso sí que son delitos inmorales.

Cuando oigo que el feminismo es una antigualla, que está pasado de moda, que estamos en el postfeminismo y que ya no tiene razón de ser pienso en las mujeres del mundo, en sus luchas, sus tribulaciones, las terribles condiciones de vida que se ven obligadas a afrontar. Hombres y mujeres viven en situaciones infernales en muchos lugares, lo sé, pero siempre, siempre, es peor para ellas. Como esa joven atleta somalí, Samia Yusuf, a la que insultaban cuando intentaba entrenarse para cumplir sus sueños y dificultaban todo lo que podían su deseo de ser olímpica. Samia se ha ahogado al intentar salir del infierno de su país para llegar a otro donde, pese a las dificultades y problemas con los que la inmigración se puede encontrar, no le iban a impedir correr o entrenarse sólo por ser mujer. El feminismo tiene mucho trabajo por hacer. Las mujeres somos muy diversas y pertenecemos a culturas distintas, pero por encima de todas esas diferencias hay un mismo concepto a defender: la dignidad de todas y cada una de las mujeres del mundo, su derecho irrenunciable a la libertad de poder construir su propio proyecto de vida. Eso lo pueden compartir todas las mujeres, aquí y en Pekín.

Por el forro (18-09-2012)

En algunos países del mundo nos da por creer que las mujeres lo han conseguido todo, que ya hay igualdad total entre hombres y mujeres y que, por tanto, el feminismo se ha quedado sin causa por la que batallar. Craso error. Vale que hombres y mujeres gozan de los mismos derechos y deberes, que comparten una misma educación y que en las familias niños y niñas, chicos y chicas reciben un mismo trato. Pero hay actitudes, creencias, tradiciones

que siguen marcando diferencias entre unos y otras y, en la práctica, que es al final lo que importa, las mujeres continúan dedicando más horas al hogar que los hombres, abandonan antes sus trabajos, cobran menos, y en definitiva, casi siempre tienen las de perder. En los años en que nos parecía que las vacas estaban gordas (aunque ahora vemos que era un espejismo), quizá por una cuestión de mala conciencia, por aparentar ser modernos, o incluso preocupados sinceramente por la injusticia que representa la desigualdad entre hombres y mujeres, se crean Institutos de la Mujer, se promulgan Leyes de Igualdad, se convocan ayudas para investigaciones, se pone sobre la mesa la pesada carga que representa sobrellevar a las personas dependientes, o se batalla por conseguir mayores cuotas de representación en partidos, parlamentos, gobiernos o consejos de administración de empresas. Todo eso se pasa por el forro cuando nos damos cuenta de que las vacas parecían gordas, pero en realidad estaban famélicas. Donde digo digo, digo Diego, parecen querer decir políticos, políticas y politicastros. Tampoco hay que exagerar. Eso de la igualdad está ya muy visto. Qué cuotas ni qué niño muerto. Aquí lo que importa es el mérito personal, la valía de cada uno, la capacidad individual. Vamos a dejarnos de nimiedades y vamos a centrarnos en lo que importa. Y todo lo que hace referencia a la desigualdad entre sexos queda rápidamente olvidado, relegado, mortecino, en *stand by* ya que hay muchas cosas más importantes que atender. Y entonces creo que en realidad la desigualdad sexual nunca importó de verdad, que todo era pura apariencia, hipocresía, simulación. En Europa, esa Europa raptada pendiente de su rescate día sí y día no, nueve países, encabezados por el Reino Unido, ya se oponen a la idea de conseguir un 40% de presencia femenina en los consejos de administración de las empresas. Y es que en el fondo, ¿es realmente necesario que las mujeres tengan tanta cuota de poder? ¡Anda ya!

Corte de mangas olímpico (28-09-2012)

Hasta yo, que soy una nulidad en materia de deporte, me he enterado de que las mujeres (46% de las participantes) han sido las que han salvado la cara en las últimas Olimpiadas de Londres, al menos para España. 11 de un total de 17 medallas (64,7%) han sido conseguidas por deportistas mujeres, y eso sin

contar las obtenidas en los Juegos Paralímpicos celebrados inmediatamente después, con esa increíble nadadora aragonesa que ha igualado a Phelps en número de medallas, pero cuyo nombre apenas si puedo recordar. De vuelta a la normalidad veo que el 95%, por no decir el 100% de la información deportiva habla de deportistas varones. Del deporte femenino parece que sólo interesan los motivos extradeportivos: los enfrentamientos en la sincronizada con motivo de la destitución de Anna Tarrés, las diferencias entre Mireia Belmonte y su club, o informaciones secundarias o anecdóticas, una Serena Williams que dice que no encuentra novio, una Mayte Martínez que se retira por las lesiones. Información lo que se dice seguimiento informativo de los deportes que brillaron en Londres, ni rastro. Y ya sabemos que lo que no sale en los medios no existe. Esas mujeres que tanta dedicación, esfuerzo y tesón demostraron para conseguir sus medallas merecen un poco más de atención mediática aparte de alentar el morbo con sus rencillas. El seguimiento periodístico es fundamental para popularizar los deportes, para conseguir aficionados, para que la gente conozca a los y las practicantes, para obtener patrocinio y financiación. Si no hay un seguimiento continuado el personal se olvida de esas deportistas que luego, cuatro años después, harán vibrar de emoción a los espectadores, muchos de los cuales quedarán decepcionados si vuelven sin medallas que hagan engordar el ego del país. Las medallas para quien se las trabaja, afirmo desde aquí. Si yo fuera una de esas mujeres que entrenan horas y horas, sin apoyo mediático, sin casi apoyo económico, en el más absoluto anonimato y sin popularidad, cuando estuviera en el pódium a punto de recibir mi medalla... haría un corte de mangas justo en el momento en que sonara el himno nacional. Quizá así los medios de comunicación se darían por enterados de que otros deportes también existen (y las mujeres y hombres que los practican) y quizá dejaran de ofrecer el estomagante menú de cada día: de primero fútbol, de segundo fútbol y de postre...balompié.

Dominación burda y dominación sutil (13-10-2012)

Ante acontecimientos como el intento de asesinato de Malala, la chica de 14 años tiroteada por los talibanes en Pakistan, no puedo dejar de preguntarme ¿por qué para tantas religiones, grupos, partidos, gobiernos en general y para

tantos hombres en particular es tan amenazador el hecho de que las mujeres adquieran derechos y libertades? ¿Qué hay detrás del desorbitado interés en mantener la subordinación de las mujeres, que las niñas no vayan a la escuela, no se eduquen, sean mutiladas, se casen en la pubertad, sean vendidas como esclavas o tengan que soportar situaciones humillantes? Más allá de los preceptos religiosos de los diversos textos sagrados, lo que subyace tras la tenaz oposición de los hombres a que las mujeres adquieran derechos está el miedo a perder el poder que ostentan, a ver disminuida su hegemonía, a perder sus privilegios. Debe ser muy gratificante sentirse superior a una mujer, saber que puedes disponer de su cuerpo a tu antojo, ser servido con diligencia, obedecido con prontitud; debe ser muy satisfactorio saber que si te cansas de una mujer puedes elegir a otra sin prescindir de la primera, incluso hacerla tu esposa si dispones de medios para mantenerla. Es la dominación masculina pura y dura y está presente en muchas zonas del planeta.

En otras, la situación no es tan dramática. Las legislaciones han equiparado a hombres y mujeres, los derechos humanos protegen a ambos sexos, las religiones ya no tienen tanta influencia y en general se goza de una situación bastante igualitaria. Sin embargo, tampoco en estos países ha desaparecido la dominación masculina. Todavía hay millones de mujeres persuadidas de que sus maridos son más importantes que ellas, que anteponen los deseos de él a los suyos propios, que renuncian a sus carreras, que trabajan fuera de casa y al llegar a ella, que se encargan de los hijos y con frecuencia de los padres (de ambos), que transigen sin deseo a las demandas sexuales de él, pese a lo cual ellos no dudan en recurrir a los servicios de una prostituta cuando se aburren del menú cotidiano (todas las prostitutas coinciden en que sus clientes casi siempre están casados). Es la dominación sutil. Una dominación más difícil de percibir porque se ha desplazado de lo real a lo simbólico, uno de cuyos instrumentos más poderosos es la nueva ideología sobre la eterna belleza y juventud. Entre la dominación burda y la sutil, las mujeres aún no hemos asumido que es justo y necesario que dejemos de ser un objeto que vive *para-el-otro* y nos convirtamos en un sujeto que vive *para-sí*.

Zorros a guardar gallinas (21-10-2012)

Hay ocasiones en que la indignación me inunda. En esos momentos lo único que puedo hacer es escribir y lanzar mi grito en una botella al ciberespacio estelar. Y es que hace unos días leía que «besar, tocar las nalgas o rozar el cuerpo sin el consentimiento de la empleada» era desestimado por un juez como acoso sexual. Podía ser un delito más grave, como abuso sexual, pero como no era acoso... pues no podemos condenar al agresor. Hoy vuelvo a leer otra noticia aberrante: absuelto un agresor porque las pruebas que lo atestiguaban habían sido obtenidas sin «consentimiento del procesado, violando su derecho a la intimidad» (*El País*, 21-10-2012, Cataluña, página 3). Oiga, ¿me permite que le grabe mientras me mata? Es que el juez me exige que le pida permiso porque si no estoy violando su derecho a la intimidad para matarme. ¡Tiene huevos la cosa! Pero no se espanten, que hace un año un hombre fue dos veces absuelto por maltrato porque la víctima no podía testificar... porque ya había sido asesinada por el acusado un año antes. Pueden leerlo en *El País* del 3-03-2011. Y otro fue absuelto el 23 de mayo de 2012 en Córdoba tras ser acusado de prender fuego a su mujer (que murió a consecuencia de las quemaduras seis días después) porque el tribunal aplicó el beneficio de la duda.

Sentencias irracionales, brutales, kafkianas, fuera de toda lógica humana que me hacen dudar de la cordura de los que tienen que administrar la justicia. Pero ¿de verdad creen los jueces que hay que pedirle al agresor permiso para obtener la prueba de la agresión? ¿De verdad de verdad se puede reprochar a la víctima que no se presente a un juicio.... cuando ha sido asesinada por la persona a la que se está juzgando? ¿Tan irracional y absurda puede llegar a ser la justicia? Si un agresor comete un delito de rango superior por el que se le ha denunciado, ¿no pueden los jueces rectificar el delito y juzgar al agresor por el delito efectivamente cometido? ¿No está la justicia para perseguir el delito? Si hay que proteger el derecho a la intimidad de un agresor para agredirme ¿qué derecho se está protegiendo? ¿El de la víctima a defenderse o el del agresor a agredirla? ¿Es esta la justicia que tiene que defendernos? He leído sentencias delirantes, pero nunca como las que se dictan cuando se juzgan asuntos de violencia contra las mujeres. La actitud de la **justicia en estos casos también es violencia de género**. Más nos valdría poner zorros a guardar gallinas.

Detengan a la víctima (23-10-2012)

No me cansaré de repetirlo. La violencia de género no es un suceso, es un problema social al que hay que hacer frente como se afrontan los problemas sociales: colectivamente y desde la política. Nuevamente vemos un asesinato —seguido de posterior suicidio— «de un hombre obsesionado» con una niña de 13 años. ¿Cuándo los medios de comunicación van a entender que el seguimiento informativo es situar ese hecho en un contexto social y político y no en unas coordenadas personales? Nuevamente vemos alusiones insidiosas que echan un velo de sospecha y en el fondo de justificación al mencionar que «la relación era consentida entre la menor y el agresor». Consentida o no, eso no es lo que importa. ¿En qué cambia el hecho al mencionar que la menor mantuvo una relación consentida con el agresor? ¿Es que eso justifica el acoso? ¿Es que el consentimiento de la niña justifica que un hombre 26 años mayor que ella la persiguiera hasta asesinarla? ¿Por qué no detienen directamente a la víctima y la acusan de incitar al hombre al asesinato? Lo importante, lo que los medios no quieren ver, lo que la policía no quiere entender, lo que la justicia esquiva con su jerigonza legal es que de nuevo un hombre despedido se siente con derecho a perseguir, a acosar y llegado el caso, como tristemente ha ocurrido, a asesinar a una niña de 13 años de la que «estaba enamorado». El problema que la sociedad no quiere ver, porque nos toca muy de cerca a todos, es que muchos hombres cuando son contrariados en sus pretensiones amorosas creen tener derecho a usar la violencia, primero verbal —«eres una puta, eres una zorra, eres igual de puta que tu madre»— y más adelante física. Ese hombre no está loco, como suele ser insinuado una y otra vez, no es una excepción, no tiene sus facultades mentales perturbadas. Simplemente siente que está legitimado por la sociedad para agredir cuando la mujer a la que pretende no se pliega a su voluntad. Y mientras este hecho no sea entendido así seguirán ocurriendo asesinatos de mujeres o niñas. Ya defendí en un artículo que envié al diario *El País* (que el diario decidió no publicar) que la violencia de género no es un suceso y que no puede ser abordado como tal. Tampoco hay que hablar de violencia machista, porque eso es reducir el problema a una actitud individual. Es violencia de género y es un grave problema político y social.

Donjuanes no, depredadores sexuales (24-10-2012)

Yo dale que te pego con el mismo tema, dirán ustedes. Pero es que como sabemos muy bien las personas que nos dedicamos al estudio de la comunicación, de lo que no se habla es como si no existiera. Y yo quiero, al menos desde mi humilde blog, que circule la idea de que en la dominación masculina está casi siempre presente la componente de acoso o abuso sexual. Y la indulgencia con que se ha observado esta realidad por parte de la mayor parte de los estamentos sociales: iglesia, gobiernos, policía, justicia, medios de comunicación... El abuso sexual, disfrazado en ocasiones de enamoramiento, de conquista, de obsesión, de pulsión pasional ha sido jaleado, promovido, inducido, tolerado e incluso envidiado. No hay más que ver la admiración que siempre ha despertado la figura del Donjuán. ¡Como mola vanagloriarse de haber accedido carnalmente con una niña de 13 años! (Polanski), ¡qué machote pretender hasta la humillación a las actrices a las que diriges! (Hitchcock), ¡qué guay casarte con una muchacha de 16 años tras un largo acoso! (Charlotte), ¡qué satisfacción yacer con la sobrina adolescente de tu mujer! (Bioy Casares)... y no sigo, porque la lista es interminable. Depredadores sexuales, cazadores de mujeres, a las que unas veces consiguen con el consentimiento de ellas y otras veces a la fuerza. Los depredadores sexuales apareciendo como seductores irresistibles (Straus Kahn), todo el mundo riéndole las gracias. Leo estupefacto cómo la gran estrella de la BBC, Jimmy Savile, abusó durante años de cientos de menores (niñas y algunos niños) mientras todo el mundo hacía la vista gorda... ja, ja, qué risa. La estrella de televisión, escudado en su fama, arropado por sus millones violaba a placer mientras repartía dinero o prebendas para tapar sus tropelías. Y las víctimas a callar. Eso es lo peor del abuso sexual, que las víctimas no pueden hablar, porque nadie las cree, porque es humillante para ellas y para sus familias, porque encima te van a echar la culpa de haber provocado tu propia violación, porque eres una mentirosa y tienes mucha imaginación. Porque sientes vergüenza de ti y crees que eres culpable. Porque mientras la víctima se hunde en la desesperación del silencio, el depredador se pasea impunemente admirado por todos, ya que a veces son escritores famosos, directores de cine geniales, estrellas de la televisión, gobernantes reconocidos o incluso Premios Nobel de la Paz. Basta ya de *donjuanes*. Hay que desenmascararlos y llamarlos como lo que son. Hay que acabar con la indulgencia para el depredador sexual.

El honor entre las piernas (5-11-2012)

Si hay una palabra que ha causado estragos entre las mujeres y los hombres esa es el término *honor*. El Alcalde de Zalamea fue seguramente uno de los primeros que adujo que el honor se encontraba entre las piernas de las mujeres, y ya se sabe que «el honor es patrimonio del alma, y el alma sólo es de Dios», aunque más certero sería decir de los hombres, que son los que han obligado a las mujeres a que sigan sus directrices. ¡Qué perra con el honor! ¡Y qué carga tan pesada tener que llevar el honor en nuestras partes pudendas, sin poder abrirlas con tranquilidad, sin poder darnos un garbeito por los antros por los que sí que acostumbraban a deambular los guardianes del mismo porque al parecer su honor lo tenían depositado entre los muslos de sus señoras, pero no entre los de ellos, que bien podían airearlo sin menoscabo de su honra! ¡Ah, el honor! cuántos siglos, cuántos lustros, cuántos años de contención: no mires a fulanito, no salgas a la calle a deshora, no llares la atención, no te insinúes demasiado, no me gusta que a los toros te pongas la minifalda... ah, ah, y nosotras venga a transportar el honor de los caballeros con nuestras piernas bien juntas, no vaya a ser que se nos caiga en la calle, andando como si tuviéramos un palo en el culo, dando pasitos cortos y sin mirar mucho a la cara de nadie. Tras mucho sufrimiento y algunas luchas finalmente hemos podido socavar tan bien urdido principio... pero no en todo el mundo, donde la palabreja sigue causando estragos, dolorosos estragos que acaban con la vida de jóvenes en la flor de la vida por haberse atrevido a mirar a un chico, quizá por haber abierto las piernas y dejado caer esa pesada carga que los hombres han puesto en sus entrepiernas. Y cuando no pierden la vida, como Anusha Zafar, esa desdichada muchacha de Pakistán, pueden acabar desfiguradas por el ácido, una venganza aún peor que la muerte, pues hay que seguir arrastrando el cuerpo con el rostro sin ojos, sin labios, sin boca, sin cuello, con la piel derretida como carámbanos chamuscados. Y todo por haber desafiado ese concepto ancestral que parte del principio de que las mujeres no se pertenecen a sí mismas, sino que son propiedad de los hombres de su familia, ya sea padre, hermano, tío, esposo o hijo. Cuánto trabajo queda por hacer en el mundo hasta conseguir que todas las culturas —desde las más ancladas en el pasado a las más modernas que lo creen todo conseguido— asuman de verdad, y no sólo de boquilla, que las mujeres son sujetos con voluntad propia dueñas

de su propio destino. Acordemos con Calderón que el honor es patrimonio del alma, del alma de cada persona, hombre o mujer, y que si se encuentra en algún lugar no es precisamente entre nuestras piernas.

La vida en el centro (5-11-2012)

Un grupo de feministas que nos invita a tomar la plaza ha acuñado el término «trabajador champiñón» para designar a aquellos/as que llegan al trabajo comidos, lavados y planchados sin otra cosa por la que preocuparse que por producir para su empresa. Empresas icebergs (que muestran mucho menos de lo que ocultan) cuyo objetivo no es más que el de enriquecerse con desmesura, sin tener en cuenta que todos y cada uno de nosotros sólo disponemos de una corta temporada en la tierra. Denuncian también que este sistema se mantiene gracias al trabajo oculto y semi-gratuito de las mujeres. Digamos que aunque expresado de una forma un poco pedestre, tienen toda la razón. Y apuestan por un cambio de sistema que ponga en el centro la protección y el cuidado de la vida. Yo estoy de acuerdo con ellas. ¿Y qué quiere decir poner en el centro la protección de la vida? Esta es mi propuesta: que todos los estados y gobiernos del mundo firmaran un protocolo por el que se comprometieran a trabajar y organizar sus países de tal manera que se garantizara para toda la población: 1) alimentación 2) calzado y vestido 3) vivienda digna 4) salud y cuidados 5) educación y cultura 6) investigación científica 7) desarrollo tecnológico 8) protección del medio ambiente 9) ocio y entretenimiento 10) industrias de lo superfluo (para que no digan). Para conseguir estos objetivos los países dispondrían de ministerios que se encargarían de la organización de cada ámbito, promoviendo, incentivando, procurando que las iniciativas tanto públicas como privadas confluyeran para dar satisfacción a todas esas necesidades humanas. Seguro que todas están interrelacionadas y el orden expuesto no es más que orientativo, porque de alguna forma hay que visualizarlo. Este compromiso debería llevarse a cabo en el bien entendido de que hombres y mujeres trabajarían codo con codo con los mismos derechos y obligaciones, y que no habría ningún tipo de persecución ni discriminación por razón de edad, raza, creencia, apariencia, lengua, procedencia, inclinación sexual, clase, etnia, sexo y cualquier otra diversidad no incluida en esta

lista que pudiera generarse en el presente o en el futuro. Todos esos sectores industriales seguro que proporcionarían suficientes puestos de trabajo como para garantizar la producción y reproducción de la vida humana, centro de toda organización social. Si además sustituimos las relaciones de dominación y competencia por las de colaboración y solidaridad, ahorraríamos un montón de dinero en defensa (ejércitos, armas, misiles, minas, bombas...). ¿Que esto es un panfleto, una utopía y además una ingenuidad? Es posible, pero yo lo planteo con total seriedad. U organizamos el mundo de otra manera o no vamos a salir de esta.

Adiós a doña perfecta (30-11-2012)

Circula por internet un panfleto titulado «Monólogo de una mujer moderna» que con un estilo irónico y jocoso viene a poner sobre la mesa las muchísimas incomodidades, problemas, agravios y pérdidas que la llamada «liberación de la mujer» ha acarreado para las féminas. Viene a ser algo así como «pero qué hemos ganado con esto del feminismo si ahora trabajamos como burras y encima tenemos que encargarnos de todo lo de antes y además parecer estrellas de cine». Y sí, aparentemente las conquistas femeninas han supuesto algunas cargas. Pero si leemos con atención el mensaje parece que la mujer sometida sólo tuviera ventajas: mantenida, sin trabajar y todo el día a su libre disposición. Sí, sí, qué bonito. También muchos esclavos cuando se abolió la esclavitud estaban en contra porque a partir de entonces tenían que buscarse la vida por sí mismos. Es lo que tiene convertirse en un sujeto, que hay que responsabilizarse de la propia vida. Creo que la denominada «liberación femenina» tiene un innegable componente colectivo: reivindicar los derechos que todavía no se tienen, pedir reformas de las leyes cuando sea necesario, reclamar la equiparación salarial, el acceso a los puestos de dirección...et. etc. todo lo que cualquier movimiento social se plantea como objetivos a alcanzar. Pero el camino de la libertad tiene también un intransferible componente personal que cada mujer debe hacer individualmente. Y no es un proceso fácil. Es una evolución que transcurre en el interior, que hay que trabajar por dentro porque ser un sujeto es el resultado de afrontar la existencia sin muletas. No quiere decir sin ayuda, no. Todos necesitamos

la ayuda de alguien. Pero sí que para asumirse como sujeto hace falta experimentar una transformación interna que nos permita por ejemplo poder dar, pero también recibir; poner límites a las personas con las que convivimos, sea pareja o hijos, exigir un nuevo reparto de las tareas familiares, negociar casi todo, no pretender ser doña perfecta, delegar responsabilidades, confiar en que los demás pueden hacer las cosas tan bien como nosotras, dejar de querer satisfacer las expectativas ajenas. Dejar de ser la princesa a la que el héroe rescata para convertirse en heroína de la propia vida requiere renunciar a muchas cosas, enfrentarse con la incertidumbre, con los peligros de la existencia, experimentar, quizá, la soledad. No es posible convertirse en un sujeto sin provocar cambios en nuestro entorno, sin afectar nuestra manera de vivir, sin adoptar nuevas formas de relación, sin saber quiénes somos ni lo que queremos de verdad. No basta con adquirir derechos. La vida es un camino personal que hay que transitar a veces sola, a veces en compañía. Descubrir cuál es nuestro camino y seguirlo: esa es la auténtica libertad.

La violación no existe (14-12-2012)

Eso es lo que piensa al menos el 90% de los hombres y quizá también un porcentaje menor de mujeres. La violación, creen, es un invento de las mujeres para sacar pasta y putear a los hombres. No hay más que leer los vomitivos comentarios que ha suscitado el acuerdo económico entre DSK y Nafissatou Diallo por la agresión sexual en el hotel Sofitel en mayo de 2011. Que una mujer pida justa reparación a quien la violó no merece más que comentarios hirientes, racistas, despreciativos. ¿Y por qué? Porque no se reconoce el deseo propio a las mujeres, ni su autonomía sexual. La sexualidad masculina, según el mito, incontrolable e irreprimible ha tenido a su disposición durante siglos a todas las mujeres: a unas legalmente mediante matrimonio. A otras pagándoles por sus servicios. Y aunque se haya avanzado mucho en los derechos femeninos, todavía se sigue sin reconocer del todo el deseo de las mujeres y su derecho a usar su sexualidad como les plazca. De hecho, hagan lo que hagan siempre serán criticadas: si se niegan porque son estrechas y antiguas; si toman la iniciativa porque son unas trepas y provocadoras. Vean el último número de Vogue (el de diciembre) con fotografías de chicas muy sexis, o el

anuncio de «tengo un plan»: aunque parezca que son mujeres liberadas, tanto la forma como el fondo las sigue presentando como un objeto de deseo y no sujeto deseante, por más que la joven de Desigual declare mil veces que quiere acostarse con él y punto. En el anuncio el objeto de deseo es ella, no su jefe. En vallas publicitarias, en la tele o en las revistas vemos siempre mujeres en actitudes invitadoras que parecen querer decir «tómame, estoy a tu disposición». La violación, por tanto, sería la extrema respuesta a esa invitación permanente a usar el cuerpo femenino. Por eso para la mentalidad patriarcal no existe como delito; o si existe es valorado como un hecho menor. Hace falta reconocer que las mujeres son dueñas de su propio cuerpo, que tienen deseo propio y que tienen derecho a no ser juzgadas por el uso que hagan de su sexualidad. Mientras eso no ocurra la reparación económica exigible por una relación sexual no consentida será considerada como una recompensa inmerecida por haberle hecho a la violada un gran favor.

La culpa es de ellas (29-12-2012)

El cura italiano Piero Corsi ha dicho en voz alta lo que muchos piensan en silencio. Y tiene toda la razón. Pues claro que sí, la culpa de la violencia contra las mujeres es de ellas, por su insolencia, porque se están volviendo respondonas, porque no se callan ni una, porque se están tomando demasiadas libertades, porque ya no se prestan fácilmente al sexo cuando no les apetece y quieren separarse cuando no están satisfechas con su matrimonio. La culpa es de ellas que no soportan las humillaciones, ni un poquito de malos tratos, ni siquiera una mala mirada.... nada ¿qué se creen? ¿Hasta dónde vamos a llegar si continúan así? Si todas las mujeres se tornan arrogantes y se creen autosuficientes ¿sobre quién vamos a mandar los pobres varones que estábamos habituados a que al menos nuestra mujer y de rebote las demás nos rindieran pleitesía? Cuánta razón tiene el cura italiano. Las mujeres ya no son lo que eran... y lo que es peor, no lo van a ser nunca más. Porque esa actitud altanera se va a ir extendiendo como una mancha de aceite por todo el mundo... Quizá todavía haya muchos países en los que las leyes, las costumbres, las tradiciones, el poder sofoque y silencie las aspiraciones de las mujeres... pero la semilla ya está sembrada...y poco a poco van a ir levantando su voz, reclamando sus derechos,

defendiendo su dignidad. Así que los pobres varones no van a tener más remedio que seguir apaleando a sus mujeres, quemándolas con ácido, violándolas a solas o en grupo, insultándolas, humillándolas... porque si no se van a crecer demasiado y al llegar a casa no van a tener hecha la cena, ni la ropa planchada, ni los platos limpios ni la cama preparada. Si no les zurren un poco, lo normal, vamos, lo más que pueden encontrarse es un pos-it pegado en la nevera donde diga: me he ido al cine con mis amigas; la cena te la haces tú. Y eso sí que no, por ahí no vamos a pasar. Así que a seguir asesinando mujeres, que todavía hay demasiadas en el mundo. Y los curas a seguir impartiendo su doctrina: no dejéis que vuestras mujeres os provoquen. Arreadles un poco los que todavía estáis a tiempo. Y así tendréis aquí paz, y después gloria. Amén.

La semilla de Amanat (30-12-2012)

Aunque ayer escribí una columna parecida, no puedo dejar de lanzar mi grito como homenaje a esa chica de 23 años, *Amanat*, salvajemente violada en grupo en Nueva Delhi y finalmente fallecida en Singapur. El caso de Amanat, pese a su dramatismo, no es más que una pequeña gota en el devastador océano de la violencia contra las mujeres. En la misma información en la que se da cuenta de la muerte de la joven se dice que la India registró 25.000 casos de violación en 2011, y además se habla de otro caso de una joven de 18 años que se suicidó tras haber sido violada, ante la pasividad de la policía. Pese al horror de estos hechos, no es de lo que quiero hablar. Resulta muy fácil escandalizarse por los casos de violación que acaban apareciendo en los medios de comunicación, abordados como hechos aislados, episódicos, sin relación los unos con los otros. ¡Qué tranquilizador resulta para nuestra conciencia saber que esas salvajadas se producen lejos, cometidas por indeseables, enfermos patológicos, individuos asociales! Pero no, queridos. De enfermos nada. La realidad es que la violencia contra las mujeres está tan enraizada, tan asumida como algo natural, que la cotidianidad de su existencia nos impide ver el bosque que la ampara. Fíjense si está aceptada que en muchos países se repara el efecto de una violación mediante el matrimonio con el agresor, sustituyendo una violencia ilegítima por otra legal. ¿Qué vida conyugal le espera a una mujer que se ve obligada a casarse con el hombre que la violó? Doble violencia al precio de una.

Si la violencia contra las mujeres existe es porque la toleramos, la disculpamos, la minimizamos, la desdeñamos; porque no nos parece tan grave, y, a la postre, como decía el cura italiano, porque ellas tienen la culpa: ¡La cantidad de comentarios que le leído en los que muchos hombres se muestran de acuerdo con las palabras del sacerdote! Mucha gente hace un mohín de disgusto cuando sostengo que el patriarcado no sólo no ha desaparecido, sino que revive conforme las mujeres van adquiriendo más derechos y libertades. La misma reflexión del cura italiano lo dice todo: si las mujeres se mantuvieran sumisas y calladas como antaño, si no quisieran ser sujetos de pleno derecho, si aceptaran el sometimiento al poder masculino todo sería más fácil... para ellos. Pero la semilla de Amanat ya está sembrada, y su muerte va a tener un efecto amplificador que, como el que tuvo entre nosotros la de Ana Orantes, va a provocar que cada día sean más las mujeres en todo el mundo que, aun a riesgo de perder la vida, se planten y digan: hasta aquí hemos llegado, se acabó.

¡Dejad de lloriquear! (9-01-2013)

Así se titula un libro escrito por una joven alemana, Meredith Haaf, que retrata con crudeza no exenta de mala uva los privilegios de su generación (la nacida hacia 1980), en el que arremete sin piedad contra la abulia de «los niños mimados» como ella. Sé que vivimos una época incierta, difícil, dura, menguante... pero comparar la situación actual como han hecho algunos con la situación vivida en la guerra civil o en el franquismo me parece una exageración, además de una injusticia. Cómo se ve que quienes hacen esa comparación tuvieron una situación privilegiada. Por poner algunos ejemplos, diré que hacia 1960 el 15% de los niños de 6 a 12 años aún no estaban escolarizados (lo que representaba más de 600.000), que sólo el 20% de los jóvenes accedía a la educación media; que más de 1,5 millones de personas tuvieron que emigrar a Europa para sobrevivir, y aquellos que marchaban lo hacían sin estudios, sin idiomas y con una mano detrás y otra delante. Que la población activa femenina era del 13%, y que sólo tenían estudios superiores el 0,5% de esas mujeres que trabajaban, ya que la inmensa mayoría (el 87 %) se consideraba inactiva y se dedicada a lo que en los carnets de identidad figuraba como «sus

labores». El porcentaje total de mujeres con estudios superiores en 1960 era del 0,1% (pero la mitad no trabajaba, porque entonces no estaba bien visto). Y eran analfabetas el 8,4% de las mayores de 15 años. El sueldo mensual de un maestro era de 1.200 pesetas y 5.689 pesetas mensuales si era catedrático. Añadamos que en 1960 sólo el 1% de la población tenía televisión. He extraído estos datos de diferentes fuentes oficiales a las que puede recurrir cualquier persona que desee verificar lo que digo.

No hay más que ver que hoy día el 98% de la población está alfabetizada, que el 100% de los niños están escolarizados, que la tasa de actividad femenina es del 53%, que las mujeres són el 54% tanto en Bachillerato como en la Universidad (en algunas disciplinas hasta copar el 70%). Por otra parte, el 100% de la población tiene televisión, por no decir varias, y el 66% es usuaria de Internet.

Es evidente que está creciendo la desigualdad entre ricos y pobres. Que los gobiernos se están encarnizando con los sectores más vulnerables y necesarios (educación, sanidad, servicios sociales, etc.) Es meridiano que aumenta la pobreza y cada día vemos más personas sin recursos en nuestras calles. Pero comparar la miseria en la que vivía la mayor parte de la sociedad española hace menos de 50 años con la actualidad es un sinsentido además de un insulto para todos aquellos que vivimos aquella oscura época. Sólo diré que yo empecé el colegio con 10 años cumplidos porque hasta entonces no hubo plaza para mí. Así que yo también digo, como Meredith Haaf, ¡dejad de lloriquear y haced algo!

Damas de alta cuna (21-01-2013)

¡Ay! esas esposas que nada saben, que nada dicen, que nada hacen. Son las «esposas florero», esas damas de alta cuna y de baja cama, como cantaba Cecilia, que viven en la inopia, cansadísimas de ir de compras, todo el día con el chófer de arriba para abajo, enjoyadas, con palacetes suntuosos, viajes a paraísos fiscales, lugares cuya existencia ignoran pese a frecuentarlos en vacaciones. Esposas agarradas al billetero del marido, que prestan alegremente su nombre para la creación de una maraña de empresas cuyos millonarios ingre-

sos usufructan, pero de cuya procedencia nada saben, nada quieren saber. Les basta con vestir de manera elegante, dedicarse a sus hijos y a la decoración de sus múltiples residencias. ¿Sois sordas? ¿Sois ciegas? ¿Sois mudas? ¿Sois oligofrénicas?

No, sois mujeres cómplices de vuestros maridos, que os escudáis en una ignorancia supuestamente muy femenina —esas cosas las lleva mi marido— como si fueseis analfabetas, haciéndoos las tontas: yo no entiendo de economía...sí, sí, tu no entiendes de economía, pero bien que te lucras y disfrutas de una privilegiada situación. Si esos dineros vienen del tráfico de droga, del blanqueo de capitales, de empresas fraudulentas, de estafas o de comisiones ilegales... a mi que me registren.

¡Cuánto daño hacéis, señoronas, a las demás mujeres, que tanto han luchado para ser consideradas sujetos de pleno derecho, adultas y no menores de edad permanentes! Tenéis oídos, ojos, boca... preguntad a vuestros maridos de dónde viene el dinero, qué tipo de empresa es la que os mantiene, si declararéis a Hacienda, dónde están las cuentas, a nombre de quién. ¿Por qué firmáis papeles sin preguntar para qué sirven? Las mujeres no hemos batallado para que señoritingas como vosotras, que nunca habéis dado un palo al agua, ya seáis princesas, infantas, duquesas o simples y ricachonas amas de casa nos pongáis en ridículo a todas, porque cuando decís «mi marido se encarga de eso» os ponéis a la altura de cuando en España la ley consideraba a las mujeres como discapacitadas o menores de edad. Sabed que sois la vergüenza del sexo femenino. Damas de alta cuna... haceos responsables de vuestros actos y dejad de contribuir a que a todas las demás nos sigan considerando idiotas.

Luisito se aburre (3-02-2013)

Luisito seguramente se aburría en el colegio. Para entretenerse inventaba historias o pensaba en las musarañas. Cuando fue mayor y se convirtió en un hombre hiperactivo, un poco fanfarrón, a decir de algunos, siguió aburriéndose. Debía aburrirse horrores mientras llevaba la contabilidad del partido. Se aburría tanto que un día decidió, para entretenerse, escribir en una libreta rayada las ocurrencias que se le pasaran por la imaginación. Y con la ingenui-

dad de un niño empezó a anotar en una libretita los nombres y cantidades que se le pasaban por la cabeza. Así, a voleo. Como una infantil travesura, cogía el lápiz, le mojaba la punta con saliva para que escribiera mejor, y con su mejor letra apuntaba: A M.R. 2.800.000 pesetas. Otras veces con una sonrisa maliciosa se quedaba a la mitad, y así hacía constar M.Raj y a continuación la cantidad. En ocasiones fantaseaba con los nombres, y ponía P.A.C., o Paco, o Federico; cuando se cansaba de jugar con los nombres inventaba conceptos: Corbatas presidente, o Trajes y camisas, Trajes Mariano: 9.100 euros. o Trajes M.R.. en fin, pequeñas bromas, todo sin mala intención, sólo para pasar el rato, porque claro está, todo eso no era más que fruto de su imaginación. Y así, durante casi veinte años, Luisito mataba los ratos en que se aburría como una ostra haciendo apuntes inventados sobre movimientos económicos que, claro está, sólo estaban en su mente.

Lo que Luisito nunca llegó a sospechar es que sus anotaciones fantasiosas iban a ser publicadas como verdad, y creídas por una gran parte de la población. ¿Cómo alguien en su sano juicio iba a dar pábulo a semejantes delirios? Menos mal que aquí está M. Raj para decirnos que todo es falso. Falsísimo. Y como todos los demás sabemos que M.R. con trajes y corbatas o sin ellas es todo un honorable caballero, pues le creemos a pies juntillas. Sólo con su palabra, infalible, es capaz de desmontar tan burda mentira, que además es obra de la prensa, siempre dispuesta a la canallada, o de la oposición, o de las dos.

Dentro de cincuenta años, Sr. Raj, la historia hablará de usted y de P.A.C. o de Federico y de muchos otros y otras, y los Luisitos y Luisitas del momento estudiarán que hubo una vez una conspiración basada en apuntes inventados. Si la justicia, cosa muy posible, mira para otro lado y deja sin investigar esos apuntes que parecen tan reales, sepan ustedes que la historia les juzgará. Y todos los libros dedicarán un capítulo al oprobio y la vergüenza que la ciudadanía sintió del gobierno de su país.

Sobre hombres, cerdos y ratas (23-02-2013)

El profundo desprecio que siento por Strauss-Kahn ya quedó reflejado en otras columnas anteriores, como esta que podéis ver en este enlace ([aquí](#)). No me voy a repetir. Pero la opinión que tengo de Marcela Iacub, la autora de un libro prosaicamente titulado *La Bella y la bestia*, no es mucho mejor. Me repugnan los comportamientos oportunistas, interesados, deshonestos, mendaces, exhibicionistas. Y una mujer que, según las informaciones aparecidas, mantiene una relación con DSK después de que éste estuviese implicado en la agresión sexual a Nafissatou Diallo (mayo 2011), que entra en contacto con él durante el tiempo posterior al escándalo de Nueva York, que deliberadamente se enreda en un affaire sexual con la intención de publicar el resultado, todo lo cual me parece rastrero y vil. Porque esta mujer no sólo ha accedido a tener relaciones sexuales con un hombre al que califica de «mitad hombre, mitad cerdo», sino que, para llamar la atención, adquirir notoriedad, hacerse la moderna, intentar escandalizar o incluso obtener beneficio económico cuestiona los efectos traumáticos en las mujeres violadas, considera que hay que «redefinir el concepto de violación» y en definitiva parece creer que eso de la violencia contra las mujeres está sobredimensionado. Cada día hay noticias de mujeres violadas, asesinadas, apaleadas, quemadas. La violencia contra las mujeres está en ebullición precisamente cuando más conciencia existe de que hay que luchar contra ella. Cuando el patriarcado agonizante se rearma y mata con mayor fiera. Incluso hombres famosos e idolatrados, como Oskar Pistorius por poner un ejemplo reciente, se revuelven y matan a sus parejas cuando hay desavenencias. Y aquí tenemos a una esnob con ansias de provocar que decide chapotear en el lodo en compañía de un cerdo para anunciarnos la buena nueva: que la violencia contra las mujeres es un invento, que existe excesiva represión judicial contra los agresores sexuales a los que quizá ella considere sólo amantes fogosos.

No sé si en el libro publicado Marcela Iacub se reserva el papel de Bella; lo que está comprobado es que DSK tiene más de cerdo que de hombre, pero ella no sólo le ha acompañado a revolcarse en el fango, sino que parece haber adoptado los comportamientos de las ratas.

La tierra es cuadrada (26-02-2013)

Sí, la tierra es cuadrada porque lo digo yo, porque cuando salgo de casa no veo que se curve, porque si fuese redonda nos caeríamos cuando estuviéramos boca abajo. A ver si me van a engañar, a mí, que soy tan lista. Pues de la misma manera que yo estoy segura de que la tierra es cuadrada, mucha gente —especialmente hombres— sabe con certeza que la violencia contra las mujeres es un invento, que no existe, que nunca ha existido. No es verdad que las mujeres han estado sometidas a la hegemonía masculina, como tampoco es verdad que cuando se llama a un hombre zorro tiene unas connotaciones muy diferentes a cuando se dice de una mujer que es una zorra. Es exactamente igual. No es verdad que mueran en España cada año más de 50 mujeres asesinadas por sus parejas o sus ex. Esas noticias son inventadas por los periódicos para desprestigiar a los hombres. Como las mujeres no tienen otra cosa que hacer se entretienen en ir a los juzgados a poner denuncias falsas, que es muy divertido. Y la violación, qué me cuentas, tampoco existe, ni ha existido jamás. Todo esto no es más que una conjura contra los hombres, que si siempre han sido cornudos ahora están también apaleados. Si en las cárceles españolas no hay más que 5.288 mujeres (un 7,5%) frente a un 92,5% de hombres (65.184) según datos del INE 2011 es porque a las mujeres ni las detienen cuando delinquen ni las condenan ni nada, porque son tan malas pécoras que sobornan a los jueces, o les ofrecen sus servicios sexuales, si es que de las tías se puede esperar todo. Existe una conjura internacional para hacer ver que hay violencia contra las mujeres: se dice que en México cada 4 minutos hay una violación, y cada 20 en la India y más de 5.000 anuales en España pero lo que no se dice es que son las mujeres las que se dedican a violar a los hombres, si lo sabrán esas asociaciones de hombres que se defienden de las leyes de género que están tan bien documentadas.

En resumen, los hombres están tan oprimidos que, como decía el Juez Serrano hace unos años, no tienen más remedio que suicidarse. Pero nada, las mujeres —y en especial esas horribles feministas— siguen empeñadas en denunciar una violencia que no existe. Una falsedad tan evidente como que la tierra es redonda. La tierra es cuadrada. Y a ver quién me va a convencer a mí de lo contrario.

Las mujeres y su próstata (9-03-2013)

He pedido hora en el urólogo con urgencia para que me revise la próstata. Yo no sabía que las mujeres tuviéramos tal glándula, pero tampoco sabíamos hasta hace poco que existía la prima de riesgo y ahora nos la encontramos hasta en la sopa. La cuestión es que últimamente veo anuncios publicitarios en diarios serios, menos serios y gratuitos que dicen «Sexo es vida: ¿Eyacuación precoz? ¿problemas de próstata?» ilustrados con la imagen sonriente de una joven mujer que parece estar muy puesta sobre el tema. Pues si ella nos alerta de que hay que revisarse la próstata, a mí a precavida no me gana nadie. Así que ya ven. Esperando la hora con el médico.

Lo que hay que ver y oír. No teníamos bastante con nuestros problemas ováricos, revisiones ginecológicas anuales, dolores menstruales, ingesta de la píldora u otros remedios contraceptivos, furores uterinos, incontinencia urinaria, hemorroides, abortos naturales o provocados, embarazos, partos, lactancia, depresiones post parto, mamografías y un largo etcétera de contingencias femeninas que ahora también tenemos que preocuparnos por la próstata. Que estos anuncios pongan la imagen de una mujer sólo puede significar tres cosas: una ya ha quedado expuesta, que los avances científicos hayan encontrado este nuevo apéndice en la anatomía femenina; dos, que sean las esposas las que controlen, como una mamá responsable, que sus mariditos se hagan revisiones anuales de estos posibles trastornos masculinos. Y tres, y la más plausible, que los publicistas consideren que los hombres son tan idiotas y tarugos que antes de reconocer que tienen problemas de eyacuación precoz o de próstata son capaces de tirarse por un barranco. Y así, convirtiendo un problema masculino en uno femenino, de manera sutil e indirecta hacen que sean las mujeres —una vez más— con su reconocida mano izquierda, las que conduzcan a sus hombres a las revisiones de esas partes bajas que tanto les gusta usar, pero de cuyas posibles disfunciones se avergüenzan y nada quieren saber.

Mozas, hagan como yo. Tomen hora en el urólogo para que les revisen la próstata y manden a sus maridos a tomar ...fanta. ¡¡Y diviértanse!!

La fiera dormida (24-03-2013)

Soy de las que creen que la mayor parte de la gente es buena, pacífica, honesta, que cumple sus obligaciones, que es capaz incluso de levantarse a horas diabólicas para asistir a un trabajo que aborrece pero que le permite vivir con dignidad. Hay excepciones, claro. Como en todo. Pero de la misma manera creo que todas las personas guardamos en nuestro corazón una fiera dormida. Esa fiera descansa la mayor parte del tiempo, pero está ahí, latente, aletargada, a la expectativa. Esa fiera puede despertar y entrar en erupción por cuestiones individuales o colectivas. Por lo que respecta a las individuales que exacerban a la fiera cada cual tiene la responsabilidad de aplacarla, de gestionar sus pasiones de manera que mitigue lo máximo posible el daño que pueda causar a otros o a sí misma.

En cuanto a las razones para despertar la ira colectiva del animal furioso que todos guardamos en lo más profundo de nuestra naturaleza, una de las más importantes es el sentimiento de injusticia, de agravio comparativo, de humillación. Cuando un grupo humano observa que unas aves de rapiña arrasan con los bienes comunes, roban, esquilman, abusan de su autoridad y de la confianza que en ellas se ha depositado, utilizan en su único provecho el lugar en que la gente las ha colocado, defraudan, cobran pensiones o finiquitos millonarios, evaden impuestos, almacenan millones en paraísos fiscales, utilizan el dinero de todos como si fuese suyo, y encima se ríen en nuestras narices, escapan de la acción de la justicia y continúan su vida de lujos y excesos como si no hubiera pasado nada... entonces las cientos, miles, millones de fieras dormidas pueden despertar, alzarse todas a una y como Fuenteovejuna... dar rienda suelta a la rabia acumulada.

Por eso es tan importante que la justicia actúe, que los partidos hagan limpieza, que el gobierno dé explicaciones, que se depuren responsabilidades, que se garanticen los derechos de todos; que nadie, por muy alto que esté, quede impune de aquellos desmanes que haya cometido y que, ante la ausencia del castigo merecido, pueda incrementar el sentimiento de agravio de los demás. Una jauría de fieras humilladas puede caer en la violencia descontrolada, indiscriminada, funesta, terrible, irreparable... Pero si los poderes que tenían la obligación de evitar los agravios (gobiernos, partidos, justicia) miran para otro lado, se inhiben, no responden, no actúan, hacen como si no

pasara nada...o incluso son ellos mismos quienes los infligen ¿quien podrá reprochar el descontrol y la violencia que tal actitud pudiera generar?

Bendita crisis (7-04-2013)

Y digo lo de bendita consciente de todos los dramas que la crisis ha producido: desahucios injustos, trabajadores despedidos, dependientes desatendidos, familias empobrecidas, pedigüños excluidos, jóvenes desesperanzados, futuro incierto. Pese a todos estos problemas, la sociedad ha sido tan fuertemente sacudida y zarandeada por todos los lados que a ver quién va a ser el valiente que se va a atrever a continuar contándole cuentos: vótenos que le vamos a sacar de la crisis, si nos elige a nosotros vamos a crear un millón de empleos, España va bien, aquí no pasa nada. La gente creo —quiero creer— que ha despertado del limbo en el que dormitaba, mecida por los arrullos de la prensa rosa, *los tomates*, *los sálvame*s o *las norias* insustanciales. Bendita crisis porque los medios de comunicación parece que se han dado cuenta de que lo que tienen que hacer es informar de las cosas que importan, de las dificultades cotidianas, investigar en esos parajes donde parecía que no pasaba nada (¿recuerdan el oasis catalán?). ¿Dónde estaban los medios cuando Pascual Maragall dijo aquello del 3% que quedó como si no hubiese dicho nada? Y esto era en 2005, momento en que todos vivíamos narcotizados a ladrillazos... ¿dónde estaban los jueces, que tendrían que haber iniciado investigaciones de oficio? ¿dónde los intelectuales con tribunas y los comentaristas con púlpito? La corrupción masiva a cuyo destape asistimos, estupefactos, ¿es de ahora? Si todos dormíamos el sueño de los justos en los años en que se gestaba la crisis, ahora hemos despertado en medio de una brutal pesadilla. Pues bien, bendita crisis si sirve para que los medios de comunicación vuelvan a dedicarse a lo que deben, a hablar de cosas serias y no a banalidades; bendita crisis si los jueces imputan a todos cuantos hayan podido incurrir en delito monetario, fiscal o de guante blanco sin importar cuán alta sea su cuna. Bendita crisis si los intelectuales y comentaristas dejan de discutir de las bragas de Belén Esteban y analizan y diseccionan los muchos y graves problemas que tiene planteados la sociedad planetaria, internacional, estatal, regional, local o pedánea. Bendita crisis si la sociedad deja de chutarse con telebasura y se in-

forma bien y sale a la calle cuando sea necesario a protestar, a gritar, a pedir, a reivindicar. Hay muchas cosas por las que vale la pena desgañitarse. A ver si Mariano Rajoy y sus ministros se enteran de algo. La inopia en la que vive el presidente y sus secuaces es un insulto a toda la sociedad. Pero eso es materia de otra columna. Bendita crisis si nos ha hecho comprender que la vida no es un anuncio de televisión.

Su belleza, su capital (12-04-2013)

Qué suerte tuvo Marilyn Monroe de morir a los 36 años, en la cúspide de su belleza. Gracias a ello el icono que es permanecerá por los siglos de los siglos. Alguien dirá que a James Dean le ocurrió otro tanto. Cierto, pero ¿dónde va a parar la popularidad de que goza la rubia más seductora con la discreta fama del rebelde sin causa? De hecho, las actrices inmensamente bellas murieron hace mucho tiempo. Brigitte Bardot, aquella mujer creada por dios para perdición de los hombres murió en 1958 cuando protagonizó *En cas de malheur*. Y lo mismo podría decirse de Marlene Dietrich, que murió poco después de 1933, porque ¿quien recuerda algo de lo que hizo después del *Angel Azul* y *El expreso de Shangai*? Ni siquiera su aparición en *Sed de mal* (1958) le devolvió la aureola de Lola-Lola. Y Greta Garbo murió en 1940 después de *Ninotchka*, y Ava Gardner en 1964 después de *La noche de la iguana* y así podríamos seguir indefinidamente con Rita Hayworth, Jane Russell, Audrey Hepburn, Sofía Loren y tantas otras que ya sólo quedan en nuestro recuerdo —aunque algunas vivan todavía— en el esplendor de su belleza. Si Sara Montiel hubiera muerto después de *La Violetera* (1964) habría quedado como un icono de belleza racial, admirada por todos, y se habría ahorrado 50 años de patetismo, arrastrando botox y novios inventados por esas pantallas de dios. Lo mejor que le puede pasar a una actriz cuya belleza es todo su capital es morirse joven. En cambio, ahí tenemos a Sean Connery, que con 83 años aún anuncia la firma Vuitton como un aventurero incansable. O Robert de Niro, que con casi 70 aún gallea a veces con alguna dama. O Jeremy Irons, Jack Nicholson, Bruce Willis, todos ya maduritos, y en cambio encarnando todavía a tíos duros. Eso por no hablar de Paul Newman, trabajando ya ochentón hasta poco antes de morir, o Clint Eastwood que con casi ochenta triunfó con *Gran*

Torino... en fin, la lista sería muy larga. Mientras ellos maduran con dignidad y muestran sus arrugas, sus canas y sus flaccideces con naturalidad, ellas deambulan por las pantallas disimulando apenas la silicona de los labios o intentando que no se vean los estragos del *lifting*. Si para las mujeres en general está prohibido envejecer, para las actrices y famosas es, literalmente, mortal, pues a la que una actriz deja de tener la piel tersa y el busto erguido siempre habrá una más joven, más guapa, más maciza y más dispuesta a enseñar sus encantos para sustituirla. Mientras lo único que se valore de las mujeres sea la belleza, lo mejor que le puede pasar a todas aquellas que pretendan pasar a la posteridad es imitar a Marilyn. Efectivo, barato y definitivo.

Despelote transgresor (26-04-2013)

Hace tiempo que sigo las actividades del grupo Femen, pero no he querido escribir sobre el tema porque tenía sentimientos encontrados: por una parte, me parecía interesante que esas mujeres lograran captar la atención de los medios, y a través de ellos los de la sociedad; pero, por otra parte, mis prejuicios de mujer feminista madura me limitaban a la hora de aceptar el desnudo como una forma de lucha. Creo que ahora lo tengo más claro: ¿Qué es lo más transgresor en el islam y en muchos países de su entorno? Mostrar el cuerpo: pues benditas sean las mujeres que se atreven a ello. En occidente las mujeres están casi obligadas a desnudarse, de tal manera que aquí deberíamos hacer una manifestación vestidas con burka. Así sí que llamaríamos la atención. Pues si nos trasladamos a países donde los hombres mantienen un fuerte control sobre los cuerpos de «sus» mujeres, desprenderse de la ropa es una manera de enfrentarse a su poder. A fin de cuentas, esas mujeres que protestan despelotándose no lo hacen —o al menos no me lo parece— por exhibicionismo o por lucir el tipo o excitar sexualmente a la concurrencia. Si lo que más puede molestar a los hombres de sus países es que las mujeres se desnuden, pues a desnudarse tocan. Fuera togas, niqabs, hiyabs, pañuelos, refajos, corsés ¿no quemábamos los sostenes las mujeres de los años setenta? Si mostrar el cuerpo al desnudo, adornado con grafittis en los que las mujeres reivindican su libertad puede ayudarlas a liberarse de las cadenas patriarcales, ¿con qué derecho vamos a censurar ese activismo lúdico tan eficaz como inofensivo?

Seguramente a muchos hombres les encanta ver los cuerpos de las mujeres ajenas, de las pecadoras occidentales que no tienen pudor, pero deben rabiar como perros cuando son las suyas, tan envueltas en sus rebozos, las que deciden desprenderse de sus ropajes, tan pesados y oscuros, y decirle al mundo que ellas también tienen un cuerpo que les pertenece. Como decíamos en mis tiempos mozos, con velo o sin velo nos toman el pelo. Pues que sean ellos los que se ofendan cuando cada día más mujeres decidan desprenderse de la cárcel que en muchos países puede representar un simple trozo de tela.

Los tontos del pueblo (30-04-2013)

Los miembros de este gobierno son como los tontos del pueblo: personas a las que todo el mundo les deja decir lo que les dé la gana porque ya se sabe que no rigen bien. A nadie en sus cabales se le ocurre llevar la contraria a un idiota, no sea que se mosquee y te dé una coza, te pegue una hostia o te eche un escupitajo. Con personas con sus capacidades mentales mermadas todo el mundo se hace el desentendido. Pues con el gobierno (y en general con los responsables políticos) pasa igual: están echando un pulso a ver quién dice la majadería más grande. Yo digo que qué buena noticia es que los jóvenes mejor preparados tengan que emigrar. Pues yo tengo una noticia mejor, adelanta el otro, ya superamos los 6.000.000 millones de parados, yupii. Vaya, y ahora ¿qué hago yo para superar el listón? se pregunta un tercero: pues estropear la ley del aborto, que parece que hasta el momento funcionaba bien. Ji, ji, esto de ver quién hace o dice el disparate más gordo es muy divertido.

«Pues los escraches son fascismo puro», tercia la repelente niña vicente para llamar la atención, que ella lo sabe de cuando estuvo internada en Mauthausen.. aunque para expectación la que generó su compañera con aquello de «no hay mejor medicina que la que cura las enfermedades».... un pensamiento filosófico de gran calado que ya expresó una niña de 6 años en un programa de televisión cuando observó que la peor enfermedad es morir... y así, tacita a tacita, como un coro de oligofrénicos, van lanzando cada uno a su manera lo que mi madre hubiera denominado *destartalos*. Todo bajo la mirada inexpresiva y el silencio mortecino del Tonto Mayor, que, para acabarlo

de rematar, se querella contra un periódico que se chiva de las travesuras que todos ellos han estado cometiendo durante años.

La diferencia entre los tontos del pueblo y los miembros del gobierno es que, para desgracia nuestra, los primeros no suelen tener a su cargo la llave de la caja fuerte, ni la responsabilidad de repartir las cartas, ni la de representarnos ante nuestros vecinos. ¿Cuánto tiempo podremos aguantar sin rechistar ante los dislates que día sí día también van soltando nuestros tontos del pueblo? Pues cuando se nos acabe la santa paciencia que se nos aconseja y aunque sea con la mano floja les contestemos, cual Ruíz Mateos... ¡que te pego, leche!

Las femi-nazis (4-06-2013)

Gracias a este Dios al que apelan todos cuantos ponen por delante la vida del *nasciturus* antes que la de la persona que lo ha concebido, el caso de *Beatriz*, la joven salvadoreña, se ha resuelto con una cesárea, una operación que ha revelado que el bebé era inviable fuera del seno materno. Pero ¿qué importa eso? Quienes defienden el derecho a la vida de los no-nacidos no van a aceptar nunca las opiniones de los que pensamos que primero hay que garantizar la vida y los derechos de los que ya estamos aquí. Por eso es inútil entrar en discusiones bizantinas y no soy yo quien va a intentar convencer a nadie. Soy una de esas a las que muchos tildan ahora de «femi-nazi» porque defendemos el derecho de las mujeres a decidir sobre su propio cuerpo; porque ponemos por delante la vida de las mujeres y sus deseos, aunque ello contradiga los deseos y aspiraciones de los hombres; porque decimos que los hombres han gozado de privilegios a los que de ahora en adelante van a tener que renunciar; porque creemos que la violencia de género es una práctica social tolerada a la que muchos representantes del género masculino creen haber tenido —y creen tener— derecho a utilizar como parte de sus prerrogativas. Nunca los hombres se habían sentido concernidos como grupo, porque han representado *el todo, la humanidad*, mientras las mujeres han sido sólo *una parte*. Pero ahora que el feminismo se ha extendido; ahora que sus postulados son asumidos por una gran mayoría de mujeres en todo el mundo, aunque no se denominen feministas... ahora que los hombres son señalados como colec-

tivo, como una parte de la sociedad y no como toda la sociedad entera... ahora se sienten amenazados porque las mujeres ya no les consideran superiores, ni les rinden pleitesía, ni los necesitan para sobrevivir ni para darles un nombre o una posición. Ahora las mujeres quieren mantener relaciones de igualdad, donde no sean más pero tampoco menos. Y para socavar este nuevo estado de conciencia de las mujeres nada mejor que inventar ese fantasma de las femi-nazis, que no es más que otro patético intento de no aceptar lo inevitable. Somos muchas las femi-nazis que ostentamos con orgullo tal título, y por mucho que nos insulten no nos vamos a dejar amedrentar.

Mujeres, negras y prostitutas (5-06-2013)

O sea, el último escalón de la pirámide social, las personas más vilipendiadas, odiadas, humilladas, despreciadas y violentadas. Mujeres fuertes, luchadoras, que son capaces de lo que sea para sacar adelante su familia, su vida, sus proyectos. Mujeres negras que aún llevan sobre sus espaldas el ignominioso recuerdo de la esclavitud, aunque nuestra sociedad, que se considera tan moderna, quiera hacer creer que no importa el color de la piel. Mujeres negras y prostitutas, que se rebelan contra el estigma que las ha perseguido y reclaman justicia en nombre de Ada contra un tipo que, como tantos otros, cree tener derecho a violar, torturar, apalear o asesinar. Ya han salido las típicas voces de aquellos que dicen que era un loco, que estaba mal de la cabeza, que era un iluminado, todo con tal de no aceptar que la violencia de género subyace en este y en otros episodios. 22 mujeres ya han sido asesinadas este año en España por otros tantos supuestos *locos*. Esta violencia que se ejerce contra las mujeres, pero especialmente contra las más vulnerables, muchas de ellas sin papeles, con las familias lejos, en muchos casos vigiladas por proxenetas que viven a su costa.

Ya lo he dicho en otras ocasiones, no seré yo quien defienda la prostitución, esa actividad que mercantiliza la sexualidad en beneficio de los varones que no saben, no quieren o no pueden establecer otro tipo de relaciones sexuales que no sea mediante pago. Pero respeto profundamente a las prostitutas, con las que me solidarizo, a las que apoyo en sus reivindicaciones y a las que deseo

puedan tener una vida digna. Si esas mujeres, negras y prostitutas han elegido ejercer la prostitución, todo mi respeto. Si no lo han elegido, toda mi comprensión. En un caso o en otro, también reclamo justicia para Ada, porque como mujer, como negra y como prostituta tenía todo el derecho a vivir. Basta ya de violencia contra las mujeres, blancas o negras, musulmanas o cristianas, coptas o *hare krishna*. Basta ya de supuestos locos y de aquellos que los justifican. 22 locos son muchos locos, y si están locos ¿por qué andan sueltos?

Un derecho más, un pelo menos (15-06-2013)

Sí, a las mujeres nos ha salido muy cara la obtención de nuestros derechos, y aunque parezca mentira, la consecución de estos derechos es inversamente proporcional a la pérdida de pelo. Me explico. Seguramente a ninguna de ustedes les sorprenderá si les digo que hace mucho tiempo el cuerpo femenino estaba —como el masculino— cubierto de pelo y no sólo en la cabeza. Había abundante pilosidad en las axilas, en las piernas, las ingles y no digamos en el llamado monte de venus. Una buena mata de pelo en la cabeza preludiaba una generosidad capilar en otras partes más ocultas del cuerpo, lo que hacía hervir las feromonas de unos y otras. Pero luego llegó la lucha por la igualdad, y pareciera que cada reconocimiento legal tenía que ir acompañado con un recorte piloso. Las mujeres se raparon a *lo garçon*, y dejaron de tener que cepillar aquellas interminables trenzas y rodetes que les daba la apariencia de la Dama de Elche, o de la más reciente princesa Leia en la *Guerra de las Galaxias*. Pero después llegaron más derechos cívicos, y se tradujo en un recorte del vello de los sobacos. Cada dos por tres había que pasarse la maquinilla, primero, o ir al suplicio de la cera las más osadas e intrépidas, después. Levantar los brazos y mostrar unas axilas pilosas te convertía en unaapestada, una mujer dejada en la que no se podía confiar. Pero la guerra contra el pelo no se quedó ahí, sino que empezó a bajar peligrosamente por el cuerpo, empezando por las pantorrillas. Pero como los derechos a conseguir eran muchos había que seguir pagando tributos, que subieron amenazadores por los muslos, las nalgas hasta llegar a las ingles. ¡Dios santo, las ingles! Todavía me acuerdo de la feliz María José Cantudo enseñando sin rubor su césped público en *La trastienda* (1975) o incluso Ruth Gabriel su abundante alfombra en *Días*

contados (1994). Pero la plena adquisición de derechos arrasó con el resto de pelo que nos quedaba, y así hace ya unos años que la moda es esquilmarse completamente el cuerpo de excrecencias pilosas. Y así hemos llegado a la situación de que los derechos femeninos nos han dejado calvas. Nuestra plena conversión legal en seres humanos nos ha convertido en muñecas hinchables, lustrosas, relucientes, impolutas. ¿Habremos pagado con nuestros pelos el tributo de nuestra libertad? ¿O tanto vello perdido no habrá hecho más que convertirnos en esclavas de la foto depilación? No os preocupéis, queridas. Acabo de leer que se puede repoblar el pubis injertando el pelo de la nuca... Podemos volver a tener pelo en el coño al precio de tener que perderlo de la cabeza ¡Para ese viaje no necesitábamos alforjas!

Menos reinas y más ciudadanas (12-07-2013)

Esa es la conclusión a la que llego en mi nuevo libro *De reinas a ciudadanas. Medios de comunicación ¿motor o rémora para la igualdad?* que acabo de publicar en la editorial Aresta. En este libro recojo casi todo lo que he pensado (que con las neuronas que me quedan creo que no es mucho) desde que publiqué *Mujeres de papel. De Hola a Vogue, la prensa femenina en la actualidad*. Era 1990 y yo era una joven aspirante a llevar una respetable vida académica. Aquel primer libro de ensayo, modestia aparte, es hoy día citado como una referencia ineludible para todas aquellas personas que quieran abordar el tema de la prensa para mujeres o, como yo le llamo, el discurso de lo privado. Han pasado veintitrés años, ya no soy tan joven, pero sí creo que soy un poco menos arrogante y un poco más sabia. En estas dos décadas he continuado reflexionando sobre el tema, y este último libro recoge casi todo lo que sé del tema.

Abordo el tratamiento que la prensa diaria otorga a las mujeres, que suele ser insuficiente, estereotipado, asimétrico respecto a los hombres, cursi y en no pocas ocasiones, discriminatorio y peyorativo. A título de ejemplo, ¿como olvidar un titular tan ofensivo como «La final de las arrugas» para hablar de un partido de tenis protagonizado por dos mujeres tenistas que no pasaban de los 30 años? Ese es solo un ejemplo entre multitud de reinas repetitivas y machaconas, de sirenas de agua dulce, de viudas negras amenazadoras, de

damas de hierro impacables, de niñas caprichosas, de mujeres volubles y manirrotas, de chicas exuberantes...

La otra cara de la información diaria está representada por las revistas para mujeres, a las que yo creo que hay que dejar de llamar femeninas para denominarlas «de estilo de vida». Estas publicaciones elevan hasta el delirio el culto al cuerpo, el consumismo más desorbitado, la idea de que el paso del tiempo está en nuestras manos y nuestra apariencia en las de la cirugía plástica, que se presenta como la panacea al menor defecto. Esta idea, además, se vende como inocua. Cada cual puede modelar su cuerpo a voluntad. Como si entrar en el quirófano fuese ir de fin de semana a un Spa.

Hablo también de la radio, ese medio tradicionalmente querido por las mujeres pero que últimamente las ha traicionado, un poco, y también de la televisión, el centro de la mayoría de los hogares. Finalizo con un recorrido histórico por los orígenes de la publicidad desde 1930 hasta la actualidad, y cómo se ha fabricado la idea machacona y repetitiva de que las mujeres han de basar su autoestima en ser jóvenes y bellas.

He puesto todo mi cariño en este libro y espero que pueda ser útil a las mujeres, a lo hombres y a la sociedad en general.

Burka poliédrico (21-07-2013)

La realidad siempre es mucho más compleja de lo que parece. Estamos habituados a pensamientos sencillos, frases hechas, tópicos, encasillamientos o clichés, de tal manera que no resulta fácil, en ocasiones, manifestar un pensamiento original. Como mujer occidental me horroriza la idea de ir por la calle emboscada en un *burka*, una de esas prendas que dejan sólo una rejilla a la altura de los ojos, y que es de casi obligado cumplimiento en Afganistán y otros países árabes. Y, sin embargo, no estoy segura de que lo mejor sea prohibir su uso entre las pocas, poquísimas mujeres que en nuestras ciudades y pueblos, suelen vestirlo. De hecho, en Barcelona no he visto nunca un *burka* auténtico. Sí he visto algunas mujeres vistiendo *niqabs*, que es casi tan aparatoso como el *burka* pero sin rejilla. Es una prenda negra que tapa totalmente el cuerpo

femenino pero deja visible los ojos. En las grandes ciudades lo suelen llevar ciudadanas egipcias, muchas de ellas asiduas compradoras de El Corte Inglés y boutiques de lujo, bajo cuyo manto negro se adivina un tejano desgastado y unas zapatillas deportivas. No sé de cuántas mujeres estamos hablando, pero en España las ciudadanas que lo llevan son, desde luego, una minoría. ¿Qué hacer? ¿Una ley que lo prohíba? ¿Es necesaria? ¿Bajo qué criterios?

Según la ley del Parlamento catalán, las razones son básicamente de «seguridad», pero a mí me parece que eso es un subterfugio comprensible ante una práctica inquietante para la mirada occidental. Creo que el uso del *burka-niqab* obedece a una práctica atávica pero que, de momento, no reviste tanta gravedad como para considerar que tras esas prendas puedan ocultarse personas amenazadoras. Más que una ley, lo que las mujeres que lo llevan necesitan —las residentes habituales, no las turistas ocasionales, que por mí como si se visten de lagarteranas— es pedagogía, comprensión, mediación, reconocimiento, acogida, compañía. El *burka* o el *niqab* es una cárcel para la mujer. Un hábito monstruoso que oculta su cuerpo, le resta movimientos, la convierte en un fantasma oscuro que se desplaza con dificultad, sólo para que su cuerpo no sea expuesto en público, no vaya a ser que provoque la concupiscencia de los hombres que la contemplen.

Cuando se invoca el derecho a la libertad individual para justificar prácticas infames (ya sea la prostitución, ya sea la drogadicción, ya sea la ablación de clítoris o vestir el *burka*) suelo responder que las personas tienen tanto derecho a hacer todas esas cosas como a tirarse desde un séptimo piso, y sin embargo no alentamos a que el personal se suicide (aunque todo se andará). Yo no creo que una ley que prohíba el *burka* sea la solución a esta práctica ancestral, pero en aras de la libertad individual tampoco estoy dispuesta a reclamar el derecho de las mujeres a vivir en una prisión.

Tragedias y afectos familiares (30-07-2013)

Las tragedias como la ocurrida en Galicia nos conmueven porque nos recuerdan que todos somos mortales, pero también nos alivian al sentir que, esta vez, no nos ha tocado a nosotros. Más allá de lamentar la irreparable pérdida de 79

vidas humanas, un accidente así me hace pensar en cómo hace aflorar los sentimientos familiares. Las familias, destrozadas, acuden con prontitud desde cualquier punto geográfico para interesarse por la suerte de los suyos. Y es natural. Ponerse en la piel de esas personas que, sin comerlo ni beberlo, se encuentran de pronto con que un miembro de su familia —hijo, madre, padre, tía, sobrina, prima, etc.— ha podido sucumbir a la catástrofe debe ser atroz.

Es curioso, no obstante, que en estos momentos no se perciban rencillas o desavenencias familiares. En todos los casos las familias afectadas cierran filas y emprenden una cruzada en pos de ese ser querido que puede haber perecido o del cual no sabemos nada. Todos los núcleos familiares se ven sólidos, solidarios, amorosos, bien avenidos. Claro que es muy posible que en ese tren viajasen ciudadanos intachables, generosos, desprendidos, excelsos cuyas familias, como una piña, desconozcan los sinsabores de la incompreensión, las trifulcas, las riñas, los gritos, la desconfianza, la deslealtad... en definitiva, los estragos de los numerosos problemas que jalonan la vida cotidiana de la ciudadanía. O quizá es que en esos momentos de confusión las enemistades quedan en suspenso, los odios aparcados, las envidias levitando, y todas las amarguras pasadas volatilizadas para dar paso a la cara luminosa de nuestro deudo.

No sé, cuando miro las cifras de separaciones anuales, los problemas con los hijos, las discusiones en las parejas, la incomunicación familiar, y las comparo con la respuesta que observo cuando ocurre una catástrofe como la de Santiago no puedo dejar de preguntarme... si las familias están tan bien avenidas ¿cómo es que hay tanta gente tan infeliz?

Acabemos con el feminismo de una puta vez (9-08-2013)

De vez en cuando aparecen sesudos ensayos de prestigiosas intelectuales o novelistas famosas que nos traen la buena nueva, a saber: que la biología es la que dicta las conductas de hombres y mujeres (Nancy Huston) o que el erotismo es el único capital al alcance de las mujeres (Catherine Hakim), lo cual viene a ser como si el mejor cocinero del mundo comunicara al universo que ha inventado la sopa de ajo. ¿Por qué será que cuando la lucha de las mujeres se hace más difícil, cuando el patriarcado está más enconado, cuando

hay una regresión ideológica que cuestiona las conquistas femeninas que a duras penas pueden mantenerse es cuando aparecen libros o ensayos que, como el *Varón domado* de los años 70, vienen a decirnos que hagamos lo que hagamos, luchemos lo que luchemos, nos pongamos como nos pongamos, las mujeres siempre seremos el segundo sexo, aquellas que siempre tendrán que lograr con subterfugios y malas artes (las sobadas «armas de mujer») lo que la naturaleza nos ha escatimado.

Lo más desolador de todo es que estas aportaciones vienen sobre todo de prodigiosas mentes femeninas, académicas, profesoras, literatas, algunas de ellas incluso viejas feministas reconvertidas en furibundas misóginas. ¡Qué flaco favor hacen estas luminarias a todas las mujeres del mundo! Desde sus acolchadas poltronas docentes o desde sus grandes despachos de catedráticas, con sus buenos sueldos vitalicios y sus luminosas residencias, desde la suficiencia que les ha dado la autonomía e independencia laboral que han conseguido, pontifican y aleccionan al resto de las neófitas que para qué van a esforzarse, que no vale la pena, que despejen el campo —así se reduciría el paro masculino a la mitad—, que se dediquen a emperifollarse, a hacerse la cirugía estética y a hacer un buen matrimonio que las catapulte al éxito, pues por más que se deslomen como burras, su destino está escrito, ya que su único capital está entre las piernas, y es, según estas lumbreras, lo único que pueden ofrecer al mejor postor.

¡Qué pena me dan estas mujeres que disfrutan hundiendo en la miseria a otras mujeres, que desvalorizan sus logros, que minusvaloran sus aspiraciones, que cercenan sus alas apenas desplegadas! Con la cantidad de mujeres mutiladas que hay en el mundo, explotadas como esclavas, casadas en la niñez, vendidas por sus familias, violadas por esposos que le triplican la edad, encerradas en burdeles, maltratadas por las leyes, desfiguradas por crímenes de honor. Con la cantidad de mujeres que alimentan a sus familias, que trabajan por sueldos miserables, que luchan por su dignidad, que se levantan cada día con la ilusión y la esperanza de llegar a ser unas ciudadanas de primera.

Pues nada, llegan estas sabiondas, se alinean con lo más retrógrado del pensamiento conservador... y hacen retroceder la emancipación femenina unas cuantas décadas más. ¡Como me gustaría verlas en el paro y que sus maridos las pasearan atadas por el collar!

El monstruo y los demás (11-08-2013)

Leo que los españoles se consideran a sí mismos personas serias y decentes (74%) pero no así al país (54%). Me sorprende esta diferencia de porcentaje (20 puntos) lo que viene a querer decir que cuando nos definimos a nosotros mismos nos vemos mejor que cuando tenemos que hablar de los demás. Sin embargo, no hay razones para suponer que uno mismo es de mejor catadura moral que el vecino. ¿Por qué será que nos cuesta tanto ver la viga en el ojo propio cuando tan fácil es ver la paja en el ajeno? Creo que, por la ambigüedad y ambivalencia del ser humano, al que tan poco le gusta admitir sus propias contradicciones, dificultades, problemas, etc. Y cuando algún acontecimiento nos sacude y nos pone ante los ojos la maldad que todos compartimos, vienen rápidamente en nuestro auxilio los medios de comunicación para tranquilizarnos.

Y así, de los individuos que por diversas razones —que habría que analizar a fondo, y que por casualidad son hombres la mayor parte de las veces— surge a la superficie la podredumbre acumulada, se construye «el monstruo» que sirve para devolvernos la inocencia a todos los demás. No importa si es el monstruo de Amstetten, el de Cleveland, el de Marruecos o el de la vecina Castellldans. Todos ellos tienen la virtud de atraer hacia sí la basura que los vecinos decentes no queremos ver. Y así, nadie se enteró de que Josef Fritzl mantuvo secuestrada a su hija 24 años durante los cuales engendró con ella 6 hijos, ni que Ariel Castro torturaba a tres jóvenes en una soleada terraza en la ciudad de Cleveland, ni que Daniel Galván violaba a niños y niñas de un pueblo marroquí, a las que en algún caso obligaban a casar con el agresor para tapar la deshonor; como tampoco nadie supo nunca que el presunto pederasta de Castellldans, David Donet, acogía en su casa a menores tutelados de los que abusaba en lo que consistía, según lo publicado, un secreto a voces.

¿Por qué, pues, nos escandalizamos tanto cuando se desvela cualquiera de estas actitudes depravadas? Porque nos sirve para proyectar aquella parte oscura que todos nosotros llevamos y que nos empeñamos en ocultar. Todos tenemos un Dr. Jekyll y un Mr. Hyde en nuestro interior. Quizá no sea tan virulento como los casos extremos que salen a la luz, pero haberlo, haylo. Sólo que lo encerramos bajo siete llaves en el desván para no tenerlo que tratar.

Preferimos pensar que es como «el buen vecino», ese que al final se descubre que es un descuartizador.

Hay que sacar a la luz esa parte oscura que se agazapa en cada uno de nosotros —y más si cabe, los varones— porque sólo mirándola a los ojos la podremos desactivar. Si no lo hacemos, más pronto o más tarde, el Dr. Hyde interno nos devorará.

Ser y parecer (8-09-2013)

Rajoy esperaba como agua de mayo que Madrid fuese designada capital olímpica para 2020. Todos los cargos se aferraban a esta idea con la intención de diluir, al calor de la ilusión de unos futuros Juegos, toda la podredumbre económica y moral que han sembrado en estos últimos 10 años. ¡Pues toma candidatura! Supongo que las razones del COI para elegir Tokio (pese al recuerdo del tsunami y la actividad de Fukushima) serán diversas y difíciles de desentrañar. Pero quizá pudiera ser que España no ha generado la suficiente confianza ni credibilidad como país para encargarle la organización de tal evento. ¿Para que unos cuantos mangantes se repartan las comisiones por la ejecución de las obras que queden por realizar? ¿Para que cuatro chorizos engrosen sus cuentas en Suiza o se construyan sus palacetes? De aquellos polvos estos lodos.

Un país —como una persona— no sólo tiene que parecerlo, sino serlo (demos la vuelta a la vieja y ominosa frase sobre la mujer del César). Un país se gana el respeto y la credibilidad cuando sus dirigentes dimiten cuando han cometido faltas, cuando hay transparencia en las decisiones, cuando no se espía a los demás para jugar con ventaja, cuando se asumen las responsabilidades y se rinde cuentas de la gestión. Todos los dirigentes que estaban en Argentina —empezando por Ignacio González y acabando por el propio presidente del Gobierno— todos están bajo sospecha. El que no ha cobrado sobresueldos ha espiado a sus oponentes, e incluso a sus correligionarios; el que no ha evadido impuestos ha defraudado a hacienda. El que no ha mentido ha ocultado o destruido pruebas de delito.... ¿Y a esta gentuza le vamos a encargar la organización de unos Juegos? Puede

que tampoco el COI sea un comité demasiado transparente, pero tenía que decidir... y ha decidido.

Mucha gente vive aparentando, y de esa manera creen engañar a los demás. Si la mayor parte de la ciudadanía de este país no cree en la inocencia ni en la honorabilidad de sus dirigentes ¿por qué tendrían que creer a nivel internacional? Gánense el respeto. Asuman sus responsabilidades. No mientan. Afronten las consecuencias de sus actos. Cuando el país haya recuperado la dignidad y pueda presentarse ante el mundo con la cabeza bien alta... quizá entonces ni siquiera sea necesario recurrir a organizar unos Juegos para desviar la atención de las cosas que realmente importan. La corrupción no debe quedar oculta bajo los brillos y luminarias del olimpismo.

Manda «güevos» con la RAE (3-10-2013)

Sí, la Real Academia Española de la Lengua homenajea sus 300 años de existencia como sabe hacerlo.... con un anuncio tan rancio y zafio como la misma Institución que lo patrocina. ¿Qué se puede esperar de esta entidad que vetó la entrada de Gertrudis Gómez de Avellaneda en 1854, que no aceptó a María Moliner en 1972 y que después de 300 años de existencia solo Carmen Conde pudo entrar ¡en 1978! y todavía en 2013 cuenta con siete mujeres entre sus 43 miembros? Pero es que, además, en la Academia por lo visto aún tienen numeradas las perchas para el sombrero y el abrigo cuyos numerarios van corriendo conforme van desapareciendo, y se hablan de Usted y casi se hacen reverencias cuando se encuentran.

Más que sexista, el anuncio es antiguo, anacrónico, feo e insípido. Si al menos tuviera sentido del humor. Pero no. La situación descrita tiene lugar en la cocina, con una madre «incurta» y casi analfabeta que equivoca las palabras. La queja es, como siempre, por la limpieza, que le toca a ella... antes de que llegue EL PADRE, por lo visto la gran autoridad de la casa, la gran amenaza para el niño díscolo.

Y gracias a esa Academia retrógrada, que aún mantiene entre sus definiciones que un «huérfano» es «una persona de menor edad, a quien se le han

muerto el padre y la madre o uno de los dos, **especialmente el padre**» (RAE), esa mujer joven obsesionada por la limpieza, anclada en el siglo XIX, como si en España no hubiera pasado el tiempo, como si las mujeres no estudiasen, ni fuesen capaz de hablar con corrección, gracias como digo al Diccionario de la Real Academia, y recurriendo al viejo tópico de «limpia, fija y da esplendor» la vemos hablar más que con corrección con petulancia.

¡Que Dios nos coja confesados si de tan vetusta institución tenemos que esperar un poco de modernidad en el uso de la lengua! Pues casi que prefiero a la mujer de la primera parte del anuncio, con sus *florescientes* y sus ¡pero niño! antes que a la redicha y remilgada que aparece en la segunda. Que la Real Academia no haya encontrado mejor parecido para su diccionario que un paquete de polvos de lavar dice mucho de sus ilustres miembros. ¿Habrán dicho algo las siete *miembras* al ver el spot? ¿O las tienen entretenidas en la cocina? ¡Manda güevos!

Paraísos sexuales ficticios (30-10-2013)

Hace unos días vi la película austríaca *Paraíso: Amor* de Ulrich Seidl. La cinta es tan real como la vida misma, sin adornos ni azúcar: una mujer madura, con sobrepeso y de senos caídos, que viaja a Kenya con la un tanto pueril pretensión de encontrar el Amor, aunque lo que encuentra es, como no podía ser de otra manera, sexo... y ni siquiera demasiado satisfactorio. El turismo sexual protagonizado por mujeres ya tuvo una primera aproximación con la película *Hacia el sur*, de Laurent Cantet, que también sitúa dos mujeres que buscan sexo en la paupérrima Haití, antes del terremoto de 2010. *Paraíso: Amor* es una gran metáfora de la situación entre ese Norte blanco despilfarrador y esos países del Sur sumidos en la miseria, separados por una débil cuerda de esparto (léase mar u océano).

Lo que me interesa destacar en este comentario es la diferencia entre las mujeres y los hombres que buscan sexo (pagado) y también la consideración que se tiene de quien lo ofrece. Los jóvenes negros de Kenya no son «prostitutos», no tienen un oficio específico ni están dedicados especialmente a ello: hacen lo que sea con tal de conseguir dinero, desde vender un collar, hacer de

moto-taxista para turistas u ofrecer ese sexo exótico (o no tanto) que algunas mujeres blancas solicitan, no sin gran diferencia a como un hombre solicitaría los servicios de una prostituta.

Teresa, entre ingenua, paternalista y seguramente con el sentimiento de culpa de los ricos, cree que los jóvenes negros la van a amar por lo que es, aunque queda patente que la primera que tiene que amarse es ella misma, tan consciente de su falta de atractivo, de sus kilos de más y de sus pechos caídos. Si queda algo claro en la película es que el sexo pagado no es el sistema de donde va a venir la satisfacción de esa necesidad de ser amados que todos albergamos. Si para los hombres pagar los servicios de una prostituta (me gustaría saber cómo se habría representado en el caso de que fuese un hombre el que va a Kenya a hacer turismo sexual) ha sido suficiente durante milenios, queda claro que para las mujeres no lo es. Y que el hecho de que ahora sean las mujeres las que pueden recurrir al sexo pagando no enaltece ni dignifica la triste condición de quien tiene que alquilar su cuerpo y aceptar cualquier vejación para sobrevivir. Mucha gente cree que la igualdad es imitar lo peor que ha inventado el sistema patriarcal. Conmigo que no cuenten.

¿Derechos para avanzar o para retroceder? (1-11-2013)

En una sociedad global cada vez más individualista casi todo se está convirtiendo en una cuestión personal. La ideología que le da cobertura es «la protección del derecho individual». Y en verdad que hay muchas cosas positivas en el reconocimiento de los derechos personales. Por supuesto que hay que garantizar que cada persona pueda hacer, elegir, optar por aquellos valores humanos con los que mejor se identifica. Que pueda gestionar su vida de la manera que mejor le convenga, que, en definitiva, no tenga que rendir cuentas de sus acciones... siempre que no perjudiquen a otro o lesione derechos adquiridos tiempo ha.

Ahora bien, bajo este paraguas del derecho individual se guarecen aspectos tan diversos y contradictorios como: el derecho a mi propio cuerpo, el derecho a prostituirme, a ir de putas, el derecho a llevar velo o a exhibirme

desnuda, a alquilar mi útero, a venderme como esclava, a tirarme desde un quinto piso. En fin, cualquier cosa que pueda ser objeto de deseo de un individuo. La pregunta es ¿todos los derechos nos ayudan a avanzar o algunos de ellos lo que hacen es arrinconar las conquistas conseguidas tras años o siglos de lucha? Naturalmente, el problema es muy complejo, porque es evidente que hay que conciliar los derechos individuales con los colectivos. Cuando cualquier cuestión se haya transformado en un asunto personal ¿cómo vamos a resolver los problemas sociales? Por definición, un problema es social cuando puede ser abordado colectivamente.

La tendencia, sin embargo, es a diluir lo colectivo de tal manera que quede reducido a un «que cada palo aguante su vela». El individuo capaz de actuar aisladamente, en soledad, sin necesidad de sus semejantes. Para mí que esta es una tendencia peligrosísima que puede dar al traste con todas las conquistas sociales que ha costado tanto obtener. Hay algunas cuestiones que van más allá de la voluntad individual y que es necesario preservar colectivamente, para que todos, y no sólo uno a uno, podamos gozar de las mejoras sociales; las mujeres, especialmente, tenemos que estar muy atentas para que no nos vendan la moto y con el precio de la libertad individual estemos comprando, de nuevo, nuestras cadenas.

Las mujeres sostienen el mundo (10-11-2013)

No es un halago gratuito. Lo digo tal y como lo pienso. Hace un rato, durante mi paseo dominical, me he visto rodeada de cientos, quizá miles de mujeres embutidas todas ellas en una camiseta rosa, recién terminada la «Carrera de la Mujer» un acontecimiento lúdico y altruista que se celebra cada año en numerosas ciudades españolas para luchar contra el cáncer de mama y que este domingo, 10 de noviembre, se ha celebrado en Barcelona. De pronto me he visto inmersa en una marea formada por mujeres de todas las edades: niñas, adolescentes, jóvenes, adultas, ancianas; mujeres diversas: rellenitas, con canas, con arrugas, con michelines, esbeltas, altas, bajas, guapas, menos guapas, mujeres de verdad. Y todas risueñas, con la satisfacción que da el haber participado en una buena causa.

Acabada la carrera, que yo, perra como soy, ni siquiera he iniciado, el rosa se ha extendido por toda la avenida y junto a él una energía, una vitalidad, una alegría de vivir como hacía mucho tiempo no percibía. Desde un escenario unos chicos y chicas incitaban a las mujeres congregadas a hacer aeróbic, y allí las tienes a todas, amontonadas, sudorosas, fraternales, solidarias moviendo el esqueleto y haciendo cada una lo que puede.

La sensación que he experimentado ha sido la misma de cuando las feministas de los años 80 nos reuníamos en las manifestaciones callejeras o las fiestas posteriores, donde nos hermanábamos en nuestras diferencias y bailábamos o cantábamos con una única voz. Puede que no todas las mujeres reunidas hoy en las fuentes de Montjuic fuesen feministas; no importa, aquel espíritu se ha extendido y esas miles de mujeres danzan y brincan juntas, observadas por algunos hombres que las miran quizá con envidia, algunos con simpatía, otros con estupor. ¿Qué hacen todas estas mujeres bailando? parecen preguntarse, mientras algunos acompañan a sus mujeres o toman fotografías para justificar su presencia.

Esas mujeres, y muchas otras como ellas, son las que sostienen el mundo. Las que lo hacen tolerable. Las que ayudan a avanzar. Las que en medio de las dificultades, la crisis, el paro, las contrariedades que jalonan nuestra existencia, todavía encuentran una buena causa para enfundarse una camiseta rosa y ponerse a correr. O a bailar. Eso son mujeres reales, y no las que nos observan sin ver en los anuncios o las vallas publicitarias de cualquier ciudad.

Predisposición para morir (3-12-2013)

Me postro ante la infinita sabiduría de los forenses que han escrito el informe final de las causas de la muerte de Juan Andrés Benítez, el empresario barcelonés que falleció tras «ser reducido por los Mossos» como se ha presentado en la mayoría de las informaciones periodísticas. De lo que he leído en la prensa —que puede ser tendencioso, pos supuesto—, se deduce que el vecino del Raval tenía demasiadas razones para morir.

Hasta yo, que soy una negada para la ciencia médica, puedo establecer una concatenación de causas y efectos hasta llegar a escribir un informe impecable.

ble de un caso como el que sigue: un individuo se cae desde un quinto piso, pongamos por caso, pero después de sesudos análisis llego a la conclusión de que hay que tener en cuenta que el individuo en cuestión había tomado una copa de coñac, que padecía vértigo y además que alguien le empujó sin darse cuenta. Todos ellos, y sin que pueda establecerse el orden de importancia de los sucesivos factores, provocaron la muerte de alguien que ya tenía predisposición para morir. Acabáramos.

De unas personas que tienen una formación científica y médica notable se espera que al menos sean capaces de responder a estas preguntas: ¿Si los Mossos no hubieran golpeado a Benítez habría muerto? ¿El consumo de cocaína previo era suficiente como para acarrearle la muerte? ¿Las arritmias cardíacas hubiesen acabado con su vida por sí solas? ¿La ira o el enfado que pudiera llevar antes de toparse con los Mossos era letal? ¿De no haberse visto envuelto en el incidente con éstos hubiese fallecido?

Un informe forense debería, creo yo, poder establecer el orden de prevalencia de las causas de la muerte y su mayor o menor importancia en el desenlace. Porque para llegar a afirmar que «la defunción se debió a una dolencia cardíaca, los golpes y la droga» no hace falta pasarse cinco o seis años en una Facultad de medicina. Y si encima se redondea la frase con que todos estos elementos «desencadenaron la muerte de una persona con predisposición» pues estamos aviados. ¿Quien de nosotros no tiene predisposición para morir? Me lo explique.

Bond, Jasmine Bond (14-12-2013)

Cada vez que se intenta dar un paso adelante, ni que sea pequeño, para equilibrar la balanza entre los sexos, ya sea en el trabajo, en la política, la economía o la cultura, aparecen los agoreros, los enterados, los sobrados, los listillos lanzando pullas con cara autosuficiente y despreciativa advirtiéndole de que tales «pretensiones de igualdad» sólo son el intento de las mujeres de imponer lo que ya hace unos años Enrique Lynch denominó la «revancha de género». Ahora la toca el turno al cine.

Se pongan como se pongan los que advierten ánimo de censura en la iniciativa de llamar la atención sobre la desigualdad en el mundo del cine, es más que evidente que las mujeres son una exigua minoría en esta industria, tanto tras las cámaras como delante de ellas. No llegan ni al 10% entre los directores, por poner el aspecto que adquiere más relumbrón.

Y por lo que respecta a los relatos, en pocas ocasiones aparecen las mujeres como sujetos que actúan en pos de sus propios intereses y deseos. La mayor parte de las veces su papel está afectado por las decisiones y deseos de los demás. Incluso en la muy celebrada y reciente *La vida de Adèle*, de Abdellatif Kechiche, veo mucho más la postura «voyeur» del director que las vicisitudes subjetivas de las dos actrices protagonistas, que son presentadas desde una mirada masculina que las observa con fruición, especialmente en las largas escenas de sexo.

Las mujeres casi siempre son meros accidentes, desencadenantes de la acción, elemento de disputa, motivo de tribulaciones para los auténticos protagonistas, esos que saben y conducen la trama. Ahí tenemos a la muy admirada Sandra Bullock en *Gravity*, que más que ingeniera espacial parece un ama de casa con problemas para saber cómo poner la lavadora. Una astronauta encargada de reparar sofisticadas naves espaciales al menos tendría que aparentar dominar un poco mejor los utensilios propios de su especialidad... o si no no la enviarían al espacio.

En fin, durante un siglo de cine las mujeres han sido las pacientes compañeras de los héroes de todo pelaje, y cuando no se amoldaban al papel de mujer sumisa y adoptaban sus propias decisiones, fuesen o no acertadas, se convertían en «mujeres fatales» que, cómo no, recibían el oportuno castigo por atreverse a transgredir las normas impuestas a su sexo.

Pero al menor intento de denunciar esta situación, no faltan las voces de aquellos que ven la larga mano de la censura-feminista. O la de las espías, como la famosa Bond, Jasmine Bond.

En este país no abortará ni dios (13-01-2014)

¿Podré decir algo que no se haya dicho ya? Aun a riesgo de ser repetitiva, quiero aportar mi granito de arena a este debate interminable.

Que España va a retroceder a la época infausta en que los vuelos charters iban abarrotados de mujeres con destino Londres, Amsterdam u otras ciudades europeas para abortar. Yo misma fui una de ellas, aunque el destino fue una ciudad del sur de Francia en una especie de granja rural donde cada dos semanas la Coordinadora Feminista de Barcelona enviaba un convoy de chicas para abortar. Después acompañé a tres mujeres más, una a Londres, y dos a Amsterdam, donde hablaban un español mucho más fluido que yo. Años 80 de tristes recuerdos.

Y ahora, con la Ley Gallardón y las restricciones que impone, ¿qué otra salida quedará, sino la de volver a coger la maleta para pasar el fin de semana fuera y volver al trabajo el lunes siguiente como si nada hubiera pasado? El aborto no es desde luego un método anticonceptivo. El aborto es un fracaso del modelo de sexualidad dominante que, pese a la aparente situación de igualdad entre hombres y mujeres, continúa abocando a las mujeres a exponerse a relaciones inseguras a veces por no tener capacidad suficiente para oponer una oposición firme ante una demanda sexual, otras veces para no parecer «estrechas» o anticuadas, y casi siempre por satisfacer los deseos masculinos, que universalmente aún se consideran preeminentes.

Si hay que combatir que las mujeres recurran al aborto no puede hacerse con leyes de imposible cumplimiento. Hay que combatirlo con campañas educativas, impartiendo verdaderas clases de educación sexual en las escuelas e institutos, y, sobre todo, desmontando los viejos mitos sobre la sexualidad masculina, tan vigentes hoy como hace siglos: que es irreprimible, irrefrenable y que tiene prioridad sobre la femenina.

Mientras no haya un cambio profundo en cómo se entiende la sexualidad y ésta esté despojada de las relaciones de poder que tan frecuentemente las domina, continuarán produciéndose situaciones de embarazos no deseados. Y, en consecuencia, son ellas las que tienen que poder decidir cuándo y en qué momento seguir con el embarazo o no. Y no hace falta escudarse en las malformaciones, en el daño físico o psíquico para la madre o en la violación, ya

que según datos del Instituto de la Mujer de 2012 sólo el 5,6% de los abortos lo fueron por riesgos para la salud de la embarazada; el 2,78% por graves riesgos de anomalías fetales, un 0,27% por malformaciones del feto incompatibles con la vida y un exiguo 0,02% por otros motivos (entre los que entraría la violación).

Es decir, con la nueva ley de Gallardón en la mano, en este país no podrá abortar ni dios.

8 de marzo 35 años después (8-03-2014)

Acabo de llegar de la manifestación que se ha celebrado hoy en Barcelona con motivo del día 8 de marzo. La verdad es que hacía tiempo que no participaba. En los últimos años consideraba que eran las más jóvenes las que tenían que tomar el relevo en estos asuntos. Pero el retroceso en los derechos de las mujeres, los recortes, la nueva ley del aborto, la brecha salarial, la precariedad laboral, la práctica desaparición de la Ley de dependencia, la violencia real y simbólica que se abate sobre nosotras es tanta que hoy he vuelto a la calle a gritar, junto con miles de mujeres más, que nosotras parimos y nosotras decidimos; que queremos un aborto libre y gratuito; que a igual trabajo igual salario. Que la maternidad es un derecho que muchas jóvenes no pueden hacer realidad porque pelagra su trabajo; que nuestros cuerpos, en fin, nos pertenecen. Los mismos eslóganes que coreábamos cuando yo tenía veinte años, hace más de 35.

Y lo mismo que yo han debido pensar muchas de mis coetáneas, porque me he encontrado con casi todas las mujeres con las que coincidía en las «manis», todas ya con el pelo blanco, con arrugas, con unos kilos de más, pero con la misma actitud de reclamar derechos que ya creíamos consolidados. Había chicas más jóvenes, es verdad, con enormes tambores que producían un gran estruendo, y bastantes hombres. Han cambiado algunas cosas, como la incorporación de «trabajadoras del sexo» con los pechos al aire y también un grupo de mujeres con pañuelo en la cabeza reclamando su derecho a vestir como deseen. Lo que no ha cambiado es que aprovechando la coyuntura también se han añadido algunos partidos políticos, cada uno con lo suyo.

Ha sido un gusto unirse a la marea violeta, mujeres aporreando los tambores y bailando mientras las demás a su alrededor batíamos palmas y coreábamos consignas no por antiguas menos necesarias; desde las aceras muchos hombres y mujeres observaban el desfile, no sé si con cara de sorpresa o de curiosidad. Y en el resto de las ciudades de España se han celebrado manifestaciones similares porque nos hemos dado cuenta de que el feminismo es hoy más necesario que nunca. Que no podemos perder lo que tanto esfuerzo había costado ganar. Lo único que me preocupaba un poco es que los Mossos d'Esquadra acordonaban las calles, expectantes, y que a algunos descerebrados se les hubiera ocurrido armar un jaleo imprevisto. Sólo habría faltado que hubiéramos tenido que salir corriendo. Muchas de nosotras, francamente, ya no estamos para esos trotes.

La lástima de las mujeres (23-03-2014)

Ana González fue asesinada el pasado 5 de marzo por un hombre del que se quería separar. Su hermana ha reconocido que Ana «sentía lástima» por él y que lo mantenía. Lo mismo dijo Antonia Martos, una mujer de Jaén que acogió en su casa a su marido, sobre el que también pesaba una orden de alejamiento por maltrato: «no lo vamos a dejar en la calle como un perro», dijo Antonia. Sin llegar a tan extremas circunstancias, conozco un montón de mujeres que sienten lástima por sus maridos, novios, parejas o exparejas, y a muchas que mantienen una relación de «rutinaria convivencia» por pena. Algunas lo dicen abiertamente, y otras no, pero la realidad es que es frecuente oír a una mujer que continúa en relación con un hombre por lástima.

Hay que reflexionar sobre esta lástima que sienten a veces las mujeres incluso por hombres que las maltratan, las desprecian, o con los que mantienen como mucho una entente cordial. «La diferencia entre tu y yo —oí decir a una mujer muy cercana a mí refiriéndose a su marido— es que yo no te necesito a ti para nada; y en cambio tu me necesitas a mí para todo». Esta es la terrible cuestión. Mujeres que pueden ganarse la vida, luchadoras, activas, trabajadoras, autónomas, que saben desenvolverse en el espacio público y en el privado, que lo mismo arreglan los papeles del paro que contratan un al-

bañil para que les arregle la cocina, que son el sostén de sus familias, muchas veces económica y casi siempre emocionalmente... pero que sienten una lástima irreprimible por esos hombres con los que han compartido toda su vida; hombres apocados, quizá expulsados del mundo laboral, extrañados también del mundo doméstico, donde no saben qué hacer, ni cómo desenvolverse. Hombres que han perdido el papel hegemónico que la sociedad les otorgaba y que, aun sabiéndose derrotados, se resisten o desconocen cómo establecer una relación en términos de igualdad.

Arrastrados por los cambios irreversibles protagonizados por ellas, viven con la ficción de que «son hombres» y que eso les otorga cierto poder. Todavía son muchos los que no saben, no quieren o no pueden ver a las mujeres como un sujeto capaz de disponer de su libertad. Deambulan por calles, bares o domicilios sin entender lo que está ocurriendo. Sin ellas no son nada, y aún así, cuando se ven abandonados ruegan, piden, se revuelven, pegan y en ocasiones matan. Y a pesar de ello, incomprensiblemente, las mujeres los siguen —los seguimos— considerando dignos de lástima.

Stop comercio sexual en Europa (9-05-2014)

Cuando yo tenía 18 o 20 años circulaba lo que hoy llamaríamos una *leyenda urbana* según la cual algunas chicas entraban en una tienda —una corsetería, unos almacenes— y desaparecían en los vestuarios. Según se decía había que ir con mucho cuidado porque podías ir a parar a una red de *trata de blancas*, o lo que es lo mismo, a la prostitución. El yuyu que nos daba entrar en según qué tiendas era considerable. Nunca supe si aquellos rumores eran ciertos, o eran similares a esas teorías conspiratorias que tanto predicamento tienen entre la gente y que nunca se llegan a demostrar.

Lo que no parece una leyenda urbana sino una cruel realidad es el secuestro de niñas y mujeres con fines sexuales en algunas zonas del planeta. El caso de las más de doscientas chicas nigerianas es un ejemplo. Pero más allá de este caso, hay un informe titulado *La trata de mujeres y niñas nigerianas: esclavitud entre fronteras y prejuicios* (<https://www.womenslinkworldwide.org/>) que pone los pelos de punta. Según dicho informe, el 80% de los ingresos por venta de

petróleo del país sólo beneficia al 1% de la población. La discriminación y desvalorización se ceba sobre todo en las mujeres y niñas, lo que permite que la trata sea vista como algo normal, sobre todo, según el informe, en el estado de Edo. Nigeria es un país con una elite política corrupta que desvía gran cantidad de recursos públicos para beneficio propio en lugar de invertirlos en la mejora del nivel de vida de la población. El índice de fecundidad es de 5,5 hijos por mujer, y la violencia de género un problema estructural. Como en tantos otros países, incluido el nuestro, para qué nos vamos a engañar.

En este contexto social y político ¿puede extrañar que un grupo radical secuestre 200 muchachas para dedicarlas a diferentes actividades, ya sea como esclavas, como esposas o como prostitutas? Nigeria, como otros muchos países africanos, es foco de exportación de mujeres y niñas para el comercio del sexo en Europa, ese continente tan civilizado donde sin embargo proliferan los negocios más deleznable, entre los que destaca el lucro que proporciona la prostitución.

Para hacer más efectiva esa campaña de la foto con el cartel sobre las secuestradas en Nigeria, propongo que todos, hombres y mujeres, nos hagamos una foto con un cartel que diga «Stop comercio sexual en Europa», a ver si empezamos a entender que si la prostitución existe es porque los hombres la utilizan, en Bruselas, en Roma o en Madrid.

Mear de pie (18-05-2014)

Arias Cañete ha dicho en público lo que muchos no dicen pero piensan en privado, a saber: que las mujeres son inferiores a los hombres y hay que tratarlas con la condescendencia o paternalismo del que se cree superior. De una manera un poco más brutal es lo mismo que me espetó a mí un mastuerzo un buen día: muchos derechos y mucha liberación pero las mujeres nunca podréis mear de pie, lo cual llevaba implícito una jerarquización muy curiosa de la micción.

Pero es que lo verbalizado por Arias Cañete es una actitud que a la que se rasca un poco emerge por doquier. Las reivindicaciones feministas, los avan-

ces de las mujeres, los logros femeninos han ido siendo aceptados a regañadientes, de tapadillo, afirmando que qué bien pero con la boca chica; todo el mundo sabe que hay que ser igualitario, que hoy día no está bien visto mostrar posturas retrógradas, aquellas que abogaban porque el lugar de las mujeres estaba en el hogar.

Pero si tan de acuerdo está todo el mundo sobre lo deseable que es la igualdad entre hombres y mujeres y nadie quiere reconocerse machista ¿por qué sigue existiendo tanta desigualdad y tan extendida por todo el mundo? ¿por qué no se impulsan de verdad políticas internacionales contra la trata de personas, contra la prostitución, contra la ablación de clítoris, contra la lapidación, contra la exclusión de las niñas de la educación, contra los casamientos forzados, contra la venta de mujeres, contra los delitos de honor? Si mediante campañas y persuasión fumar ha pasado de ser un signo de distinción a estar considerado un atentado a la salud además de un hábito a desterrar ¿por qué no se invierten los mismos esfuerzos en hacer impensable la violencia contra las mujeres, las agresiones, el acoso sexual, la violación, la brecha salarial y tantas y tantas desigualdades que seguimos tolerando en privado, aunque nos desgañitemos denostándolas en público?

Pues porque sencillamente esos temas no interesan de verdad. Muchos golpecitos en la espalda, pero a los gobiernos —y a gran parte de la ciudadanía— todo eso les trae sin cuidado, y como no son asuntos de verdadero interés ¿para qué vamos a gastar esfuerzo, tiempo y dinero en algo en lo que no creemos? No se afrontan estos graves problemas de las mujeres porque en el fondo el pensamiento de Arias Cañete está más que extendido: qué pesadas que son las mujeres con el tema del machismo y la igualdad... si ya tienen bastante... total, se pongan como se pongan nunca van a poder mear de pie.

Besar en Irán (24-05-2014)

Estoy convencida de que aparte de las mujeres que piden flagelar en público y pena de cárcel para Leila Hatami, la actriz besada en Cannes por Gilles Jacob, en Irán hay otros grupos de mujeres que la apoyan. Besar a un hombre en la mejilla puede ser una costumbre occidental mal vista en otras sociedades, y

puede generar rechazo o críticas. Hasta aquí lo podría entender. Pero que sea tachado de impudicia, pecado, o sea merecedor de flagelo o prisión ya me cuesta más de entender, por mucho relativismo cultural que estemos dispuestos a aceptar. En un país donde el 62% del alumnado de la Universidad son mujeres seguro que muchas de ellas cuestionan las leyes iraníes, como la que permite que la mujer valga la mitad de lo que vale un hombre, o que necesite permiso de su marido para todo, o que esté aceptada la poligamia para los varones... entre otras muchas tradiciones legitimadas por las leyes, todas ellas restrictivas y discriminatorias para las mujeres.

En Irán muchas chicas parece que eluden cubrirse o lo hacen a medias, visten prendas deportivas bajo sus ropajes negros o se maquillan pese a la prohibición de hacerlo. Por mucho que la policía moral intente vigilar el cumplimiento de las leyes, no daría abasto si tuviera que detener a todas las infractoras. Estoy convencida de que la gente, en la calle o en sus hogares, puede paliar el rigor o la inflexibilidad legal, situación contra la que luchan algunos colectivos de mujeres y algunas intelectuales a título individual.

A mi me gustaría que —respetando las costumbres y tradiciones de otras zonas del planeta y sin la pretensión de imponer el modo de vida occidental a nadie— Leila Hatamí pudiera besar a quien quisiera, hombre o mujer, o vestir como fuese de su agrado. Desearía para las mujeres de Irán que valieran lo mismo que valen los hombres en cuestiones legales, que se pudieran casar según su voluntad, que pudieran desplazarse por su país o por el extranjero sin el permiso de sus maridos, padres o hermanos, y que, en definitiva, fueran lo que ya son: sujetos con voluntad, constreñidas por un sistema patriarcal que más tarde o más temprano se empezará a resquebrajar.

Drogas, sexo... y el PIB (1-07-2014)

¿Veis? parece que lo que escribimos en un blog no tiene trascendencia, pero el Gobierno me ha hecho caso. Si leéis la columna que escribí ([aquí](#)) titulada *El nuevo estado de desecho* veréis que le daba a Rajoy algunas ideas para salir de la crisis. Pues bien, Hacienda me va a hacer caso y a partir del año que viene —según dice siguiendo una directiva europea— van a incluir en el Produc-

to Interior Bruto del país el beneficio que produce el tráfico de drogas y la prostitución. Es decir, va a formar parte de nuestra riqueza bruta los ingresos de dos actividades no legales. De momento el tráfico de armas no entra, pero todo se andará. En cambio, por ejemplo, no forma parte del PIB el valor del trabajo doméstico y la dedicación a personas mayores y dependientes, así como todos los cuidados gratuitos que proporcionan fundamentalmente las mujeres a sus familias y que, de tenerlas que externalizar, como ahora se dice, valdrían una pasta gansa.

Esta incorporación no deja de ser un reconocimiento y una aceptación de estas actividades. Y la pregunta lógica que surge es si estas prácticas alegales crean riqueza ¿por qué no se legalizan primero, y se incorporan a la contabilidad pública, después? Pues no. Las prácticas podrán seguir en el limbo legal, pero sus ingresos ser contemplados como creadores de riqueza.... lo cual no deja de ser una incoherencia y una hipocresía considerable.

Tanta diligencia a la hora de incorporar al PIB el resultado de algunas actividades alegales, o directamente ilegales como el tráfico de droga, contrasta con la renuencia mostrada durante años para incorporar al Producto Interior Bruto la riqueza que aporta el trabajo doméstico, por ejemplo, que mayoritariamente todavía sigue siendo realizado por mujeres y de forma gratuita. Algunos estudios han calculado que el trabajo doméstico y de cuidados por hogar equivale a unos 24.000 euros anuales, lo que representaría de entre un 20 a un 30% del PIB de un país, según cálculos de algunos organismos internacionales. Pues bien, una magnitud económica tan visible y necesaria —y tan fácil de contabilizar— aún es hora de que entre en la economía oficial, ya que son actividades no remuneradas. En cambio, la compra de sexo o de droga, como se compra y se vende...pues a considerarlas generadoras de riqueza... Hay que joderse.

La codicia de las amas de casa (4-07-2014)

¿Quien nos iba a decir que serían las amas de casa (y los amos... que tanto abundan) las que iban a expoliar las arcas del Estado a base de solicitar ayudas y prebendas? Esas pérfidas amas de casa que, no contentas con vivir a

cuerpo de reina, sin trabajar, a costa del sudor de la frente de sus maridos, despilfarrando en abrigos de visón, van a arruinar el país. Pues sí, las hordas (y las gordas) amas de casa españolas se han lanzado todas a una a apuntarse al paro, según Juan Rosell, presidente de la CEOE con la aviesa intención de cobrar fraudulentamente una ayuda a la que, con lo bien que viven, no tienen derecho.

Juan Rosell debe proceder, como en la película «Los visitantes» (1993), de la Edad Media y mediante un conjuro o encantamiento de alguna bruja ha venido a parar a la actualidad. ¡Un millón de amas de casa se apuntan al paro para cobrar ayudas!, dice el hombre sin sonrojo. Primero, el concepto de ama de casa está prácticamente en vías de extinción, pues ya no hay unas «labores» ni unas responsabilidades específicas propias de ningún sexo. Hoy día las personas, hombres y mujeres, son sujetos que han de buscarse la vida y resolver la organización de sus hogares según acuerdos y pactos de convivencia. Se acabó la figura «del ama de casa» como estatus: todos somos parados, trabajadores, amos o amas de casa en potencia. Todos tenemos diversas dimensiones sociales, y la organización social ya no reside en el binomio «ganador de pan» y «ama de casa» que lo administra. Todos tenemos que ganarnos el pan. Y ese millón de amas de casa al que alude Rosell se dedican a las actividades domésticas porque no encuentran un trabajo remunerado: ninguna renunciaría a desempeñar un trabajo si se le ofreciera la oportunidad.

Pero es que, además, hay otra consideración. ¿Es que acaso no vale el trabajo de esas amas de casa suficiente como para que aspiren a recibir una ayuda por parte del Estado? En la columna anterior precisamente indicaba que, según algunos expertos, el trabajo doméstico está valorado en al menos 24.000 euros anuales. ¿Es que no merecen las personas que coyuntural o transitoriamente se dedican al hogar recibir una contraprestación por su trabajo?

Juan Rosell debe venir desde luego de la Edad Media, y muchos más como él, que aún siguen pensando en términos tradicionales, aquellos en los que en el carnet de las mujeres casadas ponía «sus labores». La pretensión de cualquier persona tenga o no posibilidades o pueda o no llevarlo a cabo, es desempeñar un trabajo remunerado con el cual hacer frente a su propio mantenimiento y al de su familia (si la tiene). Hoy todos somos amas de casa y trabajadoras a la vez. O parados a la espera de una oportunidad.

Disociar el cuerpo del alma (14-07-2014)

En estos últimos tiempos he estado pensando con frecuencia qué prácticas sociales me desagradan y por qué. A veces no es fácil aportar argumentos convincentes para mostrarse a favor o en contra de algunas cosas. En la situación actual, cuando la mayor parte de las veces se invoca la sacrosanta *libertad individual* o el libre consentimiento como baremo para aceptar o rechazar diferentes actuaciones, qué duda cabe que ante la capacidad de obrar personal todas las demás razones empalidecen. Sin embargo, a mi me siguen sin gustar prácticas sociales —que no juzgo— como la prostitución o la maternidad subrogada, lo que algunos llaman «vientres de alquiler». Y que conste que no tiene nada que ver con la moral, la mojigatería o el puritanismo.

¿Y por qué me disgustan tales prácticas o no las considero deseables? Porque disocian el cuerpo del alma. Y si esta palabra les parece demasiado grandilocuente, sustitúyanla por el espíritu. Y si aún les parece demasiado rimbombante, podemos acordar hablar de la disociación que se produce entre lo físico y lo emocional o afectivo. Es evidente que nuestro cuerpo es un instrumento y que lo alquilamos o lo prestamos para desarrollar nuestro trabajo: las modelos usan el cuerpo como herramienta, igual que los mineros, los deportistas y si nos ponemos estrictos, todos los seres humanos, pues es imposible dejarnos el cuerpo en casa mientras vamos a trabajar.

Pero en ningún otro trabajo se disocia el cuerpo de los afectos como en las actividades íntimas relacionadas con el sexo y la reproducción. ¿Por qué las mujeres sufren tanto por ejemplo cuando deciden abortar? Las actividades que me repelen son las que disocian más el cuerpo de la parte emocional y además están mercantilizadas. Una mujer presta su cuerpo para engendrar un ser humano para otros. Estas mujeres, seguramente, cobran un dinero por las molestias. Pero durante nueve meses llevan esa criatura en su interior, y me resulta muy difícil pensar que no se sientan afectadas emocionalmente al tener que desprenderse del bebé que, sin ser suyo, nace a través de ellas. Ello sin entrar a juzgar las razones que llevan a las personas a embarcarse en tales asuntos, tanto las que desean un hijo con su propio material genético —misterio por qué no recurren a adoptar o a acoger a criaturas ya nacidas— como a las que ofrecen cobijar el embrión.

Y lo mismo ocurre con el sexo de pago. En ninguna otra actividad humana (aparte la antes citada) entra en juego la parte emocional tanto como en el intercambio sexual. Disociar el cuerpo de los afectos por fuerza tiene que pasar factura. A la corta o a la larga. Utilizar sólo la parte corporal de un ser humano en actividades íntimas nos convierte a todos en mutilados. Tanto a los que pagan como a los que cobran.

Trece medallas (26-08-2014)

Trece medallas en los europeos de natación... todas ganadas por mujeres. Sin embargo, el único nombre que la mayoría de nosotros recordará será el de Mireia Belmonte, simplemente Mireia, como la llaman casi todos los medios de comunicación, que desde luego se merece el reconocimiento tras esas 6 medallas obtenidas en diferentes especialidades.

Las demás apenas si han sido objeto de información, y mucho me temo que, tras el triunfalismo por las medallas, la actividad de estas esforzadas mujeres volverá de nuevo al ostracismo en el que la suelen situar los medios de comunicación. Volveremos a leer día sí, día también que si Di María, que si Messi, que si Xavi o Piqué...y todas las nimias interioridades del balompié; sin embargo, el deporte practicado por mujeres queda arrinconado en un segundo plano, en un breve, al final de la página. Sin un seguimiento informativo continuado el deporte se vuelve invisible, como invisible se tornan las mujeres que a él se dedican, de las que se habla muy esporádicamente, y en muchas ocasiones sin citarlas expresamente, englobadas todas ellas en un «genérico femenino»: las mujeres, sin nombre y apellidos, a veces tildadas de «reinas», otras veces de «guerreras», en ocasiones de «sirenas» (la sincronizada, claro) y toda una panoplia de metáforas fosilizadas con las que seguir ocultando el esfuerzo, la constancia, la dedicación, la ambición de todas esas deportistas que deberían ser objeto de seguimiento informativo tanto si triunfan como si no.

Ahí están esas trece medallas, trece rosas de oro, plata o bronce, para recordar a toda la sociedad que las mujeres deportistas existen; que no son esos seres volubles, superficiales, cotillas, triviales y caprichosos que con frecuencia presentan los medios de comunicación, sino personas serias, trabajadoras,

luchadoras, constantes, que entrenan en la sombra, contra viento y marea, sin los focos constantes de la televisión, pero que cuando hace falta dan el *do de pecho* y obtienen triunfos memorables... que sin embargo no generan el interés mediático que en justicia merecerían.

Violaciones distantes y cercanas (7-09-2014)

El relato que hace Caddy Adzuba, Premio Príncipe de Asturias de la Concordia, sobre las violaciones que padecen las niñas y mujeres en El Congo es espeluznante, y es muy importante que salga a la luz, que se debata y que el mundo sepa los crímenes sexuales que se continúan cometiendo por todas partes. Sin embargo, así como nos horrorizamos y solidarizamos con esas violaciones que siempre ocurren en países lejanos, no ocurre lo mismo cuando estas agresiones tienen lugar entre nosotros. Y qué mal se informa.

El último episodio ocurrió en agosto: una joven de Málaga, presuntamente violada por cinco hombres a la salida de su trabajo en la Feria de dicha ciudad (17/08) y de la que se dice que «los médicos certificaron la violación» (18/08) se convierte el día 21 del mismo mes en mentirosa al fabular una supuesta agresión con la que les «han querido destrozar la vida a los pobres muchachos». ¿Qué ocurrió en realidad? ¿A quien tenemos que creer?

Aparte de la dificultad de esclarecer unos hechos siempre más complejos de lo que los medios de comunicación querrían, hay sin duda una labor distorsionadora que la prensa debería cuidar. No se puede pasar en cinco días de presentar los hechos como una violación ocurrida en un «escenario de terror», donde una joven de 20 años, indefensa y amenazada es violada por cinco hombres mientras uno de ellos filma la escena, a ser instigadora de una mentira con la que la presunta agredida pretendía destrozar la vida a los pobres jóvenes, y que es la última versión que se publica y que permanece como cierta.

A mi me gustaría que los medios de comunicación no se conformaran con esos cambios de enfoque tan drásticos. Los medios tienen que profundizar más. Son temas demasiado graves como para liquidarlos en dos líneas. ¿Urdió

la joven una historia de violación cuando la encontró la policía local a las 8 de la mañana, llorando, tras una caseta de feria? ¿Consintió la joven en mantener relaciones sexuales con tres de los hombres? ¿No podría ocurrir que una en principio disponibilidad por parte de la joven fuese malinterpretada por ellos como una invitación tácita? No es la primera vez que una mujer se ve sobrepasada y lo que comienza como un juego erótico acaba convirtiéndose en una imposición sexual. ¿No habían certificado los médicos la violación? ¿No merece este tema ser esclarecido y abordado con rigor y seriedad?

Con el tratamiento informativo que se le dio quien acabó saliendo malparada fue la chica, de la que se duda, a la que se acusa de mentirosa y urdidora de una fábula cuya finalidad ignoramos. Y de rebote, se echa un velo de sospecha sobre un tema de extrema gravedad: si las mujeres en realidad «inventan» cuando denuncian una violación. O falsean las denuncias por agresión, lo que viene a ser igual.

Oye, patria, mi aflicción (15-09-2014)

Yo soy de aquellas que cuando oyen la palabra *patria* o *patriotismo* les sale urticaria. Patria, patriota, patriarca, patriarcado, pater, ... Ni siquiera me gusta cuando le antecede el femenino *madre*, qué le vamos a hacer... Por eso, más que una nueva patria a mi me gustaría que se construyera una nueva *matria*. ¿Y cómo sería esa nueva *matria*? Un lugar lo más grande posible en extensión, que uniera, más que separara; un territorio libre de violencia donde fuese posible convivir en paz; donde hombres y mujeres tuvieran los mismos derechos, las mismas oportunidades, la posibilidad de construir sus propios proyectos de vida. Un lugar donde los hombres no tuvieran que recurrir al sexo de pago para satisfacer sus necesidades erótico-afectivas, ni las mujeres alquilar sus cuerpos por horas, días, semanas, meses o años. Un espacio donde las personas no pudieran ser vendidas ni compradas, ni alquiladas para satisfacer los deseos de otros.

Un territorio donde fuese posible elegir la lengua o lenguas de aprendizaje, y aprender el máximo posible de ellas. Donde las personas pudieran expresar sus ideas sin miedo al rechazo ni a la exclusión, y manifestar sus creencias

religiosas o culturales respetando las de los demás. Un lugar del que las personas se sintieran orgullosas no por el mero hecho de haber nacido en él, sino por ser modelo de convivencia, de tolerancia, por haber conseguido un nivel de vida digno para todos, por haber hecho desaparecer la desigualdad, por la calidad de sus servicios públicos.

Un lugar donde no hubiera codicia, y la gente viviera dignamente de su trabajo, sin meterse en berenjenales demenciales ni corruptelas absurdas. Un lugar lo más extenso posible donde se respetara el medio ambiente, la flora y la fauna, donde no se consumiera más de lo necesario y dedicara parte de sus ingresos a la solidaridad con otros lugares menos favorecidos.

Si no es un lugar así, conmigo que no cuenten para crear nuevos espacios donde reproducir viejos esquemas o un nuevo reparto del poder. A mi no me engañan.

Feministas involuntarias (23-09-2014)

Reconozco que me ha emocionado escuchar el discurso de Emma Watson ante la ONU con motivo de la presentación de la campaña «HeforShe» (Él por Ella). Ver a una joven que lo tiene todo declararse feminista, aunque sea involuntaria, como ella ha dicho, e involucrarse en un tema que tantos detractores tiene, no deja de ser digno de admirar. Cuando ya pensaba que las feministas estábamos en vías de extinción, que las generaciones actuales rehúyen la etiqueta y que abundan los energúmenos (y con la capacidad de incidir que tienen a través de la red) que cargan contra todo lo que huela a reivindicaciones de las mujeres, sale una mujer de 24 años preguntándose: «Si no yo, ¿quien? Si no ahora ¿cuándo?» pues como que me conmueve.

Es verdad que las mujeres han avanzado mucho en muchos aspectos, aunque no en todo el planeta por igual. Pero no es menos cierto que todavía quedan muchos prejuicios por superar, muchas desigualdades por eliminar, muchos estereotipos por destruir. Sin ir más lejos, hoy mismo se ha montado una gran polémica porque Gala León ha sido nombrada —aunque no confirmada todavía—

como capitana de la Copa Davis. Como siempre, se ha puesto de relieve que es la primera mujer en la historia que accede a este cargo, que ha dejado de piedra a los tenistas, que hay «problemas logísticos» porque pasará mucho tiempo en los vestuarios, y parece que ese hecho intimidará mucho a los hombres, que no se podrán pasear en pelota por los pasillos... En fin, toda una serie de tópicos para torpedear el nombramiento de una mujer en un puesto tradicionalmente ocupado por hombres. Incluso ella misma se auto descalifica al decir que «soy un poquito vieja» y cuestionar su propia trayectoria.

Hay cientos de entrenadores y responsables de las carreras de equipos femeninos, algunos que han obtenido importantes triunfos, y otros que no, pero nadie ha cuestionado que Miki Oca se pase mucho tiempo en los vestuarios de las jugadoras, como antes seguramente lo hacía Joan Jané y como muchos otros entrenadores y técnicos lo hacen, digo yo, y nadie ha dicho esta boca es mía. A Gala León se le cuestiona la edad, la experiencia, que no tuvo mucho éxito en su carrera, que es una recién llegada y que no conoce a los jugadores, etc.etc.

En fin, que hay mucho trabajo por delante, y las palabras de Emma Watson ante la ONU nos reconfortan y nos inspiran confianza en el futuro. Siempre habrá jóvenes dispuestas a continuar la lucha que ya empezaron nuestras antepasadas varios siglos atrás. ¡Bravo por ti, Emma!

Sobre abusos y pederastia (25-09-2014)

Estos días asistimos a la detención de uno o varios pederastas, que al parecer se pasean por las calles y los barrios como Pedro por su casa. Me alegro. Si ya es terrible que haya violaciones y agresiones sexuales a mujeres adultas, que las víctimas sean niñas (y en menor medida, pero también, niños) es de una crueldad difícil de soportar. Y a pesar de ello los medios se empeñan en seguir utilizando la expresión «abusos» para referirse a las violaciones, con lo que no sólo no reflejan la monstruosidad que supone violar a una menor, sino que encima la palabra minimiza la acción. Abusar es «usar o aprovecharse indebidamente de algo o de alguien en beneficio propio o ajeno» y también, en la acepción de «abusos sexuales»: delito consistente en la realización de

actos contra la libertad sexual de una persona sin violencia o intimidación y sin que medie consentimiento.

El sólo hecho de secuestrar, raptar o engañar a una menor, llevarla a algún lugar y agredirla sexualmente ya constituye en sí mismo un acto de violencia intimidatorio: ¿cómo puede una niña, un niño de corta edad someterse a una práctica sexual si no es mediante intimidación? ¿Qué sabe una criatura de estas edades lo que es el sexo, al menos en la realidad, aunque pueda tener nociones teóricas por todo el entorno cultural que nos rodea? Por tanto, lo que un hombre hace cuando agrede sexualmente a una menor no es sólo abusar de ella, eufemismo que tiene, además, connotaciones mojigatas y moralistas (era una palabra que se utilizaba cuando yo era joven con falsa pudibundez para evitar una más contundente). Lo que hace, además de abusar por su mayor edad, autoridad, complexión, fuerza, etc. es violarla.

Y si la ley considera que someter a prácticas sexuales a las menores sólo es abusar de ellas, lo que habría que cambiar es la ley, para que la palabra se ajuste a la realidad, y no la realidad a la palabra; para que refleje todo el horror que representa que un hombre adulto, con un pene monstruoso penetre en una vagina o un ano infantil con toda la violencia que debe poner en ello para conseguirlo. Y si les parece que la frase anterior es demasiado cruda, piensen en lo que debe representar para una niña o un niño que le introduzcan (o lo intenten) a la fuerza un órgano semejante por cualquiera de sus orificios. Eso exactamente es la violación.

Del rosa al amarillo (20-10-2014)

El domingo día 19 de octubre el centro de mi ciudad se vistió de dos colores: el rosa de las mujeres que corrían contra el cáncer y el amarillo de aquellos que reclaman la independencia de Cataluña. Unas que se movían por un problema real, candente, cruel, que amenaza la vida de miles de mujeres cada año, y otros que se movilizan por un sueño, por una quimera, por algo etéreo e intangible. El principio de realidad frente al principio de ficción. Y en ambos grupos había mucha gente, es verdad.

Pero por mucha gente que hubiera en uno u otro grupo, es fácil darse cuenta de cómo se utilizan las palabras de manera diferente, dándoles un significado u otro, según los intereses de los diferentes actores sociales. A nadie se le ocurriría decir que las corredoras de rosa (por numerosas que fuesen) representaban «el pueblo». Sin embargo, con mucha frecuencia se suele utilizar la parte por el todo, de tal manera que a un grupo (repito, por numeroso que sea) se suele atribuir la representación de toda la ciudadanía, lo cual no deja de ser una operación ideológica interesada.

En este tema las mujeres que vestían de rosa llevan las de perder, no sólo porque las mujeres siempre son lo particular, mientras que los hombres son lo general, sino porque se mueven por un problema que les afecta a ellas; mientras que a los manifestantes de amarillo (hombres y mujeres) no sólo se les nombra bajo el genérico masculino, sino que actúan por aspiraciones políticas que suelen ser confundidas con las de toda la población.

Yo, por mi parte, en honor de Molière (que murió vestido de amarillo), soy alérgica a este color, y no creo que haga falta que diga que prefiero el apacible rosa, aunque sea un poco melifluo, dejando para quien quiera la estridencia del gualda que me recuerda a los sindicatos verticales, la prensa poco seria o a los jockeys masoquistas, únicos que se atreverían a montar un caballo vestidos de este color.

Maternidad bajo demanda (MBD) (23-10-2014)

Es una nueva modalidad que voy a patentar. Vale que los de Apple y Facebook ya se me han adelantado con el tema de la congelación de los óvulos, pero la nomenclatura creo que todavía está libre. La maternidad bajo demanda (Mbd) es aquella que induce a las mujeres a aplazar la edad de ser madre hasta la edad de ser abuela, que por lo visto es el mejor momento para traer criaturas al mundo. Aunque eso entra en contradicción con las recomendaciones de Mónica de Oriol, que aboga por contratar mujeres a partir de los 45 años, cuando ya están cerca de la menopausia, lejos de procrear, o antes de los 25. De los 30 a los 40 todas al paro, o como antiguamente, con la pata quebrada y en casa.

Pues a ver si se ponen de acuerdo, porque aquí el personal tiene que tomar sus decisiones: ¿congela sus óvulos para la tercera edad o se prepara para la incorporación al mercado cuando ya se encamina hacia la jubilación? Si hasta hace poco los expertos aseguraban que la mejor época para ser madres era antes de los 30, las necesidades del mercado los llevará a asegurar con rotundidad que no hay nada como pasar de los 40 para tener el primer hijo.

¿A qué viene todo este rebomborio? Pues tan sencillo como que ser madre ha dejado de cumplir una función social (que es lo que es) para convertirse en una cuestión personal, como el que decide comprar un coche o adquirir una lavadora. Toda sociedad depende de la reproducción de la especie para perpetuarse, porque no hay sociedad sin gente (¿o sí?). Y la gente (toda la gente) empieza por ser un embrión, después un feto, después un bebé, después un niño o niña, después un joven, para llegar a ser un adulto y, con suerte, un anciano.

Pero este mundo anómalo en el que vivimos, en lugar de atender las necesidades de las mujeres y transformar las estructuras económicas y sociales que posibiliten la maternidad como función social ineludible, prioriza las necesidades del mercado, los intereses de las empresas y los medios de producción. O sea, que en un futuro no muy lejano tendremos o bien madres prematuras o primíparas añooooosas. Ante esta disyuntiva lo mejor sería que las mujeres dejaran de procrear. Mira qué manera más apacible y eficaz de celebrar el fin del mundo.

Máster para suicidas (18-11-2014)

He patentado un curso especial para suicidas. Cada vez hay menos salidas profesionales, las universidades no dejan de escupir estudiantes, la crisis nos golpea duramente y la gente no sabe qué hacer con esta jodida vida. He leído que una asociación de prostitutas (Aprosex) ha iniciado un flamante curso asesorado por psicólogas, sociólogas y putólogas para que un grupo de mujeres aprendan el oficio. Esta iniciativa me ha hecho pensar que no veo por qué los y las suicidas que quieran poner de forma libre y voluntaria fin a su vida no iban a poder contar con ayuda profesional a su medida.

Así que me he puesto manos a la obra y he diseñado un programa muy completo con un catálogo que incluye los métodos más eficaces y seguros para irse de este mundo de manera confortable. El curso incide sobre todo en la preparación psicológica y en el aumento de la autoestima: nada de despedirse de los demás con notitas lacrimógenas sobre lo indignos que éramos o lo amargados de la vida que estábamos. Al contrario, a nuestro entorno le hemos de dejar la imagen de un individuo valiente, de una persona dueña de su destino al que los demás quieran emular, a ver si así despejamos un poco el paisanaje. «Fulanito sí que tuvo un par...» «Menganita, ella sí que tenía lo que hay que tener». Son los recuerdos que hay que tratar de inspirar.

El curso no será barato, la verdad. Considerando que los inscritos no van a necesitar ya recurrir a su patrimonio, ahorros, bienes o heredades creo que la promotora de quien te va a facilitar el tránsito al más allá debe estar debida y generosamente retribuida, como mínimo al mismo nivel que van a recibir los deudos, algunos de los cuáles seguro que se merecen menos, poco o nada.

Se incidirá especialmente en asegurar que el objetivo se cumpla, no vaya a ser que por falta de previsión, por negligencia, por reparos sobrevenidos o por errores de cálculo no se llegue a consumir lo planificado y no sólo se yerre el objetivo sino que encima se haga la gran putada a los allegados y tengan que hacerse cargo de un tullido para el resto de los días. Si hacen este curso «Garantizamos los resultados».

Charlie Hebdo y la cólera de los dioses (11-01-2015)

No he seguido de cerca el humor de Charlie Hebdo salvo en momentos puntuales. Sé que han sido siempre sarcásticos y que se han mofado de todo lo humano y lo divino ¿Y qué? Aunque hubieran sido misóginos hasta la náusea, hoy levantaría mi humilde voz para ponerme de su parte y defender su derecho a la blasfemia.

Las mujeres sabemos algo de vejaciones y ofensas. Durante muchos años, siglos, ante una mujer maltratada o asesinada por su esposo muchos exclamaban «algo habrá hecho». O todavía hoy ante las agresiones o las violaciones

hay quien se apresura a afirmar: es que iba provocando, ¿qué hacía a esas horas por ahí? ¿por qué vestía así? Burda e injusta manera de convertir a la víctima en culpable.

No hay ideas sagradas. Y las que pueden resultar ofensivas, infundadas o manifiestamente perversas se caen por su propio peso: quien sostenga hoy que el holocausto no existió (que los hay) es lo mismo que si afirmaran que la tierra es cuadrada o que el esclavismo fue un invento. Hay que ignorarlos porque es absurdo invertir tiempo, esfuerzo y quizá dinero en convencer a esos tarugos.

Las mujeres somos ofendidas y humilladas con mucha frecuencia en películas, en anuncios publicitarios, en videos musicales, en programas de televisión y en columnas de opinión y, sin embargo, no vamos por ahí matando a la gente y, que yo sepa, las chicas más radicales que conozco (Femen) contrarrestan las ofensas, literalmente, a pecho descubierto.

Si aceptamos que no se pueden criticar las creencias, si somos sumisos y dóciles ante el poder que nos amenaza con el ostracismo, el menosprecio o la muerte, si encontramos disculpas para los que tratan de imponer la barbarie viviremos más tranquilos, pero también amordazados y con el miedo en el cuerpo ante el mínimo temor a desatar su cólera.

Deseos contra realidades (6-02-2015)

Si algo hay común a todos los humanos ello es confundir nuestros deseos con la realidad. Nos hacemos una idea y creemos que se corresponde con lo real. Así nos engañamos una y otra vez pensando que nuestras fantasías, nuestra interpretación de los hechos, nuestra visión de la vida, nuestros pensamientos sobre las cosas son una imagen certera del mundo exterior, que se va a comportar como a nosotros nos gustaría. Eso nos pasa a todos. Pero si ya es grave y penoso para las personas corrientes en su cotidianidad, que tropiezan una y otra vez con la misma piedra porque pensaron que los demás se comportarían como ellos deseaban, mucho peor es que eso le pase a individuos que pretenden ocupar (o que ocupan) un puesto de relevancia política o social.

Vemos ejemplos de esta deformación cada día. Un presidente de gobierno que está convencido de que «España va bien», porque él así lo desea. Un grupo de personas que discrepan en el seno de un partido y automáticamente deciden crear otro pensando que las masas van a seguirlos de manera incondicional. Un líder que se cabrea con sus correligionarios y anuncia a bombo y platillo que se marcha creyendo que basta su sólo nombre para encabezar un nuevo movimiento social. Luego vemos que esos iluminados fracasan estentóreamente porque resulta que han confundido sus deseos con la realidad. Eso le pasó a Miquel Roca y su «Operación Reformista» en 1986; le pasó a Pilar Rahola y Angel Colom con su prematuro PI en 1996; les pasó a Esquerra Unida i Alternativa, (EUiA) grupo del que muchos se preguntan todavía quiénes son; le pasó a Joan Carretero al escindirse de Esquerra Republicana para formar Reagrupament; y les pasará también a los de MES, el partido escindido del PSC y ya veremos en qué acaba toda la movida de Izquierda Unida y el PCE.

El resultado es que los partidos políticos —sobre todo los de izquierda— se desintegran y si alguno de ellos tenía opción de ganar, la pierden. Y pierden todos, los que se quedan y los que se van. Y cuando la sociedad está hastiada de ese batiburrillo de luminarias a los que sólo conocen en su casa a la hora de comer, aparece alguien que dice lo que la gente quiere oír y se hace el amo del cotarro, llámese Pablo Iglesias o Carme Forcadell.

Confundir los deseos con la realidad es muy humano, pero reincidir en el error, una y otra vez, es de imbéciles.

Privilegios masculinos (28-02-2015)

El acto de Rosa Parks, el 1 de diciembre de 1955, de no ceder su asiento en el autobús a un blanco, tal y como era obligado, tuvo dos consecuencias importantes: las personas de raza negra ganaron su primera batalla racial, y los blancos perdieron un privilegio. No hay una cosa sin la otra. Viene este ejemplo a colación de los últimos gritos lanzados en un campo de fútbol jaleando a un futbolista, al que animaron por haber sido acusado de malos tratos contra su ex-mujer, a la que, como era de esperar, tildaron de *puta*.

Esto no es más que un síntoma, un estado de opinión latente y un cada vez más extendido malestar entre los hombres, que se resisten a perder los privilegios de los que han gozado durante tantos siglos. Porque ese es el meollo, más allá de la anécdota de los insultos: los hombres han adoptado una actitud tolerante ante la extensión de los derechos de las mujeres y su conversión en sujetos autónomos, siempre que no cuestionaran su papel ni ellos se vieran afectados por la imparable presencia femenina en todos los ámbitos de la sociedad: que las mujeres trabajen, salgan, entren, ejerzan cargos, reclamen libertad, tengan o no hijos, practiquen el sexo.... que hagan lo que quieran.... mientras a mi no me afecte. Mientras yo pueda seguir con mi vida de siempre.

Pero eso es imposible, porque no puede haber un cambio social importante como el protagonizado por las mujeres sin alterar, cambiar, modificar o trastocar la correlación de fuerzas. Si las mujeres trabajan fuera de casa, es necesario que los hombres asuman su parte de las responsabilidades familiares; si ellos se quedan en paro... es necesario que se conviertan en *amos de casa* sin complejos; si ellas ejercen oficios antes ocupados por hombres, estos han de renunciar a ser siempre los jefes o los que están mejor pagados. Si las mujeres rompen sus matrimonios o tienen amantes...ellos han de aceptar ser dejados o sustituidos por otros, hábitos de los que habían gozado siempre. No hay dos sin tres. La sociedad —y concretamente el sector masculino — quiere seguir manteniendo el estado de cosas exactamente como siempre, ciegos al cambio operado en las mujeres. Empecinados en conservar valores caducos. Como aquel blanco que perdió el asiento en el autobús en beneficio de una mujer negra... para que unas ganen sus derechos... otros tienen que ceder parte de sus privilegios. Y eso duele.

Mujeres reales (22-03-2015)

El pasado sábado (21 de marzo) estuve cenando con un grupo de quince mujeres a muchas de las cuales era la primera vez que veía. Previamente habíamos asistido a la representación de «*El burgués gentilhomme*», de Molière, llevada a cabo por el Taller de Teatro CIRD de Cornellà. Una obra divertidísima puesta en escena con mucho talento y mucha gracia por un grupo *amateur* de

mujeres bajo la batuta de su director, que ha sacado de cada una de ellas lo mejor de sí. Contemplando este prodigio de obra y el entusiasmo con el que las mujeres han abordado su papel (al que han dedicado seis meses de ensayos previos) no tuve por menos que sentir una gran admiración hacia este grupo, su director y el ayuntamiento que les da apoyo.

Después de la obra nos fuimos, como digo, a cenar para celebrar el triunfo. Quince mujeres de diferentes procedencias, profesiones, características y edades. La más joven tenía 42 años y la mayor rozando la jubilación. Quince mujeres con nuestras arrugas perfectamente delimitadas, nuestros rostros limpios, nuestras canas respectivas. Muchas de nosotras no cabíamos en una talla 42, y otras seguramente ni siquiera en una 50, pero allí estábamos, contentas, risueñas, compartiendo confidencias ante unas lonchas de pan descomunales a las que no le hacíamos ascos, pese a que iban a ir a nuestras cinturas, no precisamente de avispa.

Mujeres cultas, interesantes, con anécdotas mil sobre trabajo, actividades, hombres, familias o viajes para compartir. No había ninguna que se pareciera ni por asomo al modelo ideal al que tan acostumbrados nos tienen los medios de comunicación. Ni falta que hacía. No había mujeres de plástico, recauchutadas, emperifolladas, alicatadas de maquillaje o con el peso ideal. Éramos mujeres de verdad, vividas y experimentadas, con nuestros éxitos y nuestros fracasos amorosos, nuestros hijos, nuestras ilusiones y nuestros apetitos intactos, incluido el culinario y otros que no hace falta detallar.

Un grupo de mujeres variopinto, unidas todas por el placer y el dolor de vivir, donde era imposible observar las rivalidades, la maledicencia, la envidia o la competencia que durante tantos siglos nos han hecho creer que era consustancial a la feminidad. Era un placer vernos reír, contar nuestras respectivas aventuras personales, amorosas o familiares. Y comer. ¡Qué gozo y qué orgullo sentirse parte de un grupo de mujeres reales, lejos de las muñecas de porcelana que han usurpado nuestro ser!

Monstruos interiores (28-03-2015)

¿Por qué nos cuesta tanto aceptar los desequilibrios mentales? Nadie se avergüenza de padecer un cáncer, de tener piedras en el riñón, de sufrir alergias, del colesterol alto, de ser diabético, de no ver bien. Sin embargo, todo lo referente a la salud mental aún permanece en el ámbito de las sombras. Los científicos quieren dar respuestas funcionales a todo tipo de alteraciones: que si las hormonas, que si los circuitos cerebrales, que si el ADN o el mapa genético, todo para encontrar causas, razones, respuestas al hecho de que parte de nosotros pertenece al insondable territorio de lo ignoto. Buscamos las causas fuera, cuando hay tantas evidencias de que muchas veces están dentro. Nadie quiso darse cuenta de que la doctora Noelia de Mingo consultaba el ordenador mientras estaba apagado, hasta que en un brote esquizofrénico mató a tres personas en el hospital donde trabajaba e hirió a siete más en el año 2003. Nadie quiere reconocer que dentro de la persona más «normal» del mundo se agazapan monstruos pavorosos. ¿Han de morir 149 personas por los miedos y angustias internas de un hombre que podría haber asumido sus pesadillas de otra manera?

Nadie nos enseña a gestionar esa parte de la sombra que todos tenemos, y en cambio nos volcamos en cultivar nuestra máscara, esa que sirve para «aparentar» que somos personas amables, encantadoras y «normales» aunque esa normalidad nos lleve a ser capaces de estrellar un avión, de matar a tres personas, de asesinar a nuestra pareja, o ahogar a nuestros hijos en la bañera.

Nuestra sociedad mecanizada, moderna, científica, computerizada se protege contra las amenazas de fuera —y bloquea las puertas de la cabina de un avión para que no entren terroristas—, hasta que nos damos cuenta de que el peligro puede estar dentro. ¿Qué más evidencias queremos para darnos cuenta de que el ser humano atesora dimensiones ocultas que hay que esclarecer e iluminar? Pero de todo eso nadie habla en las escuelas, en los institutos, en las universidades, preocupados por fabricarnos un curriculum exterior con el que deslumbrar al mundo, aunque en el interior de nuestra alma no haya más que oscuridad.

Chavalitas (28-06-2015)

Eso es lo que son las deportistas para gran parte de la población, y no sólo para el seleccionador de la sección femenina de fútbol. Chavalas que se entretienen haciendo deporte entre pasarela y pasarela, entre anuncio y fiesta y campaña de publicidad. Divertimiento para ellas y para los espectadores que las ven aparecer en las pistas y admirarlas cuando son bellas —Maria Sharapova, Ana Ivanovic— o desdeñarlas cuando no cumplen el estándar de belleza, como Serena y Venus Williams, y en algunos casos peores insultarlas, como a la árbitra Laura Jiménez, a la que, cómo no, lo menos que pudieron decirle hace unos meses fue zorra y que se fuera a fregar.

Las mujeres deportistas se parten el espinazo entrenando, corriendo, saltando, jugando, logrando medallas en los Juegos Olímpicos, ganando trofeos... ¿y quién las recuerda luego? ¿cuántas deportistas podemos llamar por su nombre completo, si exceptuamos a Mireia Belmonte?

Un alumno mío ha hecho un trabajo de final de grado sobre la información deportiva en cuatro diarios especializados (*As*, *Marca*, *Mundo Deportivo* y *Sport*) y ha llegado a conclusión que ya se esperaba, pero con cifras contundentes: las mujeres ocupan el 16% como máximo en la información deportiva durante los Juegos Olímpicos, pero cuando ya ha pasado la cita olímpica su presencia baja a un... 3%. Y en algún caso no precisamente por su juego... sino por su físico o por cuestiones extra deportivas.

¿De qué nos asombramos si el Sr. Ignacio Quereda las llama chavalitas? En la información deportiva no las nombran, y cuando lo hacen recurren a títulos honoríficos como «reinas de...» «sirenas» «princesas» «guerreras», etc... como si les hubieran regalado el título. Todo menos tomarlas en serio, informar con rigor, hacer un seguimiento continuado, dedicarles al menos la mitad... ¡qué digo la mitad! ni que sea 1/4 de lo que dedican día sí, día no y el de en medio también a informar sobre todas las minucias del Sr. Balompié. ¡Qué cruz!

Animales de carga (13-07-2015)

En medio de la pobreza más extrema, en los campos de refugiados, en los países más azotados por sequías y hambrunas se sigue reproduciendo una imagen que me abruma, me conmueve y me enfurece: las mujeres trabajan como burras mientras los hombres «se aburren sin hacer nada». No lo digo yo, que no he visitado estos lugares, lo he leído en los últimos días en varios lugares (*Sudan del Sur, un país derrotado*, *El País*, 12-07-2015, entre otros); pero también me consta por amigas que han visitado algunas zonas de un Senegal paupérrimo, y me cuentan que mientras las mujeres trabajan todo el día acarreado agua, lavando ropa, haciendo comidas, barriendo sus chabolas... los hombres se pasan el día sentados, como mucho haciendo té.

Algo en lo que abunda la película *La fuente de las mujeres* (2011). No es un invento, sino una cruel realidad que se extiende especialmente en los países más desfavorecidos. Además de trabajar sin descanso y de responsabilizarse de reponer día a día las pocas fuerzas con que cuentan... con frecuencia están embarazadas, añadiendo al trabajo todos los riesgos que implica un embarazo en lugares sin las mínimas necesidades sanitarias cubiertas. ¿Cómo cambiar estos viejísimos patrones culturales que hacen de las mujeres auténticas esclavas? ¿Cuándo los hombres van a entender que si se han quedado sin sus trabajos tradicionales hay muchos otros que podrían compartir con las mujeres y aliviar así las atroces cargas que representa para ellas la supervivencia? ¿Hace la ONU, Unicef o los organismos internacionales que haga falta suficiente pedagogía para hacer entender que ir a por agua, moler el grano, preparar la comida o encargarse de los pequeños no resta ni un ápice de hombría?

Ya sé que también en los países occidentales arrastramos viejos clichés y la división sexual de trabajo aún se mantiene, pero poco a poco los hombres han ido incorporándose a aquellos trabajos domésticos antaño exclusivos de las mujeres y cada vez hay más que se responsabilizan de la parte alícuota que les corresponde. En los países más pobres, sin embargo, parece que coger un cántaro de agua, vestir a los niños, preparar el sustento o adecentar la casa sea incompatible con la virilidad. Para que resulte más lacerante, algunos de estos zánganos, al ponerles de relieve su holgazanería, se jactan de que «bastante tienen con trabajar de noche». ¿Para cuando una revolución de los animales de carga?

Morir matando (23-08-2015)

La violencia contra las mujeres se sigue cobrando vidas, ampliada cada vez con víctimas colaterales —madres, padres, hijas, hijos, cuñados, suegras, amigas—, extendiéndose como una mancha de aceite, mientras la sociedad asiste perpleja, escandalizada ante tanto desatino y tanta ira. Mudos de espanto ya ni siquiera la gente se pregunta por qué. Algunos, a quienes gusta pescar en río revuelto, mezclan los diferentes asesinatos en un *totum revolutum* al que difícilmente se puede dar explicación. Como si una ola de locura hubiera anulado la capacidad humana de razonar.

Sin embargo, la explicación existe, y son diversas: no es lo mismo una agresión producto de una enfermedad mental que la violencia desatada por el despecho y el odio. Y es el despecho, la frustración, el narcisismo herido de tantos varones que continúan sin ser capaces de aceptar que las mujeres les abandonen, que tengan otros amores, otros hijos, otros intereses, que se vayan, que hagan uso de su libertad.

Mientras estos acontecimientos no se sitúen y se expliquen como parte de un contexto social amplio, mientras se sigan representando como episodios esporádicos, fortuitos, imprevisibles e inevitables; mientras la sociedad no entienda y acepte que forman parte de la muy desigual y compleja estructura de relación entre los sexos, mientras los observemos a distancia, como si fuese algo ajeno que no nos compete a todos, hombres y mujeres, y los situemos fuera, como si a nosotros no nos pudiera afectar.

Mientras no haya un relato global que explique que la pareja forma parte de un sistema de dominación y de poder que nos precede, y que aunque poco a poco haya ido cambiando, se mantiene y se perpetúa mediante diferentes mecanismos y dispositivos (culturales, educativos, judiciales, simbólicos); mientras no entendamos que formamos parte de un entramado social más amplio y aceptemos que no es un problema individual... mientras todo eso no sea explicado y asumido colectivamente... continuaremos sumando crímenes, mujeres muertas, niños asesinados, familias destrozadas, víctimas colaterales de los últimos y violentos estertores de un patriarcado que se resiste a desaparecer y que, como en las guerras, prefiere morir matando.

El truco de los chamarileros (10-09-2015)

Mientras el Mediterráneo escupe cadáveres de hombres, mujeres y niños, por estos pagos nos entretenemos jugando a las casitas. A mi me gustaría pintar el cuarto de color verde. A mí que tenga jardín. A mi un columpio. Unos encerrados con un solo juguete, imaginando un futuro luminoso, diáfano y sin problemas. Otros aislados en sus habitaciones, solos, meditabundos, rumiando en silencio, preocupados pero mudos.

¿No hay problemas más candentes que amueblar el pisito? Poco parece afectarles a estos niños ensimismados, día sí, día también, las noticias de corrupción del partido que supervisa sus juegos. Pero tampoco parecen hacer mella otros dramas humanos más lacerantes, como el éxodo masivo de refugiados (salvo transitoriamente la bofetada dada por la foto de Aylan); o el escalofriante número de muertas por violencia de género.

En un texto que publiqué hace unos años, y que se llamaba igual que este blog (*Eva devuelve la costilla*, editorial Icaria, 2010) identifiqué los cuatro problemas más acuciantes que el mundo en su conjunto tendría que afrontar en los próximos años, que eran: a) la precarización y falta de valor de la vida humana b) la conservación del medio ambiente (cambio climático incluido), c) la gestión humana de los flujos migratorios y d) lucha contra la discriminación sexual (incluyendo aquí la violencia contra las mujeres como asunto prioritario).

En un mundo cada vez más interconectado, más pequeño, con problemas globales que no pueden ser resueltos aisladamente, en los que el planeta entero está embarcado, a los que hay que hacer frente de manera colectiva, me cuesta entender que por aquí haya tanta gente entretenida en decorar su pequeña habitación, como si pudieran abstraerse de los grandes y graves problemas en los que está sumida toda la humanidad.

Así, dibujando una isla paradisíaca en medio de la desolación, nos esperan días aciagos oyendo el marchamo de los chamarileros intentando vendernos un proyecto de futuro más viejo que Matusalén como si hubieran acabado de descubrir la pólvora. Si esperan que yo les crea están aviados. Se ve el truco a la legua.

Feministas putas (27-10-2015)

He dudado si titular este post como «feministas putas» o «putas feministas», porque, aunque parece lo mismo no lo es ni por asomo. Espero que me perdonen las feministas y las putas pues el título está puesto con todo cariño y sin ánimo de ofender. ¿Cómo voy a ofenderme yo misma, que soy feminista desde que nací? Pues bien, lo que me ha llevado a esta reflexión es que un grupo de mujeres prostitutas se ha constituido en cooperativa (no es la primera, ya hay alguna otra en Baleares) que reclama un lugar para trabajar. También se prepara un congreso para diciembre en el que se intentará establecer «un modelo feminista de la prostitución». Si puedo asistir y me dejan, no pienso perderme este evento.

Ya he reflexionado otras veces sobre la prostitución, un tema que siempre me crea cierta ambivalencia. ¿Se puede ser feminista y puta? Por supuesto que sí. Cualquier mujer (e incluso los hombres) puede compartir una filosofía de vida que lo que pretende es conseguir que las mujeres puedan elegir libremente su proyecto de vida. ¿Puede haber un modelo feminista de la prostitución? Eso ya lo veo más complicado. Para mí la prostitución no deja de ser una institución patriarcal que mantiene la clásica división entre las mujeres de uso exclusivo (las esposas, las novias) y las de uso colectivo (las prostitutas). Antes, las primeras eran las consideradas «decentes» y las segundas «las descarriadas». Hoy día, afortunadamente, ya no existe esta clasificación moral, aunque persiste el estigma social y por más que nos disguste, el mayor insulto continúa siendo «puta» o hijo de tal.

Ya lo he expuesto en otros textos anteriores, estoy a favor de las prostitutas y sus derechos, pero en contra de la prostitución como forma de relación sexual, que no deja de estar al servicio de la satisfacción de los hombres, incapaces muchas veces de establecer unas relaciones de igual a igual. Hombres que recurren al pago de un sexo no comprometido que no les exige el menor esfuerzo ni cuestionamiento sobre su propia sexualidad. Al final las mujeres seguiremos siendo clasificadas en dos bandos, como antes: las feministas putas y las putas feministas. Vaya plan.

Guerra simbólica contra las mujeres (Publicado en *La Vanguardia*, 16-11-2015)

No hay actualmente nada que tenga tanto poder de penetración social como lo que se transmite a través de los medios de comunicación, tanto en los antiguos como en los nuevos (redes sociales, medios digitales). Y en todos ellos se ha instalado una guerra «simbólica» contra las mujeres. El campo de batalla son los medios, el arma fundamental la publicidad y el objeto a abatir el cuerpo femenino.

El único modelo actual de mujer corresponde a una chica joven, delgada y atractiva según el canon de belleza contemporáneo, y toda aquella que no se ajuste a ese modelo ideal está condenada al ostracismo. Sí, ya sé que algunas empresas han hecho campañas con modelos no estándar (una enfermedad de la piel, sobre peso o de la tercera edad) pero creo que esos ejemplos continúan siendo una excepción que buscan más el efecto «exótico» y en ningún caso una normalización de la diversidad de mujeres realmente existentes. No hace falta poner un modelo coja o ciega para decir que se está potenciando la diversidad, pues, con todos los respetos, esos son ejemplos no representativos del grueso de la sociedad.

Para decir que se está realmente comprometido con cambiar el modelo ideal y único lo que hace falta es que aparezcan mujeres de toda edad y constitución; mujeres y niñas reales que conforman la sociedad y sobre las cuales recae la abrumadora presión de intentar alcanzar ese modelo ideal por otra parte inaccesible.

El Photoshop ha venido a empeorar el estado de cosas, pues no solo hay que ser joven, sino parecerlo: aunque las mujeres hayan pasado los cincuenta siguen aparentando que tienen treinta. ¿Y por qué se ha recrudecido esta guerra sin cuartel? Desde mi punto de vista porque cuando la sociedad ha alcanzado un cierto nivel de igualdad formal, cuando la educación es bastante paritaria, cuando las familias ya no educan de manera tan desigual la discriminación se ha trasladado al campo de lo simbólico: las ideas, los valores, las creencias, todo aquello donde es imposible legislar ni introducir mecanismos de corrección. Un campo de batalla sin reglas donde domina un ejército de modelos de mentira y cuyas víctimas son las mujeres de verdad.

Mujeres florero (1-01-2016)

Espectacular, preciosa, sexy, seductora, atractiva, que quita el hipo, elegante... y así podríamos seguir calificando el aspecto de todas las mujeres que suelen adornar con su presencia la despedida de cada año. Porque cada vez hay que buscar cómo llamar la atención, cómo hacer que las acompañantes resplandezcan al lado de esos hombres tan bien ataviados con sus capas, sus trajes, sus corbatas, sus abrigos, sus chaquetas que no dejan ver el más mínimo trozo de piel, salvo que sea para hacer reír. ¿Aceptarían esos hombres encorbataados aparecer al lado de sus compañeras con unos diseños que realzaran sus glúteos para regocijo de la audiencia femenina?

Las mujeres pueden ser ingenieras, intelectuales, escritoras, atletas, ministras, corredoras de bolsa, empresarias, barrenderas, estibadoras, maestras, juezas, astronautas o dependientas, pero el único papel por el que son recordadas y valoradas es por su capacidad ornamental. Ellos por su profesionalidad.

La mujer florero es ofrendada a la vista de los telespectadores para ser admirada y deseada...con esos vestidos de ensueño que «cortan la respiración», se supone que a hombres y mujeres por igual. Pues ya sabemos que todos los hombres son heterosexuales y babean ante una transparencia estratégica, y todas las mujeres unas resentidas que palidecen de envidia cuando ven a una competidora brillar más que ellas.

Y así seguimos desde tiempo inmemorial. Las mujeres para hacer bonito, jóvenes, bellas, radiantes, espectaculares; los hombres discretos, con sus eternos trajes oscuros, gordos, calvos o con arrugas. Ellas para lucir. Ellos para mandar. Un año, y otro y otro más.

Trans femeninos vs. Masculinos (16-01-2016)

Hace días que me pregunto por qué es tan frecuente —y tan llamativa— la adopción del género femenino por parte de personas que han nacido con genitales de varón, ya sea mediante operación o sin ella. En cambio, o no se

habla de ello o la conversión hacia el género masculino es irrelevante. No sólo la película *La chica danesa* ha puesto de actualidad un tema que ocurrió en 1930, sino que Caitlyn Jenner (antes Bruce) se ha hecho super famosa, así como otros muchos casos que afectan a modelos, actrices y a otras profesiones, sobre todo del mundo del espectáculo.

Pero, paradójicamente, la conversión de un hombre en mujer es una de las causas que mayor rechazo provoca en una sociedad que, aunque encubre a personas transgénero como Laverne Cox, Andreja Pejic y otros, desprecia y discrimina a los transgénero corrientes en el trabajo, en la escuela, o en cualquier ámbito social, haciéndoles la vida prácticamente invivible.

Otro signo de esta sociedad hipócrita en la que nos ha tocado vivir: mientras aquellos *trans* que han conseguido destacar en el mundo del glamur obtienen portadas de revistas, contratos millonarios o programas de televisión, las personas de a pie que sienten la pulsión de cambiar de género son perseguidas, humilladas, vejadas y ridiculizadas hasta el punto de que muchas de ellas son abocadas al suicidio. Pasar de hombre a mujer se perdona si te conviertes en una celebridad. Si no, no dejas de ser un «traidor» al sexo dominante. Los *trans* que cambian al género masculino se incorporan a un mundo donde sigue imperando la hegemonía varonil por lo que merecen menos sanción. Parece que podemos cambiar de sexo, pero los géneros nos siguen aprisionando igual.

50% del pastel (8-03-2016)

Un nuevo 8 de marzo con los periódicos llenos de jeremiadas en torno a la desigualdad. Una vez al año los medios se hacen eco de que las mujeres ganan, todavía, un 19% menos que los hombres, que su presencia en los puestos directivos se sitúa en un 20% o que sobre las mujeres sigue recayendo la mayor parte del trabajo del hogar. Y parece que así continuará, por los siglos de los siglos.

Y es que por muchas leyes de igualdad que haya, por muchas cuotas que se establezcan o por muchas directrices de conciliación que se promulguen,

mientras los hombres sigan aferrados a sus privilegios, las mujeres no avanzarán. Las mujeres han ido alcanzando poco a poco lugares en el mundo, ocupando espacios, reclamando su derecho a estar. Los hombres han visto avanzar a las mujeres mirando de reojo: que vayan haciendo, mientras a nosotros no nos afecte que hagan lo que quieran.

Pero es una ley universal que para que unas puedan ocupar espacios a los que tradicionalmente tenían vedado su acceso, otros han de ver mermada su supremacía. Si hay que repartir un pastel equitativamente, es de cajón que uno no puede comerse $3/4$ mientras deja $1/4$ para el otro. A cada uno le toca la mitad. Mientras los hombres no se corresponsabilicen al 50% del trabajo doméstico, del cuidado de los hijos y se hagan cargo de sí mismos —sin escudarse en que tras ellos casi siempre hay una mujer— ya pueden éstas desgañitarse y esforzarse como burras, que ellos siempre llevarán ventaja.

Si a ello unimos el nulo interés de las empresas y el sistema productivo para cambiar sus estructuras, horarios y funcionamiento para promover una vida mejor para todos, a las mujeres les quedan 500 años más de ir con la lengua fuera. Y a los medios otros tanto para pregonarlo.

Volvamos al siglo XIV (17-04-2016)

Si en Alemania se puede enjuiciar a un cómico mediante una ley del siglo XIX yo propongo que ahora que podemos modificar a placer nuestro propio cuerpo, viajar en el tiempo y según la física cuántica estar en dos lugares al mismo tiempo, volvamos al siglo XIV. Las ventajas de vivir en la Edad Media son enormes. Para empezar, se podría dejar de mantener a tanto trabajador parásito restituyendo la esclavitud. Miren qué ahorro para la Seguridad Social y el Ministerio de Economía.

También nos podríamos ahorrar una pasta en el aparato judicial volviendo a la práctica de tirar al río con una piedra al cuello a los condenados: si flotan es que son inocentes. Fíjense la sencillez y limpieza del método, sin tener que mantener a tantos jueces improductivos. Y qué me dicen de quemar en la hoguera a toda descarriada que reclame sus derechos o quiera hacer

uso de su libertad. Así nos evitaríamos que los maridos despechados tuvieran que asesinarlas y no los obligaríamos, pobres, a que, después de matarlas se tengan que suicidar. ¿Y lo que nos ahorraríamos en cárceles e instituciones penitenciarias?

Y las mujeres que vuelvan al espacio privado, a cuidarse de sus niños, a guisar con leña, hacer calceta y a lavar a mano, que ahora están demasiado consentidas, viven como reinas y como no tienen nada que hacer se aburren y son presa fácil de la depresión y otras ansiedades. Imaginad la cantidad de puestos de trabajo que dejarían vacantes las mujeres que ahora los ocupan y que podrían ser restituidos a sus legítimos destinatarios, los varones, que son los que por derecho divino están destinados a ganarse el pan con el sudor de sus despejadas frente, cuando no con la calva completa, que sudar arrasa con la mata de pelo más esplendorosa.

En fin, mirad qué ramillete de soluciones ofrezco en menos de 400 palabras, que ni Rajoy en su parquedad ni Pablo Iglesias con su verborrea son capaces de superarme. Voy a ver si ofrezco este programa a los diferentes candidatos para la próxima contienda electoral. Igual hasta me hacen presidenta.

La igualdad mata (21-05-2016)

Los avances de las mujeres azuzan los miedos de los hombres. Ya escribí sobre esto en mi libro *Eva devuelve la costilla* (2010) y en otros *posts*, pero ahora lo han corroborado las ponentes que han asistido a la *Women Deliver*, una conferencia internacional sobre salud y derechos de las mujeres que se ha celebrado en Copenhague del 16 al 19 de mayo de 2016. Igual que se ha demostrado que el avance del feminismo y la igualdad de género beneficia la economía, la salud y la participación política de toda la sociedad, también exagera la agresividad masculina y el rearme de los postulados patriarcales. ¿Por qué será?

Mientras las feministas fueron unas pocas locas que reivindicaban los derechos de todas, la mayor parte de los hombres miraban con paternalismo, con condescendencia, con desprecio o con indiferencia. Algunos se unieron a las luchas femeninas y se convirtieron en aliados del feminismo. Pero la

extensión de estos ideales, la asunción por parte de cada vez más mujeres que ellas son tan sujetos de pleno derecho como los hombres y el cambio de conciencia experimentado a nivel individual por la inmensa mayoría de las mujeres del planeta, ha hecho saltar todas las alarmas en amplios sectores masculinos, que viven la imparable marea de reivindicaciones femeninas como una amenaza a su identidad y al poder que han detentado a lo largo de la historia.

Por eso una de las primeras formas para combatir la oleada igualitarista es desprestigiar a las feministas, llamándolas femi-nazis; después presentar las luchas femeninas como un ataque revanchista contra los hombres, siguiendo con la idea de que las mujeres se benefician de su condición, de las leyes y de todas las medidas de acción positiva que interpretan como privilegios para ellas, incapaces de entender y aceptar la desigualdad de la que los hombres han sido beneficiarios desde siempre.

En fin, appena oír por las redes sociales los comentarios de esas jóvenes mujeres que repiten como loros las razones de por qué no son feministas, convirtiéndose en aliadas del más rancio machismo cuyo objetivo, lejos de combatir la desigualdad es que nada se mueva para que todo siga igual. La igualdad mata, y va a seguir matando cada vez más, pues es el único clavo ardiendo al que se aferran todos aquellos incapaces de ver en la mujer una semejante, una igual.

Cerrar las piernas (17-06-2016)

Imaginen por un momento que por una tradición ancestral todos tuviéramos derecho a entrar en las casas de cualquier conciudadano y llevarnos lo que nos diera la gana. Claro que estaría mal, y seguramente habría alguna ley que nos obligaría a responder de ese deseo irreprimible de entrar en los hogares ajenos. E incluso nos reprenderían por ello. Pero en el fondo tampoco sería para tanto, pues esa costumbre de fisgonear en los espacios privados de otros gozaría de tanta aceptación social que, cuando declararíamos ante los jueces (¡y juezas!) como víctimas del robo de nuestra vivienda oiríamos con toda probabilidad: ¿Cerró usted bien la puerta? Nosotros, un poco intimidados,

responderíamos sí, sí. Pero el juez (¡o la jueza!) implacable nos volvería a conminar con más contundencia: ¿pero está seguro de que cerró con llave?

Tendríamos que demostrarle que teníamos 4 candados, dos cerrojos y un pestillo para que empezara a aceptar que sí, que nosotros habíamos hecho todo lo posible para garantizar la seguridad de nuestra casa. Pues esa es la lógica que subyace en la actitud de la justicia, que ha humillado, (¡sí, humillado!) a una mujer que denunció haber sido agredida sexualmente. El Consejo General del Poder Judicial, tan contemporizador, ha dado la razón a la magistrada que interrogó con inquina si la mujer había cerrado las piernas para evitar la violación.

Que es lo mismo que trasladar la responsabilidad de la violación a la violada, por no haberse resistido bastante cerrando la puerta de su casa. ¿Cerró todos los órganos femeninos? Volvió a insistir la magistrada ¿Es decir, tenía su casa candado o cerrojo? Porque si no lo tenía usted se lo ha buscado, ya sabe que entrar en las casas ajenas es de lo más habitual.

Porque esa es la cuestión, que la sociedad considera que los hombres tienen un derecho connatural a consumir el acto sexual cuando les plazca y con quien les plazca, y es la mujer quien tiene que demostrar que no consintió. Pero el drama es que la línea divisoria entre el consentimiento o la imposición es la voluntad de la mujer, que no cuenta para nada ante el implacable poder masculino. Tendría que dejarse matar para demostrar que opuso resistencia, porque si no lo hace es tanto como decirle a los jueces (¡o a las juezas!) que solo entornó la puerta.

I know you want it (12-07-2016)

«Cuando una dama dice que no, quiere decir tal vez; cuando dice tal vez quiere decir que sí; y cuando dice que sí... no es una dama». Este es uno de los razonamientos que mejor resume el porqué desde tiempo inmemorial el NO de las mujeres nunca se ha considerado como tal. Una ambigüedad lingüística que revela una concepción del mundo según la cual las mujeres son clasificadas en dos categorías: las respetables y las que no lo son; las casquivanas y

las decentes, si por decentes entendemos no poder hacer uso de su sexualidad según sus deseos, sino según los deseos masculinos. Una mujer decente no solo no puede mostrar inequívocamente su deseo, es que ni siquiera le es reconocido que lo tenga.

Según esta concepción del mundo las mujeres, como carecen de un deseo propio y autónomo, tampoco saben lo que quieren, por lo que son los hombres los que tienen que interpretar y decidir por ellas cuáles son sus verdaderos deseos. «*I know you want it*»... canta un famoso videoclip (uno o muchos, porque todos se parecen) que insiste en esta indolencia femenina: ellos saben mucho mejor que nosotras lo que deseamos. Las mujeres, siempre indecisas, no saben identificar su deseo, ni diferencian un sí de un no, son infantiles, manipulables, volubles, caprichosas.

Por eso los hombres cuando las mujeres dicen que no, no les hacen caso: consideran que es una estrategia para hacerse la interesante; yo sé mucho mejor que tu lo que desees, ¿como no voy a saberlo si soy yo el que ha establecido las reglas? Vamos, tía no me vaciles, que yo sé lo que quieres. *I know you want it*... repite machaconamente la cancioncilla; y este estribillo acaba materializándose en Brasil, en la India, en Colonia, en los Sanfermines o a la vuelta de la esquina, tanto da, porque los hombres de todo el mundo saben lo que quieren las mujeres en todo el planeta.

Esa es nuestra tragedia: los hombres dictaminaron hace siglos que la palabra de la mujer no tenía credibilidad, y la producción cultural y simbólica lo sigue repitiendo por todo el orbe mediante el cine, la música, la publicidad, las revistas, la televisión. Por eso las violan: porque ellos saben mucho mejor que ellas que lo están deseando. Ya lo he repetido en alguna ocasión: la violación no existe en un sistema patriarcal porque ellos entienden que, aunque las mujeres griten que NO, quieren decir que SÍ. Y es que las tías no se aclaran.

Un fantasma recorre el mundo (20-07-2016)

La necedad. No sé si siempre hemos sido tan necios, pero creo que el virus se ha ido extendiendo y amplificando de tal manera que se me hace muy difícil pensar que el actual estado de estulticia se pueda superar. La necedad se manifiesta en todos los ámbitos: en la política, en la cultura, en el arte, en el deporte. Desde esas hordas de ceporros recorriendo el mundo para cazar *pokemones*, pasando por los políticos populistas que se oponen a todo pero no aportan nada, siguiendo por todos aquellos zoquetes que quieren que volvamos a la tribu, a encerrarnos en nuestro terruño, a declamar que el agua de la fuente de mi pueblo es la mejor del mundo, a cerrar las fronteras: los británicos con los británicos, los catalanes con los catalanes, los niños con los niños, las niñas con las niñas... y qué decir de todos aquellos que se creen acompañados porque tienen 300 amigos en Facebook o se pasan el día haciéndose *selfies*... qué soporífero.

Nunca antes en la historia había habido tantas posibilidades de saber, de formarse, de ser culto para tanta gente y no me vengan con que los pobres están excluidos porque hasta en el más remoto barrio o aldea hay una biblioteca repleta de libros que nadie lee, y la información mana de Internet de día y de noche, como la fuente de San Juan de la Cruz. Pero claro, almacenar algo más que datos y entender la razón de las cosas, el por qué ocurre esto y lo otro, qué quiere decir tal concepto, cuales son las raíces de este problema, qué significa esta palabra, este acontecimiento, en resumen, hacerse una opinión propia y una composición del mundo requiere tiempo, dedicación, esfuerzo y elección.... porque por muchas vidas que tuviésemos no seríamos capaces de saber todas las cosas que pueden ser sabidas.

Además, hay que ser modernos, estar a la última, y así las mujeres para ser modernas nos vemos defendiendo por ejemplo el uso del burka, el velo integral, la prostitución y hasta la ablación de clítoris si se tercia. O que la religión sea ley, o la maternidad subrogada...¿Porque cada uno elige en libertad! En fin, este fantasma que recorre el mundo está en todas partes y no parece que haya un antídoto eficaz. Porque preguntarse quién soy yo, de dónde vengo, a dónde voy y qué hago en este mundo es mucho trabajo. Pero por mucho que lo consultemos el móvil no nos va a dar la respuesta.

Con velo o sin velo nos toman el pelo (3-09-2016)

Cuando yo era pequeña me bañaba en una alberca con bragas, y las chicas mayores con enaguas de tela, pues no solo no disponíamos de bañador, sino que cumplíamos con las costumbres de la época y el recato, que no nos podíamos saltar. Y también iba a la iglesia con un velo de encaje, igual que las mujeres adultas se tapaban con pañuelos negros. Una tía mía conservó su pañuelo negro hasta que murió. Pareciera que de eso hace mucho, mucho tiempo, y bien es verdad que han pasado los años, pero no tantos como para que yo no lo pueda recordar. Lo recuerdo, y muy bien.

Saco estas viejas costumbres a colación porque este verano uno de los temas que ha contrarrestado el tedio de los acuerdos y desacuerdos políticos ha sido el del *burkini* y su prohibición en las costas francesas, y la imagen chocante de unos policías multando a mujeres que tomaban el sol o se bañaban vestidas. Algo que, para nosotros, acostumbrados a los tangas, los microbikinis o el top-less resulta no menos chocante.

Claro que la indumentaria que llevamos obedece a patrones culturales. Claro que lo que nos ponemos o quitamos tiene significado. Tanto significado tiene que una mujer tenga que taparse porque su cuerpo es visto como pecaminoso, como que tenga que llevar un vestido transparente para presentar las campanadas de fin de año. Tanta libertad tiene una mujer que lleva velo —porque su cultura se lo exige— como la que se pone un escote hasta el ombligo porque se lo exige la suya. Los hombres quedan al margen de tales exigencias. El marido de la mujer con burkini va por la playa con su bañador de estilo occidental. El hombre que presenta las campanadas va con esmoquin y pajarita.

¿Por qué los hombres musulmanes no tienen que taparse? ¿Por qué Carlos Sobera no apareció en calzoncillos de pedrería en la Plaza del Sol? Mientras las mujeres sigan siendo un objeto a ocultar o a exhibir, con velo o sin velo, tanto da: ni somos libres si vamos con burkini a la playa ni lo somos cuando nos sometemos a un lifting facial.

La era del desconcierto (11-10-2016)

Vivimos un momento de absoluto desconcierto. A todos los niveles. Es difícil posicionarse sobre temas que no hace mucho tiempo estaban claros. Tenemos miedo de dar una opinión que pudiera ser interpretada negativamente por algún sector de la sociedad. Queremos ser progresistas, modernas, abiertas, comprensivas; no queremos herir sensibilidades, aparecer como un dechado de tolerancia, aunque ello signifique dar apoyo a posturas que en nada benefician a importantes sectores de la población (especialmente mujeres), en nuestro país o en otras zonas del planeta.

Creo que todo ello es debido a varios factores que se retroalimentan: el neoliberalismo económico, que todo lo reduce al sistema de oferta y demanda y minimiza la intervención del Estado; al relativismo cultural, que considera que no hay valores universales, que todo vale, que no podemos enjuiciar prácticas de las diferentes culturas pues podemos incurrir en etnocentrismo. Y la entronización del individualismo con su filosofía de la suprema libertad personal, que instituye al individuo como sujeto con total autonomía para decidir, como si la libertad absoluta existiera y no dependiera de múltiples factores sociales, económicos, políticos...

En conjunto, a mi me parece que todo ello nos retrotrae a posturas profundamente conservadoras y reaccionarias, aunque envueltas en una aparente defensa de la autonomía individual. Y así nos vemos defendiendo con ardor un sistema de relación sexual tan patriarcal como es la prostitución y su corolario la pornografía; la utilización de vestimentas obligatorias sólo para mujeres; el recurso a la maternidad subrogada para darse el gusto de tener hijos con nuestra carga genética, y otras prácticas sociales que en otros momentos nos hubieran avergonzado.

Yo soy libre de tirarme por la ventana de un quinto piso. Pero eso no es excusa para que socialmente se haya de promover e incentivar el suicidio.

Mujeres en la calle (6-11-2016)

Mientras esquivo la marea de mujeres embutidas en sus camisetas rosa tras la enésima carrera del año (reconozco que yo me incorporo cuando ya se ha acabado), reflexiono sobre por qué me invade un sentimiento de íntima satisfacción y orgullo al sentirme parte de esta mitad de la humanidad.

Y entonces pienso que cuando las mujeres salen en masa y se expanden por los espacios públicos, por las calles y plazas, y se hacen visibles y mayoritarias en tanto grupo de mujeres, irradian un poder extraordinario. Se han convertido en sujetos autónomos, independientes, únicos en su individualidad, emancipadas de maridos, novios, amantes, padres o hijos. Están ellas solas compartiendo una sororidad gozosa donde desaparece la competitividad a la que estamos tan acostumbradas, ya sea en las playas, las discotecas o las bodas de las primas, por no hablar de aquellas que tienen que lucir en las alfombras rojas o en los *photocalls*.

Mientras están apiñadas, arrebujaadas, no piensan en cuál es la más alta, ni la más delgada, ni la más joven o la más bella. No se comparan ni se miden entre sí, sino que conforman un grupo extraordinariamente variopinto, libre, como si por unas horas hubiera desaparecido el poder masculino y ellas fueran las únicas y absolutas dueñas de sus destinos. Las mujeres en masa no resultan estridentes, ni agresivas, no rompen el mobiliario urbano, ni molestan a los hombres que pasan por su lado... al contrario, acogen con gozo a los pocos osados que se atreven a ponerse las camisetas rosas con la leyenda «hoy ganan las chicas».

Una vez se disuelven y se incorporan a los espacios privados y domésticos, aisladas, colgadas de los brazos de sus maridos, novios, amantes, padres o hijos, se despojan de la libertad experimentada y el patriarcado vuelve a hacer que cada una vea en las otras no a una aliada sino a una rival.

Cabrones ilustres (24-12-2016)

El reciente asesinato de la doctora Victoria Bertrán y las sucesivas noticias publicadas sobre su asesino, Alfons Quintà, no es sino el resultado de una larga tradición: la de considerar admirables a hombres sólo por su trayectoria pública, sin tener en cuenta lo que hayan hecho en su faceta privada, el comportamiento que hayan tenido con sus mujeres, sus hijos o sus allegados. Esta tradición es la que ha prevalecido durante años, por no decir siglos, la que ha permitido que escritores, políticos, filósofos, intelectuales, deportistas, actores etc. gocen del privilegio de ser admirados e incluso ser considerados «grandes hombres». ¿Qué importancia puede tener que Marx abusara de su criada, con la que tuvo un hijo? O que el genio Einstein maltratara a su mujer y la considerara como a una sirvienta a la que no podía ni ver. O que Arthur Miller, el venerado dramaturgo, recluyera a un hijo con síndrome de Down en un centro y lo olvidara de por vida. O que el escritor Adolfo Bioy Casares hiciera de su sobrina de 16 años su amante el segundo día de verla. O que el gran Charlot fuese aficionado a las jovencitas y dejara embarazada a una menor, con quien se casó para tapar el hecho. O que Norman Mailer casi matara a cuchilladas a su segunda esposa. ¿Qué importancia puede tener que el insigne escritor Thomas Mann humillara y vejara a sus hijos? Ninguna, igual que tampoco tuvo importancia que el filósofo Louis Althusser estrangulara a su esposa, Hélène, cuyo asesinato fue descrito de forma tan poética que pareció que al matarla le hacía un favor. O que el admirado Alfred Hitchcock acosara y humillara a sus actrices. La lista sería tan larga que resultaría imposible incluirlos a todos. Pero todos tienen en común ser admirados por su trayectoria pública, que es la única que hasta ahora ha fundamentado el prestigio. ¿Qué importancia puede tener que en su vida privada fueran unos miserables? Pues bien, no estaría de más que se les bajara del pedestal y que también fuesen reconocidos como lo que fueron: hombres despreciables. Cabrones. Todo lo ilustres que ustedes quieran, pero cabrones.

Involución baldía (29-01-2017)

Mientras el feminismo fue considerado un movimiento protagonizado por unas cuantas mujeres locas que se dedicaban a reclamar derechos para todas (a la sexualidad, al propio cuerpo, al aborto, al trabajo, a la libertad, contra la violencia, etc.) la mayor parte de la sociedad lo observaba con cierta condescendencia. Muchas mujeres se distanciaban de las feministas por considerarlas poco «femeninas», aunque luego con el tiempo se beneficiaran de las reformas que aquellas descocadas propiciaron. Muchos hombres progresistas compartían las reivindicaciones, pero la inmensa mayoría las veía con cierto desdén y desprecio. Muchos, con cierto paternalismo, alentaban sus demandas dándoles golpecitos en la espalda, y algunos no podían dejar de hacer el viejo chiste de «yo soy feminista, porque me gustan mucho las mujeres». En fin, mientras no se tocaran los privilegios masculinos ni representara cambios reales en el *statu quo* y todo quedara en unas cuantas manifestaciones para celebrar el día 8 de marzo, todo estaba bien. Había que ser modernos.

Cuando aquellas primeras demandas y reivindicaciones (que hoy nos parecen tan sensatas y razonables que resulta escandaloso que hubiera que reclamarlas) se fueron concretando en medidas reales, en leyes, en un cambio progresivo en el estado de conciencia de la mayoría de las mujeres, que ya podían declarar que estaban a favor de la igualdad aunque no eran feministas, el recelo empezó a crecer entre el colectivo masculino. Muchos empezaron a despotricar contra las medidas de acción positiva, contra las cuotas, contra la ley integral contra la violencia, contra lo que ahora llaman «ideología de género». Empezaron a sentirse amenazados, a calificar de feminazis a las mujeres que seguían luchando por una sociedad igualitaria. Es decir, mejor.

En lugar de preocuparse de la violencia ancestral que unos hombres han ejercido contra otros hombres a lo largo de la historia (y contra las mujeres, claro) empezaron a inventar una violencia que apenas existe, a considerarlas unas revanchistas, a acusarlas de beneficiarse de las leyes, de quedarse con los hijos y los bienes en caso de divorcio. A esquilmarlos. En definitiva, en lugar de cuestionar la masculinidad tradicional y aceptar la larga historia de desigualdad que han tenido que afrontar las mujeres, y que todavía persiste, y comprometerse con una revisión crítica de su propio rol, han decidido iniciar

una pertinaz involución hacia ninguna parte. No van a revertir la situación porque la razón está de nuestro lado y las feministas volveremos a salir a la calle si hace falta. Y ahora somos muchas más.

Muñecas putas (10-03-2017)

Cuando leí que en Barcelona se abría un burdel con muñecas me horroricé. Me pareció triste, deprimente y humillante para los hombres. Pero después, pensándolo mejor, creo que la sustitución de las prostitutas de verdad por muñecas podría ser la solución para acabar con esta práctica ancestral que, con todos mis respetos para las personas que la ejercen, no me parece el modelo ideal de relación sexual.

Si los hombres pagaran por tener sexo con muñecas de silicona ¿qué mejor prueba de que en realidad desprecian el contacto humano, y que en el fondo esa prostituta real con la que solían tener relaciones no les interesa más que para satisfacer un deseo puntual y mecánico? Pagar por acostarse con una estatua, por muy bien diseñada que esté y por muy atractiva que resulte, indicaría hasta qué punto los hombres que acuden a la prostitución ven en la mujer solo una cosa, un objeto, un recipiente en el que verter sus pulsiones egoístas.

Las prostitutas de verdad, algunas de las cuales quieren creer que los hombres las tienen en gran consideración, y que su dedicación es una especie de servicio social que debería estar financiado por el estado, puede que acaben entendiendo que el uso de su cuerpo por parte de los hombres no es más que un recurso burdo para su satisfacción (la de él), que la persona real les importa un pimiento y que llegado el caso les da lo mismo que sea de carne y hueso o de goma.

Animo a los fabricantes de las muñecas putas que las perfeccionen, que les pongan pilas o baterías para que puedan mover manos, piernas y boca. Que las hagan hablar y soltar palabras dulces o groseras, según el programa que elija el cliente. Me parece una idea genial como alternativa a lo que algunos llaman «el oficio más antiguo del mundo», que ya era hora de que empezara a beneficiarse de la biotecnología.

Dos modelos de ser humano (16-04-2017)

Proponer una ley para que las mujeres puedan coger tres días al mes por dolor menstrual es criticado porque, dicen, los empresarios evitarán contratar mujeres si han de faltar tanto. Una guardia civil es expedientada porque abandona el servicio por un momento para ponerse una compresa. Claro, si las mujeres fuésemos como los hombres no habría problemas. ¿Esa es la famosa igualdad? Entronizar como modelo humano el varón y que las mujeres tengamos que «ocultar» todas las características, capacidades, cualidades y especificidades que nos han conformado, tanto física como psíquicamente. La prueba más determinante de que el patriarcado ha triunfado. Las mujeres tienen que convertirse en hombres. Solo así son aceptables.

El modelo de referencia había sido tradicionalmente el masculino, pero algunas pensamos que el feminismo tiene que proponer un modelo propio de ser humano que incluya las dos posibles encarnaciones con que una persona viene al mundo. Vale que puede haber cambio de sexo/género e intersexuales, pero no es menos cierto que los seres humanos nacen en un 99% (según la OMS) como machos o hembras, y que de ellos derivarán hombres o mujeres, según el aprendizaje de género al que seamos sometidos.

Sin reivindicar esencialismos ni mistificaciones de lo que es ser mujer, sí definiendo que las personas de sexo femenino han de tener su lugar en el mundo. Con todas las performatividades y representaciones que se le puedan dar al género, las mujeres conformamos el 52% de la población mundial y, pese a todas las diferencias que puedan existir entre nosotras, tenemos una historia común, un pasado semejante, la ausencia de haber ejercido el poder en el mismo sentido en que lo han hecho los hombres y un futuro que no podemos permitir que nos borre del mapa. Hay que conciliar la imprescindible igualdad legal con la evidente diferencia que nos conforma. Necesitamos dos modelos de ser humano. Y no uno, como el patriarcado y el capitalismo, al unísono, quieren imponer.

Cuentos de esclavas (21-05-2017)

En el episodio 6 de *Handmaid's Tale*, una embajadora bienintencionada le pregunta a la criada-esclava si ha elegido voluntariamente su actividad, y si es feliz. Elisabeth Moss, Offred en la serie, dice que sí. Todo su cuerpo, sus ojos, sus manos, su boca está diciendo que no, pero la buena embajadora mexicana se lo cree, como nosotros queremos creer que las prostitutas de carretera ejercen por libre elección o las mujeres que alquilan sus vientres (perdón, subrogan su capacidad reproductora) lo hacen para hacer felices a individuos que viven a miles de kilómetros que desean perpetuar su ADN sin despeinarse.

Viene esto a cuento a raíz de los argumentos que se están vertiendo últimamente para justificar prácticas que las feministas clásicas habíamos denunciado desde tiempo inmemorial: que la prostitución era una institución patriarcal para disfrute exclusivo de los hombres o que nadie podía disponer de tu cuerpo salvo tu. Cuando las mujeres gritábamos «derecho al propio cuerpo» es evidente que lo que queríamos decir es que nuestro cuerpo nos pertenecía y que lo reivindicábamos para nosotras, no para uso y disfrute de los demás. Al albur de este eslogan, muchos cretinos y cínicos han desprendido que el derecho al propio cuerpo quiere decir hacer de él lo que se quiera: cederlo, alquilarlo, venderlo y que nadie puede poner coto a esta libertad absoluta para decidir. Sin embargo, el cuerpo-para-sí es muy diferente del cuerpo-para-otros, y es este matiz el que los entusiastas de la gestación subrogada, como de la prostitución, como de las mutilaciones genitales o de tantas salvajadas que las mujeres están padeciendo en el mundo entero, defendiendo que lo hacen usando su libertad individual, parece que están interesados en no entender.

Ceder el propio cuerpo para que otros saquen provecho de él o lo utilicen para su placer (con compensación económica o sin ella) no es disponer del mismo con libertad, por mucho que los posmodernos, relativistas culturales y neoliberales de nuevo cuño equiparen trabajar en un bar con alquilar el útero, con el argumento de que todos trabajamos con el cuerpo. Los Estudios de Género son los que tienen que explicar cómo es posible que hayamos llegado a esta situación, y que algunos sectores del feminismo se hayan convertido en los más entusiastas defensores de las más aberrantes formas de esclavitud femenina.

Por qué se ofenden los hombres (16-07-2017)

Un reportaje publicado en *El País* el pasado 9 de julio desató la indignación de numerosos lectores que, por lo visto, se sentían aludidos en un reportaje titulado *¿Por qué los hombres matan a las mujeres?* y a los que Lola Galán, la Defensora del Lector, daba la razón. ¿Por qué se han sentido ofendidos tantos varones? Pues por el uso de un genérico masculino «hombres», que entienden los culpabiliza a todos, y no solo a algunas personas que matan a otras. Parece ser que prefieren «*personas*» porque así se reparte la violencia en igualdad. La igualdad ante todo.

Yo los comprendo. Los hombres, desde el inicio de la historia de las ideas, de la filosofía, del pensamiento, nunca han sido identificados como un grupo homogéneo opuesto al de las mujeres, sino que han sido «el hombre», es decir, la encarnación de la humanidad. Los hombres no se han quejado nunca de ser designados con el nombre común, en singular (el hombre) porque de esta manera ha representado a todos los seres humanos, hombres y mujeres. «El origen del hombre»: se decía, y ninguno de ellos ha protestado ni considerado que las mujeres nos pudiésemos sentir excluidas. ¿Por qué se ofenden ahora por ser englobados en un genérico masculino plural? Pues porque de esta manera ya no representan a toda la humanidad, sino solo a la mitad de ella. Nombrándolos colectivamente han pasado de ser el Todo a ser solo la Parte. Una parte.

Los hombres (filósofos, pensadores, intelectuales) definieron la esencia del ser humano en masculino, y las mujeres fueron definidas por ellos: mientras ellos representaban lo universal, las mujeres eran lo particular: ¿Qué son las mujeres? ¿Tienen alma? ¿Piensan? ¿Hay que educarlas? ¿Para qué? Qué extraños seres que son las mujeres. Las otras, las opuestas. Los hombres eran el Uno, lo esencial. Las mujeres eran «el Otro», lo inesencial. Lean a Simone de Beauvoir.

Ningún hombre se siente preocupado por la acción de otro hombre, ni representado en un genérico masculino porque cada varón, desde que nace, es considerado un sujeto independiente, un ente autónomo. Como si no hubiera un proceso socializador, ni unos valores comunes, ni la idea de una masculinidad hegemónica, ni un comportamiento viril normativo, ni unos privilegios compartidos, ni una jerarquía sexual.

No. Cada varón que nace no forma parte de un colectivo genérico educado en unos principios comunes, sino un héroe individual que ha de labrar su propio destino. Por eso se ofenden. Porque los comparan con otros congéneres con los que creen no tienen nada en común. Como si el uso de la violencia para controlar a las mujeres no hubiera sido una prerrogativa masculina a lo largo de la historia. ¡Qué ignorantes que son!

Unidas por el trasero (5-11-2017)

Estoy hastiada y aburrida del tema de Cataluña. Entre los de aquí y los de allí, haciéndolo todos cada vez peor, parece que no nos quieran dejar vivir tranquilos. Por eso he decidido cambiar radicalmente de tema y confundir, como se suele decir, el culo con las témporas. De culos va precisamente este post. Y es que he visto en el festival In-Edit de este año, que se ha clausurado hoy, un documental sobre el *Dancehall*, una modalidad de baile ejecutado fundamentalmente por mujeres. O por mayor decir, por el culo de las mujeres.

Lo interesante de este documental no es ver precisamente las contorsiones de las bailarinas, —en una mezcla insólita de acrobacias, perreo, gimnasia, movimientos descontrolados y meneos de trasero, claro— sino el trasfondo social que subyace debajo de esta curiosa pasión. Mujeres de diferentes procedencias, varias japonesas, una italiana, una polaca, varias estadounidenses, algunas jamaicanas y hasta una española, todas de extracción humilde, con vidas en algunos casos muy precarias, con hijos a su cargo, que se entrenan con ahínco, cada una a su manera, para poder cumplir el sueño de ir al festival más importante del mundo: el de Reina del *Dancehall* de Jamaica, paraíso de este baile exagerado, histriónico, grosero e hipersexual.

Lo que llama la atención de este documental, más allá de las condiciones a veces incluso temerarias de sus entrenamientos, es comprobar cómo mujeres de tan distintas procedencias, países y culturas tienen tantas cosas en común: la preocupación por sacar adelante a las personas que aman, ya sean criaturas, padres o hermanas. Los hombres han casi desaparecido de sus vidas, ellas solas, espoleadas por el sueño de viajar a Jamaica para ganar un premio incierto, entrenan duramente hasta dominar esas cabriolas tan arriesgadas y peligrosas.

Una actividad que da sentido a sus vidas, que extraen de ella la fuerza y el coraje para plantar cara a las adversidades: el maltrato de una expareja, un padre que reniega de su hija, unas hermanas que se alternan en el cuidado de su pequeña, una mujer corpulenta que no se resigna a ser excluida de su pasión por los prejuicios ajenos, unas orientales seducidas por el Bronx neoyorquino. Un documental que muestra cómo las mujeres sacan fuerzas de flaqueza incluso cuando se quedan, literalmente, con el culo al aire.

Razonamiento pueril (31-12-2017)

Estamos inmersos en la era del razonamiento pueril. Es como si todos nos hubiéramos infantilizado y solo fuésemos capaces de comprender ideas simples, enunciados sencillos, sin complicaciones. ¿Cuándo ha empezado todo este viraje hacia el razonamiento infantil? Hemos hecho dejación de la capacidad de pensar ¿por qué? Somos incapaces de elaborar una idea compleja, y parece que también de entenderla. Nos gusta vivir como en un anuncio de televisión, donde todo es mágico y tiene fácil solución. Donde no hace falta razonar.

Por otra parte, las palabras ya no significan nada, ni designan ni definen lo que en su día quisieron decir. No toleramos la menor crítica, y todo lo que se dice lo tomamos como un ataque personal: si criticamos la prostitución se deduce que odiamos a las prostitutas. Si la lactancia materna cuando la criatura ya puede comer bocadillos, que menospreciamos la maternidad (y si no que se lo digan a Pilar Aguilar, a la que han masacrado por su opinión sobre el tema). Si cuestionas el alquiler de vientres estás contra los que desean ser padres y despojando a los bebés así concebidos del derecho a existir. Si disintimos del independentismo catalán nos convertimos automáticamente en fachas, en fascistas, en españolistas casposos y enemigos de la libertad. O para que no digan que solo pongo ejemplos que no me afectan: Javier Marías puede que tenga miopía intelectual para analizar el feminismo, pero eso no lo convierte en misógino, como mucha gente le critica.

No hay idea compleja que desees desarrollar que no te catapulte al reino de los proscritos. Ya sé que lo que voy a decir es una idea simple, en línea

de lo que precisamente estoy criticando, pero no me privo: mi deseo para el próximo año, a ver si pudiéramos volver a pensar con libertad sin ser condenados *ipso facto* a las calderas de Pedro Botero, que para más inri dicen que era catalán de Hostalric. Feliz 2018.

La huelga de las bellas durmientes (3-03-2018)

¿Qué pasaría si todas las mujeres del mundo se quedaran dormidas de pronto y no despertaran? Según Stephen King en su nueva novela, *Las bellas durmientes*, el mundo sería mucho peor.

Una pequeña prueba de lo que podría pasar en el mundo sin tener que dormirse indefinidamente (qué pena, de todas formas) lo podremos comprobar si el 8 de marzo próximo todas las mujeres siguiéramos la huelga impulsada por diferentes colectivos feministas. Tradicionalmente las huelgas han estado dirigidas a paralizar el mundo del trabajo remunerado, y han sido convocadas por sindicatos, partidos o diferentes grupos y entidades y las mujeres, como trabajadoras en los diferentes sectores económicos, se han añadido, según los casos, junto con los hombres. Pero nunca las reivindicaciones propias de las mujeres o los problemas con los que hemos de lidiar cada día ha propiciado una llamada para parar el mundo, más allá de algunos intentos que no han llegado a cuajar.

La huelga que se convoca para el 8 de marzo no sólo pretende paralizar el mundo del trabajo convencional, sino precisamente hacer visible todo el trabajo no remunerado, precario, invisible, menospreciado e infravalorado pero imprescindible que realizan mayoritariamente las mujeres: atender la casa y mantenerla habitable, cuidar de las personas dependientes y de las criaturas, encargarse de las mil y una necesidades que toda persona tiene pero que pasan inadvertidas para la mayoría de la gente.

La huelga también quiere denunciar la situación de discriminación laboral que padecemos, la brecha salarial que hace que cobremos entre un 16% y un 26% menos que los hombres, según los casos; el techo de cristal que nos dificulta o impide llegar a los puestos de decisión, el acoso y la violencia

sexual que hemos sufrido de manera generalizada, y no solo las actrices de Hollywood; el consumismo y la presión que ejercen la industria de la moda y la belleza con la imposición de un canon estético inalcanzable.

Creo que hay suficientes razones de peso como para dar apoyo a esta huelga, a ver si la sociedad toma conciencia de que las reivindicaciones de las mujeres son importantes y que no se pueden dejar de lado para cuando todos los demás problemas se hayan solucionado (ja, ja).

Mujeres, tomaos el día 8 de marzo como un día de asueto. Charlad con vuestras amigas, familiares, vecindario. Id a la manifestación y no mováis un dedo en toda la jornada. Que muevan el culo los hombres que tenéis al lado, a ver si pierden al menos un poco de barriga.

Nosotras, los hombres (22-04-2018)

No es solo por la foto de los tres líderes de Podemos con el cartel de Nosotras detrás. Hace ya algún tiempo que algunos colectivos mixtos utilizan de manera regular el femenino genérico para referirse a ambos sexos. En las pintadas de las universidades se alude con frecuencia a TODAS (incluyendo a hombres y mujeres) y no es infrecuente en las intervenciones públicas y en las entrevistas que algún chico hable de *Nosotras* para referirse al colectivo

El genérico masculino ha incluido tradicionalmente a hombres y mujeres porque el mundo ha sido definido por los hombres. Pero ya los hombres no son «la medida de todas las cosas». Ya no representan a todo el género humano: ahora son solo una parte, igual que las mujeres representan la otra parte. La humanidad, dividida en dos (la crítica al binarismo la dejaremos para otro momento). Ahora ninguna de las dos mitades de la humanidad puede arrogarse la representatividad de la otra mitad.

Hasta ahí, todo bien, y si refleja un cambio según el cual el femenino genérico puede representar a todo el género humano como tradicionalmente ha venido siendo con el genérico masculino, estupendo. Es un cambio que las lenguas van a ir teniendo que arrostrar hasta encontrar una fórmula satisfactoria.

Lo que ya no me parecería tan bien es que esta apropiación del Nosotras fuese una operación estética, una máscara, un uso fraudulento, interesado, oportunista para aparecer modernos, inclusivos y progresistas. Una pose, un *postureo*, una actitud políticamente correcta. El uso del Nosotras tiene que ir acompañado con presencia de mujeres en todas las circunstancias. No me vale un colectivo que hable con el genérico femenino pero que siga estando representado mayoritariamente por personas con *apariencia* masculina. ¿Una manera moderna de seguir ostentando el poder?

Si fuese así, chicos, preferiría que siguieseis utilizando el Nosotros, porque al menos cuando hablarais públicamente Nosotras estaríamos seguras de que no estáis usurpando nuestra voz.

Los hombres que juzgaban a otros hombres (27-04-2018)

¿Qué pueden saber los hombres que juzgaban a esos cinco hombres lo que es ser penetrada simultáneamente por la boca, el ano y la vagina? ¿Qué pueden saber esos magistrados del miedo y el pavor que siente una mujer cuando va sola por la calle y es abordada por varios hombres que la ven como una presa fácil? ¿Qué pueden saber esos togados de la parálisis que puede experimentar una mujer cuando ve que no tiene más salida que resistirse heroicamente o someterse con resignación para no poner en riesgo su integridad?

Nada. Esos hombres que juzgaban a esos otros cinco hombres pueden saber mucho de leyes, de jurisprudencia, de decretos y artículos del código penal, pero no tienen ni puta idea de la vulnerabilidad, del desasosiego, del miedo y del desamparo que se apodera de una mujer cuando, haga lo que haga, sabe que no tiene escapatoria y que su cuerpo va a ser utilizado como un objeto para deleite libidinoso de unos hombres que creen tener derecho a hacer lo que les venga en gana con él.

Esos hombres togados saben lo mismo que los cinco hombres a los que juzgaban porque comparten el mismo sustrato ideológico, los mismos valores, las mismas creencias sobre las mujeres, a saber: que ellas dicen que no, pero en realidad están diciendo que sí. Que provocan e incitan a los hombres

y luego se quieren echar atrás; que van a lugares a los que no deben o se visten indebidamente. Son capaces de no apreciar violencia ni intimidación en la actitud de La Manada porque es más que posible que ellos hagan lo mismo con sus señoras o con otras mujeres con las que se relacionan.

¿Qué pensaría el señor juez Ricardo Javier González si le metieran un palo por el culo, una polla por la boca y le estrujaran los huevos al mismo tiempo? ¿Diría que tal acción se desarrolla en un «ambiente de jolgorio y regocijo»? Cómo me gustaría verlo disfrutar rodeado de cinco tíos que lo mantienen inmovilizado en un sórdido portal, lo penetran sucesivamente por el ano y lo dejan tirado después de robarle el móvil como prueba de su amabilidad. Cómo me iba a reír al contemplar su excitación ante tan «cruda y desinhibida relación sexual».

P.D. Lo que más me apena es que en ese tribunal también había una mujer.

El feminismo no es una religión (14-07-2018)

En los últimos meses he leído algunos artículos firmados por intelectuales a los que respeto (a unos más que a otros) que comparan el feminismo con el catolicismo, con el integrismo islámico, con el nacionalismo y otras posturas dogmáticas. Que en plataformas como Forocoches o descerebrados *twitter* despotriquen contra el feminismo ya me parece normal, pero que mentes cultivadas cuyo trabajo es reflexionar y aportar elementos de juicio para que otros reflexionen caigan en semejantes despropósitos me apena, me entristece y a veces me indigna.

Esta equiparación es además de una injusticia una falacia, es decir, una mentira consciente e intencional para deslegitimar este movimiento social. Es una injusticia porque comparar el feminismo, que nunca ha ejercido poder alguno, con religiones, instituciones sociales o políticas que llevan años ejerciéndolo, a veces de manera despótica, arbitraria, y siempre jerárquica, es una muestra fehaciente de mala fe.

Después de más de 3000 años de patriarcado durante el cual las mujeres han sido seres de segunda categoría, cuando no sojuzgadas, sometidas, redu-

cidas, raptadas, violentadas, ninguneadas, ignoradas, vendidas, compradas, prostituidas, menospreciadas y a las cuales hasta hace relativamente poco tiempo no se les ha concedido el estatuto de sujetos de pleno derecho (y no en todas las culturas del planeta), ahora resulta que sus reivindicaciones son comparadas con el catolicismo (que tanto ha contribuido a la subordinación de las mujeres), el integrismo islámico (que las quiere sordas, ciegas y mudas) o el nacionalismo (que tanto sufrimiento ha generado por la idealización supremacista de un territorio).

El feminismo, que yo sepa, no quiere exterminar a los hombres, ni hacerlos esclavos, ni que cobren menos que las mujeres, ni que dejen de trabajar y se queden en casa, ni que se prostituyan, ni que sean violados, ni que se encarguen exclusivamente del trabajo doméstico, ni que abandonen los puestos de responsabilidad. ¿Por qué tanta mala fe? Por qué estas mentes preclaras desean deslegitimar un movimiento social que lo que pretende es que se restituya a las mujeres lo que durante tanto tiempo se le arrebató: la libertad, la dignidad y la parte en la construcción social que le corresponde por ser la mitad de la humanidad.

Derecho de pernada (4-08-2018)

Se llamaba «derecho de pernada» a una supuesta tradición medieval según la cual el señor feudal tenía el privilegio de pasar la noche de bodas con la desposada de cualquiera de sus siervos. Y contra este derecho era imposible protestar, porque así estaban establecidas las reglas de poder que regían en aquel momento.

De otras formas, más sutiles, más modernas, o más actualizadas, el derecho de pernada ha pervivido en la práctica a lo largo de los siglos. ¿Qué es si no, la impunidad con que han actuado hombres poderosos que han violado, abusado, agredido sexualmente a mujeres —y en ocasiones también a niños o a hombres— escudándose en sus privilegios, su preeminencia social, su estatus? Esta práctica ha estado extendida por prácticamente todo el mundo, y ha reflejado como ninguna otra las relaciones de poder que han regido, y rigen, en nuestras sociedades.

Ahora están saliendo a la luz casos de eminentes, o no tan eminentes, hombres en todos los ámbitos sociales: científicos, académicos, artísticos, religiosos, económicos, deportivos, políticos, laborales, domésticos... Durante años, por no decir siglos, estos abusos de poder, y específicamente el abuso sexual como uno de los más extendidos, han sido moneda corriente que las mujeres han tenido que soportar silenciosamente, pues no solo era difícil demostrar la agresión —que ni siquiera era considerada como tal— sino que la simple denuncia pública podría acarrear el ostracismo, la pérdida del empleo, la posibilidad de continuar una carrera, el vacío y la exclusión, cuando no la acusación de revanchismo, venganza, maledicencia o difamación.

Ante estos casos que salen a la luz la sociedad responde de dos maneras: o se encarniza con el caído señalándolo como un apestado, cuando no hace ni dos días se le rendía pleitesía, o se acusa a las denunciantes de exageraciones, de caza de brujas, de operación de derribo injustificada. Cualquier cosa antes que asumir que hemos tolerado, acallado, ignorado que ese abuso de poder lo podía estar realizando cualquier hombre de nuestro entorno al que todos a su alrededor le reían las gracias.

Mainsplanning a lo bestia (11-10-2018)

Las mujeres (y especialmente las feministas) podemos llevar años, si no siglos, reflexionando, aportando ideas para la transformación social, generando debates, poniendo blanco sobre negro los cambios necesarios que habría que hacer para que la sociedad fuese más justa e igualitaria.

No importa, todo o casi todo lo que decimos cae en saco roto. Ahora bien. Basta que un hombre, y si es prestigioso mucho más, tome en consideración los argumentos previamente aportados por algunas intelectuales, que automáticamente otros hombres le concederán autoridad, se verán impelidos a tomar en serio las «nuevas» ideas y se erigirán en firmes defensores de las mismas. ¡Oh, lo ha dicho un hombre importante!

Esa suele ser la misma tónica en cuestiones de menor envergadura o trascendencia. Las mujeres nos podemos desgañitar defendiendo una idea nove-

dosa, original, importante, sugerente, estimulante a la que casi no se le hace caso. Esa misma idea, defendida y desarrollada por un hombre adquiere automáticamente visos de credibilidad a la que hay que prestar atención.

Lo digo, aunque es un ejemplo más entre muchos otros, por el reciente artículo de Antonio Caño en *El País* (*El «caso Kavanaugh» y las políticas de identidad*, 11-10-2018) que remite a unas palabras que atribuye a Francis Fukuyama (El de *El fin de la historia*), según el cual «las políticas de identidad se han convertido en un concepto que explica mucho de lo que está ocurriendo actualmente en el mundo».

Muchas mujeres de renombre, intelectuales prestigiosas y otras de menor brillo como yo, hace años que intentamos explicar lo que pasa en el mundo relacionado con las identidades de género, el feminismo y el dominio patriarcal. Pero hasta que no repara en ello Fukuyama, otros intelectualillos de tres al cuarto ni se enteran ni se quieren enterar.

Rearme patriarcal (15-01-2019)

Siempre he pensado que hay cambios profundos y cambios superficiales. De hecho, a estos últimos no habría que llamarlos cambios, sino acomodo, apariencia, disimulo. Se finge una postura por conveniencia, por miedo a la desaprobación de los demás, por la presión del entorno, por no desentonar, por no parecer trasnochado. Pero a la que se presenta la ocasión y se rasca un poco, emerge en toda su crudeza lo que no era cambio sino mero disfraz.

Es lo que está ocurriendo con las voces que alertan contra «la ideología de género», que utilizan un concepto abstracto, enrevesado y confuso que nadie sabe lo que quiere decir simplemente para rechazar lo que nunca se había aceptado con convicción, a saber, los avances y logros de las mujeres. Durante muchos años gran parte de la sociedad, especialmente de la población masculina, transigió con las reivindicaciones femeninas, que observaba con recelo y desconfianza, pero sin atreverse a plantear una abierta oposición. Hubiera parecido demasiado anticuado manifestarse en contra de la igualdad.

Pero como lo que no es cambio es impostura, actualmente asistimos al rearme del patriarcado, asustado, alarmado, temeroso de que las cosas no vuelvan a ser nunca más como fueron. Estupefactos ante la pérdida del poder sobre las mujeres, la desaparición de los privilegios, el desconcierto de no saber qué significa ser hombre ni cuál es el papel que le corresponde después de haber sido, durante siglos, la medida de todas las cosas.

En nuestro país la bandera contra el feminismo, rebautizado como «ideología de género», la enarbola un partido, seguido de cerca por otros que no se habían atrevido a oponerse al cambio, que no va a dejar de crecer y aglutinar adeptos: todos aquellos —y ¡ay! aquellas— que preferirían que el modelo de relación entre hombres y mujeres se mantuviera como en el pasado. Pero la mayoría de las mujeres sí ha experimentado un cambio en el estado de conciencia y este cambio, queridos, no tiene vuelta atrás.

El feminismo que gusta a los hombres (2-02-2019)

Aunque parezca que el feminismo está de moda incluso entre algunos hombres, cosa impensable 30 o 40 años atrás cuando a las feministas de la ahora llamada «segunda ola» nos consideraban feas, machorras, amargadas de la vida y otras lindezas semejantes, he observado que hay un feminismo que gusta a los hombres y otro que no.

Les gusta el feminismo tipo Catherine Deneuve y las intelectuales francesas que defienden el derecho de los hombres a importunar a las mujeres, ya que consideran que el puritanismo que creen el feminismo potencia acaba con la seducción. Les gusta el feminismo tipo Cristina Pedroche, que enarbola la bandera de la libertad a la vez que se pliega dócilmente al papel de la mujer florero, pues afirman que ella elige cómo aparecer en televisión. Ese feminismo les gusta mucho, pues está en la línea de lo que las mamachicho hacían hace casi 30 años pero ahora de una manera *empoderada*.

Les gusta el feminismo que dicen defender las prostitutas y las defensoras de la prostitución, pues argumentan que son ellas las que eligen libremente dedicarse a ese *trabajo*, y así no tienen que cuestionarse su propio papel en

el mantenimiento de tal modelo de sexualidad, jerárquico y enfocado en su propio placer.

Les gusta el feminismo de las mujeres que critican a otras mujeres, y aquellos productos, libros o películas que las presentan manipuladoras y perversas, como es el caso de *La Favorita*, película que se regodea en algo tan antiguo como la supuesta rivalidad femenina, la ambición y el poder en la sombra, tan típico de las chicas, aunque para ello tenga que retorcer la historia y sustituir los 18 embarazos que tuvo la reina Ana Estuardo por conejos. Si esta mujer tuvo 18 embarazos entre hijos muertos y abortos significa que al menos estuvo embarazada 20 de sus 49 años de vida, pero eso al director no le interesa, sino fabular una relación triangular entre mujeres, que da más morbo.

En fin, el feminismo que gusta a los hombres es el que no discute su hegemonía ni les disputa el poder, que no es estridente, que no acusa, que es discreto y amable, que no cuestiona su sexualidad ni le pide cuentas por su larga etapa de dominio. Un feminismo que podría suscribir hasta Rousseau cuya Sofía, que existía para hacerle la vida agradable a Emilio, parecen añorar.

Los animales primero (12-05-2019)

Yo no sé si lo mejor es hacerme un Reset completo, actualizar mi sistema operativo (como hacía el protagonista del corto *Compatible* de Pau Bacardit, que por cierto es mi hijo) o directamente pedir que paren el mundo que yo me bajo, pero cada día entiendo menos. Cuando feminismo quería decir el movimiento social y político que luchaba porque las mujeres fuesen sujetos de pleno derecho y pudiesen tener su propio proyecto de vida (esa era mi definición y visión) la cosa estaba clara, o al menos a mí me lo parecía. Pero desde hace unos años, y sobre todo, con la sustitución automática de la palabra sexo, mujer o feminismo por género, ya no me aclaro. Hoy todo es género menos los hombres, que siguen siendo hombres.

Hace unos meses me llegó un *whatsapp* donde leía que se había llevado a cabo un contrato municipal para «la desratización y desinsectación del municipio de Murcia con perspectiva de género» (BOE 16-01-2018); La Uni-

versidad de Valladolid ha organizado un Congreso Internacional sobre ética animal y género»; muchos colectivos feministas actuales se cuestionan si las mujeres son o no el sujeto político del feminismo. En fin, que tengo un lío mental bastante considerable.

Ahora el feminismo tiene que ser anti especista (es decir, no hay especies superiores o inferiores, todos somos animales), y en algunos círculos no se puede hablar de vaginas (he leído que aconsejan referirse al *agujero de delante* o al *agujero de atrás*) o de menstruación, porque de esta manera se está excluyendo a las mujeres trans, que no tienen estas experiencias vitales. Y nada de hacer el gesto púbico con ambas manos, que también es excluyente.

Como las mujeres tenemos que ser siempre tan complacientes, comprensivas, amables, inclusivas, simpáticas etc. es decir, como las mujeres hemos sido educadas para aceptar que los demás en general (y los hombres en particular) siempre estén primero, así ocurrió en la Revolución Francesa y en la Rusa y en las luchas del proletariado, y en todos los movimientos hasta la actualidad, pues ahora tenemos que cederle el puesto a todas las identidades no normativas y disidentes, y las menos normativas de todas parece que son los seres vivos que hasta hace poco conformaban los no-humanos no racionales. Los seres vivos racionales hembra (¿se podrá decir así?) pueden esperar.

Quizá por eso en Murcia han sido pioneros en un proyecto de desratización de la ciudad con perspectiva de género. Vamos bien.

La falacia de la igualdad (2-06-2019)

Es una mentira como una catedral. La igualdad es una inmensa fabulación que nos tiene deslumbradas y que sirve para acallar las protestas, debilitar las críticas, silenciar las demandas, aquietar las exigencias. Bajo el espejismo de la igualdad tenemos que enmudecer, pues es una evidencia que formalmente hombres y mujeres tenemos los mismos derechos y deberes (en nuestra área cultural, no en todo el mundo). Sin embargo, este discurso igualitarista es una falacia pues la sociedad sigue manteniendo unas infranqueables desigualdades entre los sexos, que se perpetúan y reproducen en las mentalidades e imaginarios colecti-

vos: la sexualidad no es equiparable entre hombres y mujeres, lo que en unos es motivo de jactancia y orgullo en las otras es reprobación (véase el caso de la trabajadora de Iveco); si la paternidad convierte a los hombres en trabajadores responsables y fiables, en las mujeres se trastoca en desventaja y menoscabo; mientras los hombres transitan por los lugares públicos con seguridad y arrogancia, las mujeres caminan con miedo y prevención.

Envejecer es causa en las mujeres de oprobio y ostracismo, mientras ellos se convierten en individuos valorados por su estatus y distinción. Los medios de comunicación, la publicidad, el cine, los videojuegos, la música y todos los discursos simbólicos enaltecen a la mujer joven, bella y sexy, mientras que los hombres pueden aparecer vestidos de pies a cabeza y sin gracia alguna en cualquier producto cultural, desde la música clásica al *reggaeton*. ¿Qué lección estamos dando a las jóvenes generaciones, niñas y niños, adolescentes, jóvenes de ahora, hombres y mujeres del mañana? Que la igualdad es un engaño para mantener las apariencias, mientras las desigualdades más abyectas se perpetúan sin que nadie repare en la gravedad de la situación. Esta es, a mi juicio, tarea del feminismo, pero como las feministas de ahora están enfrascadas en sus discusiones sobre las identidades, el género, lo *queer*, el empoderamiento y la libre elección, mucho me temo que vamos a seguir fingiendo la igualdad por los siglos de los siglos. Amén.

Columnas publicadas en el diario Público. (De junio 2019 a mayo 2021)

Un monstruo entre nosotros (10-07-2019)

Uno de los recursos habituales de los medios de comunicación para explicar el horror que supone el asesinato o la desaparición forzosa, tortura y muerte de una mujer cualquiera, en cualquier rincón de la geografía española (por no hablar de otras zonas del planeta con el mismo problema pero que conozco menos) es la construcción del «monstruo». Ese ser abyecto, perverso, de rasgos psicópatas contra los cuales la población inocente y normal grita «asesino», «pena de muerte» o «cadena perpetua» cuando finalmente son detenidos.

De esta manera se encuentra una explicación tranquilizadora para el resto de la ciudadanía, señalando a aquellos individuos manifiestamente antisociales que han mostrado un comportamiento primitivo, animal, cruel. Es así como los demás podemos sentirnos mejores. Empezando por los desalmados autores del caso Alcàsser, hoy revisitado, Anglés y Ricart. Siguiendo por el asesino de Rocío Wannikoff y Sonia Carabantes, Tony Alexander King, que a punto estuvo de endosar sus fechorías a Dolores Vázquez. ¿Y qué decir del *monstruo* que acabó con la vida de Marta del Castillo? ¿O el que secuestró y tiró a un pozo a Diana Quer? ¿O el ogro feroz que vivía plácidamente enfrente de la casa de Laura Luelmo? Por no hablar de otros tantos que han acabado con la vida de mujeres o las han agredido brutalmente, pero cuyos casos no se han hecho tan notables mediáticamente, no sabemos exactamente por qué, como el caso del monstruo que violó y arrancó los ojos a una joven en Avilés en el año 2000. Y eso sin contar los numerosos *monstruos* que asesinan a sus parejas o exparejas.

Hay tal cantidad de *monstruos* sueltos que algún cineasta audaz podría inspirarse para hacer una película, quizá Bayona, con una secuela de *Un monstruo viene a verme II*. ¿De dónde salen tantos monstruos? Esta es la gran pregunta que los medios de comunicación soslayan, recreándose en la representación mediática de estos hombres como individuos que parecen haberse criado en la jungla, sin principios, ajenos a la civilización, inadaptados, como manzanas podridas dentro de un cesto de relucientes y beatíficos frutos. A veces incluso como víctimas de la sociedad.

Sin embargo, estos monstruos han nacido y crecido en el seno de familias convencionales, asistido a escuelas comunes, alimentados, como todos, con la ideología de una sociedad patriarcal que desprecia a las mujeres, que las cosifica en todo tipo de producto ya sea publicitario, informativo, de ficción, de humor, pornográfico o en el video musical. Estos monstruos no son diferentes a todos los demás hombres que creen gozar de la prerrogativa de importunar a las mujeres a voluntad. Estos *monstruos* son parte de nosotros y no, no tienen ninguna marca con la que los podamos diferenciar.

El sexo no existe, idiota (15-07-2019)

Hacia el año 1996 un grupo de mujeres italianas decretó que el patriarcado había desaparecido (y no por casualidad). Desde entonces hacen, viven y actúan como si este sistema de organización social no existiera. Más o menos, por las mismas fechas alguna teórica posmoderna dictaminó que el sexo, como el género, era una construcción social. Desde entonces todo se ha convertido en género, de tal manera que ahora toca hacer ver que los cuerpos sexuados de la especie humana no existen, o si existen son irrelevantes. No solo casi se ha proscrito el uso de la palabra sexo, sino que sostener que solo existen dos sexos (y no seis o siete, como afirman algunos), y que sobre este binarismo biológico se ha construido la subordinación de las mujeres está en vías de convertirse en un sacrilegio, pues tales son las reminiscencias religiosas que evocan las furibundas diatribas de quienes abogan por defender que solo existe la identidad de género.

Género, un concepto que nació para poner de relieve cómo sobre los cuerpos sexuados macho y hembra se imponía un corsé cultural al que tenías que adaptarte si no querías ser una proscrita o proscrito de la sociedad. Sobre la diferencia sexual se cimentó todo el edificio de desigualdad que otorgaba a los hombres un papel hegemónico y a las mujeres uno subordinado.

A mi, como otros que también lo han puesto de relieve, me sorprende sobremanera que unas elaboraciones teóricas complejísticas sobre el género hayan sido tan ampliamente difundidas, y más aún, entendidas por tantísima gente dispuesta a saltarle a la yugular a cualquiera que ose ponerlas en cuestión. Es como ir contra la palabra de Dios. Yo no sé si llegará el día en el que aquellas feministas clásicas como yo tengamos que retractarnos en la plaza del pueblo, como Galileo, de nuestra creencia de que lo que hay que desactivar es el género, los mandatos culturales que nos impiden poder expresarnos a hombres y mujeres con libertad.

Cuando yo era niña era un marimacho de manual. Si fuese hoy día es posible que mis padres me hubieran bloqueado el desarrollo para que me adaptase a mi «verdadera identidad», cuando lo que yo quería era subir a los árboles, correr, saltar, hacer todo aquello que hacían los niños y que no sabía por qué, estaba mal visto en las niñas. Afortunadamente, mis padres tenían cosas más importantes en las que ocuparse que preocuparse por mi identidad. Nuestros

cuerpos sexuados no están equivocados, la que está equivocada es la sociedad, que tiene que dejar que las personas expresen su identidad como deseen.

Según el grupo de mujeres italianas de Milán, el patriarcado no existe. Según algunas teóricas, el sexo tampoco. Menos mal que nos queda la República catalana, que a diferencia de aquel Mosso d'Esquadra ignorante que reprendió a un manifestante, existe de verdad.

Maltrato tecnológico (24-07-2019)

Escribo este texto después de haber experimentado personalmente y haber compartido con muchas personas lo que denomino maltrato tecnológico, que no es ni más ni menos que la situación que se está produciendo cada día con la demanda de hacer todos los trámites de forma telemática. Se supone que la tecnología debería hacernos la vida más fácil, acortar los trámites burocráticos, dar soluciones eficaces y rápidas, evitar tener que ir presencialmente a las diferentes instituciones o entidades a presentar documentos o expedientes de cualquier clase.

Pues bien, esta nueva modalidad de maltrato consiste en que aparentemente todo resulta muy fácil de realizar a través de internet, pero a la hora de la verdad los problemas se multiplican. O bien no funcionan los aplicativos, o bien piden tener instalados programas informáticos concretos, o bien éstos no se ejecutan o piden certificado digital del que no disponemos, o si lo tienes no es reconocido por el sistema, y así hasta una infinidad de problemas técnicos para resolver los cuales tendrías que haber estudiado ingeniería informática como mínimo. En ocasiones, si llamas pidiendo soporte técnico te dicen que leas el manual de instrucciones, un mamotreto ilegible las más de las veces.

Una modalidad especialmente denunciabile es el maltrato tecnológico institucional: muchas instituciones solicitan la documentación a través de plataformas digitales, que para más inri no tienen la opción de guardar los datos introducidos, con lo cual si por cualquier razón falla el sistema tienes que volver a empezar cada vez. Mención aparte merecen las facturas electrónicas;

cuando las envías, además de tener que darte de alta en alguna de estas plataformas, te las devuelven sin dar explicaciones, y cuando reclamas te pueden contestar diciendo que «hay que esperar a que se genere la factura», como si la factura se generara en el espacio sideral por arte de magia. Por no hablar de los múltiples y farragosos formularios que hay que rellenar para cualquier nimiedad, cosa que consume horas de nuestro escaso tiempo.

Existe otro maltrato tecnológico que se deriva de la dificultad de establecer contacto telefónico para resolver problemas concretos: aparte de tener que esperar escuchando la 9ª sinfonía de Beethoven y la cantinela de que todos los agentes están ocupados, si logras hablar con alguien suele ser distinto cada vez, con lo cual tienes que repetir la historia varias veces, sin que nadie se haga cargo finalmente de resolver el problema.

En definitiva, que la ciudadanía está impotente ante un nuevo tipo de maltrato contra el cual difícilmente se puede actuar, pues al final el responsable suele ser el usuario, por incompetente, por torpe, por ser un analfabeto digital, por no estar al día en cuestiones informáticas, o en último término el sistema técnico, con lo cual la institución o entidad no se hace responsable de los fallos. Y empieza a cundir el ejemplo de no poner teléfonos de contacto, o si lo ponen y llamas muchas veces salta un mensaje que dice «el buzón está lleno». Y para mayor regodeo, ahora se ha instalado la costumbre de solicitar la valoración del servicio. Si supieran que muchas veces estoy tentada de contestar con una bomba cuando me piden la opinión.

Abusar de qué (6-08-2019)

Cada vez que leo u oigo que un individuo ha sido condenado por «abuso sexual» se me ponen los pelos de punta. Hay palabras que ya llevan en sí misma el esquema mental con el que interpretamos el hecho. Abusar no tiene un límite claro entre lo normal y lo excesivo. Es una cuestión de grado. Mientras que no se puede estar vivo y muerto a la vez, o medio embarazada, abusar tiene una continuidad: entre tomar dos copas de vino y tres botellas ¿dónde situamos el abuso de alcohol? Si invitas a una amiga a tu casa para una semana y se queda tres meses, ¿dónde ponemos el abuso de confianza? El tema del

abuso de autoridad lo dejo para otra columna, porque tengo mucho que decir sobre ello. Y así podríamos seguir poniendo ejemplos en los que no sabemos donde situar el límite entre «lo normal» y lo que se puede considerar abusivo.

Cuando se dice «un individuo abusó sexualmente de una menor» ¿qué estamos diciendo? ¿Qué empezó poniendo la puntita y después se le fue la mano? (por no ser grosera, entiendan que una es persona de cierta edad). ¿Que empezó con una caricia y luego degeneró en magreo? La misma palabra de abuso sexual lleva implícita la condescendencia desde la que se contempla: el individuo exageró un poco, pero vaya, tampoco es para tanto. Cuando hablamos de abuso ya estamos tomando partido por el agresor, a quien no se considera sino un «poco culpable», de la misma manera que cuando se abusa de la confianza de alguien reprochamos al abusado que no tuviera más carácter para plantar cara al abusón.

Especialmente despreciable es cuando se utiliza para referirse a actos contra menores o personas que ya de por sí no saben ni pueden saber lo que es el consentimiento ni pueden oponer resistencia por su edad o por su situación de vulnerabilidad. Todavía el año pasado se consideró abuso sexual una violación porque la menor no opuso resistencia ([ver aquí](#))

¿En qué cabeza cabe que una menor —especialmente niñas pequeñas o personas privadas de su sentido o de su razón— puedan otorgar consentimiento? ¿No es ya de por sí bastante intimidatorio para un menor que una persona adulta doblegue su voluntad? ¿Tanto cuesta llamar a las cosas por su nombre? Cualquier conducta de carácter sexual practicada sobre una menor implica intimidación, y por lo tanto hay agresión y no mero abuso sexual. Y por supuesto, la mayor representación de la agresión sexual todo el mundo sabe como se llama como para andarnos con eufemismos: se llama violación.

Decirle No a Dios (13-08-2019)

Hoy es Plácido Domingo, como ayer fue Harvey Weinstein, como mañana puede surgir otro famoso que anteayer abusara de su poder o de su autoridad al que se acusa de acoso sexual. El problema no es este o aquel, sino que

la práctica ha sido tan habitual entre famosos y no famosos que cualquier mujer que se ha sentido acosada por un superior ha vivido esa tesitura sobre «cómo decirle que no a Dios», sea ese dios una mega estrella de la ópera o un mequetrefe supervisor de un supermercado. Cómo gestionar una persecución no deseada, cómo defenderte del manoseo, cómo negarte a un requerimiento de un superior cuando sabes que tu carrera, tu trabajo, tu promoción, tu supervivencia profesional puede sentirse amenazada por los deseos libidinosos de un individuo que se cree con derecho sobre tu cuerpo, y tiene poder para torcer el curso de tu existencia.

Siempre hay voces condescendientes —a veces provenientes de mujeres, como esa directiva de la SGAE— que proyectan una sombra de sospecha sobre las denunciantes, porque claro, las que han sido acosadas nunca se sabe con qué intenciones se acercaron al ídolo, que por qué no denunciaron en su momento, que qué buscarían. Siempre hay mujeres —ellas sabrán por qué— que desean congraciarse con el agresor, que minimizan los hechos, que los cuestionan, que defienden el honor del acusado, que comprenden sus actuaciones, que no es para tanto, ya se sabe que las mujeres son tan péfidas, interesadas o idiotas.

Yo recuerdo un abogado intachable en mi Málaga natal que perseguía y acosaba sexualmente a una secretaria que abandonó su puesto huyendo del abusador, como recuerdo haberme tenido que defender de las insinuaciones y del manoseo de un profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona que encima se creía irresistible. Como sé que continúan defendiéndose algunas estudiantes o doctorandas de sus profesores o directores de tesis.

Plácido Domingo se ha defendido diciendo que «los estándares y normas que regían antes no son las de ahora», lo cual de alguna manera viene a reconocer que incurrió en comportamientos abusivos que él creía consentidos. Y es que cómo las mujeres no van a caer rendidas a mis pies, con lo encantador que soy y la capacidad de destruir o relanzar una carrera que tengo. Pues bien, se ha acabado el chollo, y esos caballeros tan honorables que te manosean, besuquean o babosean van a tener que arrostrar las consecuencias, aunque estas no sean más que el desprestigio y el ostracismo social. Se tiene que acabar eso de que una mujer se vea en la situación de tener que renunciar a su promoción o a su trabajo por temor a decir que NO a Dios. No metamos a Dios en lo que no es sino el más humano y odioso abuso de autoridad.

Impuras (21-08-2019)

La menstruación va a entrar en política. Y no precisamente para reclamar que las compresas, tampones o copas menstruales sean consideradas productos de primera necesidad —como debiera ser en todo el mundo, pues es un aspecto que afecta a todas las mujeres sin distinción durante muchos años de su vida— sino precisamente para recordarnos que las mujeres somos impuras. Vale que de momento es solo una iniciativa del gobierno de Israel, que ha lanzado una campaña con celebridades para que las mujeres se sometan al rito de purificación pos menstrual, pero dada la involución que está experimentando el mundo en temas de igualdad, no me extrañaría que cundiera el ejemplo y más de un partido llevara en su programa electoral el baño purificador —con agua del grifo, pues la de lluvia parece que va a escasear cada vez más—.

Puede que en nuestro entorno cultural esta iniciativa parezca un tanto estrafalaria, pero tampoco entre nosotros se han eliminado del todo los prejuicios en torno a la menstruación. Siendo como es una experiencia femenina universal, sorprende lo poco que se ha hecho referencia a ella en la literatura, el cine, las series, los cómics, la música, la pintura o cualquier otra manifestación cultural. Solo me viene a la cabeza una escena de la película *Mujeres del siglo XX* (2016) en la que Greta Gerwig reivindica el término menstruación en una reunión familiar. También en la muy reciente *María, Reina de Escocia* (2018) vemos un fotograma en el que una sirvienta ayuda a la reina a lavarse mientras vemos cómo resbala la sangre por sus piernas. Reparemos en que son dos películas muy actuales.

La menstruación sigue siendo tabú. Se habla poco y mal de ella. Las niñas viven su primera experiencia menstrual como si de un secreto se tratara, y pese a la liberalidad de las costumbres y la aparente revolución sexual, la regla sigue siendo un tema oculto, silenciado, no representado socialmente: así como es frecuente encontrar máquinas expendedoras de preservativos en lavabos u otras instalaciones públicas, las mujeres tienen que ser previsoras siempre, pues difícilmente encuentran unos aseos que expendan estos productos. ¿Es casual que se facilite más el sexo seguro e improvisado que una necesidad íntima femenina que afecta a la totalidad de las mujeres en edad fértil?

No he citado la publicidad, que ha pasado de no hablar del tema a coreografiarlo como si de una actuación de *Fama*, a *bailar* se tratara. Y no sé si se

han fijado, pero cabría preguntarse por qué para probar su eficacia en las compresas que se anuncian se vierte un líquido de color azul, además de añadir el sonsonete de que hay que sentirse *limpia*. O todas las mujeres somos de sangre real o me parece que no estamos tan lejos del gobierno israelí cuando propone esa iniciativa electoral, que esperemos no copien los partidos más ultramontanos. Y puestos a considerar impura la sangre menstrual, ¿por qué no hacer lo propio con los fluidos corporales masculinos tan blancuzcos y viscosos? Ay, Dios, esa desigualdad abismal.

Hombres caducos (27-08-2019)

Llámense Bertín, Plácido, Carlos o Javier (por poner solo unos nombres al azar) son hombres caducos. Hombres que si fuesen un producto comercial —como decía una colega mía— habría que haberlos retirado del mercado por obsoletos. Como estos hay cientos, miles o millones, depende del ámbito territorial que abarquemos. Hombres educados en unos valores rancios que podían aunar la caballerosidad con la bellaquería sin diferenciar apenas cuando incurrían en una o en otra, pues ambas eran prerrogativas que el patriarcado les había concedido por el hecho de nacer varones.

Hombres acostumbrados a disponer de mujeres, casi siempre jóvenes, que les rieran las gracias, y que ejercían de madres, esposas, amantes, secretarías, asistentes, todo a la vez. Mujeres casi siempre valiosas que en lugar de dedicarse a su propio proyecto de vida les pasaban pulcramente los textos a máquina, o les limpiaban los pinceles, o les contestaban el correo o les preparaban una copa mientras ellos, en el mejor de los casos echaban la siesta, leían, se inspiraban para llevar a cabo sus grandes obras o, en el peor, estaban seduciendo a otra más joven que sustituyera a las ya desgastadas.

Ejemplos de mujeres que acompañaron a hombres ilustres hasta que fueron desplazadas por otras los hay en abundancia, en algunos casos casi coautoras de sus obras, y en no pocos despojadas de las mismas. Conocemos ejemplos de estas mujeres que a la muerte del genio fueron vilipendiadas y acusadas de haberse aprovechado de él y beneficiado de su fama, como si las

atenciones que les brindaron durante los mejores años de su vida no merecieran, siquiera, un disfrute póstumo.

Estos ejemplares ilustres de hombres caducos que van diciendo por ahí necedades no entienden nada, y dan hasta pena. Pero más pena produce —y más preocupación— los *viejóvenes*, chicos que ya pertenecen a otra época, nacidos en las postrimerías del siglo XX o incluso en el XXI y que siguen reproduciendo los valores, las creencias y los modelos de sus abuelos o bisabuelos en canciones, videos, películas, cómics o videojuegos. Esperemos que estos no encuentren ya aquellas *chicas para todo* que, acorde con los tiempos, se encarguen de prepararles el menú vegano, cultivar su imagen y gestionar su presencia en Twitter, Facebook e Instagram.

Primeros «damos» (3-09-2019)

Hace diez días se reunió en Biarritz (Francia) el G7 (que en realidad eran 8, pasa como con los 3 Mosqueteros, que como todo el mundo sabe eran 4). Tres fotos me llamaron poderosamente la atención. La Primera era una imagen cenital, de la mesa redonda alrededor de la cual estaban sentados 7 mandatarios vestidos de azul o negro y una mandataria que destacaba por el color rojo intenso de su chaqueta que era, como no podía ser de otra manera, Ángela Merkel: 7 a 1; o lo que es lo mismo el 87,5% frente al 12,5%. En la segunda foto aparecían 23 *caballeros oscuros* y una solitaria Merkel de blanco, que parece ser eran los invitados a la cumbre (95,8% hombres frente a 4,2% mujeres).

La tercera foto era de 7 señoras (una por mandatario) en el paseo marítimo de la ciudad, que posaban sonrientes bajo el título de «La cumbre de las primeras damas», y resaltaba que mientras ellos estaban hablando de Irán y la Amazonia, ellas habían aprovechado para orearse un poco. ¿Pero, no eran 8 los jefes de estado reunidos en torno a la mesa? ¿Dónde estaba el 8º Primer Damo? ¿O habrá que denominarlo Primer Caballero? A lo que parece ni *damo* ni *caballero*, las mandatarias parece que no viajan acompañadas de sus consortes, salvo alguna excepción. ¿Se han preguntado ustedes por qué?

Pues porque mientras las Primeras Damas están para acompañar a sus maridos, como toda buena esposa convencional que se precie, disponibles para desplazarse donde quiera que vayan sus esposos, ávidas por conocer nuevos lugares, hacer compras en grandes almacenes —quien dice grandes almacenes dice boutiques de lujo— o compartir confidencias con las otras señoras, los maridos de las mandatarias se dedican a su propio proyecto de vida, en el cual no debe figurar asistir de florero a las cenas y galas celebradas después de que sus esposas hayan estado hablando de misiles y aranceles comerciales con el resto de los jefes de estado o de gobierno.

Más mujeres junto a Ángela Merkel en los cónclaves donde se ejerce el poder y menos títulos honoríficos para esas *damas* ornamentales cuyo cometido es pasear por la playa mientras sus maridos des gobiernan el mundo.

Las manos de los machos (13-09-2019)

Hace unos días, un conocido actor mantuvo en público que «las manos de un macho no están para estar quietas, precisamente», un enunciado bastante enigmático, por cierto, porque no se aclaraba dónde o en qué se debían entretener esas inquietas manos viriles.

Efectivamente, las manos del macho, como las de la hembra, están hechas para hacer cosas, y unos y otras se han pasado la vida haciendo cosas. Fabricando instrumentos para preservar la vida como para provocar la muerte; elaborando refugios para combatir las inclemencias del tiempo y productos alimenticios para garantizar la existencia; construyendo vías de comunicación para convivir con otros o para aniquilarlos; las manos de los machos, como las de las hembras, han estado siempre en movimiento.

Las manos de los machos, como dice el actor, también podrían ocuparse en acariciar a las criaturas nacidas en coyunda con las hembras, procurarles alimento y cuidados, o mecerlos a la hora de dormir; también podrían servir para cocinar, coser prendas nuevas o zurcir las deterioradas; encender un fuego, regar una flor. Se me ocurren tantas cosas en las que las manos de los machos podrían ocuparse para procurar el bien de la humanidad.

Sin embargo, mucho me temo que nuestro actor no está pensando en todas las innumerables cosas bellas y útiles que los machos pueden hacer con sus manos. Más parece que insinúe —porque decirlo abiertamente no lo dice— que esas manos están autorizadas a hurgar impunemente en las zonas íntimas de las mujeres, aunque estas no lo deseen; o que justifique que incluso puedan forzarlas a mantener relaciones sexuales, so pena de que se extinga la especie.

Me gustaría saber si nuestro actor también incluye en esas manos inquietas las de los curas pederastas que surgen en el seno de la iglesia —pues machos son, a fin de cuentas— o a otras muchas manos viriles que violentan cuerpos impúberes o adolescentes en flor en escuelas o gimnasios. En estos casos ya no parece que esas manos se muevan para evitar la desaparición del género humano, sino para procurar la satisfacción libidinosa de esos machos de manos nerviosas.

A mi se me ocurren muchos sitios donde esos machos podrían meterse las manos inquietas, pero como soy una señora solo diré uno: en su puto culo.

Inquisidores posmodernos (21-09-2019)

Últimamente estamos asistiendo a una creciente intolerancia ante el pensamiento no compartido. Cuando una persona manifiesta una idea con la que coincidimos, nos apresuramos a aplaudirle, a pinchar en el *like* si es a través de las redes sociales o a adherirnos con comentarios elogiosos. Pero si el pensamiento expresado no es de nuestro agrado, nos apresuramos a catalogarlo como discurso del odio, con lo cual estamos esparciendo entre los demás —que puede que no hayan leído el comentario original ni lo vayan a hacer— una actitud prejuiciosa ante la persona que argumenta su postura.

Creo que una cosa es cometer un delito de odio, que según el Ministerio del Interior es cualquier infracción penal contra una víctima que se elige por su pertenencia a un colectivo concreto, (origen étnico, marginalidad, orientación sexual, discapacidad, pobreza, etc.), que está muy bien que se penalice,

y otra cosa es deducir que una reflexión que cuestione cualquier asunto de carácter público es mostrar odio o animadversión hacia un colectivo determinado.

Así, si una persona cuestiona el sistema prostitucional se desprende que está contra las prostitutas; si argumenta contra los vientres de alquiler se deduce que odia a las criaturas así gestadas, o a las personas que se han prestado a ello; si critica la flotante identidad de género o defiende el sexo biológico como determinante de la subordinación femenina se la cataloga como transexcluyente; si pone el acento en los límites que impone el islam a las mujeres se deduce que es islamofobia, si argumenta contra la inmersión lingüística se desprende que está contra la lengua catalana, y así podríamos seguir poniendo ejemplos de lecturas aberrantes de lo que no son más que exposiciones argumentadas de algunas posturas legítimas. Para ello muchas veces se tergiversa lo argumentado, o se sacan de contexto frases o expresiones, o directamente se llama al boicot contra la persona que se ha atrevido a manifestar una opinión razonada.

He leído muchos textos con los que no estoy de acuerdo, que me irritan, me enfurecen o me sacan de mis casillas, pero no por ello considero que estén expresando odio contra grupos o colectivos. Ante estas situaciones una posibilidad es ignorar lo escrito, pues no hay mayor muestra de desprecio que el desdén, o si tenemos tiempo y ganas contra argumentar lo expuesto por la persona que se manifiesta públicamente.

Todo menos deslegitimar sus razonamientos tachándolos de discurso del odio, lo cual no es ni más ni menos que pereza o incapacidad intelectual revestida de una insufrible superioridad moral con la que queremos mostrar que somos mejores que los demás. Y así, queriendo o sin querer, azuzamos el linchamiento público de personas que no han hecho más que utilizar su libertad de expresión y que ni siquiera han sido leídas por los nuevos inquisidores.

Que vuelva La Clave (27-09-2019)

Para quienes no lo sepan diré que La Clave fue un programa de televisión (1976-1993) donde, tras la visualización de una película, se daba paso a un sosegado debate en el que personas expertas desgranaban sus conocimientos sobre el tema propuesto. Eran 3 o 4 invitados, moderados por José Luís Balbín. El tono de las intervenciones nunca era crispado, sino analítico, argumentativo, y las personas invitadas tenían unas trayectorias solventes en el tema elegido, introducido por el filme.

Necesitamos desesperadamente que vuelva La Clave. Con otro nombre o con otro formato, pero que se ponga fin al dislate comunicativo en el que nos encontramos. El alud de mensajes de todo tipo que la sociedad recibe, elevado a la enésima potencia desde que se popularizaron las redes sociales, está provocando un marasmo colectivo de consecuencias catastróficas. Las noticias diarias, por su brevedad, su descontextualización, su negatividad y su variedad hacen imposible que la audiencia entienda lo que ocurre. Recibimos una ingente cantidad de estímulos que somos incapaces de procesar y digerir, pues cada día son sustituidos por otros mini relatos sobre otros tantos acontecimientos sobre los cuales es imposible hacerse una opinión fundamentada.

Estamos asistiendo a la extensión de teorías delirantes, interpretaciones disparatadas, explicaciones absurdas sobre fenómenos políticos, económicos, científicos, sociales, ante los que nos encontramos indemnes, y que al final se popularizan cuando jóvenes bienintencionados (como la admirable Greta Thunberg) toman una responsabilidad que seguramente no les corresponde. Hay estudios científicos, evidencias irrefutables, hechos empíricos que están siendo sustituidos por teorías desiderativas, interpretaciones interesadas, explicaciones emocionales que adoptan tanta fuerza que son imposibles de desactivar cuando se apela a la ciencia o a la razón.

La proliferación de Grandes Hermanos, Academias de talentos, peripecias de Supervivientes, Citas a ciegas y tantos y tantos programas que inundan nuestras pantallas de nimiedades están acaparando espacios y tiempos que podrían ser utilizados para profundizar en los breves hechos presentados en las noticias, y ofrecer análisis razonados de los graves problemas con los que nos enfrentamos. Y eso abarca desde la crisis medioambiental, pasando por los flujos migratorios, las cuestiones y la desigualdad de género, el femi-

nismo, la violencia contra las mujeres, la prostitución, por poner unos ejemplos de alcance global, a los que podríamos añadir los locales: repunte de los nacionalismos excluyentes, fractura social, etc.

Contamos con información solvente, contrastada, empírica. Hay personas que tienen capacidad para interpretarla. Falta que tengamos canales de difusión serios y responsables que la transmitan. Nos va la vida en ello. Menos Grandes Hermanos y más La Clave, por favor.

Dinamitar el feminismo (4-10-2019)

Todavía no se ha incorporado a la educación reglada una materia amplia que incluyera todos los asuntos relacionados con la desigualdad entre los sexos, que es la base de muchos de los problemas no resueltos que hoy se arrastran, y ya empiezan a tomarse iniciativas para recortar estas enseñanzas. En Murcia ya se han dado instrucciones a las escuelas e institutos para que los padres tengan que autorizar la asistencia de sus hijos e hijas a las actividades no curriculares, especialmente temerosas de que se les esté «adocctrinando» con la denominada *ideología de género*.

Estas prevenciones ya se habían puesto de manifiesto en muchos otros países con iniciativas tan extendidas como la campaña «Con mis hijos no te metas» que tuvo una amplísima difusión en Perú en 2017 a través de Twitter, pero también en otros países como Ecuador, Colombia (donde hay que recordar que el Referéndum por la paz de 2016 se perdió, entre otras razones, por el miedo que despertaba la influencia de la *ideología de género*) y España, donde Hazte Oír recupera de alguna manera esa idea con el lema «Dejad a los niños en paz».

Hay que coger el toro por los cuernos en lugar de rasgarnos las vestiduras. Quienes estamos convencidas de que el estudio escolar y académico del patriarcado y la desigualdad entre hombres y mujeres que de él se deriva es imprescindible para superar múltiples problemas sociales (entre otros muchos, la violencia contra las mujeres, la utilización de su capacidad reproductiva, la feminización de la pobreza, el control de la sexualidad femenina, la trata y

la prostitución, la mutilación genital, la infrarrepresentación política y económica, la cosificación del cuerpo de las mujeres, la pornografía, etc.) no podemos dejar de reflexionar sobre las razones del por qué se está produciendo esta involución planetaria y esta reacción contra la igualdad.

Habría que preguntarse si la fragmentación que se está produciendo dentro del feminismo —con la proliferación de los llamados feminismos— el desplazamiento de las reivindicaciones hacia cuestiones relativas a las identidades de género, la extensión de teorías más confusas que clarificadoras, la deslegitimación del feminismo más clásico, entre otros factores, no están provocando un desconcierto en amplios sectores de la sociedad, que podría repercutir en un retroceso de los avances conseguidos en materia de igualdad entre hombres y mujeres.

También habría que preguntarse a quien beneficia esta confusión, y por qué justamente ahora en que el feminismo había sido aceptado por la mayor parte de la sociedad parece que haya grupos empeñados en dinamitarlo.

Los apellidos del feminismo (12-10-2019)

Ninguna otra ideología o movimiento social tiene apellidos o se expresa en plural: no decimos los comunismos, ni los socialismos, ni los anarquismos, ni los ecologismos, ni los sindicalismos, ni los racismos, ni los nacionalismos, ni los islamismos, los catolicismos, los cristianismos, los budismos, los ateísmos, ni siquiera los machismos, sino que todas estas tendencias, corrientes políticas, sociales o religiosas se definen en singular y disponen de un único cuerpo teórico pese a la diversidad de grupos humanos que las puedan compartir, las diferentes situaciones que se puedan dar en los diversos países y la manera en que cada persona las pueda interpretar.

¿Por qué será que el feminismo deviene en los feminismos, con una larga ristra de apellidos detrás? Feminismo blanco, negro, islámico, decolonial, transfeminismo, ecofeminismo, etc. etc. ¿No les parece curioso que la única teoría que tiene (o tenía, porque ahora ya no se sabe) como sujeto político a las mujeres tenga que descomponerse en numerosas tendencias para adap-

tarse a cada situación concreta? En definitiva, hay quien dice que hay tantos feminismos como mujeres, lo cual en la práctica se traduce en que no haya ninguno, pues las disputas y desavenencias conducen a la parálisis y la inacción. ¿Estaremos hablando de lo mismo cuando hablamos de feminismo? que esta disgregación es un error que se pagará caro. El feminismo es (o era, porque ahora ya no se sabe) una teoría política y un movimiento social que toma como principal la contradicción entre los sexos y la consiguiente jerarquización entre los mismos, que atraviesa todas las demás contradicciones: de clase, de raza, de etnia, de nación, de orientación sexual, de procedencia, de edad, etc. En todos los grupos humanos las mujeres se han visto perjudicadas por razón de su sexo frente a los hombres.

Claro que hay otros ejes de desigualdad y que las personas podemos participar de varios de ellos y considerar que unos nos afectan personalmente más que otros. La solución no es negarlos y hacer como que entre las mujeres no hay diferencias. Las hay: no es lo mismo ser blanca que negra; rica que pobre, autóctona que inmigrada, anglófona que hispana, lesbiana que heterosexual. Lo importante a mi juicio es tener claro lo que une a todas las mujeres y establecer alianzas específicas con otros movimientos para superar lo que nos separa.

Intentar que el feminismo contemple *todas* las desigualdades, *todos* los problemas del mundo actual, *todas* las contradicciones entre los diferentes grupos humanos y se erija en una teoría omniabarcadora no lleva más que a la disputa por ver quien es más feminista, deslegitimar las corrientes o tendencias contrarias y, en definitiva, a difuminar la capacidad del feminismo de subvertir el patriarcado. Divide y vencerás.

8 hombres 8 (6-11-2019)

Seis son los que se presentan como cabeza de lista de los partidos de ámbito estatal que aspiran a ser presidente del gobierno: Pedro, dos Pablos, Albert, Santiago e Íñigo, a los que hay que añadir a Gabriel y Aitor de ámbito autonómico como partidos más votados. En nombre de JxCat actuará una mujer porque el que debía ser número 1 está en prisión. En total el 63% de cabezas

de lista de todas las provincias son hombres (portal Maldita.es con datos del BOE).

Normal ¿verdad? De todas formas, no hay de qué preocuparse ya que todos somos personas e iguales; y además eso de ser mujer u hombre hoy día ya está pasado de moda, es una antigualla. Quién sabe si de los 8 candidatos alguno de ellos se siente mujer ¿por qué no? si ahora lo que define la identidad de género es el sentimiento íntimo. Los hombres pueden perfectamente ponerse en nuestro lugar: saben lo que se siente cuando ganas menos que ellos; lo que pasa cuando te rechazan en un puesto de trabajo porque puedes quedarte embarazada; lo que es organizar la intendencia en casa al mismo tiempo que cumplir ocho horas de trabajo; saben mucho mejor que nosotras lo que es tener una menstruación dolorosa, llevar nueve meses una criatura en el útero y sobre todo saben lo que es parir y más aún, cederlo a unos terceros que se encuentran a mil kilómetros de distancia; y si no lo saben lo inventan como aquella famosa imagen de la pareja de gays que, como en el *Cuento de la criada*, simulaba haber tenido una criatura ([ver aquí](#)) mientras la parturienta de verdad aparecía a un lado como si hubiera estado de visita. Cuánto dolor debió experimentar aquel hombre velludo mientras la mujer empujaba.

Y es que los hombres lo saben todo sobre las mujeres, qué digo, lo saben mucho mejor que las mujeres. Y además hoy día puedes ser mujer y tener barba y bigote, pene y todos los atributos considerados tradicionalmente masculinos, porque en su fuero interno pueden sentirse más mujer que cualquiera de nosotras. ¿Y quienes somos las feministas trasnochadas para cuestionar ese sentimiento? Estos hombres candidatos saben perfectamente lo que quieren las mujeres, hablan mejor, piensan mejor, defienden mejor nuestros intereses. ¿Para qué es necesario pedir la paridad? ¡Que gobiernen ellos! Podríamos decir parafraseando a Unamuno. A esto, amigas mías, pueden conducir algunas derivas que hacen furor en el feminismo postmoderno. Que Santa Judith nos coja confesadas.

Más allá del minuto de silencio (25-11-2019)

Quién iba a decir hace unos años que los partidos políticos, los sindicatos, las universidades, la administración iban a publicar el 25 de noviembre manifiestos denunciando la violencia contra las mujeres. Hay que felicitarse por ello, pese a la pesadumbre que nos provoca que esta violencia siga causando estragos año tras año.

Pese a una mayor concienciación social respecto a la violencia de género, lo cierto es que los asesinatos no disminuyen, las denuncias se mantienen, las agresiones sexuales aumentan, entre la gente joven se siguen reproduciendo patrones patriarcales, y pese a que los medios de comunicación muestran mayor preocupación por informar sobre este tema, la cantidad y la calidad de información deja mucho que desear.

No basta con hacer un monográfico el 25 de noviembre, publicar dos páginas en un diario o dedicar un reportaje anual en la radio o la televisión. Aunque son iniciativas muy loables, no es suficiente, porque el resto del año el goteo de asesinatos se continúa narrando como si fuesen sucesos.

Y lo que los medios de comunicación todavía no han entendido es que los asesinatos de mujeres no constituyen un suceso; que no hace falta dar detalles escabrosos de cómo ocurrió, ni de cuantas puñaladas recibió la víctima, ni si los vecinos consideraban al agresor un hombre normal. ¡Claro que era un hombre normal!

Más allá de resaltar que el Ayuntamiento de tal o cual localidad ha realizado un minuto de silencio o reproducir un Tweet en el que el alcalde reitera su compromiso de seguir luchando contra esta *lacra* (y resalto la palabra porque no estoy de acuerdo con ella), la información tiene que interpelar a los responsables políticos de qué se ha hecho para prevenir la violencia en esa localidad, si se han llevado a cabo actividades de concienciación, si se han detectado situaciones de riesgo en los centros de salud, las escuelas o los institutos. Si se está cumpliendo la ley.

Más que introducir los testimonios bienintencionados de los vecinos, hay que recurrir a fuentes expertas que contextualicen el hecho, entidades o asociaciones que llevan trabajando mucho tiempo este tema. Hay que darle continuidad al hecho para que el acontecimiento no sea un episodio puntual.

Está muy bien decretar dos días de duelo o salir a la calle un minuto, pero los medios de comunicación tienen que ir más allá de llevar la cuenta de las mujeres asesinadas o de consignar si había o no denuncias previas. Hay que politizar el acontecimiento, porque relaciones políticas son las que subyacen en la violencia de género. ¿Para cuándo empezar a considerar que un feminicidio, sea en el seno de la pareja o en el mundo exterior, es un atentado contra la libertad de una mujer?

Ni mueren ni desaparecen (6-12-2019)

Las secuestran. Las raptan. Las mujeres no desaparecen. Igual que cuando se titula: «Muere una mujer asesinada por su expareja» nos preguntamos cómo podría no morir después de ser asesinada. Si te asesinan lo habitual es que te mueras. Las palabras nunca son gratuitas y la elección de una u otra ya indica una toma de postura. Casualmente ni *muere* ni *desaparece* tienen un sujeto activo de la acción. ¿Por qué muere? ¿Por qué desaparece? Ah, no se sabe.

La mayor parte de las mujeres de quienes se dice que *han desaparecido* han aparecido muertas. Si alguien, hombre o mujer, quiere irse voluntariamente y dejar atrás su entorno no hay nada que hablar. Está en su derecho, y si es así las familias y allegados tienen que respetar su decisión de *desaparecer*.

Si no es voluntaria Nerea Barjola en su libro *Microfísica sexista del poder* la llama «desaparición forzada». Yo prefiero llamarlos secuestros. Fueron secuestradas las tres chicas de Alcásser (Míriam, Toñi y Desiré, 1992); fue secuestrada Anabel Segura (1993), Rocío Wannikhof (1999), Sonia Carabantes (2003), Mari Luz Cortés (2008) Marta del Castillo (2009), Diana Quer (2016), Laura Luelmo (2018) y Janet Jumillas (2019) y otras cuyos nombres han quedado en el olvido. Por no hablar del ámbito internacional, donde el secuestro de mujeres es una constante, como el caso de la joven argentina de 21 años Micaela García, secuestrada y asesinada el 2017. Los secuestros, a diferencia de la desaparición, tienen autor, pues nadie se secuestra a sí mismo.

La violencia en el seno de la pareja, el secuestro, así como las violaciones y el acoso sexual, no son más que diferentes manifestaciones de la violencia estruc-

tural contra las mujeres. Una práctica consuetudinaria que se ha mantenido a lo largo del tiempo y que pueden experimentar todas las mujeres del mundo independientemente de su cultura, estatus, raza, edad o procedencia. Este es, a mi juicio, el camino a seguir por el feminismo: más denunciar problemas reales a nivel global, y menos enzarzarse en particularismos inventados. Potenciar lo que nos une y buscar puntos de encuentro en lo que nos separa.

Estándares de otra época (15-12-2019)

Sí, Plácido Domingo y el futbolista de la Arandina tienen razón cuando afirman que hace 30 o 15 años lo que ellos han hecho no era relevante. El jugador afirma que hace 15 años en lugar de haber sido condenado por agresión sexual a una menor estaría jugando al parchís en su casa, tranquilamente. Y ya sabemos que antes de iniciar la ofensiva que Domingo puso en marcha para contrarrestar sus anteriores declaraciones, había afirmado que los «estándares» con los que se medían los comportamientos sexuales eran otros.

Ambos, naturalmente, se consideran inocentes, caballerosos, galantes y dignos, con lo cual al mismo tiempo están llamando mentirosas, pérfidas, aprovechadas y manipuladoras a las mujeres que les han denunciado. En el caso de Plácido Domingo al menos 20 mujeres, mas otros tantos testimonios de diferentes posiciones en el mundo de la música mienten. En el caso del jugador, el hecho de que la chica fuese menor de edad no reviste ninguna trascendencia, y que fueran 3 hombres contra una tampoco.

Los dos vienen a decir lo mismo: que no han hecho nada reproachable, o peor aún, que no tienen la menor conciencia de haber incurrido en delito de violación o en acoso sexual. Y es que la violencia contra las mujeres ha sido un mecanismo tan naturalizado que muchos hombres se preguntan cómo es posible que lo que hace apenas unos años era un derecho, una prerrogativa masculina, algo de lo que incluso podían alardear, hoy les cueste la condena social, el oprobio o la cárcel.

Lo más penoso, lamentable y triste es la condescendencia e incluso la defensa acérrima por parte de sectores sociales o entornos familiares, que lejos

de demostrar algún tipo de reproche hacia los afectados, les defienden y aún son capaces de desprestigiar a las víctimas, como esa actitud de los familiares de J.J. Arreola, empeñados en defender la memoria del escritor incluso en contra de la evidencia de que no solo Elena Poniatowska declara que fue violada, sino que también otra escritora, Tita Valencia, lo acusa de maltrato. ¿Qué buscan estas brujas ahora? Se preguntan muchos, ¿por qué sacan a la luz una actitud nimia, algo sin importancia, tantos años después?

¿Qué interés espurio pueden tener las mujeres que acusan a Plácido Domingo? ¿La menor que afirma que fue violada? ¿Elena Poniatowska, que tiene 87 años, Tita Valencia, que tuvo que renunciar a la escritura *vapuleada* por los colegas? Pues buscan reparación, reconocimiento, bálsamo para el dolor tanto tiempo silenciado, contribuir a que no se vuelva a considerar a los culpables como víctimas y a las víctimas como culpables. Unirse a la voz unánime de las mujeres del mundo que gritan que se acabó la impunidad. Que la culpa no era de ellas, ni dónde estaban ni qué hacían. Que se sepa y se difunda: los violadores eran ellos.

El género o el timo de la estampita (30-12-2019)

El feminismo es el único movimiento social y político que desafía realmente el orden establecido, precisamente porque va a la raíz del problema: la desigualdad que nace de la división sexual de la especie humana. Todo lo demás se erige a partir de esta primera y primaria diferencia. El edificio cultural que hemos construido descansa en esta universal división. Todos los demás ejes de desigualdad, que son muchos y diversos, están atravesados por esta primera realidad, pues la división sexual está presente y sostiene todas las demás: la raza o etnia, la clase, la edad, las capacidades o la procedencia territorial.

Una evidencia histórica que hay que difuminar, si hace falta, creando teorías disparatadas, promoviendo la división, fomentando la rivalidad, disgregando el movimiento en multitud de grupúsculos cada uno luchando por su particularidad, sin reparar en que hay una división general que procede del hecho de haber nacido en una especie sexuada en dos (y no cuatro o cinco, como pretenden quienes alimentan despropósitos interesados).

El «sexo es el destino» que decía Napoleón, se ha trocado en nuestros días en «el género es destino», y ahí están ahora muchos interesados —con la ayuda inestimable de grupos de incautas y bienintencionadas— tratando de convencernos de que ya nacemos con una identidad inmutable, de que nuestro cerebro es masculino o femenino desde nuestro nacimiento y de que tenemos que acomodar nuestro cuerpo al «género sentido», aunque ello signifique atiborrar a las criaturas de píldoras y drogas para bloquearles el desarrollo corporal.

Cualquier estupidez menos poner en cuestión que la sociedad ha construido un inmenso edificio cultural basándose en la evidencia de que la especie humana se divide en machos y hembras, y que ha jerarquizado los sexos atribuyéndoles artificialmente a los primeros la autoridad y el poder, y a las segundas la sumisión y la dependencia (con todas las excepciones que se quiera).

Pero como ese invento ya no funciona, ahora hay que poner en circulación sofisticados *timos de la estampita* para seguir convenciendo al personal de que si no existe el sexo no puede existir la desigualdad sexual; y que como *todos* somos *iguales* el mundo está poblado no de hombres y mujeres, sino de seres vivientes indiferenciados que conviven en igualdad. A unos les da por defender que la tierra es plana, y a otros por negar el patriarcado y su sistema de dominación. Yo no sé ustedes, pero yo tengo muy claro cual de las dos posturas es peor.

Paridad (15-01-2020)

Entre el toque a rebato que estamos presenciando, el ruido de sables y las admoniciones que nos alertan del precipicio y otras monsergas y exageraciones que caen por su propio peso, pocos están reparando en el hecho de que el nuevo Gobierno respeta escrupulosamente la paridad. Como tiene que ser. Nada de *ministerios cuota* para quedar bien, como ha pasado en no pocas veces en el pasado, sino mujeres al frente de carteras fundamentales como Economía, Asuntos Exteriores, Hacienda, Transición Ecológica, entre otras; áreas en las que va a haber que tomar decisiones importantísimas en el futuro inmediato.

Me sorprende un poco este silencio sobre la paridad del gobierno, y creo que dos posturas podrían explicar este hecho: una, la que no lo considera relevante, porque no darle importancia es una manera de restarle valor. Ya sabemos que una forma de manifestar el desdén es la indiferencia. Dos: me parece que también existe ese desinterés, incluso en sectores feministas, porque parece que actualmente reparar en el hecho de que haya una presencia importante de mujeres en las instituciones es algo anacrónico, un tema superado, antiguo y desfasado a lo que hay que poner sordina.

Sin embargo, a mi me parece que hay que poner de relieve que la presencia paritaria en gobiernos, partidos, parlamentos, sindicatos, organizaciones empresariales o económicas es una cuestión de justicia que está lejos de haberse logrado en la mayor parte de las entidades u organismos. De hecho, según el último informe *Global Gender Gap 2020*, en el indicador de representación política es en el que las mujeres están más infrarepresentadas habiéndose cerrado la brecha de desigualdad en sólo un 25%. Las ministras en todos los gobiernos del mundo representan el 21%, en 32 países son menos del 10% y en bastantes no hay ninguna mujer ministra. Como muestra basta ver las fotos de Ángela Merkel rodeada de hombres en la reunión del G7 o las fotos sobre la cúpula del poder judicial en junio de 2018 ([ver aquí](#)) o ([aquí](#)).

Todavía falta mucho en la mayor parte del mundo para que exista una presencia equilibrada de hombres y mujeres en todos los ámbitos de la vida, por lo que creo que no darle realce a la paridad gubernamental alcanzada es sintomático de que este tema ha perdido centralidad entre los objetivos por la igualdad. Sin embargo, el poder político, económico, judicial o mediático sigue estando dominado por hombres en todo el mundo. Y mientras algunos grupos están entretenidos —o peor aún, enfrentados— discutiendo sobre quién es el sujeto del feminismo, las identidades o inventando una neolengua para referirse a las personas sin diferenciar por sexo, la realidad es que continúa habiendo unos *cuerpos humanos* que dominan sobre otros cuerpos humanos que reproducen la desigualdad. Me pregunto cómo vamos a combatirla si nos quedamos sin palabras para nombrarla.

Libre elección (21-01-2020)

Empecemos por el principio. Porque no sabemos si en principio fue la palabra o el silencio. En cualquier caso, toda esta polémica en torno a la educación, el pin parental y la censura educativa tiene que ver con el sacrosanto *principio* (de ahí la primera frase) del mito de la libre elección. Un mito que se ha entronizado en el pensamiento actual y que han adoptado acríticamente importantes segmentos de la población.

Si defendemos el principio de la *libre elección* tendremos que acordar que no sirve solo para defender las cosas que a mi me gustan, pero no las que no me gustan. Si aceptamos que tenemos derecho a elegir, y que la libre elección es sacrosanta como nos dicta el neoliberalismo, pero también algunos sectores del feminismo, hay que estar a las duras y a las maduras. Si decimos que se elige ser prostituta, se elige alquilar el útero para gestar una criatura, se elige tirarse por la ventana, tendremos que aceptar que los padres elijan la educación que quieran para su descendencia, elijan no aceptar una transfusión de sangre o *elijan* educar en casa. ¿Por qué vamos a aceptar que hay libre elección para unas cosas pero no para otras? ¿Dónde ponemos los límites entre lo que podemos elegir libremente y lo que no?

El problema es otro. Y es que *no existe* la libre elección. Que los seres humanos estamos condicionados en nuestras elecciones por muchas cosas. Que yo soy yo y mi circunstancia, que no vivimos en un mundo ideal donde los individuos tienen libre albedrío para hacer lo que les venga en gana. Que nadie elige jugarse la vida en una patera, ni gestar una criatura para otros, ni pasarse 10 horas en una carretera o en un club esperando clientes, ni dejarse sodomizar por 10 euros, ni trabajar sin contrato, ni tantas y tantas cosas que las circunstancias nos obligan a elegir. Claro que nadie pone una pistola en el pecho para que hagas algo, pero las *condiciones materiales* y otros condicionantes sociales son los que deciden lo que se puede elegir y lo que no.

Como no vivimos aislados en una isla desierta ni en una burbuja, sino que vivimos en sociedad, tenemos que organizar la existencia colectivamente y establecer las reglas de juego entre todos. Algunos preferirían que volviésemos a una situación en donde dominara la ley del más fuerte, del mejor dotado, del más rico, del más poderoso, donde no se impusiera más voluntad que la

de cada cual. Pues va a ser que no. Entre todos tenemos que acordar lo que se puede o no hacer, tanto si nos gusta como si no.

Ya nos podemos ir quitando de la cabeza esa idea de la *libre elección*, sea el tema que sea. Y por lo que respecta a la educación, solo con una formación rigurosa, racional, respetuosa, democrática y acorde con la realidad y el conocimiento científico se pueden combatir tierraplanistas y otras ocurrencias siniestras.

Madres y padres de película (28-01-2020)

Quien más quien menos tiene padre y madre (aunque hoy día no es infrecuente tener dos madres o dos padres, experiencia poco abordada aún en la ficción). Digamos que el cine refleja mayoritariamente los roles convencionales. No hay más que ver la diferencia en el tratamiento de los roles de padres y madres en las últimas películas galardonadas con los Goya 2020.

Dos actrices han ganado sus Goya por sus papeles de madre (Julieta Serrano por la madre del director de cine, Benedicta Sánchez por la madre del pirómano) y las que no han ganado también estaban nominadas por esta condición, como Marta Nieto por su explícito *Madre*, Penélope Cruz por el papel de madre del director de cine, e incluso Greta Fernández por su papel de joven precaria, pero también madre, pese a su juventud.

Algunos de los personajes nominados a los Goya eran padres también, pero la experiencia narrada no gira en torno de esta condición: Antonio Banderas era un director de cine; Karra Elejalde hacía de Miguel de Unamuno, un intelectual; Antonio de la Torre era un hombre escondido y Luís Tosar un enfermero rencoroso. En cuanto a los actores de reparto en ninguno de ellos tiene la menor relevancia la paternidad: dos son actores, otro un latifundista, y el tercero (y ganador) un militar fascista. Esta pequeña comparativa es más que significativa para darse cuenta de que la paternidad no es el eje principal de la vida de los hombres, mientras es crucial en la vida de las mujeres

La experiencia de la maternidad es sin duda una de las más intensas que se pueden experimentar, pero también la más mitificada ¿No seguimos anclados

en la idea de que el núcleo de la vida femenina gira en torno a la maternidad? No tengo nada contra las madres. Yo soy madre por partida doble. Pero ¿es que las mujeres en el cine no pueden ser disociadas de su papel de madre? Mientras los hombres desarrollan el papel de sujetos a los que les pasan cosas diversas (la paternidad puede estar presente de manera tangencial) el núcleo narrativo en las mujeres gira casi siempre en torno de su función maternal, como si no tuvieran otros intereses, otras actividades, otros deseos, otras dimensiones humanas.

Para renovar el imaginario social, creo que ya va siendo hora de que, por un lado, las mujeres desempeñen en el cine roles diversificados, no siempre relacionados con su condición maternal. Y, al contrario, a ver si empezamos a ver padres preocupados por su función paterna, involucrados en la crianza de su prole, lidiando con las emociones y desafíos que provoca la paternidad. Menos madres entregadas y más padres presentes, más allá de cuando les arrebatan a sus hijas... pero eso es tema para una columna posterior.

Mover el culo (5-02-2020)

Hace unos días en la media parte de la Super Bowl —de la que tanto se ha hablado, para bien y para mal— tuvimos la oportunidad de ver a dos enormes mujeres de mediana edad bailando y moviéndose con una agilidad portentosa que ya querría yo para mí. Sabemos que eso es un espectáculo gigantesco y no nos vamos a andar con remilgos sobre si fue o no *empoderante* (un *palabro* que no me gusta nada, pero eso es materia para otra columna) o si cosificaba el cuerpo femenino. Era un espectáculo y de las cantantes y bailarinas no vamos a esperar que vistan con un hábito monjil. Hemos asumido que el cuerpo de las mujeres alegra la vista, máxime si va a ser visto por millones de personas en el descanso de un deporte hiper masculino.

Lo que sí me gustaría destacar es la abismal diferencia que separa lo que se exige a las mujeres con la que se pide a los hombres, no solo estéticamente, sino también en cuanto a capacidades vocales y artísticas. Si Jennifer Lopez y Shakira hubieran aparecido en el escenario luciendo el vestuario de Bad Bunny y J. Balvin (los dos cantantes que aparecieron fugazmente junto a ellas)

y haciendo los mínimos y esclerotizados movimientos que parece que son capaces de realizar hubieran caído tomates, piedras y chuzos de punta.

Mientras ellas bailan, saltan, se contorsionan, coreografían junto a sus bailarinas y lucen sugerentes ropas adecuadas para un espectáculo de tales características, a ellos les basta aparecer sobre el escenario uno envuelto en una especie de capa de hojalata plateada (por muchas piedras de Swarowski con que estuviese adornada) con gorro a juego, y el otro con una sudadera y un chándal negro. Mientras para hacer lo que hacen Shakira y Jennifer Lopez se requiere trabajo, práctica, gimnasio y horas de ensayo, a Bad Bunny y a J.Balvin les basta con coger el micrófono y ponerse en medio del escenario como pasmarotes. No tienen que realzar sus cuerpos con ropas sexys y seductoras, y no digamos ya ensayar pasos de baile o coreografías sencillas. La ley del mínimo esfuerzo.

Me parece bien que Shakira y Jennifer Lopez con su energía y su arte sean modelos de referencia para las niñas y jóvenes, como también lo son Beyoncé o Rosalía, quien no me extrañaría que fuese la invitada el próximo año, por su fuerza y poderío. Pero aparte de tener referentes de mujeres *empoderadas* en el mundo del espectáculo, no estaría de más que también tuvieran modelos tan potentes en el campo del arte, la ciencia, la cultura, la política, la economía y el deporte. Para que al menos no crecieran con la idea de que la única posibilidad para las mujeres de ser influyentes es saber mover el culo.

Hombres con tacones (11-02-2020)

Ya estoy deseando que lleguen los Oscars de 2021 —perdonen mi impaciencia— para ver en la alfombra roja una reata de hombres con frondosos vestidos de gala, en la estela del protagonista de Pose, Billy Porter. Será estupendo ver cómo se afanan en realzar los corpiños, conjuntar los zapatos, rivalizar con los otros en el *look* más atrevido, el más elegante o el más desafortunado.

Los medios y las revistas se centrarán en escudriñar y diseccionar cada detalle de sus indumentarias, pedirles que posen en el *Photocall* en posturas

seductoras, mostrando la espalda o insinuando los pectorales, u otras partes más ocultas, pero que seguramente seguirán teniendo bajo el refajo.

Esto de llevar faldas ya lo intentó un pionero Miguel Bosé cuando todavía no teníamos ni internet, y más recientemente ha vestido de esta guisa a sus polluelos. También han probado la falda el diseñador Marc Jacobs, Ricky Martin, y hasta el *machísimo* Maluma, para que no se diga que llevar faldas está reñido con estar enamorado de cuatro babies. Pese a estos intentos la mayoría de los hombres —escoceses aparte— se resiste a embutirse en vestidos de fantasía.

Pero ahora, que estamos en plena ola de exaltación de lo *trans* y el género fluido, vivo sin vivir en mí porque cunda el ejemplo de Billy Porter y el año que viene tengamos un ramillete de hombres vestidos de gasas, transparencias y *paillettes*, acompañado todo ello con tacones de aguja de Jimmy Choo o Louboutin.

Esta presencia de nuevas masculinidades que tantas estamos reclamando seguramente tendrá su reflejo en otros ámbitos de la vida social, y así es de esperar que los miembros de los Consejos de Administración de las empresas, los comités de los partidos políticos, los Parlamentos y hasta los mandatarios del G-20 empiecen a lucir trajes con falda tubo, medias de rejilla o vestidos de fantasía. Como no hay dos sin tres, tendrán que acompañar el estilismo o outfit, como ahora se dice, con un cuidado maquillaje y unos complementos en armonía, todo lo cual los llevará a pasar horas y horas en las boutiques o los grandes almacenes, los salones de belleza y las mesas de depilación. ¡Ay! esas partes sensibles.

Como serán pasto de rumores y atención preferente de los medios de comunicación tendrán que dedicar cada vez más tiempo al cuidado personal, a renovar cada temporada sus fondos de armario y probarse dos o tres conjuntos antes de salir a la calle. Y no digamos los esfuerzos estéticos o de otro tipo que tendrán que hacer para conseguir la promoción profesional. Vean como ejemplo las mujeres de la también nominada a los Oscars *El Escándalo* (mejor aún la serie *La voz más alta*, no se la pierdan).

Igualados, al fin, en la superficialidad y la apariencia, en esta posmodernidad banal en la que los países supuestamente ricos estamos entretenidos, inmersos los colectivos más concienciados en discusiones bizantinas, derro-

tados el feminismo y la racionalidad, a esto hemos llegado amigas, después de siglos de lucha contra la desigualdad.

Yo soy negra (24-02-2020)

Si de Antonio Banderas se dijo que era un actor «de color», siendo yo también de Málaga supongo que me puedo considerar negra si esa es mi voluntad. Porque como ustedes saben, actualmente vivimos en un sistema tan sumamente comprensivo con la ciudadanía que basta que una persona exprese un deseo para que tal deseo acabe convirtiéndose en ley.

Si yo digo que siento que tengo 30 años ¿Quién es nadie para contradecir lo que yo siento en mi interior? ¿Y si me siento alta y delgada, quien puede contrariar mi sentir y afirmar que soy baja y gorda? Si se trata de deseos, no hay límite a la capacidad de desear. Ahora bien, ¿puede el simple deseo cambiar la realidad exterior? ¿Basta desear ser rica para que el Estado me provea de los millones de euros necesarios para entrar en el club de los millonarios?

Si yo deseo tener descendencia biológica pero no puedo hacerlo por la vía convencional, el estado tiene que legislar de tal manera para que yo pueda contratar un «cuerpo gestante» que satisfaga mi deseo. Si yo no puedo procurarme por mí misma la satisfacción sexual, el estado tiene que crear un cuerpo de «asistentas sexuales» para que satisfagan mi apetito carnal. Si yo me siento hombre, el estado tiene la obligación de cambiar mi registro civil y considerarme masculina a todos los efectos.

¿Y con qué argumentos, pruebas o evidencias acudo a los poderes públicos para que se formalicen y ejecuten mis demandas? Con ninguna, basta la expresión de mi deseo para que sea legalmente satisfecho. Hemos llegado a límites tales de irracionalidad, que pretender que los simples deseos modifiquen el mundo exterior es tan pueril como el gesto infantil de taparse los ojos y creer que no eres visto. Pues eso es lo que está ocurriendo con las propuestas de diferentes colectivos que quieren que se legisle basándose solo en deseos individuales, ya sea la gestación subrogada o la libre autodeterminación de la identidad sexual.

Creo que no se puede legislar según la expresión del deseo sino según la necesidad. Las leyes no se promulgan para satisfacer deseos individuales, sino para resolver necesidades y problemas colectivos. Y esos problemas a resolver deben poder justificarse más allá de la simple voluntad personal.

Si yo me siento negra ¿experimentaré la discriminación que padecen las personas de color o, como se dice ahora, *racializadas*? Si me siento hombre y se me reconoce como tal ¿podré caminar por la calle de noche sin temor a una posible agresión sexual? Siendo así, animo a todas las mujeres que declaremos sentirnos hombres y que nos reconozcan oficialmente como varones. De un plumazo acabaremos con la violencia de género y con la brecha salarial.

Ya no soy feminista (3-03-2020)

Como soy blanca, europea y desclasada (porque ya no pertenezco a la clase trabajadora, pero tampoco soy clase media ni alta, nacer en una familia de jornaleros hace difícil la ubicación) pero tampoco soy *racializada*, puta, *trans* ni lesbiana, aunque todo podría andarse, y mi discapacidad sólo es de un 33%, digo que según los estándares actuales (que diría Plácido Domingo) ya no estoy legitimada para formar parte del movimiento feminista. Tampoco soy *antiespecista*, ni *anticapacitista*, signifiquen estas palabras lo que signifiquen, pues la verdad es que ignoro lo que quieren decir.

No importa, porque hoy todo el mundo es feminista, lo era incluso el programa de la Isla de las Tentaciones, según su presentadora, Mónica Naranjo. Así que nadie me va a echar en falta, ni el mundo se va a hundir porque haya una feminista menos en él. Por otra parte, no es coherente seguir siendo parte de un movimiento que puede afirmar una cosa y la contraria a la vez: defender la prostitución y su abolición al mismo tiempo; considerar la gestión subrogada algo aceptable a la vez que se pide su prohibición. Definir el género como algo innato de las personas y querer abolirlo por ser una construcción social.

Yo no estoy para estos juegos malabares, la verdad. Cuando el feminismo era una teoría política y un movimiento social favorable a la igualdad entre

hombres y mujeres, que luchaba porque las mujeres de todo el mundo fuesen consideradas sujetos de pleno derecho e individuos con capacidad para llevar a cabo su propio proyecto de vida, me consideraba feminista, y aporté mi granito de arena durante los años 70, 80 y 90 en diferentes formas: en la calle, escribiendo, organizando actos, y hasta dirigí una publicación que se llamaba Dones en Lluita (Mujeres en Lucha).

Pero como ya no se sabe quienes son las mujeres —porque hoy puede serlo cualquiera, aunque tenga pene, barba y bigote— los hombres pueden gestar, abortar y ser el sujeto del feminismo, y las antiguas mujeres han transmutado en «personas gestantes», «personas con vagina» o «personas menstruantes», pues la verdad es que ya no me siento parte de esta cofradía. Seguro que los hombres y los nuevos sujetos políticos del feminismo lo van a hacer genial, y van a conseguir lo que más de veinte siglos de patriarcado no ha conseguido: no solo que las mujeres sigan subordinadas, sino que desaparezcan del mapa. Enhorabuena.

¡Que siga el espectáculo! (10-03-2020)

Las mujeres convencionales (incluidas las lesbianas) estamos más vistas que el tebeo. Ahora lo que mola es ser mujer *trans*. Solo en la última semana he visto noticias relacionadas con tres o cuatro: una que ha conseguido federarse en fútbol, otra que ha conseguido la licencia para competir en natación (esta menor de edad), otra que competirá en los Juegos Olímpicos en halterofilia. Las mujeres *trans* no solo son mucho más mujeres que las mujeres convencionales, sino que tienen mucho más *glamour*. Solo hay que ver la portada (y entrevista interior) de *El País Semanal* del 8 de marzo con la preciosa fotografía de la modelo Teddy Quinlivan. Claro que si no me dicen que es *trans* yo no hubiera reparado en ello, pues la veo como otras tantas chicas inalcanzables: con un cuerpo canónico 10, unos rasgos caucásicos perfectos, un look envidiable y supongo una saneada cuenta bancaria (pues trabaja para Chanel). Es curioso en cambio que no se hable de hombres *trans* (o muy poco en comparación), lo que evidencia que el mercado cosifica fundamentalmente a las mujeres (*trans* o no).

Y es que la sociedad del espectáculo en la que vivimos (Guy Debord ya lo dijo hace nada más y nada menos que 53 años) necesita renovar constantemente sus productos, pues de lo contrario ¿Cómo se va a fomentar el consumo? ¿Cómo vamos a provocar nuevas necesidades? Para ello hace falta convertir el sexo en el centro de la actividad económica mundial, cosa que ha conseguido el «régimen fármaco-pornográfico» (P.B. Preciado *dixit*) y la prostitución.

¿De verdad hay alguien que crea que la negación de los sexos biológicos, la autodeterminación de la identidad de género y la entronización del deseo como principio de acción política van a desestabilizar el sistema? ¿Hay alguien que piense que al capitalismo salvaje le importa qué prácticas sexuales prefieras, con quien te acuestas y si utilizas dildo o una fusta de cuero? ¿Hay alguien que crea que ser *trans* es en sí mismo transgresor cuando la industria fármaco-médica se está frotando las manos al ver el potencial que se le presenta entre operaciones quirúrgicas y venta de productos de hormonación? Por no hablar de la moda y la belleza, que encuentra un filón en un sector nuevo de individuos no socializados en la práctica de acicalarse.

Hoy sabemos que el capitalismo es capaz de asimilar la homosexualidad, las sexualidades disidentes y la experiencia trans. Lo único que le interesa es gente dispuesta a consumir. A ver cuanto tiempo tarda el mercado en dejar obsoleto el transgenerismo. La próxima moda va a ser el transhumanismo, convertir el cuerpo en una terminal digital, o más aún convertirse en data, ser información en la nube. (No me lo invento yo, lo he visto en la serie *Years and years*). Pero debajo del *brilli brilli* del espectáculo subyacen los problemas reales de las mujeres reales (incluidas las trans) agravados y multiplicados por la galopante desigualdad mundial.

Lo imprescindible, lo importante y lo accesorio (16-03-2020)

En momentos como el que estamos viviendo, confinados en nuestros hogares, es cuando tenemos que reflexionar sobre qué es realmente lo imprescindible, lo importante y lo accesorio. Mientras la vida transcurre dentro de una cierta monótona rutina nos enzarzamos en batallas por asuntos que, llegado

el momento de la verdad, se revelan absolutamente insignificantes. Y esto pasa tanto a nivel colectivo como individual.

Cuestiones menores que no preocupan al grueso de la población se convierten en temas de ardorosa discusión como si nos fuese la vida en ello. Y esto puede aplicarse a tendencias ideológicas, políticas y sociales de toda índole. Muchas veces en los países denominados «ricos» (porque esa es otra, que algunas zonas que hace apenas 40 años eran miserables ahora vayan de ricos es como para reírse) nos entretenemos con minucias: que si la autodeterminación de género, que si monarquía o república, que si la independencia de algún territorio, que si el régimen del 78...) sin darnos cuenta de que un simple virus puede hacer saltar por los aires todo nuestro aparente confort y estabilidad.

En el libro *Eva devuelve la costilla. El nuevo estado de conciencia de las mujeres* que publiqué en el 2010 señalaba los 4 problemas globales más importantes a los que habría que hacer frente: a) la revalorización de la vida humana, lo que significa ponerla en el centro de toda actividad b) la conservación del medio ambiente, que se materializa hoy día en el cambio climático c) la gestión humana de los movimientos migratorios, con las catástrofes humanitarias que estamos contemplando y c) la lucha contra la discriminación sexual, cuyas manifestaciones más extremas hoy día estarían representadas por la prostitución global, la violencia de género y la mercantilización de la capacidad reproductiva de las mujeres. Considerando que escribí aquel modesto libro hace 10 años, no parece que me haya equivocado mucho en los temas realmente importantes que el mundo tiene que afrontar.

Todo lo demás es secundario, y si supiéramos mirar fuera de nuestros ombligos y aplicásemos un poco de racionalidad en estos tiempos dominados por las emociones, las subjetividades y los sentimientos, sobre todo en lo que se denomina izquierda y en el seno del movimiento feminista, haríamos un gran favor al futuro de la humanidad. Eso en el caso de que haya un futuro, porque con las derivas teóricas dominantes, los disparates ideológicos que se están imponiendo como dogma de fe, y el sectarismo de grandes sectores de la población que se apuntan a un bombardeo, no tengo muchas esperanzas de que salgamos de esta. Ojalá me equivoque esta vez.

Las redes como vertedero social (23-03-2020)

Si alguna vez creímos que las redes sociales iban a ser el paraíso democrático, pacífico y estimulante de la comunicación horizontal, nos equivocamos. Cierro que algunas veces sirven para unir voluntades, iniciar campañas solidarias o impulsar actividades altruistas, pero la verdad es que se están convirtiendo en un basurero descomunal e inmundos. La peor, para mi gusto es Twitter. El pajarillo azul, que nació para estimular el gorjeo ingenioso concentrado en 140 caracteres, empezó a estropear su canto cuando aumentó a 280 y luego permitió la ilación mediante hilos (valga la redundancia) cada vez más largos y soporíferos.

Claro que no todo el mundo está en Twitter, y cada persona recibe sólo aquellos a los que sigue o le siguen, pero el hedor es tan potente que al final te acaban llegando los efluvios de la ciénaga, por muy lejos que estés. Y en estos momentos extraordinarios que estamos viviendo la peste es tan intensa que las aguas estancadas acaban inundándolo todo.

Cierto que hay algunas personas que utilizan Twitter para promover actividades lúdicas o creativas, y algunas para difundir chascarrillos ocurrentes, pero la mayoría de la gente lo utiliza para verter sus peores pulsiones. Hay quien expele bilis, una extrema irritación ante cualquier nimiedad, sin ofrecer nunca pistas ni argumentos para entender tanto desabrimiento. Como aquel que entra en una asamblea diciendo ¿Qué se discute, que me opongo?

Hay quienes expelen amargura, como si hubieran estado esperando que se les reconocieran sus méritos, talento o aptitudes y el mundo les hubiera ignorado olímpicamente, despreciando así aportaciones imprescindibles para la salvación de la humanidad. Hay quien expulsa frustración, la decepción intolerable que florece cuando se tiene la íntima convicción de tener derecho a algo y no haberlo conseguido.

Luego están, claro, los iluminados, aquellos que tienen la verdad absoluta, los fanáticos, los incapaces de aceptar la discrepancia, los que catalogan a cualquiera de enemigo porque no comparte las opiniones dominantes o cuestiona los dogmas de fe. Los que se sitúan a una altura moral incontaminada, desde donde mostrar la beatitud que solo alcanzan los elegidos, los puros, los que están más allá del bien y del mal porque su reino no es de este mundo.

Y por último están aquellos que se limitan a balar las consignas de otros, acriticamente, sin pararse a pensar por sí mismos, incapaces de un pensamiento propio, abonándose a ideas ajenas sólo porque las emite el partido en el que militan, el grupo de afines que les jalea, la camarilla con la que se codean, la secta en la que se ubican.

Espero y deseo que tras la dura experiencia a la que asistimos se imponga la lógica y la sensatez. El análisis reposado, la reflexión mesurada, la prudencia y la racionalidad. Que la justicia poética equilibre los excesos de estos días aciagos y nos ponga de relieve nuestra soberbia y nuestra infinita pequeñez.

El retorno de la realidad (31-03-2020)

Una de las cosas buenas que esta pandemia va a traer es que de golpe hemos aterrizado en el terreno de la realidad. Creo que durante ya demasiadas décadas hemos vivido —no todos, ni en todas las zonas del planeta, sino en las más opulentas— en una especie de ensueño posmoderno diseñado como un anuncio publicitario: consumo sin fin, despilfarro de bienes y servicios, hedonismo, bienestar, individualismo, emprendimiento. Gran parte de la responsabilidad de que estas actitudes se hayan impuesto la tienen algunos pensadores (y pensadoras) que han extendido teorías muy sugerentes pero contrarias a la realidad: el fin de la historia, la muerte del sujeto, la inexistencia del sexo, la importancia de las identidades, la supremacía del deseo, el relativismo cultural... teorías todas ellas elaboradas por personas bien estantes e influyentes que, aparte de pensar, enseñar en la Academia y conseguir éxito y fama, no han dado un palo al agua en toda su vida ni han experimentado en carne propia ninguna de las desventajas o discriminaciones que millones de seres humanos han soportado con estoica dignidad.

En las últimas décadas hemos incorporado como dogmas de fe ideas o elucubraciones que pueden ser muy interesantes, pero que no se sostienen cuando se confrontan con la realidad: así, hemos estado a punto de condenar al ostracismo a personas, por ejemplo, por sostener que el sexo biológico no solo existe, sino que es la base de la desigualdad entre hombres y mujeres, o que ser hombre o mujer no es ni un sentimiento ni una identidad. Hemos incorpo-

rado acriticamente una jerga que casi nadie entiende, aunque todo el mundo utiliza, como *performativo*, *agencia*, *empoderamiento*, *discursivo* y enviado a la hoguera a todo aquel o aquella que no comulgue con esta nueva secta cultural.

La extensión de estas teorías ha tenido un efecto inmediato en las sociedades, y así hemos abandonado por caducas ideas que sostenían la importancia de lo económico y material, las condiciones de vida o la estratificación sexual y nos hemos refugiado en el calor de la tribu, en la identidad grupal, como si entre los diferentes grupos no hubiera también desigualdad: no todos los negros son pobres, ni todas las latinoamericanas son asistentas de hogar, ni todas las blancas son ricas, ni todos los gays están marginados, ni todas las personas discapacitadas se enfrentan a los problemas en situación de igualdad. Esta deriva ha llevado incluso a legislar basándose en el deseo y no en la necesidad.

Yo espero que esta crisis que ha conseguido aislarnos, pero al mismo tiempo unirnos en una misma y frágil identidad humana, nos haga reflexionar sobre las derivas posmodernas y volvamos a reiniciar la historia desde la sensatez y la racionalidad, despertar del duermevela fantasioso y poner los pies, de nuevo, en la cruel y tozuda realidad. El feminismo en el que creo tiene mucho que decir sobre la necesidad de un nuevo pacto social que no excluya a nadie, y que reformule la clásica tríada de libertad, igualdad, fraternidad... y sororidad.

La vida en el centro (7-04-2020)

Las feministas hemos venido repitiendo esta idea desde hace tiempo ([véase aquí una columna mía de 2012](#)). Creemos que para que el mundo funcione mejor habría que poner la vida en el centro. Pero quizá esta idea parezca muy abstracta, utópica, inconcreta. Ahora que el mundo parece que se ha detenido, y aunque no tengo ninguna confianza en que sea para mejor, me gustaría imaginar cómo sería en la práctica poner la vida en el centro. Doy algunas ideas para el improbable caso de que salgamos de esta con más sabiduría y sensatez.

Todas las actividades que emprendiésemos deberían tener como objetivo el cuidado y mantenimiento de la vida humana, pero no sólo, también de su

entorno. La vida humana no puede estar desconectada de los demás seres vivos que la pueblan, animales y plantas. En lugar de actuar como depredadores, hay que vivir en armonía con el medio ambiente; y ahí tengo que decir que los animales no pueden ser tratados mal, pero tampoco mejor que las personas, cosa que ocurre con las mascotas en no pocos lugares de occidente.

Para vivir «una buena vida», como proponía Aristóteles, los seres humanos necesitamos sobre todo cuidados —desde que nacemos hasta que morimos— y afecto. La cantidad de ocupaciones que pueden girar sobre esta necesidad es infinita: desde aquellos cuidados que procuran los diferentes tipos de familia o grupos que acogen a una nueva criatura, hasta el seguimiento, desarrollo, culminación y muerte de la persona, cuántas actividades podrían estar relacionadas con el hecho de cuidar, desde la atención cotidiana a los sistemas de salud. En los cuidados no debe haber división sexual del trabajo.

La educación en todas sus variantes: infantil, juvenil, adulta, formal e informal. La transmisión del conocimiento en sus múltiples posibilidades. Organizada de formas diversas, según la capacidad y la creatividad de los diferentes grupos humanos. La ciencia, la medicina, la investigación, sectores estratégicos que deberían estar, como todo lo demás, para el mantenimiento de una vida digna.

Una buena vida no puede llevarse a cabo sin cultura y esparcimiento: literatura, música, teatro, cine, pintura, danza, arte, deporte y toda la infinita variedad de actividades recreativas, como productores o como receptores, sin convertir ninguna de ellas en negocios excesivos o especulativos que los alejen de su finalidad primordial.

Para todo ello hace falta, naturalmente, garantizar la alimentación, y hay que dar el papel que corresponde al sector primario; el mundo es muy grande, y poner la vida en el centro también significa orientar la actividad agropecuaria al servicio de la supervivencia digna. Enfocar la tecnología y los conocimientos científicos al objetivo de que todo el mundo pueda comer tres veces al día.

Poner la vida en el centro también significa apostar por la cooperación, y no por la competencia. Dejar de ver a los demás como enemigos, renunciar al enaltecimiento de lo propio y el desprecio de lo ajeno. Y naturalmente, dentro de este mundo posible, propiciar que todos los seres humanos puedan

desarrollar sus potencialidades sin importar la clase, raza, sexo, procedencia, orientación sexual o situación personal. Ya sé que es altamente improbable que veamos un mundo así, pero por pedir que no quede.

El bien interno de los oficios y profesiones (15-04-2020)

Ahora que estamos en *stand by* espero que se permita reflexionar sobre algunos temas hasta ahora *tabú* sin que te crucifiquen las hordas que actúan en las redes sociales; quizá sea el momento de preguntarnos qué actividades u ocupaciones son útiles y cuáles no para, como decía la semana pasada, poner la vida en el centro una vez el mundo se ponga de nuevo en marcha, si se pone.

Siguiendo la estela de Adela Cortina, catedrática de Ética y Filosofía de la Universidad de Valencia, habría que definir la profesión como «una actividad que presta un servicio específico a la sociedad de una forma institucionalizada. El servicio ha de ser indispensable para la producción y reproducción de la vida humana digna» ([véase aquí](#)).

Dice esta profesora que las actividades humanas necesarias son las que tienen una meta, las que ofrecen unos bienes internos que ninguna otra puede ofrecer; la docencia tiene como bien interno la educación y la transmisión del conocimiento; la medicina tiene como bien interno atender la salud de la población; la arquitectura tiene como bien la de construir viviendas o infraestructuras; la ciencia tiene como bien interno buscar nuevos inventos y aplicaciones que ayuden a mejorar la vida humana, y así podríamos seguir haciendo una lista inacabable de bienes intrínsecos que son propios y necesarios para considerar una actividad de interés social (lo cual no quiere decir que se utilicen con fines espurios). La limpieza de domicilios, establecimientos y lugares públicos, por poner uno de los ejemplos que muchas veces se esgrimen para mostrar el nivel más bajo de la actividad económica (cuando se habla de prostitución, por ejemplo, suele argüirse que es mucho más duro y menos lucrativo limpiar suelos) el bien interno es mantener practicables los espacios necesarios para la vida humana. El bien interno de todas estas actividades es la reproducción de la vida humana en su conjunto, no solo de una parte de ella.

¿Qué bien interno indispensable para la producción y reproducción de la vida humana digna (en palabras de Adela Cortina) procura, por ejemplo, el sistema prostitucional? ¿Es una actividad dirigida a toda la población? ¿Quiénes prestan el servicio y quiénes los destinatarios? ¿Cubre una necesidad básica humana? ¿De quién? Me parece que hay una serie de preguntas que habría que responder ante algunas posturas que, para defender legítimamente a las personas en situación de prostitución, nunca contemplan el sistema que la sostiene. Enarbolan derechos de las *trabajadoras sexuales* sin analizar las razones de la existencia de dicha actividad, ni cuestionar el hecho de que existe debido a una situación de desigualdad sexual, ni reparar nunca en que si las mujeres venden un servicio es porque los hombres lo compran. Difícilmente cuestionan que lo que se satisface es un deseo masculino, y no una necesidad humana.

¿Es una necesidad humana que haya una actividad dirigida únicamente a satisfacer los deseos del colectivo masculino? Y no me den como argumento que también hay clientas en esta actividad. O aquello tan consabido de que hay trabajos peores. Denme argumentos de más calado; denme respuestas que vayan más allá de la idea del respeto a la *libertad* de quien ha elegido como *trabajo* la satisfacción sexual de los deseos ajenos inhibiendo los propios. Denme algo más que tópicos, por favor.

No odien por mi (22-04-2020)

Nunca he estado convencida de que se pueda legislar basándose en los sentimientos. Tampoco que se pueda sentir por persona interpuesta. Los sentimientos son subjetivos, estados de ánimo humanos que comprenden un amplio abanico de sensaciones tales como la envidia, el rencor, el resentimiento, la amargura, la frustración, el miedo, la culpa, la tristeza o el odio; pero también el amor, la alegría, la satisfacción, la euforia, el bienestar y otras tantas emociones que, en conjunto, nos hacen humanos. Nadie te puede obligar a amar, pero tampoco nadie puede asegurar si albergas odio en tu interior, como tampoco nadie puede medir el grado en que una persona experimenta alegría, placer o dolor. ¿Dónde está el instrumento que mide estos estados anímicos? Hay varios aspectos a considerar sobre este tema.

Por ejemplo, hay unos actos que se consideran como *delitos de odio*. Una persona puede insultar, humillar, menospreciar o amenazar a otra, pero entonces estamos en presencia de actuaciones que ya están tipificadas en las leyes como discriminación o como faltas graves o leves, según el alcance del ataque. La persona a la cual se le ha dirigido la agresión puede denunciar ser objeto de amenazas, humillación o menosprecio, pero en ningún caso se puede demostrar que el ataque fue motivado por el odio, porque el odio es un sentimiento que solo se puede experimentar íntima y subjetivamente.

Otro aspecto interesante es cuando se habla de *discurso de odio*. Si en el delito de odio era de alguna manera posible objetivar una ofensa dirigida hacia una persona (aunque imposible confirmar si el acto fue motivado por el sentimiento) más etéreo resulta y más difícil delimitar y concretar cuando se habla de incitación al odio mediante la expresión oral o escrita. Y aquí entramos en un terreno cenagoso, porque cualquiera que se exprese públicamente sobre cualquier asunto puede ser acusado de *discurso de odio* por alguien, individuo o grupo, que se sienta atacado u ofendido y considere que el pensamiento, idea o discurso está sostenido por el odio. A mí misma me han acusado de incurrir en *discurso de odio* por alguna columna de opinión publicada en este mismo espacio, cuando tengo la dicha de no albergar en mi interior ni una pizca de odio hacia nadie.

Crear que se puede legislar, tipificar penalmente o demostrar intencionalidad a actuaciones o expresiones basadas en sentimientos puede llegar a ser tan absurdo como pretender que se puede obligar a alguien a amar cuando desprecia, a mostrar simpatía cuando siente repulsión o a experimentar alegría cuando está triste. La materia de la que se nutren los sentimientos no permite objetivación, pero en cambio puede convertirse en un arma arrojadiza para silenciar o amedrentar a quien haga o diga cosas que no nos gustan, endosándole una intención que quizá, quizá, solo es una proyección de nuestras propias emociones.

De farol (29-04-2020)

De farol no solo fueron los líderes del *procés*, según declaración de Clara Ponsatí y las evidencias que luego se desvelaron. Todos vamos un poco de farol, porque hasta que no nos encontramos con el agua al cuello no solemos reconocer que nos estamos ahogando. A pesar de la información científica avasalladora que por lo visto existía sobre la posible eclosión de pandemias, los avisos de expertos epidemiólogos que alertaban de que algo de esto podría ocurrir; a pesar de todas esas poses según las cuales todo el mundo sabía que se iba a desencadenar una catástrofe, la verdad pura y dura es que nadie se lo cree hasta que no estalla en sus narices, gobiernos y ciudadanía. Pedro Duque, ministro de Ciencia e Innovación declaraba hace poco: «No teníamos un plan de qué hacer ante una pandemia». Nadie lo tenía por la sencilla razón de que nadie cree que pueda ocurrir hasta que ocurre.

Todavía estaríamos escuchando las críticas, las descalificaciones, las broncas de muchos y muchas —entre quienes me contaría— si el gobierno hubiera decidido por ejemplo suspender la manifestación del 8 de marzo. O si hubiera tomado iniciativas sobre el confinamiento antes de que fuese evidente su necesidad. ¿Alguien una semana antes de tomar la decisión hubiera aceptado sin rechistar que se declarara el estado de alarma? ¿Que se impusiera el llamado «distanciamiento social»? ¿Que se cerraran bares y establecimientos públicos, se suspendieran celebraciones o se limitara el aforo de los locales? La bronca al gobierno —a todos los gobiernos del mundo mundial— hubiera sido tan monumental que aún resonaría. ¿Ya nadie recuerda lo extemporáneo y exagerado que fue considerado que se suspendiera el World Mobile Congres?

A toro pasado todo el mundo sabe que se cometieron errores, lo que habría que haber hecho, el porqué se tardó tanto en tomar decisiones, pero la ciudadanía hubiera sido la primera en poner el grito en el cielo si se hubiera limitado la movilidad: que si agoreros, que no hay para tanto, que si la libertad individual, que si el gobierno es autoritario, que si invade competencias autonómicas. Siempre pasa igual: Se cae un puente, que hay que ver que no se previó; que se hunde un edificio, que por qué no se hizo una inspección; que hay una nevada o unas fuertes lluvias, que qué poca previsión. Los humanos somos así, todos vamos de farol: adelantarnos a los acontecimientos y prevenirlos no está en nuestra naturaleza. Salvo los

independentistas catalanes, que siempre saben con certeza que con la independencia todo hubiera ido mejor.

¿Que de esta vamos a sacar un aprendizaje para el futuro? Eso está por ver. Los expertos dicen hace tiempo que el sistema en el que vivimos no es sostenible, que el planeta agoniza, que el cambio climático es irreversible, que en cincuenta años el mundo colapsará. ¿Y alguien se lo toma en serio? ¿Estamos dispuestos a reducir el consumo? ¿A no viajar? ¿A producir menos residuos? ¿A gastar menos agua? ¿A renunciar a las comodidades? ¿A comprar productos de proximidad? Quien crea que es posible cambiar el rumbo del mundo sin que afecte a nuestro sistema de vida o es un cínico o es más falso que Judas. (Y espero que Judas o sus seguidores no se ofendan por la comparación).

Más honestidad y menos *ir de farol*; un poco más de autocrítica por parte de todos no estaría mal.

Qué será, será (14-05-2020)

La mayor parte de la población ha cumplido a rajatabla el confinamiento y está siguiendo las indicaciones de la desescalada. Quien más y quien menos comprende que es una situación excepcional en la que la salida depende de todos y cada uno de nosotros, pues todos podemos ser contagiados y agentes de contagio. Pero estamos asistiendo en los últimos días a diferentes tipos de actitudes, unas más comprensibles que otras.

Por una parte, hay gente en la que se percibe una cierta actitud de descreimiento, como si en realidad esto que estamos viviendo fuese una farsa inducida por un oscuro impulsor que no se sabe dónde situar, algún personaje maligno o un poder ignoto que está jugando con nosotros o que nos está gastando una broma pesada. Esta actitud de descreimiento es la que hace que muchas personas no cumplan las normas dictadas por el estado de alarma, no por malicia, sino por una cierta sensación de omnipotencia: a mi esto no me va a pasar. Todo esto es muy exagerado. No será para tanto. La vieja creencia de que lo malo solo le pasa a los demás y de que yo estoy a salvo de estas eventualidades.

También se observa alguna actitud de desdén hacia las instrucciones gubernamentales —sin incluir los ya consabidos disparates de los líderes de la oposición— como si incomodase tener que seguir unas normas que, más o menos razonables, estamos obligados a acatar. Acostumbrados como estamos a protestar y a manifestarnos, y a considerar que el gobierno siempre se equivoca en sus decisiones y que nosotros siempre tenemos razón, parece que fastidie sobremanera la imposibilidad de desobedecer, pues en las circunstancias actuales, aunque quisiéramos, no podríamos negar la realidad. Y la realidad es que muchas personas han muerto y muchas otras han padecido la enfermedad, y que la pandemia no es un invento, sino algo real que está afectando a todo el mundo.

Pese a ello, parece que algunos creyeran que es el gobierno el que está empeñado en mantener a la gente semi encerrada, por gusto, por el mero placer de hacer cumplir su voluntad, y que las fases de la desescalada es un capricho que el gobierno decreta a voleo. Y qué rabia no poder contradecirle y convocar una manifestación multitudinaria, y sacar la gente a la calle a gritar dimisión, dimisión. Cómo deben estar sufriendo todos aquellos que a la mínima de cambio se echan a la calle a vocear consignas, aunque no tengan alternativas que ofrecer. Qué coraje tener que seguir lo que diga el ejecutivo central. Qué irritante no poder desobedecer. Sin embargo, es sorprendente lo callados que están.

Este periodo extraordinario realmente está siendo raro, raro, y aunque ya tenemos ganas de volver a la normalidad, intuimos que la normalidad que conocíamos no va a volver, y quien más y quien menos se pregunta, como Doris Day, cómo será el mundo a partir de ahora: ¿Será mejor? ¿Será peor? ¿Será igual? Qué será, será...

Criaturas sin madres, madres sin criaturas (20-05-2020)

Es lo que tiene cuando encargas que te paran una criatura a 3.000 kilómetros de distancia, que cualquier impedimento dificulta enormemente ir a recoger el paquete. Sería para reírse si no fuera porque es un drama que afecta, principalmente, a las criaturas confinadas en Kiev, y en segundo lugar a las

mujeres que los parieron. Un centenar de criaturas sin madres. Cien madres sin criaturas. En todas las noticias que aparecen sobre los bebés bloqueados en Ucrania a causa del coronavirus ni se menciona a las mujeres que los han parido. Como si no existieran.

Pero hay que recordar, por si alguien lo ha olvidado, que todos esos bebés no han venido al mundo debajo de una col, ni los ha depositado en sus cunas una cigüeña que se ha perdido en su camino desde París. No. Todas esas criaturas han sido paridas por mujeres de verdad que han alquilado sus vientres a parejas pudientes que, por diferentes razones, no pueden concebir por medios convencionales.

Claro que los que han encargado esas criaturas, e incluso puede que también las mujeres que las han parido, digan que lo han hecho por solidaridad, por altruismo, por amor al prójimo, por hacer un favor a personas cuyo mayor deseo era tener descendencia biológica, que qué mal hay en que una persona que no puede ser madre y/o padre pueda elegir por catálogo el recipiente que te lo incube.

Pero son mujeres reales las que han tenido que soportar las molestias de un embarazo y un parto, mentalizado para no establecer ningún vínculo emocional con el bebé que llevan en su interior, padecido los imprevistos que hayan podido presentarse, sometido a las cláusulas de un contrato que las priva de todo derecho de retractación y a todas las restricciones que la agencia intermediaria haya tenido a bien estipular.

Esta situación es una más de las consecuencias, no de los avances médicos —pues esta práctica no es una técnica reproductiva más— sino de la devaluación de todo lo que tiene que ver con el cuerpo femenino y sus procesos. Durante siglos parir te convertía en madre, aunque dieras al bebé en adopción o lo abandonaras en la inclusa. El neoliberalismo con su mantra de la libertad individual, el capitalismo más salvaje, en connivencia con las derivas teóricas posmodernas han conseguido disociar totalmente el proceso biológico de la maternidad de su significación social. Gestar se ha convertido en una ocupación *como otra cualquiera* en la que el cuerpo de las mujeres se ha transmutado en lugar de trabajo por decisión personal ¿Les suena?

Esas criaturas varadas en Kiev, sin madres; esas mujeres que han parido, sin hijos, y esas parejas esperando que la pandemia les permita recoger el

producto de una operación mercantil es la última frontera que una sociedad que respetase a las mujeres nunca debería cruzar.

Por un feminismo internacionalista (28-05-2020)

Yo no entiendo qué tiene de especial haber nacido en un lugar o en otro como para enorgullecerse de ello. Entendería que alguien se sintiera orgulloso de su país si por ejemplo este hubiera erradicado la pobreza, o eliminado la violencia contra las mujeres, o conseguido el pleno empleo, u obtenido un nivel de vida digno para toda la ciudadanía, o ser un referente de apertura y solidaridad para el mundo entero.

Es igual que sentirse orgulloso de haber nacido en una familia cualquiera sin motivo alguno. Entiendo que una persona pueda sentirse orgullosa de sus padres por haberle transmitido unos determinados valores humanos, por el sacrificio que hicieron para darle una educación, o por otras razones por las cuales se puede estar agradecido. También se puede mostrar orgullo personal por haber superado una situación difícil, por haber obtenido unos logros que parecían inalcanzables, por haber alcanzado una posición tras muchas dificultades o por muchas otras cosas que revelen un mérito indiscutible. Sentirse orgulloso de algo siempre obedece a un motivo.

Pero ¿qué mérito hay en nacer en España, en Cataluña, en China o en Honolulu? Esto es tan absurdo como si yo me enorgulleciera de medir 1.63 cm. o de calzar un 38. Situaciones totalmente azarosas que no tienen nada que ver ni con el mérito individual ni con el colectivo. Detrás de estos enorgullecimientos patrios siempre se esconde un sentimiento de superioridad, un deseo de enaltecer lo propio para desmerecer o desdeñar lo ajeno. Si yo me declaro orgullosa de mi país, sin motivo alguno, me elevo por encima de los demás y encima me sitúo a una altura moral que me hace parecer mejor. Todos los países y lugares tienen cosas positivas y cosas negativas en su historia, y prácticas sociales dignas de elogio y otras deleznables.

Todos somos de un determinado lugar, nos guste o no, tenemos una historia familiar, la aceptemos o la neguemos, ocupamos un determinado lugar en el

mundo y formamos parte del colectivo humano, clasificado a su vez jerárquicamente de formas muy diversas por razón del sexo, la raza, la edad, la procedencia, el estatus, la clase, el idioma, la orientación sexual, las capacidades etc.

En las últimas décadas se ha impuesto la lucha por el reconocimiento, la diferencia respecto a los otros, el perfil específico, las características grupales, de tal manera que los movimientos identitarios han difuminado las contradicciones que se producen en el seno de cualquiera de las categorías antes descritas, ya sean los países, los sexos, las razas o la procedencia.

Personalmente me declaro ciudadana del mundo, y desde el minúsculo lugar que ocupo en la sociedad en este lugar concreto considero que todos los países podrían ser mi país, que ninguno tiene más mérito que otro, y que haber nacido en esta parte del planeta no me hace mejor ni peor que al resto de mis semejantes.

Por eso reivindico un feminismo internacionalista, abierto, solidario, alejado de las políticas basadas en la identidad, que creo dificultan la consecución de objetivos comunes. El feminismo nunca ha sido un movimiento identitario, porque el feminismo en el que creo no pide reconocimiento sino justicia.

Es el feminismo, tía (4-06-2020)

La Ministra de Igualdad considera que la manifestación del 8 de marzo fue menos concurrida que años anteriores a causa del Covid-19. Quizá muchas mujeres consideraron que asistir a una congregación multitudinaria era un riesgo evitable y hay que alabar esta disposición cautelosa, considerando lo que vino después. Es posible, tía, como diría con su desparpajo habitual Irene Montero, a quien disculparemos ese tono informal y un tanto *choni* debido a su juventud y a su deseo de mostrarse cercana, además de ser declaraciones *off the record*.

Sin embargo, yo no estoy del todo de acuerdo con esta apreciación, y más me parece que la menor concurrencia a los actos del Día Internacional de las Mujeres se debió fundamentalmente al clima de división que se viene observando en el feminismo en los últimos tiempos, y cuyo barómetro podrían ser

los mensajes que circulan por las redes sociales.

Vale que no todo el mundo está presente en Twitter o Facebook, pero las disputas y discrepancias que se manifiestan en las redes sociales de alguna manera acaban llegando al cuerpo social en su totalidad. Y la verdad es que las posturas son tan irreconciliables que no me extraña que actúen como un factor disuasorio para dejar de participar en un acontecimiento que percibimos confuso.

A mi juicio el mayor peligro que acecha al feminismo es la confusión. La primera cuestión que debería tener clara el personal es de qué estamos hablando cuando hablamos de feminismo. Porque cada grupo, sector, entidad, asociación o individuo está utilizando el término sin aclarar a qué se está refiriendo ni lo que entiende por feminismo. Se reclaman feministas las animalistas, las ecologistas, las antirracistas, las *capacitistas*, las anticapitalistas, las anticolonialistas, las islamistas, las soberanistas. ¿Quizá consideran que el feminismo es todo este batiburrillo al mismo tiempo? ¿Cuál es la definición que hacen todos estos grupos de lo que es feminismo? La verdad es que me gustaría saberlo.

También me gustaría saber qué idea de feminismo sostiene por ejemplo la ristra de letras que conforman el colectivo LGTBIQ+. ¿Cuál es la perspectiva teórica desde la que actúan? ¿Cuáles son los temas fundamentales que defienden? ¿Están todos estos subgrupos que se cobijan bajo este paraguas de acuerdo? ¿Cuáles son sus puntos en común? ¿Cuáles sus discrepancias? ¿Cuál es según estos grupos la agenda que debe defender el movimiento feminista?

También quisiera tener clara la idea de feminismo que hace suya el actual Ministerio de Igualdad, o la definición que sobre este movimiento proponen los grupos regulacionistas de la prostitución, o las que defienden los vientres de alquiler. ¿De qué estamos hablando cuando hablamos de feminismo?

Creo que es urgente clarificar este tema porque la multitud de definiciones y tendencias que están proliferando puede tener un efecto demoledor en las próximas manifestaciones post-covid, si es que se pueden retomar en el futuro. La confusión genera una actitud de desafección, de aversión o de animosidad. Para salir a la calle a manifestarse la gente tiene que saber por qué, tía.

Censura retroactiva (12-06-2020)

Hace un tiempo saltó la polémica porque la biblioteca de un colegio retiró cuentos infantiles tipo *Caperucita Roja* por sexistas. Hace unos días el tema vuelve a surgir con la retirada de una plataforma digital de la película *Lo que el viento se llevó* o la serie *Little Britain* por el tratamiento que se daba a las personas negras.

¿Debemos revisar todo el acervo cultural que nos ha precedido para adecuarlo a la sensibilidad actual? ¿Se debería eliminar todo tipo de producción de cuyo planteamiento se desprendiesen posturas sexistas, racistas, homóforas, etc.?

Yo creo que ni es posible ni es deseable. Censurar de manera retrospectiva todo tipo de producción cultural o intelectual que entre en contradicción con los valores que hoy consideramos correctos significaría eliminar más del 90% de la historia cultural e intelectual, empezando por los filósofos griegos, siguiendo por los escolásticos, los ilustrados e incluso los revolucionarios: ¿qué vamos a decir de Rousseau, que consideraba que el papel de las mujeres era hacerle agradable la vida a los hombres. ¿Y los pintores? No solo podrían ser acusados de sexistas, con todas esas mujeres desnudas y a veces raptadas y maltratadas, sino también de anti animalistas, (recordemos que la Universidad de Cambridge retiró un cuadro que ofendía a los veganos) o de belicistas.

Y si hablamos de literatura, desde las tragedias clásicas, pasando por la *Ilíada*, la *Odissea*, más todo lo que vino después, con retratos crudísimos de violencia contra mujeres y niñas, por no citar la ya a veces controvertida *Lolita*. Y si nos referimos al cine, la música más actual, los cómics, los videojuegos... en fin, si hasta los Beatles tenían una canción que aconsejaba a una chica que desapareciera de su vista si quería salvar su vida. ¿Si eliminásemos todo lo que atenta contra los valores culturales vigentes hoy día, qué poco temario quedaría en los programas docentes!

Pero es que, además, por mucho que eliminásemos todos estos productos culturales insertos en un contexto social diferente del actual, no eliminaríamos el racismo, el sexismo, la violencia o la homofobia. Antes al contrario sería esconder, ocultar, *blanquear*, como se dice ahora, el pasado que ha con-

formado, nos guste o no, nuestro presente. Lo que hay que hacer es fomentar el sentido crítico, contemplar todas esas creaciones filosóficas, literarias, pictóricas, cinematográficas y musicales con espíritu analítico, contextualizando el momento histórico en que fueron creadas, viendo cómo han sostenido el edificio cultural e ideológico de la organización social y, de este modo, justificado todo tipo de desigualdades entre los seres humanos.

No podemos cambiar el pasado, tampoco el cultural, tenemos que analizarlo críticamente para que podamos entender cómo aberraciones culturales pasadas han llegado a parecer naturales y aceptables. Lo que sí podemos cambiar es cómo nos enfrentamos a la creación en el presente para legar obras que no tengan que ser censuradas en el futuro.

Criaturas sin identidad (19-06-2020)

Cuando una criatura viene al mundo no sabe la lengua que hablará, ni la ropa con la que la vestirán, ni la comida que le alimentará, ni lo que se espera de ella: no es consciente del cuerpo que tiene, ni del color de su piel, ni de si a causa de su morfología será tratada de una forma u otra. Cuando una criatura llega al mundo no sabe nada, no tiene conciencia ni de su presente ni de su futuro. Es un pequeño cuerpo sexuado que se incorpora a un lugar reglamentado en cuyas reglas no ha participado ni conoce.

Quienes sí que conocen las normas (que a su vez aprendieron de los que les precedieron) son las personas que reciben a la nueva recién llegada, para quien ya han elegido un nombre, le han destinado una habitación (o al menos un lugar donde ubicarla), han determinado los adornos con los que la engalanarán y los vestidos con los que la cubrirán. Y, sobre todo, en función de los genitales con los que haya nacido, la incentivarán a hacer unas actividades y le reprimirán otras. Potenciarán unos rasgos e inhibirán otros. Estimularán que haga unas cosas y le prohibirán otras.

Y conforme esa criatura se vaya dando cuenta del mundo que la rodea y asimilando sus claves acabará encarnando (a gusto o a disgusto) el tipo de persona que esa sociedad que la ha recibido ha establecido como modelo

ideal. A eso lo llamamos, resumiendo mucho, identidad (nacional, de género, de clase, etc.)

¿Qué hay de innato en todo este proceso? ¿Es que los andaluces nacen con las castañuelas incorporadas, los catalanes con la barretina, los vascos con la txapela, los argentinos sabiendo bailar el tango y los gallegos la muñeira? Y por la misma razón, ¿unas nacen ya predestinadas a calzar zapatos de tacón, a que les guste el color rosa o a que se desvivan por cuidar a los demás, mientras que otros nacen ya dando patadas al balón o con el deseo de ser ingenieros o astronautas?

En su último libro *El género y nuestros cerebros* la neurocientífica Gina Rippon sostiene que no hay cerebros masculinos ni femeninos, y que una sociedad con géneros definidos producirá cerebros con género. Es decir, la función hace el órgano, y no el órgano la función.

¿Por qué no dejamos que esas criaturas que vienen al mundo desarrollen sus potencialidades y deseos en libertad sin importar sexo, procedencia o color de piel? ¡Ah! porque entonces el edificio absurdo que los seres humanos hemos construido se derrumbaría como un castillo de naipes, y, entre otras muchas cosas, nos dejaría sin argumentos para linchar a cualquiera que ponga en duda los dogmas y fantasías que tantos quieren imponer como si fuese la verdad.

Ley trans ¿decisión personal o revolución? (26-06-2020)

¿Saben qué les digo? Que a ver si aprueban ya la dichosa ley *trans* a ver si así se resuelve el que parece ser el mayor problema que actualmente tiene la sociedad, a juzgar por el ruido que genera el tema, sobre todo en las redes sociales. Ciertamente es de admirar que una problemática que afecta a un colectivo tan pequeño (según cálculos generosos de la ONU se trataría de entre un 0,3% y un 0,6% de la población) se haya erigido en el centro de la agenda política y social, y haya concitado el apoyo casi unánime de universidades, medios de comunicación, partidos políticos, sindicatos, asociaciones, grupos feministas, instituciones de todo tipo, etc.

No puedo por menos que preguntarme cómo se ha producido este fulgurante ascenso de un tema del que hasta hace unos cinco años ni siquiera se hablaba. Y me respondo que las causas de esta aparente unanimidad en la aceptación de la denominada autodeterminación de género, se debe a lo siguiente:

- 1º. Un miedo insuperable a ser tachado de tráfóbico/a o TERF, insultos que sobre todo en la pira de Twitter han venido a sustituir al más antiguo «perro judío» con que se denigraba a los miembros de esta comunidad, están desplazando a «feminazi» ya casi en desuso, y comparten cartel estelar con «negro de mierda» con el que se obsequia a menudo a personas de este color. En alza un nuevo neologismo que se empieza a utilizar despreciativamente: Cis.
- 2º. La entronización de lo «políticamente correcto» que obliga a todo el mundo a hacer malabarismos verbales para no ofender a nadie, siendo esto casi imposible porque siempre habrá algún colectivo o individuo que se sienta excluido. Hay que aparentar ser «guay», ser inclusivo, estar en la onda, abanderar la última tendencia, aunque realmente no se piense lo que se dice.
- 3º. El seguidismo acrítico de algunas corrientes posmodernas que, despreciando la tradición feminista de más de tres siglos, negando la evidencia del binarismo sexual y envolviendo el discurso en un ropaje transgresor ininteligible, se han erigido en el nuevo canon teórico como si se tratara de un dogma de fe. A destacar el papel de los valedores y valedoras que se afanan en predicar la buena nueva como si les fuera la vida en ello.
- 4º. Y *last but not least*, la certeza de que la autodeterminación de género no va a desestabilizar el *statu quo*, por más que algunos sectores lo presenten como lo más alternativo y antisistema que se haya visto jamás.

Lo que sí desestabilizaría al sistema —y de ahí que se le combata a muerte— es que el 49,5% de la humanidad (quedamos que el 0,3-0,5% corresponde al colectivo trans) dejara de gestar, de cuidarse de menores y mayores, de los trabajos domésticos, de prestar servicios sexuales indeseados (gratuitos o pagados), de obedecer a sus maridos, de ponerse velos, de someterse a mutilaciones genitales, de ganar menos, de tener menos poder, de ser menos pobres,

de estar bajo la autoridad paterna o marital, de contraer matrimonios forzados, de renunciar a su libertad...

Cambiar de sexo y/o género acabará siendo una decisión individual. Que la mitad de la humanidad exigiera el cumplimiento de la larga lista de sus derechos sería una revolución.

Soy mujer por mis santos cojones (3-07-2020)

Alguien pensará que es una *boutade* para llamar la atención, pero les aseguro que lo he leído varias veces en Twitter y es recibido cada vez con más alborozo. Otra versión que circula por las redes es «soy hombre porque me sale del coño» que sería el equivalente en femenino. Como pueden ver, los argumentos son bastantes contundentes y un recurso inapelable cuando ya no tenemos otras razones con las que convencer a los demás.

A mi me da igual la parte del cuerpo a la que se apele para demostrar la hombría o la feminidad (porque eso es algo construido), pero me gustaría llamar la atención sobre la profunda contradicción en que se incurre al acudir a los genitales para reafirmar lo que según la teoría *queer* no existe: el sexo biológico. Quizá alguien pueda pensar que esos asertos sólo son un golpe de efecto, tan necesarios para destacar y ser *trending topic* por un día. Pero sabemos que las palabras nunca son inocentes, y que cuando se pronuncian tienen una intencionalidad. Tanto minusvalorar el sexo, tanto repetir que es irrelevante, que es una construcción discursiva y que no tiene existencia real, para al final apelar a los testículos para confirmar que se es mujer, que es lo que han hecho los *machirulos* de toda la vida para imponer su criterio.

De esta manera se recurre al biologismo para corroborar que es en las gónadas de donde finalmente surge el efluvio que nos hace ser de género masculino o femenino. Cuando el feminismo defiende que el sexo biológico es la base material sobre la que se construye la subordinación de las mujeres, y que por tanto no es algo irrelevante, se dice que es transfobia y se critica que se recurra a la biología para establecer la diferencia entre los hombres y las mujeres. O más aún, se dice que repite el discurso de Hazte Oír, como

si coincidir con Vox en que la tierra es redonda, que gira alrededor del sol o que cuando llueve las calles se mojan fuese igual que compartir su propuesta ideológica. Hasta ese absurdo hemos llegado.

Cuando las personas que han nacido con unos genitales determinados y desean transitar al género contrario ensalzan sus aparatos genitales para reafirmarse, todo el mundo les ríe la gracia sin reparar en que están incurriendo en biologismo, un biologismo que por cierto las feministas rechazamos. El sexo es una característica de los cuerpos humanos, no un destino. Pero si eliminamos la categoría sexual, que es la que estructura en primer término la sociedad, no solo no acabaremos con la desigualdad, sino que nos quedaremos sin instrumentos para medirla y desvelarla y, en consecuencia, no podremos combatirla ni erradicarla.

Dogmatismo progresista (10-07-2020)

Hace unos días provocó un gran alboroto la publicación de una carta de unos 150 intelectuales norteamericanos alertando contra la intolerancia ante el pensamiento discrepante y el empobrecimiento que esto representaba para la democracia. No habían pasado ni dos días y ya algunos se habían retractado o se habían arrepentido de haber firmado el texto, tal es el miedo que se experimenta cuando se toca el dogmatismo, sobre todo el que proviene de los movimientos supuestamente progresistas.

Si se denuncian los ataques conservadores al pensamiento libre todo el mundo se apresura a estar de acuerdo, porque claro ¿quién va a estar en contra de la libertad de expresión? Pero si la censura y la intolerancia se manifiesta entre el activismo más transgresor ¿Quién le pone el cascabel al gato? ¿Quién es la guapa que se atreve a ser señalada con el dedo por la cofradía que tiene la verdad absoluta?

Sin embargo, por estos lares sabemos bastante de intolerancia ante la discrepancia: durante muchos años fue tabú, por ejemplo, hacer la menor crítica a la política lingüística en Cataluña. Tema vetado. Dogma de fe. Más adelante cualquier crítica o asomo de discrepancia con el procés era señalada como

alta traición, no solo entre las personas que no comulgábamos con la causa, sino incluso entre los mismos partidarios.

Y ahora estamos asistiendo al punto álgido de la intolerancia cuando se cuestiona, ni que sea prosternándose, el concepto de identidad de género, o se defiende la existencia del sexo biológico como base material de discriminación de las mujeres. Hay luminarias que dicen que toda esta polémica es culpa de Carmen Calvo; que en realidad todo este debate no existe y es una cortina de humo que oculta el deseo de mantener las cuotas de poder de algunas socialistas y sus secuaces.

Pero quienes nos exponemos públicamente sabemos que la intolerancia del activismo progresista existe; que se señala y hostiga a personas que escriben lo que piensan, que argumentan y dan razones, que se expresan libremente y discrepan de teorías que por mucho predicamento que tengan no son —ni deben ser— palabra de dios. Personas a las que se responde no con argumentos, sino con insultos, con descalificaciones e improperios. A las que se pretende desprestigiar profesionalmente, a las que se les monta una campaña de acoso y derribo en menos que canta un gallo. Y todo por discrepar o mantener opiniones contrarias a la corriente de moda del momento, a lo que no vacilan en denominar «discurso de odio».

Y sí, hay miedo. Yo lo tengo. Pero pese a ello aún creo en la frase que se atribuye a Voltaire, aunque en realidad la escribió Evelyn Beatrice Hall, una mujer que para escapar a la intolerancia de la época publicó con el seudónimo Stephen G. Tallentyre: «Estoy en desacuerdo con lo que dice, pero defenderé hasta la muerte su derecho a decirlo» (*Los amigos de Voltaire*, 1906). Ahora no hace falta recurrir a un seudónimo para escribir, pero paradójicamente quienes acosan, muchas veces, se ocultan tras un *nickname* acompañado de un hashtag tope transgresor. ¡Quién lo iba a decir!

Fraude de ley (17-07-2020)

Deseaba votar en las elecciones gallegas o vascas y me lo impidieron porque tenía que demostrar que estaba empadronada allí; deseaba pedir una hipoteca

a 30 años, pero me dijeron que era demasiado mayor, aunque yo les jurara que me sentía como si tuviera 25; deseaba pedir la nacionalidad italiana (siempre me ha gustado Italia) pero me dijeron que si estaba majareta o qué. Incluso para apostatar de la religión católica tenía que pedir varios documentos y someterme a un largo proceso del que al final desistí. En fin, que he tenido un montón de deseos, pero todos me han sido denegados porque necesitaba mostrar un puñado de papeles diversos. En ningún caso ha bastado con la expresión de mis más sinceros sentimientos.

En cambio, si yo me presento en el Registro Civil afirmando que «me siento hombre», y quiero que se cambie mi sexo/género, parece ser que no se me pedirá ningún otro requisito, documento o procedimiento probatorio a juzgar por cómo está redactado el Proyecto de Ley Trans ¿Quién podrá poner en duda la autenticidad de mi sentimiento? ¿El funcionario que sospeche que soy una impostora? ¿Mis vecinos? ¿El Centro de Inteligencia Nacional? ¿James Bond? Si mi auto declaración es el único requisito que se pide para producir el efecto deseado no hay nadie que pueda acusarme de falsedad. ¿O habrá algunas personas sinceras y por tanto creíbles y otras mentirosas y por tanto falsas en la expresión de sus sentimientos? ¿Y cómo se podrá diferenciar unas de otras? ¿Habrá que someterse al Polígrafo o máquina de la verdad?

Alguien podría objetar si me ve que «no parezco un hombre», pero eso sería simplemente una apreciación personal que pondría en duda mi sentimiento, y por tanto negaría mi identidad, e incluso mi existencia, al decir de algunos. Si no es necesario tampoco tener un determinado aspecto o expresión de género concreta (veo en *Twitter* personas con aspecto varonil que declaran ser mujeres; veo menos personas de aspecto *mujeril* que digan ser hombres, qué curioso); en cualquier caso, parece que no es el aspecto viril o *hembril* el que puede certificar el fraude. ¿Cómo y quien va a poder demostrar que alguien está cometiendo fraude de ley si no hay ningún requisito formal, documental o procedimental que haya que presentar para avalar *mi sentimiento*?

¿Por qué se esgrime este argumento ante algunas críticas que se formulan al proyecto de ley *trans*? ¿Piensan quienes lo sostienen que hay que creer en la *buena fe* de los individuos? ¿Qué no existe la malicia? ¿Que si hay una ley que pueda favorecer en determinados supuestos la gente no va a recurrir a ella en caso de necesidad? ¿Quién va a vigilar que no se produzca fraude de ley?

Francamente, yo lo que encuentro fraudulento es que una ley pueda amparar la materialización incondicional de los deseos. Como he dicho al principio yo tengo muchos deseos, pero hasta ahora casi todos han resultado insatisfechos.

El generismo, nuevo movimiento social (24-07-2020)

Todos los movimientos sociales merecen tener un nombre. Creo que estamos ante el nacimiento de un nuevo movimiento que a falta de una denominación mejor llamaré *generismo*, (no lo he inventado yo, lo he visto en las redes) y que podríamos definir como «movimiento social y político de las personas que reivindican la autodeterminación de género». Un movimiento social según todas las definiciones debe tener una teoría que lo arrope, una agenda con los objetivos a conseguir y una vanguardia que lo impulse. Hasta hace poco esta tendencia estaba disuelta en el movimiento feminista, pero a mi me parece que debería coger su propio vuelo, pues los planteamientos no solo no coinciden, sino que en algunos momentos son divergentes.

Por ejemplo, el feminismo entronca con el pensamiento ilustrado y el racionalismo del siglo XVIII mientras que el *generismo* está vinculado a la Posmodernidad que se inicia en los años 80. La filósofa Seyla Benhabib en un artículo titulado *Feminismo y posmodernidad: una difícil alianza*, dice literalmente: «como feministas dudo de que podamos adoptar el pensamiento posmoderno como aliado teórico» (1990).

El feminismo se basa en el binarismo hombre y mujer, y aunque niega el determinismo biológico, considera la diferencia sexual la base material de la opresión de las mujeres; el *generismo* divide a las personas entre *cis* y *trans*, y otorga escasa relevancia al sexo biológico, que considera una construcción social, por lo que los conceptos hombre y mujer carecen de sentido, y si los siguen utilizando es porque no es fácil encontrar una nueva manera de denominación.

El feminismo considera el género como una construcción social que se impone a los cuerpos sexuados y es un mecanismo de opresión, mientras que el *generismo* reivindica la consideración del género como una identidad, si no

innata al menos como un aspecto insoslayable de la personalidad. El sujeto del feminismo han sido las mujeres, mientras que en el *generismo* el sujeto político serían todas las personas de identidad no normativa, cuya vanguardia serían las personas *trans*. Según un articulista el sujeto político revolucionario actual es una niña *trans*.

El feminismo lucha contra el patriarcado, mientras que el *generismo* ha ampliado el enemigo al *cisheteropatriarcado*, es decir, la estructura social resultante de sumar la hegemonía de las personas cuyo género coincide con su sexo (al menos el 99,5% de la población), la heterosexualidad obligatoria y el patriarcado convencional. El feminismo lleva luchando más de 300 años, sin haber conseguido todos sus propósitos y no ha tenido apoyos incondicionales, antes al contrario, ha sido combatido y lo sigue siendo desde múltiples instancias; el *generismo* lleva poco tiempo en el campo de batalla, pero cuenta además con potentes aliados y valedores, entre los cuales se cuentan la Academia, los sindicatos, los medios de comunicación e incluso instituciones como la ONU, que ya ha establecido el Día Internacional de las Personas No Binarias, lo cual es el reconocimiento oficial de la pluralidad de géneros que pueden existir.

El *generismo* tiene también su propia *neolengua* que empieza ya a tener visibilidad en algunos textos no solo de activistas y militantes, sino incluso en documentos oficiales: *personas menstruantes*, *progenitor gestante*, *personas eyaculantes*, *vulvoportantes*, además del *todes*, *hijes*, *amigues*, etc. Personalmente creo que sería deseable que el *generismo* se independizara del feminismo, porque así ambos movimientos podrían establecer alianzas cuando conviniera y cada uno de ellos podría centrarse en sus propios objetivos legítimos; también se clarificaría mucho el confuso momento actual. Mucha gente lo agradecería. Yo la primera.

La Babel feminista (7-08-2020)

Es lo que tiene que en lugar de haber un feminismo haya tropecientos: que cada uno lo interpreta a su manera. Como cada grupo, corriente, tendencia o persona puede definir el feminismo según su saber leal y entender, puede

haber Guías Educativas sobre el tema de lo más variopinto auspiciadas por las diferentes administraciones e instituciones.

Así, en algunas de estas Guías se puede plantear que la prostitución es una de las posibles salidas laborales para después de acabada la ESO, para qué proseguir con el bachillerato con el paro que hay. Además, como ser prostituta es un trabajo como otro cualquiera, puede entrar en el listado de preferencias laborales (sobre todo de las chicas). Según cual sea la tendencia de quien redacte la Guía podría incluir referencias a la diversidad cultural, y considerar que el uso del velo es una de las herramientas de empoderamiento personal más eficaces, igual que convertirse a sí mismas en objetos sexuales y sacar partido del *capital erótico* en las redes sociales, o lo ilustrativo y divertido que resulta consumir pornografía. Por no hablar de lo *empoderante* que es prestar tu útero para cumplir el deseo de paternidad/maternidad de alguien que está a miles de kilómetros (y se lo puede pagar, claro).

Si por el contrario quien redacta la Guía Educativa lo hace desde el *generismo* (o defensa de la autodeterminación de género) puede que aconseje al profesorado que esté ojo avizor por si detecta algunas manifestaciones o actitudes en las criaturas (no importa si son de preescolar o primaria) contrarias al sexo con el que nacieron, por lo que habría que recomendar a sus padres el inicio de bloqueadores de la pubertad, para así adecuar el *cuerpo equivocado* al género deseado. Y si los padres no están de acuerdo nombrar un *defensor judicial* que se encargue de ello.

A esta teoría se han abonado la mayor parte de las Administraciones públicas. Por ejemplo, en una reciente propaganda de la Generalitat se lee: «Obviedad número 11: Tienes derecho a que nadie decida tu género. Todas las personas somos iguales y compartimos los mismos derechos, sea cual sea nuestro origen, género, edad, religión, capacidades u orientación sexual» (Traducido de un anuncio de *El País*, 25 de julio 2020). Si la Generalitat encargase una Guía Educativa ya sabemos que no habría ninguna referencia al sexo biológico y qué diría respecto a la autodeterminación de género, porque «Defendemos lo que es obvio», según concluye el cartel. ¡No me digan que no queda supermoderno para provenir de un gobierno de derechas!

Si por el contrario se encarga la Guía Educativa a un grupo de feministas *ortodoxas* como alguien ha acuñado (y no digamos ya *ultraortodoxas*, que todo se andará), partirá del sexo biológico como base material que ha po-

sibilitado la subordinación de las mujeres a lo largo de la historia, criticará la imposición de los géneros como dispositivos socialmente construidos que constriñe la libertad de las personas, considerará que la prostitución es parte de un sistema patriarcal de explotación de las mujeres, condenará la práctica de los vientres de alquiler, y será crítica con la imposición del velo en algunas culturas.

Depende de a quien se le encargue el redactado de una Guía Educativa sobre Feminismo el contenido puede ser no solo diferente, sino contradictorio e incompatible. La Babel feminista es ahora un campo de batalla del que nadie saldrá indemne. A ver quien gana. Se abren las apuestas. ¿Quién da más?

Retrodistopía (7-08-2020)

Perdonen el *palabro*, aunque con la neolengua que se está poniendo en circulación no creo que este neologismo tenga la menor importancia. Pero es que quiero explicarles que hace unos días tuve un sueño terrorífico.

Resulta que soñé que durante más de 3.000 años las hembras de la especie humana —a las que en el sueño se llamaba mujeres— habían estado sometidas a los machos —llamados hombres en el sueño—. La sociedad estaba fuertemente jerarquizada entre los machos y las hembras, de tal manera que los primeros se habían dedicado al trabajo productivo, y las segundas al reproductivo. A esto los científicos sociales llamaban división sexual del trabajo, y mientras ellos obtenían recompensa monetaria por su trabajo, las hembras lo hacían por amor al arte. Durante mucho tiempo las hembras pasaban la mayor parte de su vida embarazadas, y muchas morían en el parto por falta de atención.

Había unos individuos llamados filósofos que sostenían que las hembras eran inferiores a los machos, razón por la cual su destino era tener hijos y hacerles la vida agradable a ellos. Esta idea era secundada por las leyes, los científicos y las religiones. En algunos países las mujeres tardaron mucho en conseguir los mismos derechos que los hombres, y en muchos todavía no lo habían logrado; de la misma manera, en algunos sitios tenían que ir tapadas

para no despertar los instintos viriles. En muchos otros se les mutilaban los genitales, o se las casaba con apenas 8 o 10 años. Otras eran vendidas para un comercio que llamaban sexual. Muchas no podían salir a la calle si no era acompañadas de un varón.

En bastantes países habían obtenido el derecho a la educación, pero no en todos, y en la práctica totalidad del planeta ganaban menos que los varones, eran más pobres y disponían de menos propiedades. También tenían mucha menos representación política y en los puestos de dirección.

Desperté sobresaltada, perturbada por unas ideas tan absurdas. Luego me di cuenta de que todo era producto de mi estado febril, y que no era más que una pesadilla, que nada de eso era verdad, que el patriarcado nunca había existido y que la desigualdad de las mujeres no había sido más que una fabulación interesada. En nuestro mundo todos somos personas equivalentes, no hay división sexual, cada uno elige lo que quiere y las leyes protegen los deseos de todos. Me alegré de vivir en un planeta donde se protege el derecho de los individuos a tener hijos por correspondencia, a tener todo el sexo que quieran siempre que paguen, a convertirse en objetos eróticos si viene de gusto o a cambiar de identidad sexual a voluntad. Especialmente es de admirar que se proteja a los menores para que elijan su género cuanto antes y que se les bloquee la pubertad a la mínima que se observe que no se adaptan a los estereotipos sociales de masculinidad o feminidad.

Qué hermoso es vivir en un mundo donde solo hay personas, sin ningún tipo de distinción por raza, sexo o clase social. Cómo me gustaría poder preguntarle a Freud el origen de mi extraña pesadilla. ¿De donde diablos habrán salido ideas tan absurdas y qué demonios significarán?

Sexo asignado al nacer (14-08-2020)

Hay expresiones que se popularizan y sin saber cómo en poco tiempo las encuentras en todas partes. Una de ellas es esta frase tan socorrida que utilizan activistas, informes técnicos, instituciones, memorándums e incluso se pretende incluir en leyes. Como las palabras no son inocentes, y cuando se

eligen siempre tienen intencionalidad, podríamos preguntarnos ¿por qué se ha extendido esta fórmula como si el sexo se atribuyera a voleo?

Cuando no había pruebas diagnósticas para saber el sexo del feto había que esperar al nacimiento para saber si la criatura era niño o niña. Pero desde que existen las ecografías, la amniocentesis y otros análisis clínicos las embarazadas saben el sexo del bebé mucho antes de que nazca. No se asigna al nacer. Precisamente con el conocimiento del sexo ya empieza a trabajar el factor género: qué color elegir para la habitación, la ropa, los juguetes, el nombre; familiares y amistades empiezan a proyectar expectativas sobre el no nacido. La sociedad atribuye género a esa persona recién nacida. Pero, salvo alguna alteración en el desarrollo fetal, el bebé ya viene dotado de un sexo definido.

De acuerdo que puede haber una cierta ambigüedad genital, pero tiene una prevalencia escasa, por más que ahora se intente maximizar, como si hubiera millones de personas intersexuales. Hay menor prevalencia de intersexualidad que de cualquier otra alteración fetal (sin que alteración tenga ninguna connotación negativa). Hay dos sexos, y no los cinco que Anne Fausto-Sterling anunció de manera irónica, tal y como ella misma ha reconocido (véase aquí, minuto 69). También hay personas que nacen con seis dedos en las manos o los pies y eso no obsta para evidenciar que los seres humanos tenemos extremidades con cinco dedos. La prevalencia de la intersexualidad según la ONU es de 1 cada 1.500 o cada 2.000 nacimientos, aunque actualmente haya quien intenta considerar que puede alcanzar, siendo muy generosos, hasta el 1,7% de la población si se suma todo tipo de desarrollo sexual no dimorfo. (La propia Fausto-Sterling se lamentaba de que esas cifras no se hubiesen actualizado con estudios mas rigurosos desde que ella estableció esa cifra, a todas luces desorbitada).

En cualquier caso, el sexo no se asigna al nacer. El sexo se tiene. Repetir la consigna de que el sexo se asigna al nacer sirve para extender y legitimar la idea de que el sexo biológico no existe, y que es una pura imposición médica, algo totalmente arbitrario, ajeno a la realidad. Casi como una coerción.

Cada uno es libre de creer lo que quiera —incluso que la tierra es plana—, pero la evidencia científica nos dice que el ser humano es una especie sexualizada, como otras especies animales, y que no hay una pluralidad de sexos ni un continuum entre macho y hembra, como algunos quieren hacer ver. Otra

cosa es que sobre esos cuerpos sexuados se impongan los mandatos de género, esto es, los comportamientos, actitudes y roles construidos socialmente y a los que nos tenemos que adaptar, por fuerza o con agrado, para vivir en sociedad. Por eso muchas feministas apostamos por la abolición del género, no del sexo, que por otra parte no debería tener mayor relevancia para el desarrollo personal.

Aviso para navegantes: si alguien ve coincidencias con Vox o Hazte Oír ha de saber que también coincido en que la tierra gira alrededor del sol, que cuando llueve las calles se mojan y que dos por dos son cuatro.

Dejar atrás la posmodernidad (24-08-2020)

Si una cosa buena pudiera traer la pandemia del covid-19 que estamos viviendo es que por fin se empieza a tambalear la inanidad en la que hemos vivido las últimas décadas. Una época que ha cortocircuitado las utopías emancipadoras y las ha sustituido por un individualismo bobo e ineficaz; ha fragmentado en grupúsculos irrelevantes procesos que otrora fueron globales, ha reducido las luchas a una cuestión de identidad, en lugar de atender a las desigualdades sociales, incluso dentro de esos mismos grupos que se imaginan homogéneos; ha pulverizado los ideales universales de igualdad entre todos los seres humanos y los ha sustituido por un relativismo que convierte todas las prácticas sociales en equivalentes, ya sean buenas, regulares, malas o nefastas (porque claro, lo primero es determinar qué es la bondad o la maldad de las cosas) con el agravante de que no se puede cuestionar nada si no es desde dentro del contexto social en el que esas prácticas se producen.

Una época que ha entronizado teorías descabelladas que han sido formuladas en lenguajes oscuros y farragosos que casi nadie entiende, y que entran en contradicción con la realidad, pero que han propiciado el nacimiento de minorías muy minoritarias que no solo luchan por sus derechos legítimos, sino que pretenden redefinir lo que es el ser humano en su totalidad, difuminando el sexo biológico, base material de la desigualdad. Una época en la que se ha considerado que bastaba con cambiar el lenguaje para modificar la realidad, pese lo cual todavía no he oído a nadie que cuando quiere insultar a

una mujer la llame *trabajadora sexual*. Actividad que por cierto no se ha visto libre del estigma y cuya legalización no ha comportado mejoras sustanciales en los países que lo han hecho.

Una época que bajo el mantra de la libre elección está aceptando situaciones y prácticas por cuya erradicación el feminismo lleva luchando más de tres siglos, y que no solo no han desaparecido, sino que se afianzan y reproducen si acaso con mayor virulencia, a la par que nacen otras nuevas formas de explotación de la capacidad reproductiva de las mujeres cuando ya pensábamos que no había actividad patriarcal que pudiera superar a la prostitución.

Una época, en definitiva, que ha sustituido la racionalidad y la lógica por los deseos, los sentimientos y las subjetividades, exacerbando hasta el delirio la susceptibilidad de los individuos y grupos. Colectivos que se dan por ofendidos ante cualquier nimiedad y están dispuestos a excomulgar a cualquiera que ose desafiar los nuevos dogmas de fe, aunque ahora la nueva iglesia la constituyan las redes sociales y actúe a través de internet.

Ojalá la era pos-covid arrase con los disparates posmodernos y podamos volver a debatir sobre ideas y no sobre creencias, sobre realidades y no sobre fantasías, sobre proyectos colectivos y no sobre empoderamiento individual, que no deja de ser el sálvese quien pueda del naufragio neoliberal. Vamos a dejarnos de teorías elitistas surgidas de la opulencia material, y busquemos soluciones a los múltiples problemas que como humanidad tenemos que afrontar. Nos va la vida en ello.

Género, de imposición social a identidad (31-08-2020)

Creo que las académicas feministas, entre las que me incluyo, hemos cometido un gran error y tenemos parte de responsabilidad en la situación que se ha creado actualmente con relación al *género* como identidad. Antes de que el concepto de género se popularizara, en las universidades se habían creado los Estudios de las Mujeres, se hablaba de Roles Sexuales o incluso de Estudios Feministas. Para dar más empaque a la materia, porque tales denominaciones expulsaban a los varones del objeto de estudio o por una cierta actitud

vergonzante por centrarse sólo en las mujeres, se empezó a utilizar el concepto de *Género*, lo cual parecía que otorgaba mayor cientificidad a nuestra siempre denostada preocupación por la desigualdad entre hombres y mujeres. *Género* sonaba más neutral y objetivo que *mujeres*, y se desmarcaba de la más estridente noción de *feminismo*. Género otorgaba una cierta legitimidad académica a las docentes feministas, siempre cuestionadas.

Los Estudios de Género cobraron carta de naturaleza y la mayoría de nosotras recibimos con alborozo un término que en principio no era más que una categoría analítica. Numerosas definiciones de teóricas reputadas definían el «género» como una construcción cultural, un mandato social que reglamentaba y establecía las actitudes y comportamientos adecuados para hombres y mujeres. El género permitía analizar la desigualdad entre los sexos, y siempre se entendió como una categoría social impuesta sobre un cuerpo sexuado, una manera eficaz de separar el sexo biológico de los roles socialmente asignados a hombres y mujeres.

¿Cuándo se jodió la marrana entonces? Aunque el proceso es muy largo y complejo para reducirlo a 500 palabras, creo que la conversión de la noción de *género* como imposición social a la idea de *género como identidad* se produce cuando se abandona el estudio de la organización social y las relaciones de poder derivadas de la división sexual y se reemplaza por el estudio de las subjetividades y el psiquismo individual. Es decir, cuando se pasa de analizar la sociedad como estructura jerarquizada a la sociedad como suma de individualidades autónomas. Cuando se desprecia lo colectivo y se entroniza lo personal. Cuando se fabula con que cada uno puede elegir su propia posición en el mundo sin atender a las condiciones materiales de existencia ni a las relaciones de poder inherentes a la jerarquización social. Cuando se propone que se puede subvertir el sistema convirtiendo la vida en una *performance*. Cuando la realidad deja de ser algo objetivo, exterior al individuo y se predica absurdamente que cada uno puede construir su propia realidad.

Esta nueva orientación teórica ha sido astutamente recogida por el patriarcado, en perfecta alianza con el neoliberalismo y el capitalismo feroz para, en una operación perfecta, vender como progresismo la más pura reacción. De este modo se ha convertido en identidad a reclamar lo que no es más que opresión. Por arte de birlibirloque hemos llegado a la situación de dar

carta de naturaleza a las esencias femenina y masculina, algo que las feministas creíamos que habíamos dejado atrás mucho tiempo ha. Lampedusa dixit: que todo cambie para que todo siga igual.

La involución del brilli-brilli (7-09-2020)

En mis momentos optimistas llegué a pensar que la pandemia del Covid19 podría ser una ocasión excelente para dejar atrás la funesta etapa posmoderna, pero en mis momentos pesimistas veo que es la mejor excusa para justificar la involución que estamos viviendo a todos los niveles, pero principalmente en lo que respecta a los derechos y avances de las mujeres en el mundo.

Hace ya tiempo que esta involución viene actuando, pero en el futuro inmediato la vamos a experimentar con más contundencia. Y esta involución es tanto más preocupante por cuanto está siendo impulsada con entusiasmo no solo por aquellos interesados en mantener el *statu quo*, sino por importantes instituciones, universidades, partidos políticos, sindicatos, y movimientos sociales a los que se suponía comprometidos con la igualdad entre los sexos (como por ejemplo la ONU).

Mientras en bastantes países del mundo hay mujeres valientes jugando-se la vida por obtener sus derechos (por ejemplo, a no llevar velo, a no ser casadas en la infancia, a no ser mutiladas, a no ser prostituidas, o agredidas, vendidas o compradas, a poder abortar, a ser ciudadanas de pleno derecho), en los países en los que se goza de una cierta equidad se coquetea frívolamente apoyando medidas, prácticas o leyes que claramente perjudican a la mitad de la población.

Esta involución tiene múltiples aristas, pero por nombrar solo algunos aspectos, citemos la oferta de religión islámica en las escuelas públicas (espero que no enseñen lo que se dice en algunos videos que circulan en la red sobre las vírgenes y las huríes que van a encontrar los hombres musulmanes en el Paraíso); la defensa del hijab que hacen algunas mujeres occidentales que jamás se han visto obligadas a llevarlo; la consideración de la prostitución como trabajo empoderante, obviamente «para las demás»; la entusiasta aceptación

del concepto de identidad de género y el abandono paulatino de las posturas que consideraban los roles masculinos y femeninos un anacronismo; pero también la elogiosa valoración de productos culturales chabacanos que continúan cosificando a las niñas y jóvenes, con la excusa de que es super feminista si es auto cosificación, la reivindicación de la palabra puta, el reclamo de la estética porno o creerse un dechado de feminidad por emborrizarse de colágeno o botox, inflarse las tetas con silicona y mover las nalgas a ritmo de rap.

Quiero pensar que quienes desde algunos sectores del feminismo actúan como cómplices de esta involución lo hacen de buena fe, creyendo que de esta forma transgreden las normas y van a subvertir el sistema social. Supongo que esperan que dentro de unos años las niñas que están recibiendo la doctrina del *brilli brilli* se conviertan en una camada de mujeres empoderadas, autónomas, libres y dueñas de su destino. Como las mujeres que aparecen en el afamado video de Cardi B WAP, aunque ese modelo femenino ya lo personificaban sin tanto aspaviento las Mama Chicho más de treinta años atrás. Eso sí, en esto de mover el culo hemos avanzado una barbaridad.

Guapis, el aprendizaje de ser mujer (15-09-2020)

Más allá de las virtudes y defectos que tenga la película *Mignonnes (Guapis)*, y más allá de la polémica creada por la desafortunada campaña de promoción de Netflix, la lección más importante que nos da, a mi juicio, este film es que muestra, de manera meridiana, que ser mujer no es un sentimiento, ni una *performance*, ni una identidad innata, ni una elección, sino el producto de un aprendizaje que se impone por el hecho de nacer con un sexo determinado.

El aprendizaje universal de la subordinación ya sea en un contexto cultural tradicional o en un contexto posmoderno. El resultado es el mismo: las niñas son sometidas a un adiestramiento desde su más tierna infancia para que integren aquellos valores que la sociedad ha decretado que les son propios. Otro tanto podríamos decir de los niños, pero esta película se centra en el universo femenino, aunque el masculino también lo vemos como contrapunto y oposición al primero. En el primero caso, Amy tiene que asimilar las costumbres y tradiciones que su madre, su tía y todas las mujeres de su

entorno han asimilado antes que ella: que una mujer tiene que mantener un comportamiento recatado, una predisposición a ser para los demás, una aceptación resignada de los mandatos e imposiciones culturales, una relación vergonzante con su propio cuerpo y unas habilidades prácticas que la conviertan en una hipotética buena esposa (pelar cebollas como metáfora del llanto futuro que le aguarda).

En el contexto cultural posmoderno el aprendizaje de ser mujer no es mucho mejor, a diferencia de lo que se pudiera pensar. Si de lo que se trataba era de mostrar el desafío de una niña a la tradición patriarcal, se hubiera podido elegir que la niña en cuestión quisiera ser ingeniera, o un portento de las matemáticas, o una jugadora de fútbol excepcional. Sin embargo, el aprendizaje de ser mujer en nuestra sociedad del espectáculo lejos de proponer modelos que fomenten la autonomía y la valía intelectual se reduce a que las niñas imiten los morros y el culo de Kim Kardashian.

Lo que desean las niñas de nuestras super modernas sociedades es lo que estas les ofrecen como el máximo triunfo al que pueden aspirar: convertirse en objeto, pintarrajearse los labios, ir de compras, embutirse en ropa ajustada y aprender a *perrear*. Ni siquiera pueden tener unos kilos de más, como le pasa a Yasmine, a la que se conmina que se ponga a dieta si quiere bailar. Ser mujer en las sociedades modernas, igual que en las tradicionales, significa interiorizar lo que te hace valiosa, algo que nuestras niñas aprenden tan pronto empiezan a andar. Miren donde miren ven el mismo modelo de mujer, llámese Shakira, Cardi B, Nicki Minaj, Rosalía o Beyoncé. Este es el modelo de empoderamiento femenino que la sociedad posmoderna valora y es capaz de ofrecer. Y ya podemos ir haciendo discursos bonitos sobre igualdad, libre elección y no sé qué.

Datos desagregados por sexo, no por género (24-09-2020)

La pandemia que estamos viviendo ha demostrado que afecta de manera diferenciada a los hombres y a las mujeres. Por ejemplo, el total de personal sanitario contagiado por el covid-19 en España son casi 60.000 personas a fecha septiembre 2020, de las cuales el 76% son mujeres y el 24% son hombres, según

datos del Ministerio de Sanidad. La ONU coincide a nivel mundial en estos mismos porcentajes, y ello es debido a que la primera línea de la atención sanitaria está ocupada por mujeres, tanto en los hospitales y centros de salud como en otros centros sociosanitarios (residencias y otros). De la misma manera se sabe que por cada 3 hombres que aparecen en los medios para hablar de Covid-19, solo una es mujer. Es decir, a la hora de recabar información se invierte el porcentaje de hombres y mujeres en el sector sanitario.

Pero también afecta de forma diferente a hombres y mujeres en temas de violencia: durante el confinamiento en Francia, Canadá, Alemania, Inglaterra, Estados Unidos o Argentina la petición de ayuda por casos de violencia en el hogar se incrementó entre el 25% y el 33%% respecto a años anteriores; en España concretamente las peticiones de asistencia por violencia de género sumaron 29.700 durante el estado de alarma un 57% más que el año anterior, y también aumentaron las llamadas al 016 en un 41,4%.

Pero esto lo podemos saber y constatar solo si tenemos datos desagregados por sexo. Si estos datos desaparecieran o no se registraran ¿Cómo podríamos saber si se produce o no desigualdad? ¿Cómo podríamos atajarla? ¿Cómo podríamos siquiera hablar de ella? Cuando algunos colectivos, asociaciones, instituciones o incluso gobiernos (como el de Argentina, que propone suprimir el registro del sexo en los documentos oficiales) cuestionan la materialidad del sexo biológico y lo sustituyen por el género sentido ¿son conscientes de las consecuencias que podría tener no disponer de este tipo de información?

Cuando se minimiza o incluso se elimina la referencia al sexo biológico, y se sustituye automáticamente por el concepto de género, como está ocurriendo actualmente, ¿cómo se supone que se puede dar cuenta de la realidad social? ¿De qué forma contabilizaremos a los individuos? ¿O es que se piensa que no hará falta contabilizarlos de ninguna manera? ¿Cómo se podría llevar un registro solo atendiendo al género de las personas, que es el producto de la socialización y cristaliza en múltiples maneras de expresarlo? ¿Cómo haríamos por ejemplo una pirámide de la población? ¿Cuántos géneros diferentes habría que contabilizar?

Cuando se propone sustituir un dato objetivo por uno subjetivo hay que pensar en el impacto que esto tendría en la organización práctica de la sociedad. Además de gritar en las redes sociales, de hacer afirmaciones contun-

dentes que parece que no admiten réplica o vilipendiar a quienes consideran necesario defender la materialidad del sexo biológico como rasgo definitorio de la especie humana, es necesario aportar argumentos y respuestas sobre cómo abordar los problemas sociales si se prescinde de un dato fundamental. O es que quizá piensan que eliminando la noción de sexo se va a eliminar la desigualdad.

Cuerpos equivocados (2-10-2020)

La fiebre que se había desatado en el mundo por encontrar «cuerpos equivocados» a los que hay que reconducir por el buen camino parece que empieza a remitir. Un indicio es lo que ha ocurrido en el Reino Unido, donde el gobierno ha dado marcha atrás a la reforma para facilitar lo que se denomina «autoidentificación de género», es decir, que cada uno pueda decidir libremente con qué género se identifica y que la mera declaración personal surta efectos para cambiar de sexo en el registro civil.

Que el gobierno británico haya decidido posponer indefinidamente esta reforma de la ley —después de una intensa batalla protagonizada por muchas mujeres feministas— ha tenido otros efectos, como que la organización *Mermaids*, abanderada del apoyo a los menores trans, haya reconocido que «ninguna criatura nace en el cuerpo equivocado», que ha sido durante mucho tiempo una de las frases recurrentes que ha justificado la actividad que ha llevado a cientos de criaturas a iniciar procesos innecesarios de transición sexual.

Y es que esto de «nacer en el cuerpo equivocado» es lo más antiguo y reaccionario que hemos visto desde los años sesenta (y que aún existe en algunos países) cuando a los homosexuales, lesbianas y transexuales les daban electroshocks y les practicaban lobotomías para que adaptaran su orientación sexual o su género al rol que correspondía al sexo biológico con el que habían nacido. Solo que ahora es al revés, y como vivimos en un mundo disparatado y delirante, las instituciones, los partidos, los grupos, las asociaciones, los sindicatos, las universidades y un montón de gente a título individual ha comprado esta idea del «cuerpo equivocado» según la cual hay que adecuar el sexo biológico al género sentido.

Y si para ello hay que hormonarse de por vida, bloquear la pubertad o mutilar cuerpos de criaturas sanas porque muestran inclinaciones, actitudes o gustos del género contrario al que corresponde a su sexo, pues les cambiamos de sexo. Yo espero que el ejemplo del Reino Unido cunda y se empiece a desvanecer esta fantasía «del género sentido»; un invento que sin ninguna base científica ni evidencia empírica se ha aceptado como verdad incontrovertible, como si «la identidad de género» fuese una esencia innata, una energía, una marca indeleble que nos habita desde antes de nacer y no un proceso que empieza con el nacimiento y nos va construyendo conforme nos incorporamos al mundo social.

Menos buscar cuerpos equivocados y más reconocer que es la sociedad, con su estricta división de roles sexuales, la que está equivocada. Menos vigilar el comportamiento de las criaturas para ver si muestran signos de incomodidad con su género (¿quien no va a sentir incomodidad con algo impuesto?) y más eliminar los corsés creados para limitar su libertad. Dejemos que cada uno se exprese, vista, adorne, comporte, hable, ame, actúe como le dé la gana (que eso es el género) y dejemos el sexo en paz.

Estamos solas (11-10-2020)

Nos han abandonado las instituciones que un día creyeron en la igualdad entre hombres y mujeres, y que hoy promueven días de las personas No Binarias (aunque no sabemos en qué se diferencian de las binarias, al menos a juzgar por la foto con que ONU-Mujeres lo celebró el 2020, [véase aquí](#)); nos han abandonado los sindicatos, que habían creado Secretarías de la Mujer para luchar contra la discriminación laboral y hoy reservan plazas para colectivos que representan menos del 0,5% de la población, frente a por ejemplo la discapacidad, que representa el 16%; nos han abandonado los medios de comunicación, más interesados en promocionar el glamour de las nuevas identidades sexuales que en la vulgar desigualdad.

Nos ha abandonado la Academia, deslumbrada por teorías inmovilistas y ocupada como está en producir papers que nadie lee; nos han abandonado los partidos políticos, que incentivaron las cuotas, las listas cremallera y la

paridad, y que hoy se dedican a promover leyes de identidad sin analizar las consecuencias que para la sociedad tendrá que cada uno elija su género atendiendo únicamente a la voluntad de cada cual. Nos ha abandonado la justicia, que se permite ver indicios de discurso de odio por afirmar que el sexo biológico existe y es una realidad inmutable ¡quien lo iba a decir!

Nos han abandonado todos aquellos que abrazaron el feminismo cuando vieron que vendía y que era una manera de conseguir votos y seguidores; nos han abandonado los que se llenan la boca con el lenguaje políticamente correcto, los que cambian el genérico masculino por el femenino y hablan de «nosotras» aunque todos los portavoces sean varones y no haya cambiado ni un ápice la distribución del poder. Nos han abandonado entidades, asociaciones y colectivos diversos que exigen que el feminismo incorpore sus reivindicaciones, aunque no contemplen la reciprocidad, dispuestos a descalificar a las feministas que cuestionen sus exigencias.

Nos han abandonado todos los que abominan de la realidad material de los cuerpos sexuados y la sustituyen por interpretaciones cuasi místicas, como si el dimorfismo sexual fuese solo una leyenda, un mito, una invención de cuatro trasnochadas que se resisten a perder sus privilegios y sus cuotas de poder (¡como si las feministas tuviesen poder!).

Estamos solas las que seguimos considerando que el sexo es la base material sobre la que se ha erigido la desigualdad. Las que pensamos que ser mujer no es un sentimiento, ni una esencia, ni una *performance* que se elige y se repite a placer, sino una de las dos formas de encarnación humana y una posición social que otorga la sociedad por el hecho de nacer hembras y ser las depositarias de la perpetuación de la especie. Una posición social que constriñe, coarta, dificulta, impide la libertad de las mujeres y a las que adorna con todo un rosario de cualidades para que acepten de buen grado su propia subordinación.

Estamos solas las que pensamos que la prostitución —y su adlátere, la pornografía— es una institución al servicio de los hombres, y que por eso no tienen interés en abolir; las que creemos que la gestación subrogada es una explotación de la capacidad reproductiva cuyos beneficiarios directos son mayoritariamente varones; las que creemos que independientemente de la agenda de cada territorio, no hay feminismos, sino feminismo, y que este es un movimiento emancipatorio que involucra a todas las mujeres en general.

Estamos solas en apoyos tácticos, pero estamos acompañadas de millones de mujeres de todo el mundo que saben que tenemos la razón de nuestra parte y que no vamos a dar un paso atrás.

Vestidos para hombres (19-10-2020)

Con los problemas tan graves que existen hablar de este tema puede parecer una frivolidad, pero espero me disculpen el atrevimiento de tomarme un respiro en medio de tanta desolación.

Leo que una firma de moda italiana ha diseñado un vestido para hombres, con un precio por cierto que solo estará al alcance de algunos varones con gran poder adquisitivo. Los demás, si quieren ir a la moda, se lo tendrán que comprar en los grandes almacenes, a los que sin duda llegará la tendencia si logra tener éxito comercial.

A mi me parece genial que los hombres lleven vestido. Igual que las mujeres nos embutimos en pantalones hace ya más de un siglo, y hoy prácticamente se ha generalizado su uso porque es la manera más cómoda de ir por la vida, ¿por qué los hombres no podrían ponerse vestidos?

Que lleven vestidos ajustados, vaporosos o minifaldas les va a representar que atiendan también otros aspectos: van a tener que ponerse medias o leotardos, porque especialmente en invierno llevar las piernas «a pelo» no es recomendable. Y hablando de pelo, también van a tener que recurrir a la depilación, pues no sé si va a quedar muy estético llevar una falda de tubo con unas pantorrillas peludas. Lo cual me lleva a que también tendrán que combinar mejor el calzado. ¿Continuarán con sus mocasines de toda la vida, sus botas o sus zapatillas deportivas (según el estilo de cada caballero) o el nuevo vestido exigirá un calzado renovado? Igual a la marca italiana se le une una nueva línea de zapatos de tacón masculinos creada por Loubotin o Jimmy Choo.

Que los hombres deseen llevar vestidos igual tiene efectos colaterales beneficiosos para las mujeres, por ejemplo, que cuando vayan en transporte público no se espatarren y mantengan la compostura, no sea que con su tra-

dicional costumbre de abrirse se piernas dejen al descubierto algún detalle de más de su anatomía.

Otros efectos positivos de este nuevo fervor masculino por adoptar el estereotipo femenino que quizá la moda logre imponer, es que si tienen que dedicar más tiempo a depilarse, a maquillarse, a ir a la peluquería, a hacer dieta y a cuidar el menor detalle de su imagen corporal, les dejará menos tiempo para escribir, para pensar, para participar en eventos, y quizá empiece a equilibrarse el número de escritoras, intelectuales, pensadoras, cineastas, músicas, artistas, ganadoras de premios, etc.

Puestos a imitar el tradicional rol femenino, deberían también dedicar a las labores de cuidado y trabajo no remunerado las 4 horas largas diarias que dedican las mujeres frente a las 1,7 horas que según la ONU dedican los hombres. Y a encargarse de criaturas y personas dependientes, o padres o madres ancianos, incluidos muchas veces suegros o suegras a quienes no pocas veces las nueras cuidan en ausencia de los hijos varones. Y como una cosa lleva a la otra, esta mayor dedicación a los trabajos de cuidado personal y de los demás quizás revierta en una menor posibilidad de medrar en las empresas, afrontar la brecha salarial, el rechazo a ser contratados por las cargas familiares o la renuncia a ocupar jefaturas y cargos de responsabilidad.

Ser mujer, queridos míos, no es solo ponerse un vestido, pintarse los labios y llevar zapatos de tacón. Si de verdad queréis experimentar lo que ha sido y es ser mujer desde tiempo inmemorial, os vais a enterar de lo que vale un peine.

De vulvas y peneporantes (25-10-2020)

El otro día me encontré con una persona *en situación de vulva* que hacía tiempo que no veía y, dentro de la distancia social recomendada, nos saludamos con el afecto que siempre nos habíamos profesado. Entre otras informaciones que intercambiamos, hablamos de cómo estaban nuestros correspondientes peneporantes. Me confesó, para mi sorpresa, que hacía unos meses lo habían dejado, y que ahora estaba en relación con una *vaginaporante*. Me

alegré sobremanera por ella al verla tan feliz, aunque al parecer la *persona menstruante* con la que había iniciado este nuevo periodo de su vida tenía unas reglas dolorosas, y le estaban haciendo pruebas para ver si era endometriosis u otra especial dolencia atribuidas tradicionalmente a los *cuerpos menstruantes cisheteropatriarcales*.

Yo, a mi vez, le expliqué las novedades que tenía, entre otras que me habían hecho unas pruebas en el *agujero de delante* para descartar candidiasis u otras afecciones que me estaban importunando. También le hablé de que *una amiga* había iniciado una relación con una persona en *situación de pene* y que *elle* estaba sopesando la idea de si convertirse en *progenitor gestante*, algo que le haría mucha ilusión, traer al mundo un nuevo *cuerpo viviente* como manera de compensar la desalentadora situación que atravesamos.

En fin, como ven, nuestra conversación transcurrió de lo más amistoso, intercambiando confidencias de todas las personas de nuestro entorno. De otra persona en *situación de próstata* me comentó que le habían hecho unas pruebas en el *agujero de atrás* a causa de unas hemorroides preocupantes, pero que todo parecía que estaba bajo control.

Nos despedimos recordando el último 8M, que reunió a tantísimas *personas con útero* y otras tantas *personas con escroto*, con el deseo de que el próximo 8 de marzo, Día Internacional de las *Vulvaimportantes*, pudiéramos volver a reunirnos en mejores condiciones que las actuales.

Espero que haya quedado todo claro; he seguido las nuevas recomendaciones de lenguaje inclusivo promovidas por entidades, ayuntamientos, concejalías, universidades y algunas instituciones que se encargan de enriquecer la lengua, y que se han aprestado a incorporar algunos vocablos que, como pueden ver, facilitan la comunicación sin ofender a nadie.

Como ustedes deben saber, adecuar el lenguaje a las numerosas y fluidas identidades de género es según la ONU uno de los más acuciantes problemas que tiene la humanidad en estos momentos de pandemia. Por eso, ante la duda, pregúntenles a sus interlocutores no si tienen qué comer o cómo llegar a final de mes, sino con qué sustantivos y pronombres prefieren ser nombrados, no sea que acaben en el juzgado ¿Lo han entendido? Pues eso.

La RAE posmoderna (1-11-2020)

Según he leído, la RAE pasó meses discutiendo si *solo* debía llevar acento o no cuando es adverbio. Muchos académicos por lo visto aún no han aceptado la decisión y continúan escribiendo sólo. Sin embargo, no le ha costado más que meses el intento de incluir *elle* (como pronombre) en su Observatorio de Palabras. Digo intento porque parece ser que lo ha borrado, o al menos de momento no aparece.

Qué rápida es la Real Academia Española para algunas cosas y qué lenta para otras. En el diccionario aún figuran *zorrra*, *fulana*, *mujer pública*, *buscona* o *mujer de la calle* como sinónimo de prostituta. Define *pelandusca*, como prostituta o mujer de costumbres sexuales muy libres; *cualquiera* como mujer de conducta moral o sexual reprochable; diferencia entre *gobernante* (que gobierna) y *gobernanta* (mujer que en los hoteles tiene a su cargo el servicio de limpieza, etc.). Y así podríamos seguir poniendo ejemplos interminables sobre usos sexistas de la lengua que la muy docta academia no ha osado revisar.

Sin embargo, con el intento de incluir el pronombre *elle* muestra lo al día que está y lo muy *guay* y postmoderna que es, en sintonía con los tiempos. Si estuvo meses discutiendo si *solo* iba acentuado o no, no se ha parado ni una semana a considerar qué significa introducir, aunque sea en el Observatorio de Palabras, la forma *elle* porque es un «pronombre de uso no generalizado creado para aludir a quienes puedan no sentirse identificados con ninguno de los dos géneros tradicionalmente existentes», según rezaba la definición, ahora desaparecida.

La RAE no ha dedicado ni un mes a considerar que si incorpora *elle* también debería incluir la terminación *e* como forma neutra *inclusiva* que se añade al femenino *a* y al masculino *o*. Siguiendo esta lógica, la RAE, tan posmoderna, debería incluir *todes* y a partir de aquí aceptar que la terminación *-e* o *-es* se aplique sistemáticamente a cualquier palabra que pretenda eludir los géneros tradicionalmente existentes: así aceptará que se escriba *nosotres*, *amigues*, *hijes*, *ciudadanes*, *une*, *unes*, *estes*, *aquelles*, etc. siguiendo la neolengua en boga.

La RAE no ha dedicado ni un mes a discutir y reflexionar sobre estas cuestiones porque debe considerar que estas incorporaciones son intrascen-

dentes y la convierten en una institución muy moderna e inclusiva. Pero lo que la RAE no contempla es que incorporar de manera acrítica esta neolengua significa aceptar la teoría de la identidad de género, es decir, que cada uno se auto identifique como desee, sin atender a más consideración que su voluntad, así como que el género es una cuestión individual que cada uno adopta a placer y no un proceso social.

En esto no le va a la zaga el Institut d'Estudis Catalans, que ha incorporado la palabra *cissexual*; pero le pasa como a la RAE, que como no tiene ni idea de lo que se lleva entre manos, la ha definido como «que se siente del sexo al cual pertenece biológicamente», convirtiendo también el sexo en un sentimiento. Qué importa el rigor conceptual si de lo que se trata es de hacer propaganda. Así demostramos lo muy avanzados que estamos y lo muy inclusivos que somos.

La rapidez con que los poderes (económico, político, social o cultural) se pliegan a las exigencias de ciertos grupos de presión marca la distancia entre un movimiento realmente emancipatorio como es el feminismo genuino y las tendencias posmodernas del feminismo sobrevenido, que no son más que impostura.

La Ley Trans es un despropósito (7-11-2020)

«La verdad es la verdad, dígala Agamenón o su porquero», afirma Juan de Mairena por boca de Antonio Machado. La Ley *trans* es un despropósito porque tal y como está planteada va a provocar más problemas de los que va a resolver. Y es un despropósito porque legaliza sentimientos, y los derechos son intrínsecos a las personas, no circunstanciales.

Y va a crear más problemas de los que va a resolver no porque facilite, muy justamente, a las personas *trans* el cambio registral del sexo, sino porque convierte potencialmente a cualquiera en *trans*, lo sea o no. Literalmente, liberaliza y universaliza la posibilidad de cambiar de sexo en el Registro Civil no solo para las personas *trans* reales (que afirmo y repito, por si no me

expreso bien y se me malinterpreta, me parece correcto) sino porque deja al libre albedrío de cada cual la posibilidad de cambiar de sexo sin más requisito probatorio que su voluntad.

El proyecto de Ley *Trans*, que ahora está en fase de consulta pública, dice cuando se refiere al derecho de autodeterminación (de sexo, se entiende): «El ejercicio de este derecho en ningún caso podrá estar condicionado a la previa exhibición de informe médico o psicológico alguno, ni a la previa modificación de la apariencia o función corporal de la persona a través de procedimientos médicos, quirúrgicos o de otra índole, sin perjuicio del derecho de las personas *trans* a hacer uso de tales medios» (Art. 7.4).

Pongamos un ejemplo: Imaginemos que se prepara una ley para resolver los derechos de las personas con diversidad funcional (antes discapacidad, por si no se entiende). En lugar de establecer los mecanismos, requisitos y condiciones que ha de reunir la persona para que se le reconozca su diversidad funcional, la ley propone que cualquier persona, con la mera expresión de su deseo sea reconocida parte del colectivo. ¿A quién estará beneficiando la ley? ¿A las personas que realmente padecen una discapacidad o a todos aquellos que, con mala o buena fe, quieran aprovecharse de la situación?

Ya he leído argumentos recurrentes como: pero es que la discapacidad es un dato objetivo. ¿Y el sexo no? O ¿pero quien se va a cambiar de sexo por capricho? Si la ley lo permite y hay momentos en que un cambio de sexo puede favorecer a alguien ¿por qué no va a poder recurrir a ello si no es más que un simple formalismo? (pienso en el deporte, en la comisión de delitos, en usar espacios restringidos, en formar parte de cuotas, etc.).

¿Para algunas cosas hacemos caso de los datos objetivos pero para otras basta con el sentimiento? Wittgenstein afirma: «Un proceso interno necesita criterios externos» (Pensamiento 580 de *Investigaciones filosóficas*). Los sentimientos son muy respetables, pero no pueden ser tomados como criterios públicos de actuación, y mucho menos legislar en base a ellos.

Convertir a toda la población en potenciales personas *trans* no solo no mejorará la situación de rechazo al propio sexo y/o género, sino que banaliza y trivializa la experiencia real. Por si eso no fuese suficiente, difumina el concepto de lo que es ser hombre o mujer, pues sexo y apariencia no tienen por qué concordar, lo cual introducirá una distorsión en las estadísticas oficiales,

amén de otros muchos problemas que países que han aprobado leyes parecidas ya están experimentando.

Si no se ve el alcance del disparate es mejor que se acuda al oftalmólogo, porque ciertamente se padece un grave problema ocular.

Feroz reacción internacional contra las mujeres (13-11-2020)

Una feroz reacción contra las mujeres recorre el mundo. Y contra el feminismo de verdad, es decir, aquel que pretende la desaparición de la desigualdad entre hombres y mujeres y que estas sean a todos los efectos consideradas sujetos de pleno derecho. Aquel que lucha contra el patriarcado y la subordinación de las mujeres, no de aquel feminismo sobrevenido al que muchos se han abonado porque queda bien y que define cada cual a su manera.

Y esta feroz reacción es más preocupante porque cuenta con el beneplácito, cuando no la entusiasta colaboración, de muchas mujeres de buena fe que se autodefinen como feministas y que están contribuyendo, queriendo o sin querer, al socavamiento de los principios que sostienen el feminismo como movimiento político y social.

Que empresas poderosas como Google, Microsoft, Facebook o Procter and Gamble, entre otras, apoyen la identidad de género. Que 450 Fundaciones, entre las que se encuentran Gilead Sciences, Arcus, Gill Foundation Open Society, Ford, entre otras, donaran 209.195.239 millones de dólares en 2018 para actividades relacionados con el colectivo LGTBIQ en todo el planeta (información detallada [aquí](#)) no haga sospechar de tanta generosidad, cantidad similar donada desde hace varios años.

Que la organización *Gate* haga una oferta pública para hacer un mapeo de grupos radicales anti-géneros contra trans en Reino Unido y en España ([aquí](#)); que revistas como National Geographic dedique un número a Gender Revolution ([aquí](#)) cuya portada ilustra con *diversidad de géneros* (pero en entre los cuales casualmente aparece *Male*, pero no *Female*) y que otros medios de comunicación estén promocionando día sí día también al colectivo *trans* y que ya hablen de *personas que menstrúan*, *cuerpos gestantes*, *individuos con va-*

gina, etc.

Que Organismos internacionales como la ONU e incluso organizaciones como Amnistía Internacional, Universidades, Partidos Políticos, Sindicatos, Bancos, Entidades Culturales, Gobiernos, Unión Europea etc. estén potenciando la denominada *identidad de género* o la *autoidentificación de género* incluso en aquellos países que tienen legislaciones abiertamente contrarias a los derechos de las mujeres, ¿no os hace levantar sospechas sobre las benévolas intenciones que les mueve?

Que se acepte tan universal y gentilmente la noción de *género sentido*, y las posibilidades de cambiar de sexo registral con la sola manifestación del deseo individual, mientras se recrudece la represión contra mujeres que reclaman el aborto, que denuncian la violencia física y psicológica, que padecen pobreza extrema, que soportan agresiones sexuales y mutilaciones genitales, que se las venda y compre en la prostitución y en la pornografía, que se utilice su capacidad reproductiva para satisfacer deseos de gente que puede pagarlos, que se use su cuerpo para vender productos y mercancías.

Mientras se producen todas estas barbaridades por el hecho de nacer con sexo hembra, el mundo mundial bendice la *autodeterminación de género* y la elección del *sexo sentido* como la gran buena nueva que va a acabar con todas las opresiones, menos las de las mujeres, que se han trastocado en privilegios.

Decidme, por favor, amigas y colegas feministas que no os alineáis con todos estos poderes que dan apoyo a este nuevo dogma de fe, que estoy teniendo una pesadilla y que cuando despierte os voy a encontrar al lado de mujeres de todo el mundo que están luchando por paralizar esta locura.

Kamala Harris no debería estar allí (20-11-2020)

Quería haber abordado el tema de la victoria de Kamala Harris en su momento, pero la urgencia de otros temas ha hecho que demorara esta reflexión. El nombramiento de Harris como vicepresidenta de Estados Unidos ha provocado una serie de reacciones totalmente encontradas. Hay quien se felicita porque una mujer haya llegado a ocupar puesto tan relevante y hay quien

denuesta este nombramiento, pues no aporta nada al feminismo ni a la emancipación de las mujeres.

Creo que hay una contradicción importante que convendría superar y que se repite siempre ante casos parecidos. Y es diferenciar entre el derecho inalienable que tiene toda persona a ocupar los lugares, espacios o cargos que sus capacidades, ambiciones, deseos u oportunidades le permita, y otra la ideología que esas personas representen.

Yo no soy religiosa, pero defiendo el derecho de las mujeres a ocupar el puesto de Papa (¿o Papisa?) llegado el caso, por poner un ejemplo que todo el mundo entenderá. Las mujeres somos individuos, no una masa homogénea unguada por una esencia común. Ya hemos dicho que no creemos en las esencias ¿no? Desde este punto de vista apoyo la presencia de las mujeres en cualquier ámbito político, económico, social, deportivo, científico o religioso. Pero no podemos pedirles a todas las mujeres que compartan una ideología común. En nuestra variedad, como en el caso de los hombres, las mujeres pueden tener muy diversas posturas políticas.

Cuando se reclama que haya presencia femenina en cualquier ámbito de la sociedad se está reivindicando un derecho que nos corresponde por ser la mitad de género humano. Cosa diferente es que esas mujeres tengan que representar una determinada visión del mundo. Es profundamente contradictorio que reclamemos que haya mujeres que accedan a puestos de relevancia, pero a la vez que digamos que total, para el tipo de mujeres que son mejor es que no estuvieran.

¿En qué quedamos? ¿Es necesario que haya mujeres en todos los espacios públicos o solo que haya las que coincidan con nuestros planteamientos políticos? Siguiendo esa regla de tres nos debería dar igual que todos los representantes políticos, culturales, sociales, deportivos etc. fuesen hombres. A ellos no parece que haya que exigirles que defiendan unos determinados valores: se les reconoce el derecho a estar, no se les pide que representen a todos los hombres, ni tienen por qué hacerlo.

Kamala Harris tiene derecho a estar donde está, es su derecho individual como ser humano. Como mujer me congratulo que haya conseguido un logro que puede servir de referente o acicate para que otras niñas o jóvenes se planteen que pueden hacer carrera política. Como feminista no espero que vaya a

defender los planteamientos políticos que a mi me gustaría ni que signifique un avance colectivo para la emancipación de las mujeres. Es más, si fuese feminista seguramente no habría llegado a donde está.

Seamos coherentes. Kamala Harris no es una adalid del feminismo, pero tampoco lo son Beyoncé, Jennifer López o Shakira ¿O sólo vamos a considerar que empoderan a las mujeres aquellas que saben mover el culo?

Los privilegios de las mujeres (28-11-2020)

Ser mujer tiene innumerables privilegios. No sé cómo no nos habíamos dado cuenta antes. Menos mal que hay algunas activistas clarividentes con mucho predicamento en las redes sociales que nos los han puesto de relieve.

El primer privilegio es que te horaden las orejas cuando naces. Los hombres, si se los hacen, es por propia decisión. Es una gran desventaja para ellos, pues seguro que duele mucho más cuando eres mayor.

Otro gran privilegio femenino es la necesidad de estar siempre impecable, perfecta, radiante. Qué placentero es ir periódicamente a que te depilen las axilas, el bigote, las cejas, las piernas, las ingles o el pubis. Existe la depilación definitiva, pero no todas las mujeres recurren a ella ni, pese a nuestros privilegios, está al alcance de muchas. Como igualmente delicioso es someterte a dietas draconianas para mantener el peso, porque ya se sabe que esos tres *kilitos de más* es un privilegio que ellos no tienen, aunque le sobren 10. Y si hablamos del privilegio de tener que llevar zapatos que te destrozan los pies, es que me descuajaringo de la risa, donde va a parar si lo comparamos con los incómodos zapatos masculinos, pobrecillos.

No podríamos dejar de nombrar el gran privilegio de cobrar menos que los hombres. Este es fundamental, porque si cobras menos gastas menos, esto es algo de Perogrullo. Para qué queremos ganar más, si con menos ya tenemos bastante. Esta brecha puede ir desde ganar un 15% a un 25% menos que ellos (según los países europeos). ¿Pero qué son estas ridículas cifras? Podría ser mucho peor como en otras zonas del planeta. Pelillos a la mar.

Y qué me decís del privilegio de tener que dedicar 4,1 horas al día al trabajo no remunerado mientras que los hombres dedican apenas 1,7 (siempre tomando como media el índice internacional de la ONU, 2020). Como se acaba derrengada tiene la ventaja de que por la noche se duerme mucho mejor, qué ingratas.

Un enorme privilegio es que no te contraten en las empresas porque puedes quedarte embarazada. Este es de capital importancia, pues así no tienes que levantarte temprano ni desperdiciar tu tiempo en 8 horas de trabajo remunerado. Cuanto menos trabajos más tiempo tendrás de acicalarte, y para poder dedicarte a los otros privilegios que he descrito en el párrafo 3. Y si te embarazas no quiero ni contarte el privilegio del ensañamiento obstétrico que le espera a algunas.

Y ya para descacharrarme de la risa que tanto privilegio me produce, qué decir del hecho de que casen a las niñas con hombres que le doblan la edad, así no tienen que perder tiempo en juegos absurdos, ni por supuesto en buscar novio. Y un privilegio de gran envergadura es que las mutilen genitualmente. Este es un privilegio que te mueres (literalmente). Hay que tener en cuenta que a muchos hombres los circuncidan, pobrecillos, eso sí que es una auténtica putada comparada con la ablación de clítoris.

Y los enormes privilegios que hay en la representación política (24% de mujeres en los parlamentos) en el mundo empresarial (20% en los consejos de administración (según CS Gender 3000)). Eso por no hablar del gusto que te da que te agredan, te violen o te maten por ser mujer, que son privilegios mayores que es mejor no mencionar para no crear envidia entre los varones, seguro que les encantaría gozar de estas prerrogativas.

En fin, si tuviera que mencionar todas las ventajas de ser mujer no acabaría esta columna. Son tantas (me dejo muchas más en el tintero) que no puedo por menos de calificar a las mujeres de egoístas por osar quejarse de una situación de privilegio que ya quisieran para sí todos los varones del planeta. Desalmadas.

¿Consulta previa o plebiscito sobre la Ley Trans? (3-12-2020)

La Ministra de Igualdad se ha mostrado muy ufana al declarar que la consulta pública previa a la elaboración de la llamada Ley Trans ha recibido 60.957 correos electrónicos, de los cuales 58.993 (96,7%) han sido de apoyo, 1.386 (2,27%) la han rechazado, y 578 (0,94%) han sido no válidos.

Me recuerda —aunque yo era una niña entonces— un Referéndum que se hizo en 1966 con la pregunta: ¿Aprueba el proyecto de Ley Orgánica del Estado? que por lo visto obtuvo el 95,06% de los votos, un 2,47% de negativos y un 2,98% en blanco. No hubo nulos. Yo no tenía edad para votar, pero me acuerdo de que el resultado provocó un revuelo considerable, pues la mayor parte de la gente no tenía ni idea de lo que se votaba.

Yo no tenía ni idea de que estuviéramos votando en un referéndum pues la consulta previa a la elaboración de un proyecto de ley indica que es para recoger **aportaciones o comentarios** sobre el proyecto, pero no para adherirse o rechazarlo. Habría que ver si los 60.957 correos electrónicos recibidos eran un simple mensaje de adhesión o un desarrollado pliego de consideraciones (yo misma envié 5 páginas, y me consta que algunas organizaciones han enviado más). La ministra no ha dado explicaciones sobre la naturaleza de esos correos electrónicos, ni sobre el contenido, ni si lo único que decían era Sí o No. Además, ¿con qué criterios se ha considerado que los correos electrónicos eran positivos, contrarios o no válidos? Se supone que lo que se pedía eran reflexiones o aportaciones razonadas, sobre los que es difícil determinar si son favorables o desfavorables.

Se me hace difícil entender cómo se puede presentar de esta manera, sin sonrojarse, algo que da vergüenza ajena: vanagloriarse de los abrumadores datos favorables como si de un plebiscito se tratase. Si es así, supongo que el Ministerio de Igualdad sabrá que el censo electoral en 2020 es de 34.791.379 personas según el INE, por lo que el porcentaje de participación en esa supuesta consulta es del 0,17% de los posibles electores.

Francamente, hay que reírse por no llorar. Pero aún más grave es que algunos diarios se hayan hecho eco de estos resultados acriticamente, sin ni siquiera considerar que no estamos en presencia de un referéndum, sino de una simple consulta previa a un proyecto de ley, cuyos mecanismos de parti-

cipación son desconocidos para la mayor parte de la población. Hay que estar muy interesados en estos temas para ponerse a escribir unas aportaciones razonadas sobre lo que implicaría una ley de la que, por otra parte, se han dado pocos detalles.

En fin, que un Ministerio de Igualdad al frente del cual hay una mujer que se autodenomina feminista y de izquierdas presente sin sonrojo unos datos sin especificar nada sobre la naturaleza de las aportaciones recibidas ni dar más detalles sobre esos supuestos correos electrónicos da mucha pena y mucho miedo.

Esta ministra está empeñada en sacar adelante esta ley, sea como sea, sin atender a las muy legítimas y razonadas objeciones que se están planteando desde diferentes colectivos y asociaciones, y para ello no tiene empacho en sacar a relucir unos datos que, presentados de la manera en que lo ha hecho, recuerda los gloriosos referéndums franquistas. Y los medios progresistas jaleándole detrás. Como la prensa del Movimiento. Vivir para ver.

Cambie de sexo o género con un clic (11-12-2020)

¿Está usted cansado de su género? ¿Le gustaría llamarse de otra manera? ¿Quiere que se dirijan a usted con un pronombre masculino, femenino o neutro? Ahora todo es posible con un simple Twitt. ¿Qué se llama usted Ellen y quiere cambiar a Elliot? Pues no tiene más que comunicarlo en las redes sociales y ya está. ¿Que triunfó usted como Conchita pero ya se ha cansado de llevar melena? Pues ahora me llamo Tom. ¿Que está aburrido de que usen el pronombre masculino para referirse a Sam? Pues ahora comunico *urbi et orbi* que me llamen Samantha.

Si es que el que se aburre consigo mismo y no cambia es porque no quiere. Ahora todo fluye, y si hoy me levanto con ganas de ir de hombre, pues me pongo corbata; pero si mañana me apetece ser mujer, pues me pongo tacones y ya está, porque por lo visto eso es lo que significa ser mujer y hombre hoy día. ¿Algún problema con que yo me sienta cada día de una manera diferente? No, hasta ahí no. Por mí como si se quieren sentir mochuelo (de hecho,

ya hay gente que dice que es *transespecie*, ¿también habrá que respetar esta identidad ¿no?). Allá cada cual con sus caprichos.

Ahora bien, imaginemos que Elliot, que antes era Ellen, comete un delito (aunque sea buena persona también se supone que podría delinquir): ¿deberá ir a la cárcel de hombres o de mujeres? ¿En cual se sentirá más segura, pese a considerarse caballero? Imaginemos que Elliot es un deportista de élite ¿deberá competir en la sección masculina o femenina? ¿Tendrá opciones de ganar en las carreras varoniles? Y, al contrario, imaginemos que Sam es un deportista pero se autoidentifica como Samantha y decide competir en las competiciones femeninas ¿Quién tendrá más posibilidades de ganar? Si Conchita tiene pene y una poblada barba, ¿deberá utilizar el vestuario femenino en el gimnasio? ¿Aspirará Elliot a mejor actor en los Óscar aunque tenga un aspecto femenil?

Ni Sam ni Conchita han tenido que cambiar su aspecto, ni hormonarse, ni presentar certificados ni pasar pruebas: simplemente dicen que ahora son un hombre o una mujer, respectivamente, y los demás tenemos que, en un acto de fe, aceptar su declaración y tratarlos como tales.

Estamos de acuerdo en que tienen todo el derecho del mundo a sentirse como quieran, pero estas personas que han encontrado su propio yo después de años de haber estado por lo visto viviendo la vida de otro, ¿Cómo tienen que constar en las estadísticas? ¿O no hace falta registro alguno? ¿O sumamos tantas categorías como personas existen? Como ven, el despropósito al que estamos asistiendo y que unas aplauden entusiasmadas y otras observamos atónitas es de dimensiones descomunales.

Que la gente cambie de género, fluya, pruebe, se disfrace, *performe* y experimente según sus sentimientos es asunto suyo. Que esos deseos se materialicen en leyes que regulan la convivencia entre las personas es asunto de todos. ¿Qué será lo próximo que se le ocurra a alguien con ganas de destacar? ¿Qué las criaturas se puedan casar a los 5 años? ¿Implantar embriones humanos en animales? ¿Instaurar el canibalismo? ¿La compraventa de esclavos? Si hay negocio en ello no duden que alguien lo apoyará. Y el resto a decir amén.

El negocio de la insatisfacción permanente (18-12-2020)

El negocio de la moda y la belleza se ha sostenido y se sostiene incentivando la insatisfacción de las mujeres. Primero se elabora una filosofía (sí, filosofía) sobre cuán importante es que las mujeres sean bellas. Hasta tal punto es importante que es una evidencia que la mayor parte del éxito femenino viene dado por su apariencia. Siendo guapa puedes salir de la pobreza: desde Cenicienta, pasando por todas las grandes heroínas de la literatura universal y el cine, el único valor supremo para las mujeres ha sido el de ser bellas según los cánones de cada época.

Provocando esta insatisfacción permanente se han forjado imperios de marcas de cosméticos, de ropa, de complementos, etc.; a este gran negocio que tiene esclavizada a la mitad de la población mundial (3.500 millones de mujeres son muchas mujeres) se ha añadido la industria de la cirugía estética, que continúa incentivando esta insatisfacción con el cuerpo femenino. Este sector vende la ilusión de que se puede modelar el cuerpo de manera inocua: aumentar o disminuir volumen aquí o allá, quitar arrugas, eliminar celulitis, estirar la piel, redondear los pómulos, perfilar los labios (¡ay, dios, esos labios hinchados que simulan carnosidad!).

Y cuando parecía que las posibilidades de provocar insatisfacción habían llegado a su límite, aparece milagrosamente y con una fuerza arrolladora un movimiento que incentiva las dudas sobre la propia identidad. Aquí tenemos un mercado potencial de 7.000 millones de personas. Vale que no todos los millones de seres humanos que poblamos este desdichado planeta están en disposición de tomar hormonas (bastante hacen con buscar la manera de comer algo cada día) pero basta que haya un sector económico que huela negocio para que se lance cual buitre carroñero a fomentar una teoría que puede reportar millones de clientes.

El sector de la moda y la belleza en perfecta alianza con la *teoría de la identidad de género* (véase la pretenciosa propuesta de Gucci en tediosa armonía con la perorata de una *filosofe muy reconocida*), va a conseguir convertir en permanentes insatisfechos no ya a las mujeres sino a toda la población.

Y el negocio va a ser redondo con el sector más vulnerable: las criaturas. Niños y niñas en formación; personas en desarrollo pasmados ante el mundo

que los adultos han diseñado para ellas; un mundo lleno de mandatos, órdenes, roles y modelos que tienen que ir asimilando, y que la nueva religión de la *identidad de género*, en perfecta confluencia con la moda, la belleza y la farmacopea, se va a encargar de potenciar.

#A las criaturas no se les toca, es el grito de guerra que algunas feministas hemos lanzado como advertencia ante esta ofensiva, advertencia que ya está siendo replicada incluso con humor en algunos [videoclips](#) a los que deseo mucho éxito. Algún día, cuando la racionalidad se restablezca (porque lo hará, estoy segura) habrá que pedir responsabilidades a tanto progresista que hoy se sube al carro del nuevo dogma sin apercibirse del daño irreparable que teorías disparatadas y absurdas van a provocar.

Todos somos no binarios (28-12-2020)

Empieza a ser frecuente que algunas personas se identifiquen como No Binarias cuando tienen que definirse como hombre o como mujer. Incluso ya hay formularios de entidades e incluso instituciones que lo contemplan como opción en las casillas donde hay que consignar el sexo (que ya no es sexo sino género).

Las personas que así se autodefinen tienen un sexo muy concreto. No hay ninguna ambigüedad en esto: tienen genitales de macho o de hembra. (Sí, ya sé que hay millones de intersexuales en los que no habíamos reparado hasta ahora, pero eso no elimina el binarismo sexual). Quizá haya también algunas personas con mezclas cromosómicas o gonadales de ambos sexos, pero no deja de ser una alteración en el desarrollo fetal, igual que lo sería que una persona naciera con seis dedos en cada mano, en lugar de cinco. En contra de quienes quieren demostrar que los sexos son múltiples —o incluso que es un continuum donde no se sabe dónde acaba un sexo y empieza el otro— la biología, tozuda, demuestra que la especie humana, como otras especies animales, está dividida en dos, pese a quien pese.

Por tanto, cuando alguien se declara No Binario, se supone que significa que no acaba de sentirse ni hombre ni mujer. Estamos hablando, por tanto,

del género, ese proceso social que se impone al sexo biológico, y que atribuye a las personas unas actitudes, características o valores masculinos o femeninos. Eso quiere decir que las instituciones o entidades que incluyen entre las opciones de clasificación el No Binario han abandonado el dato objetivo del sexo biológico y lo han sustituido por la denominada identidad de género, es decir, que aceptan que una persona pueda no sentirse ni hombre ni mujer.

Lo que nadie ha contestado todavía, pese a los muchos requerimientos que las feministas estamos formulando, es que se responda qué es sentirse hombre o mujer sin recurrir a la idea de los cerebros rosas y azules o al cuerpo equivocado. Porque los valores humanos no tienen sexo ni género, sino que son comunes a todos los individuos: por simplificar, ni ser valiente es una cualidad masculina, ni ser empática es femenina, y que solo la socialización impone que los hombres tengan que ser valientes y las mujeres empáticas. Todos compartimos características femeninas y masculinas al mismo tiempo. Ya lo dijo Virginia Woolf en *Una habitación propia*: «Es funesto ser uno hombre o una mujer a secas. Uno debe ser mujer con algo de hombre u hombre con algo de mujer» (Cap. 6).

Todos somos No Binarios por cuanto compartimos valores, capacidades, talentos y características humanas. Si hay diferencias entre hombres y mujeres no es porque nuestras mentes, atributos y sentires sean diferentes, sino por un sistema social que ha atribuido artificialmente a las mujeres unos valores y a los hombres otros, y los ha impuesto según el sexo (este sí, binario) con el que nacemos. Aceptar que haya personas No Binarias implica que haya otras Binarias, y representa dar carta de naturaleza al binarismo social por encima del binarismo sexual que es en definitiva la base material sobre la que se ha erigido aquel. Consagramos el género artificial, eliminamos el sexo biológico y abracadabra, todos somos personas en pie de igualdad.

Pues que lo sepan: optar por el género sentido como forma de clasificación humana equivale a aceptar la existencia de esencias innatas, cortocircuitar el feminismo y apostar por perpetuar la desigualdad.

Terfas a la hoguera (3-01-2021)

Ya casi nadie utiliza el término *feminazi* con el que la carcundia reaccionaria insultaba a las feministas. Ahora la manera moderna de elevarse moralmente sobre las feministas que se atreven —que nos atrevemos— a cuestionar la denominada *identidad de género* o que se muestran contrarias al aún más disparatado concepto de *autoidentificación de género es terfa*. Para resumir, las *terfas* son las feministas a las que se acusa de ser transfobas, y que es utilizado no solo por el transgenerismo, sino también por los reaccionarios de izquierda, e incluso por mujeres que se autodefinen como feministas. La primera *terfa* planetaria fue J.K.Rowling por atreverse a decir, ¡oh, sacrilegio! que para denominar a las personas menstruantes se solía utilizar la palabra mujeres. No contenta con el linchamiento mediático al que fue sometida esta escritora, la Gran Mayordoma del Patriarcado (minuto 32) vuelve a la carga acusando a la inventora de Harry Potter de haber utilizado su trauma sexual para perseguir a otros y cuestionar los derechos de las personas *trans*, cosa que J.K. Rowling no ha hecho.

Pero también en nuestro país hay ya una lista de *terfas* candidatas a arder en la pira: Lidia Falcón es la *terfa* mayor del reino, que incluso ha tenido que acudir al juzgado para defenderse de la acusación de delito de odio contra los *trans*. Siguiendo por el *ladrillo* que la COGAM, un colectivo LGTB+ de Madrid, ha otorgado a la escritora Lucía Extebarría por sus supuestas declaraciones transfobas, ante el regocijo de la ministra de Igualdad, Irene Montero, y otras representantes políticas del Instituto de las Mujeres.

Pero es que incluso desde un insignificante rincón de *El País* han otorgado el premio *Terfa* del año a una *twitera* anónima, una «presunta feminista de izquierdas» que nos reprochó que hablásemos de cruasanes en vez de comentar un caso útil pare reforzar ideas tansfóbicas» (Premios El Comidista 2020). Ignoro por qué el reproche de la *twitera* llegó al *Comidista*, porque la verdad es que debería haber llegado a la dirección de *El País*, que como todos los demás medios (que yo sepa) han mantenido un silencio sepulcral ante la primera demanda que una joven, Keira Bell, ha interpuesto y ganado contra el Servicio Nacional de Salud británico (NHS) y la Clínica Tavistock por haberla inducido a una transición de sexo cuando era adolescente sin haberla aconsejado o alertado suficientemente sobre las consecuencias. Informar de esto para algunos es reforzar ideas transfóbicas.

Pero la *twittera* tenía toda la razón del mundo. El silencio que están guardando todos los medios sobre el debate internacional que se está produciendo sobre el uso de bloqueadores de la pubertad, los procesos de transición exprés, la identidad o la autoidentificación de género es clamoroso, así como ante los problemas que se están generando, por ejemplo, en el deporte, donde varones autoidentificados como mujeres están desplazando a éstas y ganando competiciones.

Llegará un día en que la racionalidad se imponga, porque es imposible mantener indefinidamente realidades paralelas ficticias, y entonces habrá que estar del lado de las *terfas* porque son las únicas que se han atrevido a decir que el Emperador va desnudo.

El silencio de los carneros (9-01-2021)

Me he permitido tomar prestado el título de una famosa película con una pequeña modificación, pues los corderos de 1991 ya crecieron hasta convertirse en los poderosos moruecos de nuestros días. La semana pasada me refería al silencio clamoroso que todos los medios de comunicación están guardando sobre el debate internacional acerca de la desaparición paulatina del concepto de sexo como realidad material, su sustitución por género y sobre las consecuencias prácticas que se derivan de la tan aclamada *autoidentificación de género*, que muchos, sin tener ni idea de lo que representa, están potenciando.

Algunos listillos han reducido este debate a una disputa por el poder entre el Psoe y Unidas Podemos. Otros ni siquiera eso, se han limitado a ignorar, cuando no a menospreciar las justas y legítimas críticas que las feministas están haciendo al cambio conceptual que está ocurriendo en muchos países con la proliferación de géneros, la plasmación de esto en leyes (en España concretamente con el proyecto de Ley Trans) y la neolengua que se está implantando en muchos ámbitos.

Sin embargo, hay numerosos grupos de feministas unidas en torno a la WID (Women's International Declaration) firmada por 284 asociaciones en más de 124 países y un total de 16.000 firmas individuales. Estos grupos de

feministas, y muchos otros, defienden la realidad material de sexo como base de la desigualdad, y se posicionan contra la sustitución paulatina de sexo por género, así como contra las leyes que pretenden dar carta de naturaleza al *género sentido*, es decir, a que cada uno se auto identifique como hombre o mujer a voluntad, sin más requisito probatorio que su palabra. La empanada mental que este cambio está produciendo en muchas personas es de antología.

Me gustaría saber por qué los medios están desdeñando este debate y escatimando información sobre un tema que ya está afectando a nuestra vida: en numerosos textos se está usando una neolengua incomprensible encaminada a evitar utilizar la palabra «mujeres». El 14 de febrero habrá elecciones en Cataluña, y más adelante en España. Muchas queremos saber lo que piensan los partidos sobre todas estas cuestiones. ¿Están de acuerdo con que se utilice «personas embarazadas», «cuerpos gestantes», «portadoras de vagina», «propietarias de útero» «gente que menstrúa», «personas con cervix» entre otros muchos eufemismos que ya se están leyendo en noticias, en prospectos de medicinas, en edictos, en artículos o anuncios comerciales?

Quiero saber lo que piensan los políticos sobre que cada uno cambie su sexo registral con su sola palabra; si están de acuerdo con iniciar procesos de bloqueo de la pubertad en menores sin el consentimiento de sus padres, sobre que los docentes estén atentos a detectar entre su alumnado posibles menores *trans*, sobre que haya que dirigirse a una persona que nació varón, que mantiene su aspecto de varón, e incluso tiene hijos como varón pero a la que haya que considerarla mujer a todos los efectos (incluidas las estadísticas) y que pueda utilizar los espacios reservados a las mujeres, como baños, vestuarios, saunas, etc. ¿Les parece un tema intrascendente? ¿Por qué nadie habla de esto? ¿Por miedo? ¿Por desconocimiento?

Quiero saber también lo que piensan hacer respecto a la pornografía, la prostitución y los vientres de alquiler. Quiero saber si siguen creyendo que la violencia de género ha de proteger a las mujeres y si en mujeres entra todo aquel que declare *sentirse* como tal. Muchas feministas queremos que los medios aborden estos temas, que los partidos políticos se pronuncien, y que la sociedad en su conjunto debata y sepa lo que muchos prefieren ignorar. Basta ya de ningunear preocupaciones legítimas que perjudican sobre todo a las mujeres y niñas. Queremos que los carneros hablen para saber a qué atenernos a la hora de votar.

El silencio de la Universidad (17-01-2021)

La semana pasada me refería al silencio que sobre algunos temas que están generando debate en las redes sociales (y por tanto en la sociedad) están manteniendo tanto los medios de comunicación como los partidos políticos. Temas como las consecuencias de la auto determinación de género, los bloqueadores de la pubertad, los vientres de alquiler, la pornografía, la prostitución y tantos otros que hoy más que nunca preocupan al movimiento feminista, o al menos a un sector, y a no pocas mujeres que quizá no se definen como tal.

El silencio no es menor en la Academia, que parece haber aceptado sin apenas oposición crítica planteamientos y postulados cuando menos cuestionables. Varias mujeres relacionadas con la Universidad me han escrito mostrando cierta preocupación por este silencio y esta aparente unanimidad respecto a planteamientos teóricos sobre los que ni de lejos hay consenso entre las estudiosas. Pareciera que de pronto todo el mundo está de acuerdo en aceptar que la *identidad de género* es incuestionable y que ya está todo dicho sobre este tema.

Me comentan que en las encuestas que se están haciendo en alguna Unidad de Igualdad se propone como identificación: 1. Sexo al nacer: Hombre, mujer o *intersex*.; 2. Género actual: Mujer, Hombre, No Binario, *Queer* u Otro. Como se puede comprobar de entrada, se parte ya de una mezcla entre sexo y género que hará absolutamente imposible una interpretación coherente.

Para empezar, añadir *intesex* como sexo al nacer es considerar que la intersexualidad ya es un tercer sexo equiparable a macho/hembra, cuando en realidad es una alteración en la formación genética, que además tiene una pequeñísima prevalencia, pese a los muy abultados porcentajes que algunos esgrimen para impresionar al personal. Esperar que una criatura nazca como intersexual es lo mismo que esperar que nazca con cualquier otra alteración genética. Es como si ya esperásemos que se puede nacer con 47 cromosomas en lugar de 46. Es posible, claro, pero no lo consignamos en los formularios oficiales ni lo anticipamos como posibilidad.

Pero es que el tema se complica al solicitar el Género actual, como si ese cambio fuese una variable cotidiana digna de destacar. En las estadísticas

oficiales se consigna el sexo y de esta manera vemos que el porcentaje de catedráticas en España, por ejemplo, es de un 23%, mientras que los catedráticos son un 77%. ¿Cómo se podría establecer esta desigualdad si medimos según el género sentido? ¿Cuántos gráficos habría que hacer para cada categoría? Si a un porcentaje de catedráticos les da por auto determinarse como mujeres (o viceversa) ¿Cómo se contabilizará?

Pasar de un dato objetivo como es el Sexo a un dato subjetivo como sería la expresión de Género que cada cual quiera adoptar introduciría una gran distorsión en el conocimiento de la realidad. Para empezar, sería imposible medir la desigualdad entre hombres y mujeres, que es lo que pretenden, en el caso concreto de la Universidad, las Unidades de Igualdad. Pero este hecho es extrapolable a cualquier otra entidad o institución que desee medir los índices de desigualdad entre sexos (que no entre géneros). ¿Ha asumido la Universidad que el sexo es irrelevante como categoría de clasificación humana? ¿Queremos analizar la realidad mediante datos objetivables o mediante una ficción? ¿Cómo vamos a constar en las estadísticas, como hombres, mujeres, *intersex*, *queer*, no binario, *genderfluid* y toda la ristra de disparates que una secta de lunáticos quiera imponer?

Pero todo esto permanece en el más absoluto silencio, abducidos todos por el nuevo dogma de fe que elimina el sexo como realidad material ¿No hay nadie en la Academia que cuestione esta barbaridad? ¿No se habla porque no se quiere? ¿Porque no se sabe? ¿Porque no se tienen argumentos para contrarrestar? ¿Por miedo? ¿A quién o a qué?

Me llamo Juan y soy un hombre (24-01-2021)

Pues sí, yo igual que la periodista Georgina Kellerman, que a los 61 años ha declarado que en realidad es una mujer, también he decidido salir del armario: lo confieso, dentro de mi cuerpo había un hombre agazapado. Lo que pasa es que lo he disimulado muy bien, no sé por qué, porque si hubiese salido a la luz antes igual me habría beneficiado de los privilegios que como hombre me correspondían. Por ejemplo, la Sra. Kellerman ha sido una famosa periodista que, como se hacía pasar por hombre, ganaba más que sus compañeras

(se sabe que la brecha salarial existe en todo el mundo, incluida Alemania, donde con un 21% es de las más altas de Europa). Pues bien, nuestra afamada periodista no renunció a ese 21% que ganaba de más por «aparentar» ser un hombre, aunque ella en su interior se sintiera mujer.

Tampoco se nos dice en las entrevistas que ha concedido (entre ellas a El País) si sufrió mucho acoso sexual en el desempeño de su trabajo, ni si los hombres con los que se codeaba le metían mano, o si sus jefes la ninguneaban, ni si sintió miedo de ir sola por la noche en cualquier lugar del mundo en los que trabajó. Seguramente tampoco se tuvo que poner el *burka*, el *niqab* o el *hijab* si visitó algunos países donde las mujeres tienen que cubrirse por obligación. Tener el aspecto de un hombre alto y fornido, ir vestido con traje y chaqueta la verdad es que da mucha seguridad para ir por la vida. Seguramente la Sra. Kellerman iría aterrada si salía de noche por miedo a ser agredida sexualmente, pero mira qué bien, nadie se daba cuenta de que era una mujer. Es lo que tiene que ser mujer sea un sentimiento sin relación con el cuerpo material, que solo lo sabes tu mientras no lo comuniques a los demás.

Yo me pregunto qué experiencia real de mujer ha tenido la Sra. Kellerman antes de haberse puesto vestidos y manoleínas, porque parece ser que toda su experiencia ha sido interna, es decir, de puertas adentro. De puertas afuera era un perfecto *gentleman*. Pero es que ahora que se ha declarado mujer sigue estando al mando de 120 personas, su cadena de televisión la ha felicitado por su valentía y no va a sufrir ninguna desventaja, al contrario, ser mujer incluye poder hablar de ropa interior sin miedo a perder la credibilidad. Todo lo que ha tenido que hacer para ser mujer es pintarse los labios, ponerse falda, zapatos de tacón y un collar. ¿Por qué no se vistió de mujer mientras era hombre? ¿Hay alguna ley que lo impida? Ah, claro, tenía miedo de que se rieran de ella. Pobre, vivir 60 años atrapada en un cuerpo de hombre debe ser terrible ¿cómo pudo soportarlo dada su sensibilidad de mujer?

Por eso yo he decidido seguir su ejemplo. Al declararme hombre a partir de ahora, no solo exijo que me paguen acorde a mi nueva identidad de género, sino que reclamo mi derecho a tener la cátedra que me corresponde (en mi Universidad las mujeres catedráticas son el 25%, mientras que los hombres ocupan el 75%). Como no hace falta iniciar ningún proceso ni cambio físico, sino que basta con la mera declaración personal, y además las mujeres hace mucho tiempo que llevamos pantalones y si se terciá corbata, a partir de

ahora quiero disfrutar de los privilegios que la sociedad me ha negado por aparentar ser una mujer cuando en realidad soy un hombre.

¿Podré salir por la noche, a cualquier hora, por cualquier lugar, sin miedo a que me agredan? ¿Si viajo a países islámicos, podré ir descubierta y confraternizar con los demás hombres a cara descubierta? ¿Tendré mi pensión revalorizada acorde con mi nueva condición? Estoy ejerciendo el derecho a la libre autodeterminación de género. ¿Hay alguien que se atreva a cuestionar mi sentimiento? Les recuerdo que existe el delito de odio por si alguien osa poner en duda la sinceridad de mi decisión.

Si perjudica a las mujeres no es feminismo (29-01-2021)

Tenía que llegar este momento. Cuando un movimiento adquiere las dimensiones del movimiento feminista y es capaz de sacar a la calle a millones de mujeres, es normal que todo el mundo quiera subirse al carro. Hemos pasado de un momento en que ser feminista era algo despectivo (las que llevamos 40 años militando lo sabemos bien: éramos feas, machorras, mal folladas, odiábamos a los hombres, etc.) a una etiqueta de la que se quieren aprovechar hasta los bancos o las multinacionales, por no hablar de los partidos políticos, entidades, gobiernos, instituciones, sindicatos, iglesias, mezquitas, asociaciones de vecinos, mercados de mayoristas, etc. Todo es feminismo hoy día y todos quieren apropiarse del término. Y ahora para desprestigiar a las feministas clásicas nos llaman viejas, solas y amargadas, pero también burguesas y privilegiadas. No ha cambiado mucho la cosa que digamos.

El feminismo es el cajón de sastre donde por lo visto cabe todo: se tiene que hacer cargo de todas las luchas, de todas las reivindicaciones, de todas las demandas de cualquier colectivo, porque si no, rápidamente se lo acusa de excluyente, la palabra mágica que sirve para acallar la exigencia de una agenda propia. Oiga, es que ustedes no aceptan a las prostitutas, sois excluyentes. Oiga, es que ustedes no aceptan a las mujeres *trans*, sois excluyentes; oiga, es que ustedes no aceptan a los animalistas, sois excluyentes; oiga, es que ustedes no aceptan a las monjas, sois excluyentes. Oiga, es que ustedes no aceptan a las marcianas, sois excluyentes.

Si el feminismo no está dispuesto a acoger en su seno cualquier reivindicación de cualquier colectivo, de cualquier tipo, de cualquier ámbito, de cualquier color, de cualquier minoría, es que es excluyente. Y claro, las mujeres, educadas para ser complacientes con los demás, para vivir para los demás, para ser aceptadas por los demás, a la que oyen la palabra *Excluyente* se echan a temblar: se activa el sentimiento de culpa judeocristiano que todas llevamos dentro. No por dios, nosotras no excluimos a nadie, estamos abiertas 24 horas, somos las hermanitas de la caridad, acogemos a todos los descarriados; somos tan buenas y tan misericordiosas que estamos dispuestas a renunciar a nuestros propios objetivos para priorizar los de cualquier minoría marginada.

Esta estrategia se llama chantaje emocional, y persigue neutralizar los avances del feminismo a nivel planetario y que se desista de continuar la lucha. Y así, señoras y señores, hemos llegado a la situación actual, en la que las feministas de toda la vida somos acosadas, hostigadas, señaladas, descalificadas, estigmatizadas por excluyentes si levantamos la voz para decir: no, miren es que el feminismo no es ir de Teresa de Calcuta. El feminismo es el movimiento social y político que defiende los derechos de las mujeres en todo el mundo.

No los de una, ni los de dos, ni los de mil. Defiende los derechos de las mujeres de todo el mundo. Defiende el que sean reconocidas como sujetos de pleno derecho en todos los países del planeta: que no sean vendidas, ni compradas, ni mutiladas, ni prostituidas, ni sometidas, ni casadas, ni acosadas, ni lapidadas, ni quemadas, ni violadas, ni asesinadas. Que no sean consideradas ciudadanas de segunda, y que para ello se arbitren las políticas necesarias que eliminen la desigualdad entre los sexos. Cada país con su propia agenda, con sus propios objetivos, pero con una filosofía común.

Eso, señoras y señores, es el feminismo. Inventen nuevos nombres, inicien nuevos movimientos que hay sitio para todos. Pero no nos vengán con milongas de inclusividad. Y si no hagan la prueba del algodón: cualquier ideología, práctica, creencia, tradición, costumbre, ley o política que perjudique a las mujeres en su conjunto no es feminismo. Llámenlo como quieran, pero si perjudica a las mujeres no puede ser feminismo.

No votaré misoginia (5-02-2021)

Ni el 14 de febrero ni en el futuro. Soy feminista desde que tengo uso de razón, incluso antes de que supiera ni siquiera lo que significaba. No he militado nunca en ningún partido político. Siempre he sido una *outsider*, una advenediza, una *mindundi*, una hija de campesinos andaluces que con su tesón y un poco de suerte ha conseguido alcanzar una posición desahogada. No siempre fue así.

Mi análisis de la realidad, por tanto, siempre es desde la perspectiva de hija de la clase obrera y feminista. He intentado ser consecuente con mi filosofía de vida, y por eso hoy día levanto la voz, y como dice el *hashtag* que circula por Twitter, #YoNoMcCallo.

Algunos partidos creen que hablando en femenino (el todas o aún peor, *todas*) o incluso cambiar el nombre (Unidas Podemos) ya es adoptar una postura feminista. Otros piensan que porque pongan a una mujer de cabeza de lista las mujeres vamos a votar en masa sus candidaturas. Soy la primera que ha defendido el derecho inalienable de cualquier mujer a ocupar los espacios políticos, económicos, deportivos, culturales, sociales, etc. que puedan, quieran o las dejen. Pero eso no las convierte en feministas. Desde Margaret Thatcher, pasando por Angela Merkel o Kamila Harris, muchas líderes han desarrollado políticas contrarias a los intereses y derechos de las mujeres. Algunas incluso con tanto ahínco que para congraciarse con los varones llegan a defender los más rancios y misóginos postulados de la historia de la humanidad. Como los que voy a citar a continuación.

No votaré a aquellos que defiendan la prostitución como un trabajo y aduzcan que hay que legalizarla mientras exista el patriarcado, como si este fuese a desaparecer chascando los dedos, como en los anuncios de Paco Rabanne. Si no se hace una ley abolicionista, campañas de concienciación, educación escolar, se deje de edulcorar la prostitución en cine y series, etc. evidentemente no va a dejar de existir. Hace falta adoptar iniciativas e implementar políticas.

No voy a votar a quienes consideren la pornografía como empoderante, una industria basada en la humillación y casi tortura de las actrices. Hay quien defiende una pornografía feminista, pero por lo que sé esta no da de

comer a nadie, mientras que la mayoría de producciones *mainstream* presenta un alto grado de violencia, además de una visión distorsionada de lo que es la sexualidad.

No voy a votar a quienes se planteen el *alquiler de vientres* o compra de bebés como una actividad altruista y libre. La explotación de la capacidad reproductiva de las mujeres pobres es la última frontera que ninguna feminista debería cruzar jamás. Como en el caso de la prostitución, ya hay quien la defiende como una estrategia de supervivencia. También el tráfico de drogas o la venta de órganos podría ser estrategia de supervivencia, y no se alienta a nadie a que se haga traficante o venda su riñón.

Y no voy a votar a quienes apoyen la autodeterminación de sexo sin ningún requisito probatorio, convirtiendo a mujeres en hombres o a hombres en mujeres con la mera expresión del deseo individual. Esto, que se presenta como lo más subversivo y transgresor, no va a lograr desestabilizar el sistema ni un milímetro, porque al capitalismo le da igual cómo te sientas, con tal de que produzcas y consumas, y en cambio distorsionará las estadísticas, hará imposible interpretar la desigualdad entre sexos, y en definitiva perjudicará a las mujeres y criaturas de muchas formas, como ya se está viendo en otros países que la han introducido (deportes, espacios, cárceles, cuotas, mutilación corporal etc.)

Por todo ello, no voy a votar misoginia. Con lo que muy probablemente no tenga ningún partido al que votar. No soy la única que piensa así. Somos muchas, y creo que si ningún partido manifiesta explícitamente estar contra estos cuatro temas más de uno lo va a la lamentar.

Le ley Trans se inspira en La vida de Brian (12-02-2021)

Nunca los Monty Python fueron tan clarividentes como en la escena de *La vida de Brian* en la que Stan declara que quiere ser mujer porque quiere tener hijos. Aunque los demás le hacen ver que no puede parir, Stan (ahora Loretta) insiste en que es su derecho como hombre, y sus amigos acuerdan defender este derecho imposible como símbolo de la lucha contra la opresión. Pues

bien, eso mismo está ocurriendo en todo el mundo, en cierto sentido, y en España concretamente, con el tema de la mal llamada *Ley Trans*.

Yo no soy jurista, pero el sentido común me dice que si se universaliza un derecho lo es para toda la población. Según el artículo 9.1 del Proyecto de *Ley Trans*: «Toda persona de nacionalidad española, mayor de 16 años, y con capacidad suficiente, podrá solicitar por sí misma la rectificación de la mención registral del sexo». ¿Dónde se menciona que este derecho sea exclusivo de las personas *trans*? ¿O se presupone que solo las personas *trans* se acogerán a él? ¿Por qué? Muchos dirán: porque nadie cambiará su sexo registral solo por capricho. Por capricho puede que no, pero si cambiando el sexo se puede tener algún beneficio colateral ¿qué impide a cualquier persona hacer un trámite tan sencillo como ir al Registro Civil y decir que quiere cambiar su sexo? Máxime cuando el proyecto de ley dice, artículo 5.1 «toda persona tiene derecho al reconocimiento de su identidad de género libremente manifestada sin la necesidad de prueba médica o psicológica», y el artículo 12.2 añade: «El ejercicio de este derecho en ningún caso podrá estar condicionado a la previa exhibición de informe médico o psicológico alguno, ni a la previa modificación de la apariencia o función corporal de la persona a través de procedimientos médicos o quirúrgicos o de otra índole». Par rizar el rizo, según se recoge en la Exposición de Motivos IV, «como novedad ya no se exige que la rectificación de la mención registral del sexo se acompañe de un cambio de nombre».

¿Cómo se diferenciarán las personas *trans* genuinas de las oportunistas si previamente no hay que demostrar que se es *trans*? Manolo (por ejemplo), podrá seguir llamándose Manolo, tener sus características físicas varoniles, sus genitales de varón, pero podrá tener sus documentos donde figure que es mujer. ¿Qué pasará con Manolo cuando viaje a un país islámico con sus documentos de mujer? ¿Tendrá que ponerse velo, o allí ejercerá de hombre? ¿Quién le impedirá a Manolo entrar en los espacios femeninos, baños, saunas, vestidores, competir en deportes femeninos, ocupar cuotas reservadas a mujeres, lugares de representación, pasar pruebas con baremos diferenciados por sexo, etc.? Los redactores de la ley parece que son aficionados al cine, incluidos los hermanos Marx.

La *Ley Loretta* es un despropósito de principio a fin. Y lo es porque no es una ley para resolver los problemas de las personas transexuales, sino porque

es un proyecto que se basa en el concepto de autodeterminación de género que, para más inri, ni siquiera define. En ninguna parte del proyecto se define ni sexo ni género, ni transexualidad. Hacerlo hubiera supuesto un esfuerzo intelectual y unos conocimientos teóricos muy superiores a las capacidades mostradas por las personas que han redactado la ley. Solo hay que ver la superficialidad e infantilismo del Artículo 4 dedicado a *Definiciones*, que parece redactado por alumnos de primaria: en apenas 10 líneas se define identidad de género o sexual, persona *trans*, expresión de género o transfobia. Mis alumnos me hacen esto y los suspendo.

El redactado del proyecto de ley presupone que el género es una esencia innata, una emanación o energía interior que emerge en un cuerpo equivocado (de ahí que hablen de menores *trans*), una falacia que incluso Mermaids y Chrysalis han borrado de sus páginas web.

Que el malestar que algunas personas experimentan respecto a su cuerpo provenga de tener que ajustarse a unos patrones sociales rígidamente establecidos (eso es el género), que la identidad es un proceso que tiene lugar siempre en interacción con el entorno y los demás, o que lo que haya que cambiar sean los estereotipos impuestos a los cuerpos sexuados, de eso no hay ni rastro en el proyecto de ley. Como es tan difícil cambiar la sociedad, convirtamos en identidad lo que no es más que imposición patriarcal. Vamos a dedicarnos a *performar* el género y a hacer parodias, que es justo lo que propone la gran sacerdotisa Judith Butler. Y a eso lo llamamos autodeterminación de género, y además somos tan modernos que va a tener efecto legal.

Que hagan una ley para resolver los problemas de discriminación que sufren las personas transexuales, si hace falta, pero que no nos vendan la moto de que cada uno puede elegir el sexo o el género que quiera como si se tratase de la oferta de un centro comercial.

Furor *trans* (19-02-2021)

Es de admirar que en tan poco tiempo (hace 5 años apenas se hablaba del tema) tanta gente acepte como la cosa más normal del mundo que las perso-

nas puedan decidir ser hombre o mujer por su mera voluntad, al margen del sexo biológico que se tenga. Que esto lo defienda la generación más joven, vehemente, como suele ser la juventud, idealista, y por qué no, un poco ingenua, lo puedo entender. ¿Quiénes somos nosotros para decirle a nadie lo que tiene que sentir? Se preguntan. Nadie, no somos nadie, y hasta ahí todos de acuerdo.

Más me cuesta entender que medios de comunicación, instituciones, entidades, partidos, asociaciones, comentaristas, etc. tan conservadores y convencionales en otros temas muestren tal furor en la defensa de la libre autodeterminación de sexo, bombardeo que nos llega por tierra, mar y aire. Me admira que personas que entenderían que para hacer cualquier petición o solicitud, trámite o gestión tengamos que presentar multitud de papeles y pruebas, desde pedir una hipoteca, a solicitar una beca, un reconocimiento de discapacidad, renovar el carnet de conducir, acceder a una nacionalidad, votar en unas elecciones, en fin, para cualquier trámite administrativo se vea razonable que haya que presentar documentos acreditativos, y que en cambio se considere normal que se pueda ir al Registro Civil a cambiar de sexo con la sola palabra de la persona interesada. Como diría *Tirant lo Blanc* es cosa digna de admirar.

¿Tan irrelevante cree la gente que es el sexo como para cambiarlo a voluntad? Si aparte de pretender ser más papistas que el Papa leyeran, miraran un poco más allá de su ombligo, y se documentaran sobre lo que está ocurriendo en otros países, quizá, solo quizá, se darían cuenta de las consecuencias nada deseables que esta defensa acérrima del sentimiento interior llevado a la legislación puede tener no solo para las mujeres, sino especialmente para la infancia e incluso para las propias personas transexuales.

Quizá se dieran cuenta de que esta actitud tan laxa, tan comprensiva y empática sobre la autodeterminación de sexo es resignificar lo que es ser hombre y mujer, al menos tal y como lo hemos conocido durante al menos 3.000 años de historia. Ser hombre o mujer ha comportado una experiencia de vida diferenciada, en la que el cuerpo sexuado ha sido la base material que ha constreñido y limitado las posibilidades de realización de las mujeres a la vez que ha potenciado las de los hombres. Toda esta experiencia diferenciada parece que se disipa como por ensalmo con solo alterar un dato en el Registro Civil.

Por otra parte, si el sexo no importa a la hora de ser hombre o mujer ¿qué necesidad hay de seguir registrando este dato al nacer? ¿Por qué no registrar los géneros? desde el no binario, pasando por el gender-fluid, transgénero, transexual, andrógino, gendercuir, neutrois, pangénero, etc. Remito a la muy científica Tinder para un listado completo. Si se puede ser hombre o mujer a voluntad (o simplemente individuos, porque los conceptos hombre o mujer dejan de tener sentido) todas estas personas tan comprensivas con la autodeterminación de sexo se supone que aceptarán que los deportes pasen a ser mixtos en todas sus modalidades, sin atender a edad, peso, sexo u otras características; que las enfermedades se traten sin diferenciar, sabiendo como se sabe que se manifiestan de forma diferente en los cuerpos sexuados; que las estadísticas no se desagreguen por sexos; que las cuotas o cupos para equilibrar la desigualdad desaparezcan o puedan ser ocupadas por cualquiera y otras muchas consecuencias en las que parecen no reparar todos estos valedores de la autodeterminación. Esto está pasando ya en algunos países, y puede ser observado por cualquiera que no tenga una venda en los ojos o no siga a pies juntillas la nueva religión.

En definitiva, todos seremos personas indiferenciadas. El ser humano no tendrá más que una versión —no es casualidad que recuerde la imagen neutra sin rostro ni sexo del filonazi Martin Heidegger— y, como ha ocurrido a lo largo de la historia de la humanidad, esta encarnación será a imagen y semejanza del varón. Como estableciera Protágoras, el hombre vuelve a ser la medida de todas las cosas 3.500 años después. Vamos bien.

Desactivar el feminismo, la tormenta perfecta (26-02-2021)

Que se celebre como una victoria que en el Reino Unido hayan rectificado y en lugar de «persona gestante» aparezca la palabra madre; que en el Congreso de Estados Unidos se hayan suprimido madre, padre, hijo, hija, y toda palabra relacionada con el parentesco por considerar que no es lenguaje inclusivo; que Izquierda Unida haya elaborado un texto donde defiende con ahínco que el sexo no es binario, sino una combinación aleatoria de genitalidad, cromos-

somas, hormonas, etc. no puede ser resultado sino del más eficaz lavado de cerebro llevado a cabo a nivel internacional.

No creo en teorías de la conspiración, porque nunca se pueden demostrar; pero este caso no es una labor conspirativa, sino que se puede seguir el rastro de la mayor operación llevada a cabo en la historia para desactivar el feminismo, único movimiento que empezaba a desestabilizar el sistema patriarcal. La operación se inicia hacia el 2006 con los llamados Principios de Yogyakarta, una reunión a título privado que da como resultado un documento donde se define por primera vez (que yo sepa) el concepto de identidad de género.

La estrategia utilizada para expandir la operación es lo que se conoce como ventana de Overton (gracias, Amelia Valcárcel por haberme descubierto el concepto). Esta estrategia de comunicación política hace aceptable lo impensable o inaceptable. No puedo desarrollar más la idea por falta de espacio. La ventana de Overton para desactivar el feminismo ha tomado como objetivo redefinir lo que es ser mujer, para que más allá de la realidad material del cuerpo sexuado se convierta en un sentimiento interior, y se ha valido de la experiencia que denominaremos *trans*. La operación ha necesitado de tres coartadas: la coartada intelectual, la emocional y la comunicativa.

La coartada intelectual conecta con las ideas de Judith Butler y sus exégetas según las cuales el sexo es un constructo social, igual que el género. Teoría audaz, arriesgada, oscura, envuelta en un lenguaje conceptual difícil de entender y por consiguiente de contrarrestar. La Academia queda deslumbrada y eleva a los altares a esta pensadora. Cualquiera que ose cuestionarla no puede quedar sino como una palurda. Y si como docente disientes eres una proscrita, y entras en la lista de las despreciadas *Terfas*.

Pero hay que llegar a la sociedad en su conjunto, y aquí la estrategia utilizada es la emocional y se basa en dos ideas: apelar a los derechos humanos y al odio. ¿Quién va a ser tan desalmado que se oponga a los derechos humanos de las personas *trans*? Se remite a la sentimentalidad: el índice de suicidios, la extrema vulnerabilidad, la condición de ser el colectivo más discriminado entre los discriminados. Cualquier cuestionamiento de esta idea es tildado de discurso de odio. La espiral del silencio, teoría que desarrolló Elisabeth Noelle-Neumann, impone el temor a discrepar. Crece un miedo cerval a ser tildada de *tránsfoba*.

Y por último la estrategia comunicativa llevada a cabo por los medios de comunicación, sin la cual no se puede extender y popularizar la operación que se desee llevar a cabo. Los medios eligen de qué hablan, cómo y cuándo. Presentan el hecho *trans* como algo glamuroso (modelos, atletas, actrices, etc.) al tiempo que se incide en la compasión presentando criaturas que en algún caso pueden actuar como verdaderos filósofos, como aquella de 3 años que se preguntaba quien se había equivocado, si dios, la naturaleza o la sociedad. La idea resumida sería: quién es nadie para cuestionar la identidad de nadie. Ni jueces, ni médicos ni psicólogos tienen que acreditar que alguien es lo que dice ser. Así que si alguien dice que es mujer es mujer. De la misma manera, también deberíamos aceptar que quien dice ser caballo es un equino (véase el documental *Horse Being*), o el hombre de 52 años que se convierte en una niña de 6. El delirio podría continuar hasta el infinito.

ILGA, la asociación que agrupa al colectivo LGTBI y defiende los derechos de las personas trans —cosa que por otra parte nadie discute— alerta de que en España se están poniendo trabas a la autodeterminación de género, al tiempo que resalta que se va a quedar *desfasada* respecto a los avanzados países europeos, otra vuelta de tuerca en la estrategia emocional de esta operación internacional. Ladran, luego cabalgamos.

Las feministas, tanto las «viejas desactualizadas» —otra manera de desacreditar a las mayores— como las más jóvenes, estamos perdiendo el miedo y hemos dicho basta. Vemos el profundo sexismo que se oculta en esta operación que trata de desactivar una lucha que tiene tres siglos de historia. Las feministas viejas o jóvenes somos las Asterix que resisten ante este lavado de cerebro, y como bebimos de la marmita del feminismo por mucho que lo intenten no nos van a doblegar.

Reivindiquemos la opresión (5-03-2021)

Nunca había visto a tantas personas luchando a brazo partido por causas que las feministas habíamos considerado opresivas desde tiempo inmemorial. Pero parece ser que reclamar la opresión es visto ahora como algo positivo, algo progresista y *empoderante*. Y no me refiero a las personas afectadas direc-

tamente por estas causas, cosa que sería de entender. No. Se trata de personas que en principio no están afectadas por el tema, pero que han asumido la causa ajena casi como una cruzada personal.

Por ejemplo, personas que en su vida han tenido que llevar velo ahora se rasgan las vestiduras defendiendo que las mujeres vistan el *hijab*, el *chador*, el *niqab* o incluso el *burka*. Hay mujeres musulmanas que denuncian sistemáticamente la opresión que representa la obligatoriedad de tener que cubrirse hasta casi desaparecer bajo los ropajes, pero para las adalides de esta causa no hay razones suficientes, y si las mujeres «lo eligen», hay que respetar su decisión porque esa es su identidad.

De la misma manera, otras que nunca han tenido que verse en una carretera o en una sala de alterne o en un prostíbulo defienden con uñas y dientes el derecho de las mujeres a lo que llaman «el trabajo sexual», sin atender a más consideraciones sobre lo que representa la existencia de tal actividad, ni reflexionar sobre las causas profundas —y pocas veces voluntarias— que llevan a muchas mujeres a acabar ejerciendo la prostitución. Profesoras, estudiantes, intelectuales que reivindican con ardor que la libre elección es un valor supremo que hay que respetar, y no hay más que hablar.

Y qué decir de todas aquellas que han asumido la defensa a ultranza de la identidad de género como si les fuera la vida en ello. Aferradas al aspecto sentimental y emotivo del tema —ya saben, los derechos humanos, la extrema vulnerabilidad, el sufrimiento, los suicidios, etc.— no están dispuestas a considerar ningún argumento racional sobre el género como un corsé, como un mecanismo de coerción que se ha impuesto sobre los cuerpos sexuados.

De pronto ha salido legión de defensoras dispuestas a reforzar la existencia de cerebros rosas y azules, cuerpos equivocados, cosas femeninas y masculinas, actividades de niños y de niñas, y sin la menor reflexión sobre las múltiples presiones que esta sociedad ejerce sobre los individuos —sobre la belleza, el envejecimiento, la gordura, la salud, los patrones sociales, etc.— defienden a capa y espada la decisión de proporcionar a los menores bloqueadores de la pubertad, hormonación cruzada o si llega el caso mutilación de cuerpos perfectamente sanos. Y todo esto sin contemplar la posibilidad de que quizá, solo quizá, los malestares que casi todas las personas experimentamos con nuestros cuerpos sean inducidos por intereses económicos cuyo rastro podemos seguir a poco que nos empeñemos.

Pero nada, todas aquellas que osamos desafiar estas convicciones, o nos atrevemos a cuestionar estos dogmas nos convertimos en personas despreciables e insensibles, cuando no señoras burguesas blancas europeas colonialistas que rechazamos la diversidad cultural, que odiamos a las prostitutas o que incitamos a los jóvenes *trans* al suicidio.

Pues nada, sigan reivindicando la opresión, y aquí dejo unas cuantas causas que espero que acojan con el mismo fervor: el derecho de pernada, los crímenes de honor y la lapidación.

No se puede (12-03-2021)

Hay cosas que sí se puede, y otras que no. No se puede sostener que la tierra es plana, pues aunque ya los griegos y los romanos lo sabían, Magallanes circunnavegó la tierra entre 1519 y 1522, y la esfera terrestre fue retratada por el Apolo 17 en 1972.

No se puede volver a un momento antes de 1550 en que Miguel Servet hizo sus descubrimientos sobre la circulación pulmonar de la sangre, en contra de lo que la medicina opinaba en su época. Sus descubrimientos, más su postura contraria a la iglesia, lo condujeron a la hoguera en 1553.

No se puede volver a un momento anterior a 1633 en el que Galileo Galilei abjuró de que la tierra se moviera alrededor del sol. Estuvieron a punto de condenarlo a cadena perpetua por defender que la tierra no era el centro del universo, y aunque se retractó, se afirma que mascullo entre dientes: «*Eppur si muove*» («y sin embargo se mueve»), algo que no se podría negar tiempo después.

No se puede negar que la especie humana es binaria y que se ha reproducido sexualmente desde que existe sobre la tierra. No se puede afirmar que existan cinco sexos, como tampoco se puede afirmar que se puede cambiar de sexo a voluntad, sin mediar proceso quirúrgico u hormonal, y aún así el cambio es solo una simulación, pues los órganos reproductores son totalmente diferentes entre machos y hembras. Además, todas las células del cuerpo humano están sexuadas, como han demostrado estudios científicos recientes ([Science](#), 2020). Carme Vall Llobet también ha puesto de relieve cómo las

enfermedades se manifiestan de manera diferente en los cuerpos de varones y mujeres. Eso es ciencia, no brujería.

Tampoco se puede sostener que el sexo es un espectro, un continuum en el que no se sabe dónde empieza uno y donde acaba el otro, cuando es meridiano que un sexo de mujer no tiene nada que ver son un sexo de hombre, una carambola absurda similar a si afirmásemos que se puede estar un poco vivo o un poco muerto.

Igual que no se puede contradecir todo lo que precede porque sería acientífico, no se puede enseñar en las escuelas que las mujeres pueden tener aparato reproductor gestante o aparato reproductor fecundante, como tampoco se puede enseñar que un niño femenino sea una niña o que una niña masculina es un niño. O que un hombre se convierte en mujer solo por decirlo, como si ser mujer fuese un envoltorio estético y no la experiencia vivida de siglos de subordinación. ¿En qué otra cosa se ha sustentado la desigualdad de las mujeres sino en el sexo?

Tampoco se puede enseñar en las escuelas que haya cerebros rosas y azules, porque lo ha desmentido la neurociencia en numerosos estudios (Gina Rippon) entre otras, como tampoco se puede defender que exista una esencia innata que se materializa en un cuerpo equivocado, salvo que volvamos a Platón, 2400 años atrás y nos abonemos a la teoría del cuerpo como cárcel del alma.

Y no se pueden enseñar estas barbaridades no porque a las feministas nos haya dado la vena anti-progreso, sino porque no son verdad. Y lo que no es verdad no se puede fomentar. Porque si se quiere volver al pensamiento oscurantista de la Edad Media, también habría que instaurar la ordalía de la época: lanzar al condenado al agua con una piedra al cuello para ver si se hundía o flotaba, según fuese inocente o culpable ¿Cuál de las abanderadas del transgenerismo *queer* quiere empezar con este innovador sistema judicial?

Mujerómetro (19-03-2021)

Después de oír a Irene Montero preguntarse sobre qué es ser mujer o qué talla de pecho hay que tener para considerarse como tal, y tras leer el comunicado

de IU en el que defendía que el sexo no es binario, sino una combinación aleatoria de gónadas, hormonas, cromosomas, etc. que se alían al buen tuntún a la hora de conformar un nuevo ser humano, me quedé muy preocupada. Pensando, pensando he dado con la solución. Un instrumento que mide al milímetro el grado de *mujeridad* u *hombridad* de cada persona. Lo voy a patentar, y espero que la Open Society de Soros o la Arkus Foundation decidan financiarlo, porque el invento es revolucionario.

Se trata de un aparato parecido al espejito que todas las mujeres conocemos. Pero este, a diferencia del espejito, se tiene que introducir en una oquedad aledaña, cuyo nombre no recuerdo, para que la pueda usar todo el mundo sin miedo a que el instrumento sea acusado de transfóbico. En escasos minutos te muestra en una escala del 0 al 100 el género con el que te identificas aquel día. Te dice si eres poco mujer, regular mujer, bastante mujer, mucho mujer, etc. algo muy conveniente ahora que tanta gente disputa por ser más mujer que la vecina. Antes se competía por tener la ropa más blanca pero ahora la competencia es la *mujeridad*. Idéntica información te da el aparato sobre la *hombridad*, claro está, en una gradación sin solución de continuidad, pues ya sabemos que no hay diferencias corporales entre hombres o mujeres y que todo se reduce a un sentimiento interior.

He decidido ponerle el nombre de Mujerómetro porque desde al menos 2500 años atrás el problema es qué es ser mujer y no hombre, porque ya Protagoras dijo que el «hombre es la medida de todas las cosas» aserto que no se ha cuestionado nunca, hasta ahora. La operación me puede salir redonda. Considerando que hay 7.500 millones de personas en el mundo que deseen saber a cada momento de qué género se sienten, pues ya pueden imaginarse los beneficios que me puede proporcionar. Solo con que haya un 10% de individuos que lo adquiera son 750 millones de personas.

El aparato se venderá junto a un prospecto parecido al contrato de los Hermanos Marx (ya saben aquello de «la parte contratante de la primera parte...») donde se detallan todos los 100 géneros que existen y aún queda espacio para los que se puedan inventar en el futuro. Como hay dudas sobre la seguridad jurídica respecto de algunos proyectos legislativos, este invento viene a resolver tal problema, pues es capaz de establecer con una fiabilidad del +/-99% (vamos a dar un margen de error) el género del individuo.

Con este instrumento (debidamente higienizado después del uso) uno se va al Registro Civil y ya tenemos la prueba inequívoca para que el funcionario de turno cambie nuestro sexo en los formularios. Y sin patologizar a nadie, que conste. Ciertamente que dada la volubilidad del personal al levantarse cada día con un género diferente puede ser una desventaja, pero para eso está el Estado, para que convoque masivas oposiciones a funcionariado para que dé abasto al aumento de cambios de sexo registral que se puedan producir. Además, esto estaría en la línea de la tendencia actual de dar cumplida satisfacción a los deseos de la ciudadanía que como sabemos las leyes van a convertir en derechos.

Paul B. Preciado arrogaba por colectivizar el ano en su texto *Utopía anal*, yo no me atrevo a tanto, y solo procuro ofrecer un instrumento de uso individual. ¡Quién nos iba a decir que el trasero podría llegar a ser en el medidor exacto de la subjetividad!

La violencia de género no es un espectáculo (26-03-2021)

No he visto el programa donde Rocío Carrasco relata su experiencia de mujer maltratada, pero es imposible sustraerse a la onda expansiva que el programa ha provocado. Hay quien compara el impacto mediático con la aparición de Ana Orantes en Canal Sur en 1997. Yo creo que son dos situaciones totalmente diferentes.

Ignoro si Ana Orantes cobró por su presencia en el programa presentado por Irma Soriano, pero lo que sí es seguro es que no se enriqueció con su participación en «De tarde en tarde», un modesto *magazine* regional cuya repercusión hubiera sido mínima si no hubiera sido por el desenlace. No había premeditación mediática, su testimonio fue espontáneo y, como todos sabemos, le costó la vida. El impacto emocional que tuvo el hecho de que unos días más tarde fuese quemada viva por su marido sobrecogió a la sociedad, que empezó a ver el tema del maltrato, entonces llamado doméstico, desde otro punto de vista.

El caso de Rocío Carrasco es diferente. No solo por las circunstancias personales de la declarante, famosa desde la cuna, crecida en un entorno económico privilegiado, con estudios (o posibilidad de haberlos tenido) y en un momento histórico en donde la violencia de género ya era reconocida como problema social, con una ley específica para afrontarlo.

En la violencia contra las mujeres no hay un perfil ni de maltratada ni de maltratador, porque es un aprendizaje que se inicia desde el mismo momento de llegar al mundo: los chicos aprenderán que tienen potestad para disponer del cuerpo de las mujeres (tanto pacífica como violentamente) y las chicas interiorizarán que tienen que andar siempre a la defensiva, tolerando el acoso y gestionando esa violencia estructural con diferentes estrategias. Por tanto, no dudo que esta mujer haya sido víctima de violencia, tanto física como psicológica. Sin embargo, su testimonio nada tiene que ver con aquel que prestó Ana Orantes hace veinticuatro años.

Rocío Carrasco ha desembarcado en la televisión precedida de una campaña publicitaria de extraordinario alcance, y es sabido que la han remunerado generosamente por contar su experiencia. La misma televisión que se prodiga en programas de dudosa calidad, ha producido a lo grande una serie que dará carnaza para tertulias diversas durante meses. Personajes que diseccionarán el caso desde el punto de vista estrictamente individual, sin considerar la dimensión social del tema, para lo cual se requeriría una cierta formación en violencia de género, de la que la mayor parte de los tertulianos carecen.

La violencia de género no es ni puede convertirse en un espectáculo. Y si bien algunos consideran que el hecho de abordar este tema en *prime time* tendrá un impacto social parecido al que tuvo la aparición de Ana Orantes, hay que recordar que ésta dio lo que se llama un *testimonio ético*, mientras que Rocío Carrasco se ha prestado a convertir su experiencia en un *testimonio crematístico*. Si esta mujer hubiera contado «su versión para seguir viva» en otro formato y no hubiese recibido una cantidad tan suculenta por sus declaraciones (o hubiera donado el importe a alguna asociación, por ejemplo) su testimonio también habría sido ético, y la sociedad habría valorado la valentía, la dignidad y la honestidad de una mujer maltratada, sin dividirse entre seguidores fanáticos y detractores compulsivos que chapotean en su intimidad.

Pero para eso habría hecho falta tener conciencia feminista, un reconocimiento de que el problema no es individual, sino colectivo, y la voluntad de contribuir al conocimiento público de la violencia sin enriquecerse por haberla padecido. Condiciones que Rocío Carrasco, con todos mis respetos, no parece cumplir.

Mujeres molestas en la Universidad (2-04-2021)

Llevo casi 37 años impartiendo docencia en una universidad, así que creo poder ofrecer una opinión fundamentada de esta institución. La universidad configura un microcosmos de cuyas actividades la sociedad no sabe prácticamente nada. Goza de un prestigio heredado, hoy cuestionable, y casi todas las familias sueñan con enviar a sus hijos e hijas a estos centros. Se suele considerar que es un santuario de libertad de pensamiento, de creatividad, de debate, de discusión. Y así se quiere auto percibir. Nada más lejos de la realidad. La Universidad es desde hace tiempo un reducto de docentes obligados a hacer de burócratas (rellenar formularios on line para cualquier nimiedad) además de escribir *papers* que nadie lee pero que tienen que publicarse en revistas de impacto cada vez con menos influencia social.

Por otra parte, hemos asistido a la infantilización del alumnado, al que hay que tratar como si fuesen de primaria, mimarlos, aprobarlos con nota alta (un suspenso o un aprobado son de juzgado de guardia) y sobre todo no incomodarlos con discursos que no quieren oír. Cada lugar ha tenido sus temas tabú pero yo puedo hablar con conocimiento de causa de la universidad catalana, donde no se podía contradecir el *procés* si no querías morir abrazado en la pira independentista.

Ahora la religión que domina es la *teoría queer* que, a modo de pensamiento mágico, ha colonizado los departamentos, las facultades, las asambleas, los másteres, las actividades extraacadémicas.... En algunas aulas hay carteles donde se advierte que no se admitirán discursos transfobos, lesbófobos, homófobos, putóbofos y todas las fobias que el estudiantado tenga a bien definir, ya que son ellos y ellas quienes establecen qué discursos entran en cada una de esas categorías. En la práctica quiere decir: de esto no se puede hablar.

Cualquiera que pretenda cuestionar por ejemplo el tema *trans* es susceptible de aparecer en los listados como pérfidas *Terfas*, indignas de definirse como feministas aunque lo fueras mucho antes de que el alumnado actual hubiera nacido. Sé lo que me digo porque yo aparezco en uno de ellos.

También fui objeto de un intento de linchamiento mediático por parte de alumnas en el máster que dirigía por algunas columnas que había publicado en este mismo diario. No quieren debatir, porque aseguran que el espacio no es seguro y, además, les rompe la imagen de pureza y superioridad moral con la que defienden su religión, porque ellas se presentan a sí mismas como «lo más» transgresor que se puede llegar a ser. Tienen la verdad absoluta, y no pueden tolerar que alguien cuestione sus creencias.

La semana pasada, Rosa María Rodríguez Magda, una filósofa que ha escrito un libro titulado *La mujer molesta* sufrió el intento de silenciamiento en un seminario en la Universidad de Murcia. No es la única. Y no solo en España. Cualquiera que esté interesado en el tema podrá leer lo que está ocurriendo en otros países con el transgenerismo. Casos de profesoras, profesores, doctorandas etc. que han sido linchadas en redes, apartadas de sus puestos e incluso despedidas de los centros por defender que el sexo biológico es binario y es la base material de la desigualdad de las mujeres. Por ejemplo, Donna Hughes, de la Rhode Island University; el caso de Raquel Rosario Sánchez, en la Universidad de Bristol, entre otros. No hay peor ciego que el que no quiere ver.

Los medios de comunicación permanecen mudos ante esta nueva manera de intransigencia y sectarismo, porque han tomado partido sin reflexionar ni informarse de lo que ese nuevo dogma de fe está produciendo en múltiples ámbitos: cancelación de todo aquel que ose mantener la importancia del sexo biológico como causa de la desigualdad. Obnubilados como están presentando criaturas que encuentran su auténtico género encerrado en un cuerpo equivocado. A ver cuándo empiezan a explicar qué significa eso.

Solo un puñado de hombres solidarios, y muchas feministas de distinta procedencia, cuestionamos esta redefinición de lo que es ser mujer que quieren imponer no las personas *trans*, que solo son la excusa, sino poderosos grupos de presión internacionales con enormes intereses económicos detrás. Dogma que ha asumido acríticamente la universidad, y se extiende, imparable e incuestionable, por las redes sociales donde una masa anónima es capaz de crucificar por transfobia a personas que simplemente reclaman su derecho a discrepar.

Feministas donde haga falta (9-04-2021)

Como hoy día todos los partidos, grupos, asociaciones, sindicatos, universidades, organismos, instituciones, entidades y comunidades de vecinos se declaran feministas, hemos perdido de vista exactamente qué es lo que defienden. En medio de este maremágnum de defensores acérrimos del feminismo muchas feministas desconocemos exactamente cual es la agenda que se está impulsando y qué tiene que ver con las mujeres.

Hace unos días me quedé atónita cuando Pere Aragonés, de ERC, se refirió en su fallido discurso de investidura a las *personas que menstrúan* y a la pobreza menstrual, y no supe si interpretar como feminista este alegato enfervorizado sobre el «respeto a la diversidad de cuerpos» o, por el contrario, es que evitó pronunciar la hoy tan ofensiva palabra mujer.

También he leído que Mónica Oltra, diputada por Compromís, dice que sería mucho más transformador si en el deporte desapareciera la división por sexos, que eso ya está muy anticuado, y que es mucho más moderno que hombres y mujeres compitan según sus características físicas individuales, por razón de talla, peso, edad, etc. Eso sí que sería verdadera igualdad. Tampoco supe identificar si eso entraba dentro del concepto de feminismo o si por el contrario abogaba por la desaparición del deporte femenino.

En definitiva, los mensajes que leo y recibo son tan contradictorios y hacen interpretaciones tan diferentes de lo que se supone que es feminismo, que me parece una idea estupenda que haya surgido un grupo de mujeres que se ha planteado concurrir a las próximas elecciones generales bajo el rótulo de Feministas al Congreso. Creo que es una magnífica noticia porque pese a todas estas soflamas que nos llegan por tierra mar y aire sobre lo muy necesario que es conseguir una sociedad feminista, no veo yo mucho esfuerzo por implementar políticas que vayan en esta dirección.

Si por feminismo se entiende difuminar en un maremágnum de identidades lo que es ser mujer y evitar pronunciar esta palabra incluyendo en ella a todo aquel que se autodefina como tal; si por feminismo entendemos fomentar en las criaturas el malestar con sus cuerpos para que los adecuen a su género sentido a base de convertirlos en pacientes de por vida; si por feminismo se entiende defender la prostitución o dignificar el *trabajo sexual* sin

mover un dedo para acabar con esta práctica bárbara; si se entiende que feminismo es regularizar la explotación reproductiva de las mujeres pobres para que sirvan de *incubadoras* para satisfacer los deseos de parejas que pueden pagar por un bebé; si llamamos feminismo a humillar, vejar, torturar y escarnecer a las mujeres en la pornografía para entretenimiento de los *voyeurs*; si el feminismo consiste en salir en pelota en vídeos y productos audiovisuales y venderlo como empoderamiento sexual. Si por feminismo consiste en defender todo esto y otras iniciativas y prácticas que perjudican a la mitad de la humanidad, creo que es urgente que se acceda al Congreso, a los Parlamentos Autonómicos, al Parlamento Europeo, a la ONU y al Vaticano si hace falta para que se diga alto y fuerte: Eso no es feminismo. Y no porque lo diga yo, sino porque contradice la trayectoria de un movimiento que tiene más de 300 años de historia.

Así que nada me satisfaría más que ver articulada una propuesta auténticamente feminista en el Congreso. Con una agenda propia y no sobrevenida para quedar bien. Con los temas fundamentales que hace falta abordar, que son muchos y muy acuciantes. Una voz que defendiera los derechos de más del 50% de la población que hoy día parece que tenga que ir pidiendo perdón por ser mujeres, que es, ni más ni menos, la razón de la subordinación y la desigualdad estructural consustancial al sistema patriarcal.

Somos muchas, estamos muy cabreadas y hartas de que todo el mundo se quiera poner la medalla de feminista cuando sus políticas, sus propuestas y sus acciones van en dirección contraria. Feministas al Congreso y donde haga falta, ojalá.

Si te resistes malo, si no te resistes peor (16-04-2021)

Imagine que va por la calle una noche, alguien se sitúa detrás y le pone una navaja en el cuello para que le entregue la cartera, el reloj, o cualquier cosa de valor que lleve. ¿Qué haría usted? Estoy segura de que el 99% de las personas le darían al atacante sus pertenencias sin resistirse. En el hipotético caso que este atraco llegara a juicio, ningún fiscal, juez o abogado le haría preguntas tales como: ¿Por qué iba usted por esa calle? ¿Por qué estaba en la calle a esa

hora? ¿Había bebido o tomado drogas? ¿Está usted seguro de que era un chuchillo y no una navaja? ¿Intentó cambiar de acera al oír pasos? ¿Por qué no lo hizo? ¿Qué estatura tenía el agresor? ¿Era más fuerte que usted? ¿Intentó resistirse?

Cualquier persona sensata encontraría estas preguntas humillantes, inadecuadas, fuera de lugar porque lo que se estaría juzgando sería el asalto que una persona sufrió, independientemente de cual fuera su comportamiento. El hecho es que alguien le puso una navaja en el cuello a la víctima del atraco de la que se espera que no oponga resistencia.

Pues bien, la agresión sexual, o para ser más precisos, la violación, es el único delito en el que se pone en cuestión el comportamiento de la víctima. Lo hemos visto en multitud de ocasiones: aún recuerdo las hirientes preguntas de una juez a una víctima de violación a la que se llegó a preguntar si había cerrado bien las piernas. En el reciente caso de la violación de la joven de Sabadell hemos vuelto a asistir a preguntas insidiosas que si bien los expertos consideran que son necesarias para fundamentar la sentencia, y que las preguntas fueron hechas con respeto, no dejan de arrojar un haz de duda sobre el comportamiento de la víctima.

¿Está segura de eso? ¿Intentó huir de la habitación? ¿Recuerda la iluminación de la sala? ¿Qué tendrá que ver la iluminación de la sala donde la joven estaba siendo violada, qué responsabilidad tenía ella si estaba o no iluminada, qué posibilidades tenía de huir si estaba siendo sostenida por tres individuos que la violaron por turnos.

Y luego nos enteramos de que en otro caso de violación ocurrido en Valencia en 2016, la sentencia recoge que como la víctima se resistió no se encontraba en situación de extrema vulnerabilidad, y por tanto es razón suficiente para rebajar la pena al acusado de 12 a 6 años. Es decir, si te resistes porque te resistes, y entonces es que de alguna manera no has perdido tu capacidad de intentar impedir que te violen. Si no te resistes porque es posible que estuvieras consintiendo, porque si no consentías te hubieras podido resistir. ¿En qué quedamos? ¿Es que no ven la perversión del sistema?

¿Se resistiría el juez, el fiscal o el abogado a entregar su cartera al individuo que le pusiera la navaja en el cuello en el ejemplo del principio? Seguro que no, porque hubiera estado en peligro su integridad. ¿Tan difícil es enten-

der que una persona que está siendo agredida sexualmente, tanto si ha bebido como si no, se halla en una situación de intimidación y vulnerabilidad que hacen imposible cualquier respuesta? ¿Por qué se juzga la actitud de la víctima en lugar de centrarse en el comportamiento de los agresores? ¿Por qué se espera que una víctima de violación tenga que resistirse, y si lo hace sirve de atenuante para rebajar la pena del agresor? ¿Hasta qué punto tiene que resistirse? ¿Tendría que resistirse hasta morir? ¿Tan difícil es aceptar que esa persona está paralizada ante lo que está ocurriendo y cree que una vez iniciada la agresión puede pasarle cualquier cosa, desde ser golpeada hasta ser asesinada?

¿Cuándo la justicia dejará de sospechar de si las mujeres mienten, provocaron, consintieron o se resistieron ante ataques de los que ellas no son responsables? ¿Cuándo empezarán a tratarlas como víctimas y no como culpables? ¿Habrá que empezar a ponerle una navaja en el cuello a jueces, fiscales y abogados para que lo entiendan de una vez?

De «las miembras» a «les hijes» (26-04-2021)

En 2008 la entonces ministra de Igualdad, Bibiana Aído provocó una gran polémica al saludar a los «miembros y las miembras» del Parlamento. Años antes también Carmen Romero había levantado la furia de los vigilantes de la corrección lingüística al hablar de «jóvenes y jóvenes» en 1997, y más recientemente Irene Montero volvió a llamar la atención al hablar de «portavoza». Estas expresiones —todas ellas gramaticalmente incorrectas y que yo tampoco voy a utilizar ni voy a recomendar que nadie utilice— fueron guiños que pretendían hacer visibles a la mitad de la humanidad —las mujeres— que habían permanecido ocultas a lo largo de la historia. Como se ha podido comprobar, no se han integrado al habla cotidiana, salvo en contextos en que se quiera alardear de un activismo feminista más que cuestionable.

Hay una corriente de pensamiento que cree que basta con cambiar la lengua para modificar la realidad, y que el lenguaje crea la realidad. La corriente contraria es la que defiende que la realidad preexiste y que lo que hace falta es buscar la manera de definirla. Un ejemplo: la violencia contra las mujeres ha

existido siempre, pero solo en época reciente se ha encontrado la palabra para referirse a ella. Tampoco fue problemático maltratar a los menores en casa y hoy es un delito, como lo es la violación dentro del matrimonio, que tampoco existió durante siglos. Las prácticas sociales pueden no ser percibidas como problema en un momento dado, pero existir existen.

Yo soy de las que creen que la realidad existe independientemente de nuestra voluntad, y que empecinarse en querer transformarla solo con cambiar la lengua es un empeño inútil. En la Academia a esto se llama resignificación de términos. ¿A cuantas mujeres se las insulta al grito de *¡trabajadora sexual!*?

La diferencia entre estas incorrecciones gramaticales referidas al principio —casi enternecedoras— y la utilización que la Ministra de Igualdad hizo días atrás al referirse a «hijos, hijas, *hijes*, niño, niña, *niñe*» es que en este caso no es una incorrección gramatical por prurito militante, sino que se trata de introducir una *neolengua* que pretende redefinir la naturaleza humana. Muchos solo lo ven como una extravagancia, y otros lo entienden como un uso de lenguaje transinclusivo, pero lo cierto es que la terminación *-es* (al menos en español), propone la disolución del masculino y femenino para sustituirlo por un supuesto neutro donde se situarían todos aquellos que no se identificarán con una cosa o con la otra. En *roman paladino*, *niñes* presupone que existen unas criaturas que ya desde su más tierna infancia se consideran trans, y que por tanto existe un género, una esencia innata, que se manifiesta en el cuerpo equivocado.

Siguiendo con la misma lógica, Irene Moreno debería continuar diciendo *amigues*, *madrileñes*, *médiques*, etc. Existe el problema de las palabras que hagan su plural en *-es*, como trabajadores. No pasa nada, como ya ha sugerido alguna escritora porque en catalán existe el mismo problema, se propone pedir prestada al italiano la terminación *i* para estos plurales. Asunto resuelto: *trabajadori*, *españolì*, *estudianti*.

Ustedes pensarán que deliro, pero la *neolengua* ya se está implantando hasta en los prospectos médicos o en los productos higiénicos: personas menstruantes, personas gestantes, vulvaportantes, personas con cervix, (para no emplear mujeres pues invisibiliza a los transfemeninos); leche humana (para no usar leche materna, pues invisibiliza a los hombres transmasculinos); orificio delantero (por vagina), etc.

Así que, *ciudadanes*, a la escuela a aprender el abc para poder nombrar al nuevo mundo que nos espera. Aquí les dejo la guía Sexo más seguro para cuerpos *trans* para que tomen el primer contacto (echen un ojo a la página 5). Como la guía es para «personas *trans* y género expansivo», supongo que *to-des* podemos sentirnos *incluides* pues el género fluye en su infinita variedad.

Terrorismo patriarcal (3-05-2021)

Como decía la semana pasada, el lenguaje por sí solo no cambia la realidad, pero es necesario poder nombrar lo que ocurre con la mayor precisión. Creo que es hora de buscar un concepto que englobe todas las diversas manifestaciones de violencia que afrontan las mujeres cotidianamente, aunque revistan diferente intensidad. Porque no otra cosa sino terror es lo que debe estar experimentando la madre de las niñas secuestradas por su padre en Tenerife; el mismo terror que experimentó Ruth Ortiz, la madre de los niños asesinados por su padre en Córdoba, o Itziar Prats, la madre de las dos niñas asesinadas por el suyo en Castellón.

Caso diferente, pero terror a fin de cuentas es el que debieron vivir las jóvenes Miriam, Toñi y Desiré, torturadas y asesinadas en Alcàsser en 1992, como terror es el que debieron sentir Diana Quer o Laura Luelmo al ser abordadas por individuos que no conocían de nada, les interceptaron el paso y acabaron con sus vidas. O Rocío Wannikhof, Sonia Carabantes, Marta del Castillo, Janet Jumillas, y tantas y tantas que salieron un día de su casa y no volvieron jamás porque un hombre, o varios, les cortaron el camino.

Qué otra cosa sino terror es el que han debido vivir las 8 mujeres asesinadas por sus parejas o exparejas en lo que va de año, ninguna de las cuales había presentado denuncia posiblemente por el miedo a las reacciones de los agresores. Este terror no surge de la nada, sino que es producto de la posición de poder desde el que se ejerce. Ocho mujeres que se suman a las 1078 según los datos de que disponemos desde 2003, o a las muchas más que las precedieron pero que no entran en las estadísticas porque no se contabilizaban antes de esa fecha, o porque no responden a la tipología legal de violencia de género.

Como terror es el que han debido vivir las cuatro mujeres que han aparecido estranguladas en Valencia en menos de seis meses, cuyos asesinatos no parecen haber despertado gran interés por parte de los medios ni de la sociedad, como si arrojar los cadáveres a una acequia tras asesinarlas fuese lo más normal.

Qué tienen en común todos estos casos, se preguntarán ustedes. Aunque parezca que obedecen a casuísticas diferentes, todos ellos, en sus diversas manifestaciones, son producto de la violencia estructural que se ejerce como mecanismo de control sobre las mujeres desde tiempo inmemorial. ¿Por qué un hombre —o varios—, conocidos o desconocidos, con vínculo o sin vínculo con la víctima aborda, intimida, amenaza, agrede, viola y, llegado el caso, asesina a una mujer o sus criaturas? Porque ha interiorizado que le asiste la potestad de acceder al cuerpo de las mujeres —propias o ajenas— como parte de sus privilegios masculinos. Porque siente que el sistema de jerarquización sexual imperante le sitúa en una posición de poder que le otorga esa prerrogativa.

Ese terrorismo puede ser de baja o de alta intensidad, pero es el sustrato cultural sobre el que se yergue el sistema que conocemos como patriarcado: el miedo de las mujeres a la violencia de los hombres. Es el miedo el que nos hace cambiar de acera por la noche, eludir ciertos espacios, ir acompañadas, hablar falsamente por el móvil, llevar las llaves en la mano, disimular los golpes, desistir de acudir a la policía, no interponer denuncias...

Esa violencia estructural de la que todo el mundo abomina y la que, a juzgar por las declaraciones institucionales, todo el mundo combate, sigue estando protegida, tolerada cuando no incentivada por múltiples instancias: políticas, judiciales, religiosas y culturales (pornografía, publicidad, videoclips, videojuegos, cine...). Y por si no era suficiente, ahora se une el hostigamiento, la intimidación, el acoso y las amenazas a mujeres feministas que se atreven a levantar la voz en las redes sociales ante los dislates en boga.

El patriarcado antiguo o posmoderno quiere a las mujeres mudas, dóciles y tolerantes. Pero la complacencia tiene un límite, y a veces fantasea con la posibilidad de organizar el brazo armado del feminismo. A ver si cuaja la iniciativa Feministas al Congreso. Si no, en algo contundente tendremos que pensar.

Tres eran tres (10-05-2021)

Los mayores sabrán a lo que me refiero en el título; los más jóvenes que busquen en internet y se informen. Afortunadamente hoy día (aunque todavía hay reminiscencias) las mujeres ya no somos clasificadas en los dos bloques opuestos que nos enfrentaban: las buenas y las malas como eran las tres hijas de Elena.

Las tres mujeres a las que me refiero, Isabel Díaz Ayuso, Rocío Monasterio y Mónica García como todo el mundo sabe han sido las cabezas de lista de los tres partidos que han salido mejor parados en las elecciones madrileñas. Tres mujeres jóvenes, y por qué no decirlo, con cierto atractivo físico, algo a tener muy en cuenta en la política espectáculo actual. Aun a riesgo de que se me acuse de machista —una feminista machista, ja, ja— tengo que decir que, si las comparamos con sus homólogos varones, ellas ganan por goleada.

Pues bien, este trio de mujeres tan diferentes demuestra varias cosas que me parece importante señalar en los momentos que vivimos: que ser mujer no es un sentimiento, ni una identidad ni una esencia. Estas tres mujeres son tres personas nacidas con uno de los dos cuerpos posibles en los que puede encarnarse el ser humano. Y lo que tienen en común no es que tengan un alma femenina, ni que su cerebro sea rosa, ni que posean una energía interior que las lleva a pintarse los labios o ponerse zapatos de tacón. No, lo que tienen en común es que pertenecen a un sexo que ha tenido que batallar durante siglos para, entre otras cosas, poder elegir estar donde están hoy, cosa que aunque parezca obvia aún no está al alcance de todas las mujeres del planeta.

Las tres defienden posturas ideológicas diferentes con las que no me identifico. Díaz Ayuso es lo más parecido a Donald Trump que hemos visto por estos lares: errática, impredecible, irreflexiva y simplista. Rocío Monasterio podría ser colega de Marine Le Pen, y representa los valores más rancios del nacionalismo y la tradición ultramontana.

Podría estar más cerca del ideario de Mónica García, pero he leído el programa de Más Madrid y me recuerda mucho un neoliberalismo posmoderno propio de países ricos (tipo Verdes europeos) que no se desmarca ni de la prostitución, ni de los vientres de alquiler, ni de la pornografía, ni de la autodeterminación de sexo. El programa de Más Madrid está trufado de los con-

ceptos hoy en boga: identidad de género, binarismo, diversidad e inclusión, que ella ha sabido con astucia no destacar en su campaña, como sí ha hecho su partido-nodriz, Podemos y así le ha ido. Ningún programa feminista, por tanto, ha concurrido a las elecciones madrileñas. Por lo visto eso de hablar de la desigualdad entre sexos, nombrar a las mujeres y sus problemas específicos está pasado de moda. Es lo que tiene no saber quiénes son las mujeres, si no lo saben ¿cómo van a defender sus derechos?

Como han demostrado estas tres líderes de ideologías opuestas, las mujeres no somos un colectivo homogéneo al que situar junto a otros grupos marginales; somos la mitad de la población mundial, muchas somos conscientes de nuestros derechos, estamos enfurecidas y necesitamos una voz propia que dé respuesta a los múltiples retos que la involución que estamos viviendo está tratando de ocultar. Las elecciones de Madrid han sido un aviso para la izquierda: sigan vendiendo humo y centrando su discurso en el 0,5% de la población (tirando largo) y desoyendo los graves problemas que afectan al 51% que conformamos las mujeres, que arrieras somos y en las próximas elecciones generales nos encontraremos.

La feminidad contra las mujeres (18-05-2021)

Vivimos tiempos realmente extraños. Uno de los fenómenos que más me llama la atención es la revalorización inaudita que está experimentando *lo femenino*. En la misma proporción en que se está retrocediendo en los derechos de las mujeres —véase [este mismo diario del 14 de mayo](#)—, asistimos a un auge de lo que tradicionalmente se definía como feminidad: exaltación del aspecto, el vestuario, el cabello, el maquillaje, los tacones, el busto, las redondeces, en una palabra, la presencia. La imagen corporal que, realizada, nos convertía en la *otredad*, lo absolutamente otro opuesto al hombre, a lo masculino; el misterio, el adorno, la futilidad.

Ese ideal de feminidad que tanto desconcertaba a los filósofos, esa bagatela que no servía para nada, pero ¡qué atractiva resultaba! Una especie de maniquí para deleite de la vista, esa vista sesuda, tan centrada en el trabajo, la reflexión, el estudio, la investigación, las cosas importantes de la vida. Los

hombres tenían derecho a alegrarse al final de la jornada con la visión de unas criaturas adorables que se vestían de manera estrafalaria, más exagerada cuanto más alejada de la decencia se encontraban: del vestido escotado y el corsé de la digna esposa al ligero y las medias negras de las prostitutas, todo un abanico de potingues, bisutería, abalorios y complementos que sirviera para acicalarse y ejercer adecuadamente el papel de bello objeto de contemplación.

Pues bien, eso mismo está volviendo siglos después de que el feminismo se embarcase en la dura tarea de hacer de las mujeres sujetos de pleno derecho. Y lo más sorprendente es que esta sublimación de lo femenino está siendo rescatada no solo por mujeres que son vistas como muy empoderadas (léase Beyoncé, Cardi B., Nicki Minaj, Rosalía, Cristina Pedroche e incluso la tan poco convencional Billie Eilish, véanla en *Vogue*) sino por los hombres y especialmente por varones que se auto identifican como mujeres. Twitter, Instagram, Facebook y las demás redes sociales están repletas de trans que se jactan de ser super femeninas, mucho más que las mujeres a las que despectivamente denominan cis.

Esta exaltación de lo femenino no es casual que se produzca justo cuando se vuelve a discutir lo que es ser mujer. Algo que hacía tiempo que creíamos que estaba resuelto y que el feminismo ya había decretado y persigue desde hace más de tres siglos: que las mujeres no son bellos objetos decorativos sino sujetos que reclaman la mitad de todo lo que les ha sido usurpado y que han pagado con la falsa moneda de la adulación.

Volvemos pues, a estar como al principio, la discusión y el debate se vuelve a centrar en quién es más femenina, quién tiene el pecho más grande, quién calza los tacones más altos, quién se embute en el body más sexy, quién luce las uñas más imposibles, quién posee los labios más carnosos, quién tiene el culo más prieto. Ser mujer se ha convertido en un fetiche, pero esta vez por decisión propia, pues ya sabemos que el neoliberalismo galopante en el que vivimos considera que la auto cosificación es producto de la libre elección.

Esta revaloración de lo femenino se hace a través de las redes sociales, los medios de comunicación, las instituciones, incluida la ONU, que ha lanzado la Unstereotype Alliance para combatir los estereotipos de género donde, sin embargo, figuran empresas como Bayer que, como se sabe, además de vender

aspirinas comercia con hormonas. Todo esto no se dice así, claro, sino que el loable objetivo es fomentar «la inclusión y la diversidad».

Mientras rescatamos de nuevo el concepto de feminidad y elevamos a los altares el más rancio envoltorio femenino inventado por el patriarcado, difuminamos la realidad material de las mujeres de carne y hueso, las borramos del lenguaje común, las ninguneamos en los argumentos que aportan, las descalificamos si protestan, las desplazamos de sus espacios, suprimimos la financiación específica, usurpamos los organismos que las defendían, recortamos los recursos contra la desigualdad y más aún, escatimamos hablar propiamente de sexo y desigualdad. Todo esto lo está haciendo la derecha con la entusiasta colaboración de la izquierda. Y son muchas las adalides que se unen a este *mujericidio* al grito de ¡vivan las cadenas!

Adoctrinamiento y educación (25-05-2021)

La escuela siempre ha tenido un componente de adoctrinamiento. Desde el ángulo con el que se explican los hechos históricos que más beneficia a nuestro bando, pasando por el enaltecimiento de la propia tradición cultural o validando los valores propios en detrimento de los de los demás. Es así como se forja la idea de superioridad de un pueblo o nación frente a los otros. Es un adoctrinamiento en el que participa y es aceptado por toda la población. Sutil si se quiere e inevitable, pero adoctrinamiento, a fin de cuentas.

Hay otro tipo de adoctrinamiento más burdo, y es el que trata de imponer a toda la sociedad ideas, creencias o conceptos que solo afecta a una parte de la población. El adoctrinamiento puede ser religioso o laico, progresista o conservador. Ahora se habla de impartir formación sexo-afectiva en las escuelas (tema siempre conflictivo, porque a saber qué y quien lo imparte) o de educar en la diversidad de género, que es una manera de partir de la idea de que existe la infancia *trans*.

El tema no es baladí, pues efectivamente, la escuela no puede ser un instrumento a disposición de cualquiera que quiera fomentar su particular visión del mundo, sus fobias y filias, sus preferencias ideológicas, su interpreta-

ción de la realidad, su concepto de lo que debe ser la vida en sociedad si este va en contra de la lógica y la racionalidad.

Los conocimientos que se transmiten en la escuela nunca son neutros, pero eso no quiere decir que se pueda fomentar cualquier idea, ya estén periclitadas o sean de rabiosa actualidad. La escuela no debe ser el laboratorio donde se utilice a las criaturas como conejillos de indias para validar los postulados de diferentes grupos de presión que quieran extender su influencia social. Especialmente preocupante son los protocolos que han puesto en circulación algunas instituciones, como por ejemplo el de la Consejería de Educación de la Junta de Galicia, que defiende que la identidad de género es el sentimiento íntimo de ser hombre o mujer independientemente de los genitales, que reside en el cerebro, que se forma hacia los 3 o 4 años y que es irreversible e invariable; defiende que el cerebro es un órgano sexuado innato, y recopila toda una serie de «indicios» para detectar si se está ante un posible caso de transexualidad infantil: gestos, juegos, actividades, etc.

No es el único ejemplo, pues prácticamente en todas las comunidades autónomas se extiende el afán por adoctrinar sobre identidad de género, que sin saber muy bien cómo ni en qué fundamentos científicos se basa, lo inunda todo como si hubiesen encontrado la piedra filosofal. Una cosa es el adoctrinamiento, y otra la coeducación.

La coeducación debe basarse en el principio de igualdad y ser crítica, racional, que no constriña las potencialidades por razón de sexo, etnia o procedencia social. Una educación rigurosa, que no contradiga la evidencia científica ni el principio de realidad. Una educación que no limite ni cuestione los comportamientos de niños y niñas ni busque identificar si se acomodan o no a los roles sexistas y estereotipados que el patriarcado ha establecido desde tiempo inmemorial. Una educación no androcéntrica, que estimule el pensamiento crítico y la creatividad. Una educación que conduzca a las criaturas a ser el día de mañana hombres y mujeres que se relacionen en igualdad, que sepan pensar por sí mismos y afrontar los múltiples desafíos que con toda seguridad deberán arrostrar.

Esta coeducación por la que abogo está lejos de los intereses espurios de todo tipo de grupos o partidos políticos, unos disfrazados de antiguos y otros de modernos (no hay más que ver la vergonzosa diatriba del niño que era niña porque quería disfrazarse de hada del representante de *Compromís*) que

tienen en común más de lo que quisieran, unos porque desearían que nada cambiase, y otros porque, como sostenía Lampedusa, quieren que todo cambie para que todo siga igual.

Esto no iba a pasar (6-06-2021)

Después de casi dos años de haber vivido de alquiler, vuelvo a mi antiguo hogar, *Eva devuelve la costilla*, no por mi voluntad, sino porque me han desahuciado del blog con el que colaboraba en *Público.es*. Me gustaba escribir una columna semanal bajo el título genérico de *Cuarto y mitad*, pero se ve que mis reflexiones no han sido suficientemente interesantes o valiosas para este diario, porque sin darme demasiadas explicaciones han decidido prescindir de mi colaboración.

No ocultaré que me siento desilusionada, pues creía que la cita semanal con la audiencia de *Público* era muy bien valorada a juzgar por los comentarios que me llegaban, tanto a Twitter como a Facebook. Nunca tuve retroalimentación por parte del diario de si la columna era bien o mal recibida, pero siempre las escribí con la ilusión y la esperanza de ofrecer reflexiones que pudieran ayudar a quienes me leyeran a formarse un juicio razonado de los diferentes asuntos de actualidad, especialmente el relacionado con la situación de las mujeres, que es el tema que me ha motivado y me continuará motivando hasta el último aliento. O hasta que me cierren el blog.

Ahora toca ser *trans* y estar en esta onda si no quieres verte reducida al ostracismo, ser tildada de transfoba y reaccionaria. Los postulados del feminismo clásico, según dicen, están emparentados casi con los planteamientos de Vox. Pues vale, ellos ganan. Que se aprueben leyes de autodeterminación de género como la aprobada en Canarias por unanimidad, en bloque, sin la menor discrepancia.

Una de dos: o todos creen honestamente que el sexo biológico no importa, que no existe y que cada uno puede autoidentificarse como quiera, o bien les parece que aprobar esto es una cuestión menor, *peccata minuta*, una irrelevancia que no va a tener consecuencias y quedas estupidamente de cara a la galería.

La verdad es que tiendo a pensar que es esto segundo lo que sucede, que en realidad no les importa la enjundia del tema, que les da igual el impacto que tenga en la vida cotidiana, que no tienen ni idea de lo que representa; remar a favor de la corriente dominante es mucho más fácil y no les crea ningún problema. ¿Desagregar los datos por sexos, para qué, por ejemplo, como pide una profesora de Alicante? Mejor no, y así eliminamos de un plumazo la desigualdad, como están a punto de hacer en Argentina. Me comentan que incluso ya están rechazando textos en revistas porque desagregar los datos por sexo es transfobia.

¿Para qué va a perder nadie cinco minutos en pensar exactamente qué quiere decir la autodeterminación de sexo? ¿Para qué vamos a pensar en cómo se podrá perseguir el fraude si la elección de sexo solo depende de la voluntad del individuo? ¿Por qué nos vamos a preocupar de que no haya que acreditar ninguna condición ni circunstancia para cambiar el sexo registral si nadie lo va a hacer por capricho? Confiemos en la buena voluntad de los *trans*, porque en este país no hay nadie que defraude a hacienda, que cobre en negro, que intente aprovecharse de los resquicios legales, que intente pagar menos impuestos de los que debe; nadie se va a cambiar de sexo para aprovecharse de ciertas ventajas, en qué cabeza cabe. Sin embargo, el asesino de Vanesa Santana, Jonathan Robaina, no ha dudado en reclamar que le llamen Lorena una semana después de aprobada la Ley Trans Canaria si eso le sirve para mejorar su situación procesal. Pero claro, [#EstoNoIbaAPasar](#) porque en este país todos somos muy buenos, cumplimos las leyes a rajatabla y nadie se aprovecha de las grietas del sistema.

En fin, que con su pan se lo coman. Seguiré escribiendo lo que pienso en otros medios o en este blog, mientras me lo permitan y el cuerpo aguante. Algún día, quizá dentro de cinco, diez, quince o cien años alguien rescatará lo que las feministas defendíamos y las reflexiones que hacíamos, y los argumentos que dábamos, y no tendrán más remedio que darnos la razón. El emperador está desnudo, y nadie nos va a hacer creer que lleva un espléndido vestido cuando es más que evidente que se le ven las pelotas.

Provocar el problema, ofrecer la solución (9-06-2021)

De insatisfacciones provocadas sabemos mucho las mujeres. Es un camino largo que requiere de un trabajo constante de persuasión en el que se ven involucrados muchos actores. El mayor éxito de este proceso fue convencer a la mitad de la humanidad de que era inferior a la otra mitad, favoreciendo la creación de lo que hemos llamado el sistema patriarcal, aunque en este caso no sólo se ha recurrido a la persuasión, sino a la coacción y a la violencia hasta naturalizar la injusticia. Pero eso es harina de otro costal.

El brazo ejecutor de atizar las insatisfacciones ha sido con frecuencia la publicidad, pero el verdadero origen es la creación de una ideología que empieza a extenderse sutilmente auspiciada por intereses económicos en connivencia con los políticos. Así, la industria de la belleza y la moda se ha sostenido incentivando la insatisfacción de las mujeres con sus cuerpos, pero antes de ello hubo una labor de persuasión para convencer a la sociedad de que a ellas se las valoraría por su apariencia.

Parte del proceso de persuasión consiste en hacer ver que hay imperfecciones corporales que se pueden y deben mejorar para evitar la sanción social. Los primeros anuncios publicitarios de cremas depilatorias de 1930 pusieron el acento en que las mujeres que no se depilaban eran descuidadas e indecentes, y que ver el vello en las axilas femeninas horrorizaba a los hombres. De ahí, naturalmente se extendió el pánico a tener pelo en cualquier lugar del cuerpo que no fuese la cabeza. A las mujeres nos ha ocurrido que a más derechos conquistados, menos pelo. Y no me hagan decir dónde.

Primero se crea la insatisfacción, y luego aparecen milagrosamente las soluciones. Ahora le toca el turno a provocar la insatisfacción con el sexo biológico con el que se nació para crear un ingente ejército de insatisfechos que creen vivir en un cuerpo que no les corresponde. Pongamos en circulación que el sexo biológico es un *constructo*, que no existe, que se puede elegir, que lo podemos cambiar, que es un derecho humano inalienable. Empecemos la correa de transmisión: elaboremos una teoría, cuanto más extravagante mejor, que seduzca a los intelectuales, empecemos a difundirla en libros, publicaciones, congresos, seminarios. Las instituciones y organismos comprarán el discurso porque lo ha elaborado gente muy sabia,

con palabras muy rimbombantes, con mucha bibliografía detrás. Difundamos *urbi et orbi* que hay un cambio de paradigma, que suena genial.

Los partidos políticos, deseosos de captar adeptos incluirán sus propuestas en sus programas electorales; utilicemos la nueva jerga, adulemos los oídos de nuestros feligreses. Inundemos las páginas de los diarios, las pantallas de televisión, los seriales y los videoclips con la buena nueva. Publicitemos caras de famosos que se apuntan al carro por dinero o por celebridad. Sigamos con personas desconocidas, a ser posible jóvenes en formación que han experimentado el cambio con cara de inmensa felicidad.

Ya hemos creado el problema. Ahora toca ofrecer la solución. Y ahí, a la que salta, está la industria farmacéutica, la cirugía plástica, la investigación biotecnológica, el largo brazo del interés económico siempre dispuesto a encontrar incautos a los que desangrar. Ya solo falta que las masas enfervorecidas tilden a quien se oponga a tan beatíficos postulados de reaccionario, de nazi, de traidor. Y la guinda de todo es que la gente crea que no hay imposición social, sino que todo es producto de la libre elección.

Paridad basada en qué (14-06-2021)

Hay un tema en el que creo que nadie piensa demasiado. La mayoría de las personas estoy segura de que están de acuerdo en que haya igualdad entre hombres y mujeres, y que es deseable que haya paridad en todo tipo de instancias: parlamentos, ayuntamientos, consejos de administración, medios de comunicación, etc. Cualquiera aceptaría esta premisa: que haya una presencia de un 40/60 (más o menos, de cada sexo).

Y aquí empieza el problema. ¿La paridad tiene que venir dada por el sexo de las personas? Pero si el sexo se difumina, si se hace irrelevante y según las últimas leyes y propuestas la autodeterminación es un derecho «inalienable» de las personas... ¿En base a qué o cómo se verá afectada la paridad? ¿Como vamos a seguir defendiendo el concepto de paridad, si ya no existen las mujeres y hombres definidos por el sexo?

Si cualquier persona se puede autoidentificar con un sexo y constar como tal, aunque haya nacido con el contrario, es decir, si varones que se autoidentifican como mujeres pueden constar legítimamente en el recuento de mujeres en cualquier tipo de lista, ¿cómo vamos a poder seguir apostando por la paridad? ¿Con qué argumentos defenderemos la paridad si pudiera darse el caso de que un organismo fuese paritario sólo con que hubiera presencia de un porcentaje de hombres biológicos más otro porcentaje de varones autoidentificados como mujeres?

Una de dos: o la paridad se sigue basando en el sexo biológico real o no tiene sentido seguir defendiendo este criterio de representación. No se puede defender una cosa y su contraria. Si la paridad ha sido un concepto para fomentar la igualdad entre los sexos en cualquier ámbito de la vida, lo que es ilógico es que esa paridad se pudiera alcanzar sin presencia de mujeres, o solo contando con varones que se autoidentificaran como mujeres. ¿Ven el contrasentido de todo esto? ¿Como vamos a seguir llamando «democracia paritaria», por ejemplo, a una realidad donde el sexo fuese irrelevante y pudiese ser constituida por personas de un único sexo biológico?

La autodeterminación de sexo no resiste el más mínimo análisis racional y dinamita toda explicación sobre la desigualdad estructural que se ha erigido a causa de nuestros cuerpos sexuados. ¿Cómo cree nuestra clase política —si es que se puede llamar así a la actual camada de representantes— que se ha mantenido, por ejemplo, la violencia contra las mujeres? ¿Basándose en qué? ¿En qué creen que se ha basado el dominio patriarcal? Y toda esta estructura milenaria hay quien considera que se va a derrocar porque cuatro varones se suban a una tarima calzando tacones o salgan en televisión con los labios pintados afirmando que son tan mujeres como la que más. Todavía estoy esperando un mínimo análisis que nos explique las experiencias que han compartido con estas para afirmar que son parte de ese sexo al que niegan su materialidad. Y de los y las líderes políticas que nos aclaren en qué creen que se basa la desigualdad de las mujeres, o si es que quizá creen que se debe a la altura de los tacones o a la intensidad del carmín.

¿Cual es la consecuencia de todo este despropósito? La aniquilación de las nacidas hembras. ¿Y por qué? Porque sin haber desterrado la desigualdad entre unos y otras no es posible hacer *tabula rasa*, esto es, como si partiésemos en igualdad de condiciones. Tras trescientos años de lucha por la emancipa-

ción, volvemos al punto de partida: ya no seremos el segundo sexo, que habrá dejado de existir, seremos el segundo género. El patriarcado habrá triunfado de nuevo, y de nuevo con la complicidad de las mujeres. Pregunto a todas las adalides de la autodeterminación de sexo, ¿cómo creéis que vamos a acabar con el sistema patriarcal si se sigue incentivando que complacer a los demás es nuestra máxima prioridad?

Un nuevo Contrato Social que excluye a las mujeres, (otra vez) (20-06-2021)

No soy la primera que repara en este tema. Ha habido algunas voces que lo han abordado ya, pero, como es habitual, no se les presta demasiado atención porque se dice que exageran. Pues voy a entrar en el cupo de las exageradas para que, en el futuro, si el nuevo régimen se implanta internacionalmente, y alguien busca si hubo alguien que escribiera sobre lo que se avecinaba, encuentren en este pequeño rincón una voz que ya lo advirtió: se está fraguando un nuevo Contrato Social que excluye de nuevo a las mujeres.

El Contrato Social es un acuerdo tácito que se instauró en el siglo XVIII, inspirado por los filósofos, sobre todo por Jean Jacques Rousseau, que defendía la igualdad de todos los hombres y el derecho de ciudadanía. Como bien sabemos por la lectura de *Emilio o la Educación* (1762) este libro hablaba de *los hombres*, y excluía de esta ciudadanía a las mujeres, a las que relegaba a la tarea de atenderlos y cuidarlos desde su nacimiento a su muerte. Este Contrato Social que podría haber supuesto la equiparación de hombres y mujeres y el socavamiento del patriarcado no hizo más que afianzarlo.

Las mujeres han luchado por el derecho a ser ciudadanas desde aquel mismo momento, o incluso antes, y ahora, cuando los logros del feminismo y su extensión global empezaba a resquebrajar el sistema patriarcal, un nuevo proyecto de Contrato Social va a volver a reforzarlo. ¿En qué consiste este nuevo Pacto y quienes son las partes contratantes? Pues los mismos que ya instituyeron el primigenio: los varones que tienen el poder (gobiernos, instituciones, empresas, medios de comunicación) en alianza con un reducido

pero poderoso grupo de impulsores del transgenerismo, fundaciones filantrópicas, la industria farmacológica y la biotecnológica.

El objetivo central de este nuevo Contrato Social es que desaparezca la noción de sexo biológico, por lo que al disociar el cuerpo sexuado de la categoría hombre o mujer, esta diferencia ya no tiene sentido. Somos cuerpos indistintos, y solo la autopercepción individual decantará si quieres *performar* como varón o como mujer, reforzando los estereotipos asociados culturalmente a uno u otro género. Este nuevo Contrato Social que se está fraguando vuelve a excluir a las mujeres, pese a lo que muchas puedan creer. Quienes están en la cúspide y dirigen la instauración del nuevo régimen son varones, algunos auto determinados como mujeres, y otros no.

Las voces que cuestionan este nuevo sistema que se quiere imponer están siendo silenciadas, hostigadas y desprestigiadas mediante la acusación de transfobia, delitos de odio, etc. pese a que lo único que hacen es estar en desacuerdo con que el sexo biológico sea irrelevante. Si lo es, todas las políticas, reivindicaciones, luchas y logros de las mujeres (cuya subordinación y desigualdad están basadas en el sexo) dejan de tener sentido. Para asegurar que no haya oposición, se preparan leyes que castiguen la disidencia.

Mucha gente cree que este movimiento pretende proteger al grupo más vulnerable, que lucha por los derechos humanos del colectivo *trans* (cuyo nombre resulta intencionalmente ambiguo, pues todas las personas podríamos pertenecer a él) y cuyas repercusiones no van a afectar al resto de la sociedad. La gente en la calle no tiene ni idea de lo que va el tema y cree que no va con ellos.

Craso error. Este nuevo Contrato Social no solo no va a mejorar la vida de las personas transexuales (que de hecho desaparecen, como las lesbianas, homosexuales o bisexuales) ya que de lo que se trata es de eliminar por completo toda referencia a la realidad material sexual, sino que va a hacer imposible definir los problemas de las mujeres, analizar la desigualdad por razón de sexo a la vez que contribuye a desactivar el feminismo al negar la jerarquización sexual. *Ítem más*, va a suponer la creación de un ejército de adolescentes confusos con su orientación sexual y descontentos con su cuerpo a los que se les va a vender la ilusa idea de que pueden cambiar de sexo a voluntad. ¿Dónde están las mujeres en la instauración de este nuevo régimen social? Algunas están siendo cómplices por ignorancia o por exceso de buena fe. Al resto, ni están ni se las espera.

Resistencia feminista (27-06-2021)



La foto que ilustra este texto es de 1978, hace 43 años. Soy yo de jovencita haciendo el mismo gesto que ayer volvimos a hacer muchas feministas en toda España. Nunca hubiera pensado que este símbolo pudiera llegar a ser considerado transfobia. Pues ayer, día 26 de junio de 2021 muchas feministas hicieron este gesto, y alguna fue agredida, como Laura Strego en la concentración en Murcia que tuvo que ser atendida en el hospital. En Barcelona la policía contuvo a un grupo de transactivistas que querían entrar en la

plaza donde pacíficamente nos habíamos concentrado un grupo de mujeres con permiso de manifestación. En Madrid y en otros lugares grupos pro *trans* intentaron celebrar contramanifestaciones no autorizadas para reventar las protestas, legítimas y pacíficas, de mujeres contrarias a las leyes de autodeterminación de sexo y a favor de la agenda feminista.

Y a todo esto los medios de comunicación brillaron por su ausencia, y cuando lo han referido lo han hecho equiparando manifestaciones legales con intentos deliberados de impedir las concentraciones por parte de grupos pro *trans*. Es decir, poniendo al mismo nivel los intentos de agresión, los agresores y a las agredidas, que no es sino una manera de tomar partido por los violentos. Si esto no se llama Resistencia, que venga dios y lo vea.

Así que sí. Las feministas somos La Resistencia ahora mismo frente a todos los poderes que se han abonado en masa a la nueva fe: todo el mundo considera lo más normal que el sexo, que es un dato objetivo, constatable y observable en el nacimiento, y que además se forma durante el desarrollo del embrión y permanece invariable a lo largo de toda la vida, pues no, ahora tenemos que aceptar sin rechistar que es algo que se puede cambiar en el Registro Civil a voluntad. Y si se aprueba la ley que está en proceso puede que incluso podamos ser multadas por sostener una evidencia. Todos los demás problemas de las mujeres han empalidecido ante esta cuestión.

Aunque ya he hecho algunas consideraciones sobre el por qué de la existencia de tal unanimidad en algo manifiestamente falso, me he cansado de repetir los argumentos racionales, que por otra parte están perfectamente explicados en muchas cuentas de Instagram, Twitter o Facebook, por poner los ejemplos de tres redes sociales populares, ya que los medios convencionales han hecho un pacto de silencio sobre las lógicas y razonables críticas que planteamos muchas feministas. Pero es igual, no recuerdo quien dijo que intentar debatir con alguien que ha renunciado a la lógica es como querer alimentar a un muerto, así que no voy a dar más razones. Que cada uno profese la religión que más le plazca.

Las feministas somos La Resistencia, porque es así como se denomina a los grupos que se organizan contra estados de opinión o gobiernos totalitarios que desean silenciar la discrepancia política. Y no de otra forma puede denominarse un régimen que intenta implantar el miedo a hablar, a manifestarse, a posicionarse, a discrepar públicamente. Profesores de universidades e institutos, padres y madres en colegios, asociaciones, grupos o entidades, en todo el tejido asociativo de la sociedad civil crece el miedo a ser acusado de transfobia ante el cómplice beneplácito de los poderes económicos, políticos y mediáticos.

Pese al miedo que muchas habían expresado sobre la posibilidad de agresiones, muchas mujeres nos atrevimos a salir a la calle el sábado 26 a las 12. Para mi sorpresa —al menos en Barcelona— había bastantes jóvenes, en contra del argumento que defiende que es que las feministas mayores nos hemos quedado desfasadas y no entendemos los nuevos tiempos. Eché en falta a más veteranas de mi generación, cuya ausencia antes prefiero pensar que se debe a que se han pasado en masa a la nueva fe que no por causas irremediables, cosa que lamentaría mucho más.

Pues sí, aquí estamos las feministas. Volvemos a ser pocas las que salimos a las calles, pero cada vez La Resistencia va a ser mayor porque nuestra historia es sólida y nos asisten el sentido común y la razón. Y a ver quién nos va a impedir que hagamos el signo que simboliza nuestro sexo, el origen de la opresión.

Yo soy quien digo que soy (2-07-2021)

Dios dijo «Yo soy el que soy», y a él se lo vamos a aceptar porque es una autoridad en la materia. Amnistía Internacional le ha enmendado la plana a Dios y ha decretado que «Yo soy quien digo que soy». Si no fuese porque el tema es tan grave y en España ha empezado a circular por los pasillos del Congreso el delirante proyecto de Ley de Autodeterminación de Sexo (pues no es una Ley para las personas *Trans*), la verdad es que me lo tomaría a risa y le sacaría toda la punta que pudiese a este disparate. Además, la frase puede ser dicha por una criatura de 2 años (han salido casos hasta en *El País*) que aún no controla ni los esfínteres como por un señor de 50 que descubre su auténtico yo sin haber abonado ningún tributo de los que pagan las mujeres por haber nacido con sexo femenino.

Para Amnistía Internacional una persona es quien dice que es: si yo digo que soy el Papa de Roma es que lo soy, y quien lo ponga en duda puede ser denunciado. Solo el enunciado ya demuestra hasta qué punto se ha perdido la razón: un individuo tiene que ser creído por el simple hecho de manifestar un deseo por muy disparatado que sea. El delirio amparado por la ley.

¿De verdad que la gente está dispuesta a comulgar con estas ruedas de molino? ¿Lo creen o hacen ver que lo creen porque piensan que esto de la Ley *Trans* no va con ellos? Cuando hombres físicamente varoniles dicen que son mujeres ¿de verdad la gente está dispuesta a aceptarlo o le están dando la razón como a los locos? (pido perdón a los locos, que no quiero patologizar la enfermedad mental). A mi me parece que la gente está adoptando una actitud de pasotismo porque o bien no tiene ni idea de lo que representa la autodeterminación de sexo (que no de género, pues lo que se quiere cambiar en el registro es la mención al sexo), o simplemente cree que eso no le va afectar («a mi no me borra nadie» o «quiénes somos nosotros para decirle a nadie lo que tiene que sentir», son los nuevos mantras).

Hemos dado todo tipo de argumentos, pero voy a dar algunos más, por si acaso: que el género es un proceso de asimilación de los valores y roles que se supone corresponden a los hombres o las mujeres; que la asimilación del género tiene lugar en interacción con los demás desde el mismo nacimiento, o incluso antes, pues el anuncio del sexo del bebé ya predispone al entorno a recibirlo de una manera u otra (ropa, regalos, colores, juguetes, expectativas,

etc.) y que no hay identidad sin interacción social. Sobre esa realidad material que es el sexo, se ha erigido todo un edificio cultural que atribuye unas características a los hombres y otras a las mujeres que no tiene nada de natural.

Cuando el personal empieza a declararse como «no binario» ¿no se da cuenta de que se está definiendo a partir del reconocimiento del binarismo preestablecido por el sistema patriarcal? Muy posiblemente lo que quiere decir es que no se identifica ni con los valores masculinos ni con los femeninos. Pero ¿quién ha dicho que los demás nos identifiquemos de buen grado con el género en que hemos sido socializados? El proceso de asimilación del género es tener que adaptarse a un guante, a un molde en el que cuesta encajar, y se paga un precio muy alto si la persona no se ciñe a él: eso es lo que se está entendiendo por ser *trans*. En cierto sentido todos somos *trans*, porque todos nos hemos tenido que amoldar de buen o de mal grado a esos roles que ahora la cosa *queer* y la ley quiere convertir en identidad. ¿No es más barato y razonable luchar por la desaparición de los géneros que reforzarlos mediante la pirueta jurídica de cambio de sexo registral? ¡Ah! pero lo primero es revolucionario, mientras que lo segundo es la jugada maestra para que parezca que todo cambie para que todo siga igual.

Prefiero una hija trans a un hijo maricón (10-07-2021)

Los mayores del lugar recordarán una frase parecida a la que encabeza este artículo. Muchos padres decían, años ha, que preferían un hijo tonto a un hijo maricón. Las cosas parece que han avanzado mucho, pero en el fondo continúan igual: hay más rechazo a la homosexualidad que al cambio de sexo.

Vemos a muchos padres muy ufanos exponiendo a sus criaturas ante la audiencia de los medios de comunicación y anunciando *urbi et orbi* que están supercontentos de que sean trans, (por más que preguntemos qué significa trans, nadie responde). Padres que afirman sin rubor que «los primeros indicios» los tuvieron cuando las criaturas apenas tenían diez meses, dos años, tres... dependiendo del caso. ¿Y qué indicios eran esos? Pues que a los niños les gustase llevar el pelo largo, que quisieran ponerse pendientes, que no les gustase jugar a fútbol y en cambio prefiriesen las muñecas. Y a las niñas lo

contrario. Y con todas estas «pruebas» de la tendencia de la criatura, esos padres seguramente bienintencionados deciden que es que su hijo en realidad es una niña, en sintonía con lo que exponen los transactivistas más extremos.

Es decir, no querer asumir los rancios y caducos estereotipos de género por parte de criaturas que están creciendo es interpretado como que son del sexo opuesto. ¿No hay nadie que vea esta barbaridad y se oponga a este despropósito? Las feministas llevamos años, si no siglos, intentando desvelar estas falacias, luchando para que la infancia pueda crecer en libertad, sin corsés, sin sometimiento a las rígidas normas de género que estructuran toda sociedad, y que perjudican tanto a los varones como a las hembras, aunque estas nos llevamos, como siempre, la peor parte.

Parece que las familias están más dispuestas a que sus hijos e hijas cambien de sexo porque muestren preferencias hacia las actividades que se suponen son del sexo contrario que a cuestionar los mandatos sociales. Lo peor de todo esto es que abona y refuerza la idea de que estas actitudes son innatas, y por tanto las familias se desresponsabilizan de ser los transmisores de estos comportamientos y valores artificiales que se toman por naturales.

Si mi hijo o hija no se adapta a los roles establecidos, prefiero pensar que es una condición con la que ha nacido (una esencia interior en un cuerpo equivocado) antes que cuestionar mis propios prejuicios sobre cómo se tiene que comportar un hombre o una mujer. Prefiero inducirlo a un imposible cambio de sexo, bloquearle la pubertad primero y hormonarle de por vida después, antes que dejar que se exprese con libertad.

Qué pasará cuando esas criaturas se desarrollen, qué ocurrirá cuando inicien su vida sexual, qué efectos secundarios tendrán todas esas hormonas en su salud, a qué mutilaciones tendrán que someter sus cuerpos sanos, a qué precio estas familias que tan alegremente anuncian que sus hijos o hijas son *trans* van a pagar los delirios de una sociedad enferma.

La aparición complaciente y constante de este tema en los medios, la oculación deliberada de problemas y complicaciones de salud por el uso bloqueadores o de hormonas, el silencio de instituciones médicas, jurídicas o científicas, la acción de influencers que alardean de ser de género fluido, o no binario, o agénero, etc. y, como telón de fondo, los intereses de las multinacionales farmacológicas y biotecnológicas, todo en conjunto está propiciando

que las familias prefieran creer que tienen un hijo *trans* cuando quizá lo que esos signos indican es que podrían tener un hijo o una hija homosexual. Preparaos gays y lesbianas, porque después del borrado de las mujeres el siguiente va a ser el vuestro.

El feminismo es cosa de hombres (18-07-2021)

No podía ser que una cosa tan importante como el feminismo quedara en manos de las mujeres. Como todo movimiento que se precie, el feminista necesita de cabezas bien amuebladas, de dirigentes preparados, de personas que saben de lo que hablan. ¿Cuándo se ha visto que cuatro tías incapacitadas lideren algo memorable?

El potencial revolucionario que tiene el feminismo se nos está yendo de las manos, hay que hacer algo para controlarlo. Inventemos algo que lo desactive pues está calando en las mujeres de todo el mundo. Con la inestimable ayuda de las lacayas del patriarcado, que siempre las ha habido, elaboremos una teoría que entre en contradicción con los principios fundamentales del feminismo; como esta teoría ha sido elaborada por supuestas intelectuales feministas nadie sospechará de ellas. Apostemos por esta nueva teoría que deslumbra por su audacia, aunque contradiga los más elementales principios científicos. Hagamos que se introduzca en las instituciones, empezando por la ONU para que proyecte su acción a todos los países que la conforman.

Cuestionemos que exista el sexo biológico, que no es más que una mezcla aleatoria de genes, cromosomas, hormonas y gónadas que se nos asigna al nacer (Butler dixit). Neguemos que el sexo sea un dato objetivo. Inventemos y apoyemos que el ser humano no es binario, que el sexo es una construcción social discursiva —es decir, que primero es el discurso y después se inventa la existencia del sexo—. Involucremos a unas cuantas científicas que apoyen esta teoría, porque si no, no tendremos credibilidad.

Injectemos dólares a carretadas en todo tipo de entidades, medios de comunicación, universidades o asociaciones que fomenten que el sexo biológico no existe, que es un sentimiento interior, que se puede ser hombre o mujer

por una especie de energía interior que anida en cuerpos cuya fisiología no es relevante. Añadamos además prefijos en latín para denominar un nuevo dimorfismo: el binarismo sexual macho hembra, hombre mujer, es ahora sustituido por un binarismo cultural *cis* o *trans*, que no vienen definidos por sus órganos sexuales sino por su sentimiento interior, que situaremos en el cerebro para darle visos de cientificidad. No hay orientación sexual sino sexualidad holística, mística, todos somos cuerpos indiferenciados.

¿Cómo se conforma ese sentimiento interior? Silencio. ¿Qué es ser hombre o mujer? Silencio. ¿Qué es la identidad de género? Silencio. ¿Qué es ser *cis* o *trans*? Silencio. ¿Por qué las mujeres siguen estando en desventaja? Silencio. Todo vuelve como dice Alicia Miyares al pensamiento de Santo Tomás, hay que darle prioridad a la fe por encima de la ciencia. Hay que sustituir la evidencia científica por la creencia. No te hagas preguntas. *Woke* a la nueva fe.

Digamos que esto es ahora el feminismo, y quien no comulgue con este nuevo dogma será excomulgado (*Kill the terf*). Las feministas de toda la vida son expulsadas del movimiento, pues este está ahora al servicio de objetivos más excelsos, que es la definitiva consagración del patriarcado. Los varones, que ahora pueden elegir el sexo a conveniencia, se han hecho de nuevo con el timón. El feminismo, con sus inestimables aliadas cuyo deseo es congraciarse con los hombres, ha cambiado de agenda. Feminismo liquidado. Objetivo conseguido. Insistamos en que las feministas no son feministas, en que los feministas somos nosotros. A fuerza de repetir una mentira, acabará convirtiéndose en verdad.

Misoginia al cuadrado (o al cubo) (27-07-2021)

El odio o desprecio a las mujeres siempre ha estado presente en la historia. Desde la pérfida Eva, que incitó al pusilánime de Adán a comer la manzana, pasando por todas las reflexiones teóricas de grandes filósofos, que mostraron un desprecio inusitado hacia esos inmundos seres que no comprendían (léanse citas de Rousseau, Hegel, Schopenhauer, Nietzsche entre los clásicos), hasta llegar a los posmodernos, que bajo la adulación hacia la alteridad, lo absoluto, la otredad y otras zarandajas por el estilo no hacían sino entro-

nizar lo femenino mientras desdeñaban a las mujeres de carne y hueso, cuyos nombres no añado para no seguir dándoles lustre, total, la mayor parte de la gente no ha oído ni siquiera hablar de ellos.

Pues a ese desprecio secular por parte de los hombres se añade ahora la misoginia de los varones que se auto identifican como mujeres que, elevando a los altares lo femenino, ridiculizan, insultan, vejan, desprecian y vilipendian a las hembras de la especie, a las que vampirizan en lo que creen es la feminidad, mientras desdeñan sus reivindicaciones y sus luchas. Solo hay que ver los mensajes que se emiten en las redes sociales.

Los auto identificados como mujeres ya no necesitan adoptar el aspecto fisiológico femenino, sino solo sus estereotipos: pintarse las uñas, dejarse el cabello largo, ponerse tacones, vestir abalorios, llevar abanico, perfilarse las pestañas con rímel, etc. Todo lo que las mujeres de toda la vida han tenido que sufrir como parte del proceso de socialización para cumplir con el rol que se les ha atribuido (ser hermosos objetos de admiración), ahora resulta que lo imitan los varones. Pero en lugar de hacer todo eso si les apetece sin renunciar a su condición de hombres (cosa que estaría bien), en su inmensa cobardía tienen que auto definirse como mujeres para poder mostrarse femeninos. Eso sí, continúan ensalzando sus penes y sus atributos masculinos, de los que no dejan de alardear cuando se tercia, lo que pone de relieve, aún más si cabe, el androcentrismo del que parten y del cual son incapaces de prescindir.

Si los hombres combatieran los rígidos corsés masculinos (el género) y adoptasen los estereotipos femeninos podría considerarse transgresor en sí mismo, pero no es eso lo que está ocurriendo. En lugar de cuestionar la masculinidad hegemónica, desmontarla para que sea menos asfixiante, lo que pretenden es resignificar lo que es ser mujer, pero sin contar con ellas, imponiendo sus criterios, sus definiciones, sus creencias o sus deseos.

No teníamos bastante con la misoginia viril, ahora tenemos que enfrentarnos a la misoginia femenil de los varones que intentan apropiarse de un cascarón, pues el molde de lo que ellos consideran femenino a nosotras las mujeres no nos interesa. Se lo regalamos. Lo que no estamos dispuestas es a que los delirantes deseos de varones autoginefílicos (que se ven a sí mismos como mujeres) acabe conformando y designando lo que es ser mujer. Y mucho menos que este disparate acabe impregnando el sistema legal, político, médico, científico o educativo.

Tenemos pues misoginia al cuadrado, que podría elevarse al cubo si añadimos a todas las mujeres que por las razones que ellas sabrán se han sumado con entusiasmo a esta ofensiva. ¡Varones, vestíos de mujer si os apetece, nada que objetar; pero no vamos a dejar que nos heterodesignéis (leed a Simone de Beauvoir) y nos resignifiquéis recurriendo de nuevo a vuestro poder! Poder que esta ínfima parte de la población no tendría si no fuese por los intereses económicos y políticos de importantes empresas, fundaciones, instituciones, universidades y medios de comunicación que han hecho de esta sinrazón su propia causa.

Antes como hombres, ahora como mujeres, queréis seguir dictando e imponiendo vuestro criterio. Las feministas no os lo vamos a consentir.

Ser mujer es tener menos testosterona (3-08-2021)

Voy a proponer una nueva definición a la Real Academia: Mujer, individuo que tiene menos de 10 nanomoles de testosterona. Por lo visto tener esta cantidad de hormonas más el deseo ya te convierte en mujer. Cualquiera que cumpla este requisito puede considerarse mujer y competir en los Juegos Olímpicos, donde se abre una nueva luz al hacer estas competiciones mucho más justas, según Radiotelevisión Española, El País, La Vanguardia y otros medios, que han contado el evento como un logro de la inclusividad. Los que están transcurriendo ahora son los Primeros Juegos Transgénero de la Historia de la Humanidad donde por fin se va a hacer justicia a los hombres identificados como mujeres, que se veían injustamente postergados frente a las féminas por el simple hecho de tener demasiada testosterona.

Porque como todo el mundo sabe las diferencias fisiológicas y anatómicas entre hombres y mujeres no existen, y solo difieren en la cantidad de hormonas masculinas. No estrógenos, progesterona u otro tipo: si tienes menos de 10 nanomoles de testosterona y así lo deseas eres mujer, y nadie va a rechistar si por esa nimiedad dejas fuera de la competición a mujeres biológicas, que como mucho tienen menos de 5 nanomoles. Los deseos masculinos antes que nada.

Si esto hubiera pasado hace diez o incluso cinco años, todos los medios serios y menos serios hubieran puesto el grito en el cielo, que cómo se puede hacer competir a los hombres contra las mujeres, que qué injusticia se habría cometido, que hay que apoyar el deporte femenino. Después de que el Lobby Trans Fármaco-Tecnológico llevara a la práctica la teoría de Butler según la cual el sexo es una construcción social y no una realidad material, pues ¡hala! todo el mundo a bendecir la inclusión y la diversidad.

Los muy acérrimos partidarios de la igualdad entre los sexos (las feministas nos quedamos en mantilla ante estos nuevos igualitaristas furibundos) defienden que las competiciones tienen que ser por edad, peso y altura, tres características que según las leyes de la combinatoria daría como resultado como mínimo 27 categorías diferentes. Por lo que se ve, creen que la edad, el peso o la altura son rasgos objetivos, mientras que el sexo es como sabemos un sentimiento interior. No reparan en que hay personas mayores que se sienten jóvenes, delgadas que se sienten gordas, y bajos que creen ser más altos, pues en cuanto a sentimientos cada cual es libre de sentir lo que quiera. Y ¿como es que desde que se iniciaron los Juegos de la Edad Moderna nadie ha cuestionado la división por sexos de las disciplinas deportivas? Pues porque todo el mundo ha asumido que era el sexo biológico y no el sentido el que requería categorías distintas. ¿Por qué ahora debería ser diferente? Pregunta que las feministas hacemos, pero como Mario Conde, nadie responde.

Siguiendo con la lógica del igualitarismo llevado al paroxismo habría que eliminar los Paralímpicos y hacer que corran los que tienen dos piernas con los que tienen una, o que naden los que tienen dos brazos con los mancos... o que tiren al plato los que ven con los invidentes. Ese es el nuevo paradigma de la igualdad: todos somos iguales y cualquier salvedad es discriminación. Retorcer los conceptos hasta desvirtuarlos, vaciar de contenido la lucha de las mujeres y desactivar las reivindicaciones del feminismo.

En estos Primeros Juegos Transgénero de la Nueva Humanidad, parece que sólo convenía hacer acto de presencia para calibrar el impacto, no subir al podio. Hubiera creado mucha polémica ver ganar el oro a una persona que por muy mujer que se sienta y mucha testosterona que haya reducido continúa teniendo músculos, capacidad pulmonar, envergadura ósea, fuerza etc. propias de su trayectoria biológica viril. Ni ganar ni perder. Pero no me digan

que no es sospechoso que una persona que compite en unos Juegos Olímpicos haga tres intentos nulos con 125 kilos cuando había ganado medallas levantando más peso. Suena más a «echemos un globo sonda» a ver cómo respira el personal. Ya tendremos tiempo de usurpar a las féminas el pedestal.

El sueño de Pierre de Coubertin hecho realidad 125 años después: «El papel que la mujer debería desarrollar en los Juegos es el mismo que habrían desarrollado en la Grecia Antigua: coronar a los vencedores», dijo el Barón. Y los medios de comunicación, esos creadores, amplificadores, manipuladores y tergiversadores de la realidad, dando palmas con las orejas. Desde aquí os lo digo: sois más cortos que las mangas de un chaleco. Y no me pienso disculpar si alguien se ofende, ya somos mayorcitos para seguir creyendo que los niños vienen de París.

No binarios, X y otros (8-08-2021)

Este tema me empieza a cansar, pero como la sinrazón actual avanza a pasos agigantados, voy a ver si soy capaz de dar algunos argumentos racionales más allá de los que dio Irene Montero cuando le preguntaron qué eran las personas no binarias (Son personas no binarias, contestó).

En esta enloquecida carrera hacia ninguna parte, al principio se hablaba de transexuales, que eran aquellas personas que sentían un deseo imperioso de cambiar su sexo al contrario, para lo que era necesario iniciar un proceso de hormonación que podía acabar con la cirugía de reasignación. Más adelante —pero todo en un tiempo récord— se empezó a popularizar el concepto *trans*, un paraguas bajo el que se guarecían todos aquellos que decían no sentirse identificados con el sexo de nacimiento (al que llaman *asignado*) y que podía incorporar cambios anatómicos parciales para adoptar la apariencia del sexo opuesto.

Pero no había habido tiempo ni siquiera de consolidar lo *trans* que emerge una nueva *identidad*, con la que muchos empiezan a dejar atrás este concepto tan repentinamente obsoleto para pasar a identificarse como No Binarios (NB) que ya no requiere ningún cambio hormonal ni anatómico, pues sim-

plemente significa que no se identifican ni como hombre ni como mujer. Una etiqueta cómoda que no compromete a nada y en cambio te hace aparecer como lo más transgresor del mundo.

Todo esto se produce al ignorar deliberadamente la existencia del sexo biológico y sustituirlo por una noción tan culturalmente construida como el género. ¿Qué tiene de específico declararse No Binario? Para empezar, implica que existe lo binario de manera innata, por oposición a lo cual se define. Los No Binarios de hecho aceptan que hay una esencia masculina y otra femenina, sin reparar en que estos conceptos han sido previamente definidos por el patriarcado, pues qué es lo femenino, qué lo masculino no es más que una convención cultural desarrollada a lo largo de milenios.

Implica, además, reforzar los roles y estereotipos atribuidos a cada sexo y la creación de una nueva categoría humana que en nada difiere de los dos sexos en que se divide la especie, pues los No Binarios siguen siendo tan machos o tan hembras como el que más. Quizá por ello algunos de los No Binarios que han obtenido su documento de identidad (por ejemplo, en Argentina) donde consta que son NB, X, u Otros para referirse a su singularidad, han mostrado una cierta decepción al afirmar que tampoco se sienten representados bajo esas denominaciones. ¿Y cómo creen que se deberían ver reflejados, si el género no constituye sino un corsé al que todas las personas nos tenemos que amoldar? ¿Qué esperaban, que el DNI reflejase cualquiera de las *tropecientas identidades de género* que circulan por internet?

El sexo es binario (XX, XY) y hace falta insistir en que la intersexualidad no es un tercer sexo, como tampoco nacer con síndrome de Down convierte a estas personas en una categoría humana distinta de los demás, pese a que tengan 47 cromosomas en lugar de 46, por poner un ejemplo de alteración genética frecuente.

El género puede ser actuado de formas diferentes: se puede ser una mujer masculina o un hombre femenino pues a diferencia del sexo, admite una gradación. Mostrar la insatisfacción con el género que se nos ha impuesto es lo más normal del mundo, y quien más y quien menos ha sentido en algún momento esa incomodidad. Las feministas llevamos siglos luchando contra esta imposición, por eso planteamos que lo que hay que abolir es el género, no el sexo, que por otra parte no tendría que condicionar el proyecto de vida de nadie. ¿Por qué los inconformistas de género no se unen a este principio

revolucionario y emancipador? Quienes reclaman la No Binariedad no solo no representan ningún peligro para el mantenimiento del patriarcado, sino que lo que hacen es perpetuar la existencia de los estereotipos, creando una nueva identidad a la que el mercado no tardará en vampirizar.

Oscurantismo frente a ilustración (20-08-2021)

Qué cómodo resulta escribir, posicionarse, mostrar solidaridad o criticar desde el confort de una situación estable, tanto política como económicamente. Lo digo por mí y por muchas personas que nos dedicamos a escribir, a pensar, a reflexionar o a mover papeles de un lado para otro. Sí, es muy fácil empatizar en la distancia con las mujeres afganas o de cualquier otro sitio. Indignarse o mostrar comprensión, ser más progresista que nadie o más radical.

También es muy fácil aceptar o defender posiciones, costumbres o situaciones desde la certeza que da el saber que no tendremos que someternos a ellas, sea llevar velo, prostituirse o alquilar el útero para que otros cumplan sus deseos. Sí, la verdad es que es muy fácil observar los toros desde la barrera, y pontificar sobre todo lo humano y lo divino desde la comodidad de habitar en un lugar que, aunque no exento de problemas, permite gestionar la propia vida sin el temor a que te peguen un tiro por expresar tu opinión.

Por eso tenemos que seguir apostando porque el oscurantismo que nos acecha no acabe con la racionalidad propia de la ilustración. Oscurantismo e ilustración puede que resulten dos palabras actualmente en desuso, y que pueden parecer periclitadas pero la verdad es que están más vivas que nunca, y las saco a colación porque el escritor y cineasta afgano Atiq Rahimi declaraba ayer (*El País*, 19 agosto 2021) que lo que ha ocurrido en su país es la victoria del oscurantismo sobre la ilustración.

Que se oculte deliberadamente información a la población, que se impida el debate público de las consecuencias de una ley, o se soliciten alegaciones a un proyecto en período semi inhábil o vacacional (como ha ocurrido con el Anteproyecto de ley para la igualdad real y efectiva de las personas *trans* y para la garantía de los derechos de las personas LGTBI) son maniobras oscu-

rantistas, las realice un gobierno progresista o conservador.

Es oscurantismo promover creencias que contravienen todas las evidencias científicas, como afirmar que el sexo «se asigna», o expandir entre la población la idea de que se puede cambiar de sexo a voluntad, como es oscurantismo entronizar la idea de hay criaturas que «nacen» *trans* y que por tanto tienen que adecuarse a esa misteriosa esencia interior que les dice que sus cuerpos están equivocados y les conmina a modificarlos a base de cirugías u hormonación.

Es oscurantismo que los medios de comunicación eludan investigar y reflejar problemas que se están dando a nivel internacional como consecuencia de las leyes de autodeterminación de sexo, y que solo muestren versiones edulcoradas de un tema que está siendo promovido por oscuros intereses económicos.

Es oscurantismo promover ideas religiosas que justifiquen la subordinación de las mujeres haciéndolas pasar por *empoderantes* o liberadoras cuando lo único que pretenden es garantizar su sumisión ante un estado de cosas que ellas no han elegido. Es oscurantismo presentar felices madres o padres que han comprado a una criatura sin hacer ninguna referencia a las mujeres que las han parido, como si los bebés hubieran surgido de debajo de una col. Dar relieve a los aspectos *glamurosos* de fenómenos que tienen una cara oculta tétrica y sombría también es oscurantismo.

El único antídoto para el oscurantismo es la transparencia, es decir, la ilustración, el conocimiento basado en las evidencias empíricas, en los datos reales, en los hechos contrastados, en las ideas tamizadas a la luz de la razón. En menos de dos semanas he leído declaraciones en este sentido de dos personalidades: Denis Itxaso, delegado del Gobierno en el País Vasco declaraba que «No vamos a elevar asuntos identitarios a la categoría de derecho político» y Tomás de la Quadra Salcedo afirmaba que «la democracia no se basa en sentimientos, sino en el respeto a las reglas del juego y de los valores compartidos» (*El País*, 9 y 10 de agosto de 2021, respectivamente).

A ver si estos razonamientos se aplican a todas las cuestiones colectivas y no solo a la organización territorial o a cuestiones judiciales. Estamos en una fase de oscurantismo galopante inducido por la derecha y por la izquierda que, con la inestimable ayuda de los medios de comunicación, nos quieren

perplejos, atónitos, embrutecidos, ignorantes e impotentes. Esparciendo doctrinas acientíficas, dogmas de fe e hipótesis no demostradas, como sigamos así se va a sustituir la ciencia por la magia, la razón por la superchería y el estado de derecho por la ley del talión.

Mujeres y otros colectivos vulnerables (30-08-2021)

En los últimos tiempos es muy frecuente leer o escuchar supuestas defensas de derechos englobados bajo la fórmula «mujeres y otros colectivos vulnerables». Preocuparse por las mujeres o por grupos que sufren cualquier tipo de discriminación es muy de loable además de necesario, pero me gustaría llamar la atención sobre algunos aspectos que pasan desapercibidos en esta formulación.

En lo primero que habría que reparar al hacer esta afirmación es que automáticamente las mujeres quedan convertidas en un «colectivo vulnerable» más, cuando en puridad las mujeres conformamos la mayoría de la población. La mitad de la humanidad no es un «colectivo vulnerable» sino una de las dos formas de encarnación humana por cuya naturaleza sexuada es situada en una posición subordinada respecto a la otra mitad de la humanidad, que por la misma razón conformaría el «colectivo» opuesto.

Los colectivos son grupos de personas, más o menos numerosos, pero no mayoritarios, que comparten una problemática común a la que se pretende dar solución. La subordinación de las mujeres no es equiparable a ningún otro problema que pueda padecer cualquier otro colectivo, pues es el resultado de una estratificación social, una división de la especie en dos... y nada más que dos sexos que se jerarquizan otorgando más importancia, relieve, prestigio y derechos a un sexo que al otro. Considerar a las mujeres un «colectivo» a proteger es eludir la evidencia de su presencia mayoritaria en la sociedad.

Por otra parte, esos otros colectivos vulnerables a los que con frecuencia se equipara a las mujeres son los que se engloban bajo las siglas LGTBIQ+, destino al que parece indisolublemente unida la existencia de las mujeres, sin reparar en la heterogeneidad de las problemáticas subsumidas en tales siglas,

y en la contradicción en los términos que implica. Además

Efectivamente, en la comunidad LGTBIQ+ conviven múltiples y no siempre coincidentes problemáticas, y según estamos viendo actualmente, con la preponderancia de la T respecto a cualquiera de las otras letras, asistimos a una fundamental incompatibilidad entre las posturas defendidas por el colectivo representado por la T y las demandas del feminismo; este conflicto es irresoluble desde el momento en que unos pretenden entronizar el género como único baremo identitario, reduciendo el sexo a la irrelevancia mientras que las otras consideran que el sexo es la base de la desigualdad, y el género un constructo social a abolir.

Pero no solo se produce una viva incompatibilidad entre las posturas defendidas por el transactivismo y el feminismo, sino que también hay importantes discrepancias entre los diferentes componentes del colectivo LGTBIQ+ cuyos intereses son a veces contrapuestos. Prueba de ello es la escisión denominada Alianza LGB que está siendo calificada de transfobia por su desacuerdo con los planteamientos dominantes en el colectivo de procedencia.

Las lesbianas (que también son mujeres, no hay que olvidarlo) se quejan por su parte de las presiones a las que las someten los transactivistas si rechazan tener relaciones con transfemeninos. Los B y los I parecen estar en tierra de nadie y la Q empieza a engordar con la incorporación de quienes se auto-definen como No Binarios, y se alarga con ese + dispuesto a acoger a esa panoplia de géneros que tengan a bien inventarse en el presente o en el futuro.

La razón fundamental por la que no habría que unir en la misma frase a «las mujeres y otros colectivos vulnerables» es porque la comunidad LGTBIQ+ ha instituido la sexualidad como campo de reivindicación, mientras que las mujeres no solo buscan el reconocimiento de una sexualidad propia (que también), sino que el objetivo principal es dejar de ocupar esa posición social que las subordina en todos los ámbitos de la vida. Vivir la sexualidad libremente es muy importante, pero más importante es conseguir que hombres y mujeres sean seres equivalentes en una sociedad libre.

Mujeres al paredón (6-09-2021)

A las mujeres nos han puesto en un pedestal siempre que cumpliéramos adecuadamente con el papel que el patriarcado nos ha reservado: cumplir bien como reproductoras y cuidadoras de la especie, por un lado, y ser hermosos trofeos siempre dispuestas para lucir junto al héroe (por llamarlo de alguna manera) a ser posible en silencio. Siendo complacientes y bellas tenemos garantizado un espacio en los altares. Si ya no pueden concebir, las mujeres maduras tienen que seguir aparentando que son jóvenes eternamente. Y si no, a hacer de abuelitas, tanto en la vida real como en la simbólica.

Pero como personas pensantes con sus propios deseos, anhelos y proyectos de vida y de sociedad, nos desprecian. No hay más que ver la feroz campaña de desprestigio a nivel internacional que se está acometiendo contra las mujeres en general, y contra las feministas críticas de la identidad de género, en particular. Se nos ríen en la cara. Nos llaman brujas. Nos agreden si reivindicamos nuestros derechos. Se invaden nuestros espacios. Nos eliminan del lenguaje. Se prohíbe hablar de nuestros cuerpos. Se las lleva a juicio por decir que el sexo biológico existe y es binario. Se cancelan sus cuentas en redes sin dar explicaciones... Y todo ello ante el silencio cómplice de los medios de comunicación, las instituciones y entidades y la aquiescencia de las colaboradoras necesarias. Las mujeres serían enviadas al paredón si no fuese porque aún hacen falta para reproducir la especie.

En el momento en que las mujeres ya no sean útiles para tener descendencia es muy posible que nos fusilen a todas. Para las cuestiones de coyunda bastará con las mujeres trans, que como ellas mismas dicen a quien las quiera oír (en Twitter se oye con frecuencia) son más guapas, más complacientes y follan mejor. Y si se trata de meter algo en un agujero, basta con el trasero, siguiendo la teoría de Paul B. Preciado de colectivizar el ano.

Para la reproducción de la especie también pueden contar con los hombres trans que como están reclamando sus derechos reproductivos pueden servir perfectamente para este cometido mientras no se invente la incubadora artificial o se popularicen los trasplantes de útero, objetivo que estará disponible en un futuro no muy lejano, vistos los esfuerzos investigadores que se están llevando a cabo en este sentido.

Sustituidas las mujeres biológicas en el sexo y en la maternidad ya no harán ninguna falta, salvo como donantes altruistas de sus matrices para que los hombres puedan satisfacer su deseo de reproducir sus genes, ellos siempre tan narcisistas, qué haría el mundo si desapareciera su rastro. Todas las que no sean necesarias para este fin podrán ser aniquiladas: el sueño patriarcal hecho realidad. Porque las mujeres siempre hemos sido un incordio, siempre protestando, siempre insatisfechas, dando el coño, reclamando derechos, pidiendo cambios, inmiscuyéndose en política, queriendo gobernar, Maria Cristina, y ellos siguiéndonos la corriente, pero todo tiene un límite. Por fin podrán ser eliminados esos seres insidiosos, incomprensibles y molestos que amargan la vida a los pobres, nobles, pacíficos varones que lo único que quieren es continuar siendo los amos del universo, aunque ahora muchos de ellos con tacones y purpurina.

Pues aquí tenéis vuestro universo, que en poco tiempo superará la teocracia de Gilead inventada por Margaret Atwood. Os lo podéis meter por donde os quepa.

Desactivar el feminismo apropiándose de él (18-09-2021)

El feminismo es un movimiento social que ha descansado en una teoría política muy concreta: la consideración de que las mujeres han de ser sujetos de pleno derecho no subordinadas a los varones (por resumir). Por tanto, va a la raíz del problema, pues toda sociedad — y no me vengan con el cuento de tribus idílicas igualitarias que se pasaban el día cantando en el paraíso terrenal — se ha estructurado según la división sexual del trabajo. Los varones se han encargado de las actividades productivas, militares y del ejercicio del poder, y las mujeres han desempeñado las labores reproductivas y del mantenimiento de la vida. Esta estructura social ha venido determinada por el sexo biológico de nacimiento, y pese a los cambios que han podido producirse en algunos lugares del planeta, todavía sigue estando vigente. En la mayoría de los países las mujeres se siguen encargando de los cuidados, y los hombres de las actividades productivas, militares y de poder.

Este reparto ha propiciado la desigualdad entre hombres y mujeres al haber sido valoradas como más importantes las actividades productivas que las reproductivas, aunque hoy sabemos que sin las tareas de cuidado la vida humana es inviable. Poner de relieve esta injusta asimetría e intentar superarla ha sido uno de los objetivos del feminismo desde su nacimiento.

El feminismo desafía la autoridad de los hombres y reclama para las mujeres los mismos derechos y consideración, y plantea que el sexo no debe ser determinante para el desarrollo pleno de las personas, pero sostiene que en él está la base de la desigualdad. El feminismo dinamita el orden patriarcal. Por eso era importante encontrar una manera de desactivarlo: se estaba extendiendo demasiado, estaba influyendo en la práctica totalidad de los países del mundo, las mujeres de todo el planeta protestaban, con más o menos posibilidades de éxito, y la toma de conciencia de casi todas era ya una realidad incontestable. El feminismo estaba empezando a desestabilizar el sistema. Combatirlo desde fuera era difícil, porque es imposible no entender que sus reivindicaciones y demandas son justas.

El desmantelamiento del feminismo tenía que venir desde dentro, y así ha sido. Empecemos por dividirlo en múltiples facciones: hay feminismos para todos los gustos, que cada cual entienda por feminismo lo que quiera; sigamos por convertirlo en folklore, hacerlo compatible con el capitalismo más salvaje (camisetas de lujo con la leyenda *I Am Feminist*); y acabemos por difuminar su sujeto político, que queda reducido a una parodia: ser mujer es *performar* lo femenino, cualquiera que lo desee puede ser mujer, cuyos cuerpos, no obstante, hay que seguir ocultando (Afganistán, por ejemplo) o exhibiendo como objeto sexual, según convenga.

Y la última vuelta de tuerca: expulsemos del feminismo a todas aquellas que no comulguen con la nueva definición. Busquemos un insulto para descalificarlas (pongamos que las llamamos *Terf*) e identifiquémoslas con los movimientos reaccionarios. Propaguemos que se oponen a los derechos humanos de los colectivos más vulnerables (*trans*, prostitutas, migrantes, *racializadas*), y que son unas privilegiadas que solo desean mantener sus cuotas de poder. Ya tenemos un nuevo movimiento feminista renovado perfectamente compatible no solo con el patriarcado, sino con el capitalismo global. (Véase un ejemplo en [SModa](#) num. 278, 2021).

Las feministas de toda la vida lo tenemos muy crudo, porque tenemos que luchar en dos frentes opuestos: la izquierda, cómplice e impulsora de esta metamorfosis, y la derecha, que intenta patrimonializar valores que nunca ha defendido. Feministas de todo el mundo uníos: tenemos que organizarnos contra estos dos enemigos. Otra vez.

Ser mujer, una cuestión geopolítica (29-09-2021)

Ser mujer se ha convertido en una cuestión geopolítica, pues depende del lugar del que hablemos cambia quienes pueden ser incluidas en esta categoría. Así, cuando se habla de «las mujeres afganas», todo el mundo incluye aquellos seres humanos que se definen por el sexo con el que nacieron, sin que al parecer haya ambigüedades respecto a quien debe ser considerada mujer o no. En aquel contexto las mujeres se tienen que velar, son expulsadas de las universidades o centros laborales y tienen restricciones para salir a la calle solas. No parece que los políticos y politólogos y resto del personal incluyan entre las «mujeres afganas» a hombres autoidentificados como mujeres. A nadie parece ocurrírsele que también en Afganistán haya personas *trans* que deseen transitar de un sexo al otro.

En cambio, en otros lugares, en la categoría mujeres parece que se puede incluir una diversidad de «*cuerpos*» que ya no viene dado por el sexo, sino por la voluntad individual de pertenecer a un colectivo u otro. Así, en las redes sociales vemos circular una variedad de imágenes todas las cuales reclaman pertenecer al colectivo femenino: varones que han experimentado reasignación de sexo, varones que han transicionado y ahora tienen aspecto *femenil* pero siguen conservando los atributos varoniles; varones que siguen teniendo una fisonomía viril (léase aspecto de hombre convencional, con barba, bigote, vello corporal, calva incipiente o avanzada) pero que se autoidentifican como mujeres no-normativas, etc.

Los políticos, politólogos, instituciones, empresas e incluso revistas científicas han cortado por lo sano y en lugar de hablar de *mujeres*, dada la diversidad de tipologías que pueden entrar en esta categoría, han decidido referirse a *cuerpos con vagina* (*The Lancet*) *propietarias de cérvix*, *personas menstruantes*,

propietarias de úteros etc. Desde algunos contextos culturales occidentales ahora la palabra mujer queda reservada para aquellos que así se sienten (sean del sexo que sean) de tal manera que quedamos automáticamente fuera de esta categoría todas las que no *nos sentimos* mujeres. Como no puede ser de otra manera, esto genera importantes problemas a la hora de hablar o escribir o nombrar a la mitad de la humanidad que ha parido a las dos mitades que conforman el género humano. La misma revista *The Lancet* se refiere a los varones como hombres, en una incongruencia lingüística de difícil comprensión. Los *hombres* no se convierten en *cuerpos con penes*, por qué será.

Otros lo resuelven no citando la palabra *mujer*, y haciendo verdaderos malabarismos verbales: por ejemplo, la Generalitat ha lanzado la campaña Transformación Feminista, en la que se aboga por «la equidad menstrual» «el despliegue de la ley de igualdad de trato y no discriminación» «el nuevo modelo de abordaje de las violencias sexuales», pero en todo el florido texto de la campaña no aparece ni una sola vez la palabra «mujeres». Según esta campaña la violencia no tiene sexo ni género, y todas las víctimas son iguales, y las pone «en el centro». (¿No es esto lo que defiende también la ultraderecha?).

La ministra de Igualdad utiliza la categoría mujeres según le convenga: a veces incluye a las *trans*, a los no binarios, pero otras veces habla de las mujeres en sentido restringido, como en el ejemplo de las afganas o para hablar del aborto, donde parece que solo incluye a las que han nacido hembras. ¿En qué quedamos?

Convertir una realidad material como es ser mujer en un concepto geopolítico a utilizar según el territorio o la situación desde la que se habla no está exento de riesgos, desde luego, y no es menor la gran empanada mental que está provocando en gran parte de la población, además de los destrozos que está causando y va a causar entre la juventud y en la infancia.

Esta operación no es solo geopolítica, sino también comercial. Quien quiera saber cómo se financia tiene amplia información en la web Contra el borrado de las mujeres, y en las reflexiones de Elena Armesto La industria de la identidad de género. Pese a que sé que hay mucho dinero en juego, me deja perpleja que sea tanto como para cerrar la boca a medios, periodistas, políticos, investigadores, científicos, universidades, educadores y un largo etc. que o bien se ha dejado abducir de buena fe por las patrañas de esta ideología o bien recibe un buen trozo en el reparto del pastel.

Mientras tanto, a quienes osamos criticar abiertamente este despropósito teórico, conceptual y político de tan graves consecuencias prácticas se nos intenta acallar acusándonos de tráfobas, de ultraderechistas o de terfs. Y el resto de perfil, sin mojarse, viéndolas venir.

Nos sobran los motivos (6-10-2021)

Con permiso de Sabina he tomado prestado el título de una de sus canciones para apoyar la manifestación que bajo el título «La fuerza de las mujeres, el futuro de todas» se celebrará en Madrid el próximo 23 de octubre. Y sí, nos sobran los motivos para protestar, para gritar, para incendiar, para quemar, para bombardear. Porque la ignominia a la que se está sometiendo a las mujeres no tiene nombre.

Que hasta decir «mujer» se esté convirtiendo en una palabra que pone en aprieto a la gente, que rehuya pronunciarla, que se estén inventando perífrasis delirantes para referirse a nuestra biología, como «cuerpos con vagina», «seres menstruantes» «gente que menstrúa», «propietarias de cervix», y más difícil todavía, «individuos con sexo vaginal receptivo», todo esto no es más que el resultado del delirio transgenerista, que lo ha devorado todo tras una intensa operación ideológica perfectamente orquestada por el Lobby Trans y sus adláteres: medios de comunicación, partidos políticos, universidades, empresas, industria farmacológica...

Nos sobran los motivos porque no hace falta redefinir lo que es ser mujer (nadie plantea que haya que redefinir lo que es ser hombre), pero en caso de que fuese necesario no se puede hacer sin las mujeres, y solo para dar satisfacción a los deseos autoginefílicos de una minoría social.

Nos sobran los motivos porque el feminismo, que es internacionalista por mucho que les pese a los partidarios del relativismo moral, se solidariza con las mujeres allá donde quiera que exista desigualdad, subordinación, desprecio o humillación.

Estamos con las mujeres afganas a las que se les impide trabajar, asistir a la escuela, a la universidad o participar en la vida pública, además de tener que vestir como fantasmas para no despertar la lujuria viril.

Estamos con las mujeres de Ucrania o de cualquier lugar al que se recurra para obtener «vientres de obra» (la mano se ha trastocado en útero) para satisfacer los deseos de gente adinerada que quiere darse el gusto de propagar sus genes, pero o no quiere o no puede hacerlo con su propio cuerpo. Que otra te incube la criatura mientras tu aprovechas el tiempo para hacer carrera política, académica, deportiva o cultural.

Estamos con las mujeres y niñas traficadas que son carne de cañón para satisfacer el mercado de la prostitución, uno de los más lucrativos del planeta, y contra la idea de que prostituirse es un trabajo como otro cualquiera, pero mira por dónde quienes lo ejercen son en su mayoría mujeres empobrecidas que lo hacen como estrategia de supervivencia, no por vocación. Estamos hartas de que se diga que las mujeres lo eligen.

Estamos con las mujeres a las que se les pone trabas para poder abortar, a las que se humilla o insulta por ejercer un derecho inalienable que ha de poder ser realizado sin poner en riesgo la salud.

Estamos muy hartas de los gobiernos, y muy especialmente del nuestro y su Ministerio de Igualdad, que se embarca en leyes disparatadas sin evaluar la trascendencia y las consecuencias prácticas de las mismas, como es la que podría permitir la autodeterminación del sexo, el bloqueo de la pubertad o las sanciones económicas por decir evidencias como que el sexo no se asigna o que no se puede cambiar, todo lo cual podría ser interpretado como discurso de odio o expresiones vejatorias.

Nos sobran los motivos porque la violencia se sigue cobrando vidas de mujeres que se atreven a desafiar la autoridad de sus parejas, o poner fin a la relación afectiva, o empezar una nueva vida; o se ejerce contra aquellas que salen solas por la noche, que vuelven tarde, que hacen uso de una libertad de la que algunos hombres quieren despojarlas con o sin su consentimiento (de ellas). Aceptar tomar una copa no quiere decir que estés deseando que te violen. Estamos hartas de agresiones sexuales contra las criaturas, y contra la utilización de jóvenes y adolescentes en la pornografía, auténtica escuela de violencia y sumisión.

Nos sobran los motivos para salir a la calle, para gritar, para incendiar, para bombardear. Y solo nuestro sentido de la responsabilidad hará que protestemos pacíficamente, aunque el cuerpo nos pida devolver la violencia de todo tipo que se está ejerciendo contra nosotras.

El lado correcto de la historia (13-10-2021)

El caso de la profesora de filosofía de la Universidad de Sussex, Kathleen Stock, ha salido a la luz ahora, pero lleva mucho tiempo escribiendo y reflexionando sobre lo que estaba ocurriendo en la universidad con el tema de «la identidad de género». En noviembre de 2020 escribió un artículo titulado La espiral de la muerte del feminismo académico que suscribo en su totalidad. En él, la profesora explica las razones que han llevado a la academia a rendirse al pensamiento *queer* sin prácticamente oposición. Yo también aporté mi granito de arena a través de las columnas que publiqué en el diario Publico.es antes de que prescindieran de mi colaboración y, básicamente, coincido con su análisis.

Hace unos días, un sindicato de la Universidad de Sussex ha hecho público un comunicado en el que incondicionalmente toma partido por la comunidad trans y no binaria (sea lo que sea esta denominación) y aunque no cita a la profesora, todo el mundo sabe que se refiere a las acusaciones de transfobia que esta docente ha recibido y a la petición de estudiantes de que sea despedida.

¿Y qué dice esta profesora que merezca ser apartada de la docencia, a la que aconsejan que trabaje on line, que ponga cámaras de vigilancia en su domicilio o que solicite protección policial? Pues si se leen sus artículos lo que dice es lo que sostendría hasta hace bien poco tiempo el 95% o más de la población si se le hubiera preguntado y no se hubiera hecho el lavado de cerebro que se ha producido: que el sexo biológico es inmutable, que no se puede cambiar, que la identidad de género es un concepto cuestionable y no se puede convertir en una patente de corso para atacar, desprestigiar, acosar o silenciar a toda persona que discrepe de este nuevo mito identitario.

Cuestionar la identidad de género, defender que el sexo biológico es la causa fundamental de la opresión de las mujeres, analizar las consecuencias que la autodeterminación de género tiene para el conjunto de la sociedad, mantener una postura crítica respecto a la idea de que cada uno pueda autoidentificarse como le dé la gana y que esto tenga efectos jurídicos, en definitiva, mantener una postura intelectualmente crítica ante cualquier fenómeno no solo no es estar contra los derechos de nadie, sino que es la obligación de cualquier docente que merezca ser parte del lugar de conocimiento que debería ser la universidad.

Colegir que pensar, reflexionar, analizar, diseccionar las nuevas definiciones sobre el sexo, el género, la sexualidad, los roles y estereotipos sociales etc. es transfobia es asumir acríticamente una postura que más que postulado teórico pretende ser dogma de fe. No estamos en el siglo XVII, ni la Universidad puede actuar como la Inquisición que condenó a Galileo en 1633 por defender lo que *mutatis mutandis* hoy defiende la profesora Stock: a saber, que el sexo biológico no se puede cambiar y que importa para el estudio e interpretación de la sociedad.

¿Cuánto tiempo más va a estar la universidad acobardada, defendiendo a inquisidores e intolerantes que se escudan bajo banderas supuestamente transgresoras para imponer una ideología que remite a Santo Tomás y otros escolásticos medievales? Estar en el lado correcto de la historia es pensar con rigor y honestidad, defender públicamente unos postulados basándose en la ciencia y no en la superchería o la religión. El tiempo dirá quién está en el lado correcto de la historia, si los nuevos cazadores de brujas o la profesora Stock.

Lo que tenemos entre las piernas (27-10-2021)

Margaret Atwood, la autora de *El cuento de la criada*, se pregunta por qué no podemos seguir utilizando la palabra mujer. En Twitter hay respuestas indignadas, pero también otras que con condescendencia y comprensión le dicen que sí, que se podrá seguir utilizando, pero no cuando haga referencia a la biología, porque entonces no es inclusiva.

O sea, muchos y muchas bienintencionados le dicen que cuando se hable de mujeres se refieran al envoltorio, al aspecto, a la apariencia exterior: es decir, al estereotipo. Ser mujer por tanto no tiene nada que ver con el cuerpo, porque según expresión que se viene utilizando últimamente «a nadie le importa lo que tenemos entre las piernas».

Dicho así parece tan transgresor, tan igualitario, tan moderno, tan superador de desigualdades que seguro que muchos (y, ¡ay! muchas), suscribirán tal aserto, porque, así, de entrada, no debería importar lo que tengamos entre las piernas. Se supone que creen que tener una cosa u otra es algo así como la religión, una cosa privada, íntima, de la que no hay que hacer alarde, como tantos otros aspectos que nos distinguen y que no declaramos en público.

En una sociedad donde no hubiera desigualdad, donde todos fuésemos iguales, donde no hubiera conceptos tales como subordinación, hegemonía, discriminación, poder, etc. En una sociedad ideal, en una especie de paraíso terrenal naturalmente que no importaría lo que tuviéramos entre las piernas. Pero da la casualidad de que toda sociedad conocida (y no me vengan con el cuento de lugares idílicos) se ha estructurado en primera instancia por la diferencia sexual. Y esta diferencia ha comportado la jerarquización de los sexos: los hombres han ejercido la hegemonía y las mujeres han quedado subordinadas a aquellos.

Por tanto, lo que tenemos entre las piernas no es una cuestión baladí, no es una cuestión privada e íntima, es la primera y transversal división entre los seres humanos. A esta le acompañan otras, por supuesto: color de piel sería otro rasgo que podemos observar, y que representa la segunda gran división. Luego vendría la clase social, aunque este es un concepto ya no inscrito en los cuerpos sino generado por la posición en la estructura económica de la sociedad. En definitiva, sexo, raza (para entendernos) y clase son los tres ejes primarios de desigualdad social. Hay otros, pero son secundarios y merecerían posterior elaboración.

Por tanto, claro que importa lo que tenemos entre las piernas. Importa y mucho, pues es debido a ello que a las niñas se les practica la mutilación genital, se las casa en la infancia o se trafica con ellas. Es lo que tenemos entre las piernas lo que hace que florezca la prostitución, y que a ella recurran los hombres y se hayan dedicado casi exclusivamente las mujeres, esas personas cuyo nombre se aconseja a Margaret Atwood no utilizar.

Porque para todos aquellos (y ¡ay! aquellas) que están de acuerdo en esta neolengua que consideran tan inclusiva, ser mujer parece que queda reducido a llevar el pelo largo, usar maquillaje y calzar tacones, y para algunos ni siquiera eso, porque otros ya proponen que ser mujer no tiene nada que ver con el aspecto, sino con un sentimiento interior que brota cual fuente misteriosa de un lugar ignoto.

Las feministas no defendemos la importancia del sexo biológico porque creamos que es determinante para el desarrollo personal o porque en él se encuentre la *esencia* de lo que es ser mujer u hombre, sino porque sabemos que en esta diferencia sexual radica la desigualdad y la jerarquía entre las personas. Es por nuestra biología que las mujeres hemos sido consideradas el *segundo sexo* y es por tener este sexo por lo que se ha subordinado y mermado nuestra existencia.

Querer borrar el sexo biológico es también borrar aquello que distingue los cuerpos en su materialidad, la respuesta a las enfermedades, los procesos ligados a la reproducción, la diferente estructura corporal. Defender que no importa lo que tenemos entre las piernas es negar la realidad, y la realidad es que borrar el sexo no borra la desigualdad.

Feminismo machista (26-10-2021)

A los tropecientos «feminismos» que dicen que existen se acaba de unir una nueva modalidad: el feminismo machista; la acuñación no es mía, sino de Najat el Hachmi, con quien coincidí hace unos días en una jornada, y me ha sugerido el tema para esta columna.

El feminismo machista, dirán muchas, es un puro oxímoron, una contradicción en los términos, una incongruencia, una incoherencia total; pero qué quieren que les diga, actualmente la gente ha desistido de aplicar la lógica y la racionalidad, por lo que se puede sostener cualquier disparate, desde que la tierra es plana hasta que un hombre se pueda autodefinir como mujer lesbiana.

El feminismo machista es el que reivindican muchas mujeres pero que favorece a los hombres. Por ejemplo, defienden la prostitución, cuando es más que evidente que es una institución que satisface el deseo masculino. O aprueban los «vientres de alquiler», otra práctica que beneficia, sobre todo, a hombres que desean reproducir sus genes, no sea que el planeta pierda la huella de tanpreciado ejemplar.

El feminismo machista es el tiene como objetivo cuidar. Cuidar está muy bien, y es algo que todas las personas deberíamos hacer, pero echar sobre las espaldas de las mujeres el cuidado de casa, hijos, maridos, amantes, padres, suegros, lugar de trabajo, entorno, medio ambiente, universo y más allá resulta agotador. ¡Cuántas mujeres no están exhaustas de tanto cuidar!

El feminismo machista es el que confunde a las feministas que protestan en la calle con la basura, en un remedo tragicómico del caballero de la triste figura. Nuestro hidalgo actual, a lomos de su rocín adaptado, ve pasar ante sus ojos atónitos una larga riada de mujeres que cree son detritus, por lo que no puede evitar que le dé náuseas. No sabemos si su *sanchopanza* estaba cerca para limpiarle el vómito o lo había abandonado por no darle de alta en la seguridad social.

El feminismo machista es el que enarbolan algunas mujeres que llegan a la cúspide del poder, sea político, económico o mediático, que se autodenominan feministas pero que luego, en el ejercicio profesional pueden silenciar, como ocurrió el día 24 en *El País*, una manifestación de 5.000 mujeres, mientras dedican una página entera a la expansión del oso panda en China. Seguro que el oso panda es un animal fundamental para la conservación del medio ambiente, pero yo creo que al «hermano oso» no le hubiera importado compartir la página con sus hermanas humanas mientras desfilaban por Madrid reclamando derechos que, como él, están en peligro de extinción. Otros medios ni oso panda ni nada, el silencio absoluto o una nota de agencia para cumplir.

El feminismo machista es el que prioriza los deseos del colectivo más vulnerable, más humillado, más marginado, más despreciado de todos los tiempos, pero que logra que Oxfam retire el juego infantil *Wonder Woman* porque «no respeta a la gente de todos los géneros». Las feministas no pedimos que se retiren de los currículos académicos todos los libros de filosofía, pensamiento, historia, arte etc. que han excluido a las mujeres, pese a ser la mitad de la humanidad y no una minoría social.

En definitiva, el feminismo machista es el machismo de toda la vida que, disfrazado de transgresión y diversidad, tiene por objetivo paralizar el avance de las mujeres, dificultar su organización, impedir que se siga expandiendo y desactivar la capacidad emancipadora del feminismo real, aquel que borbotaba en Madrid el sábado día 23 y que algunos y algunas miserables quieren equiparar con el odio y la suciedad.

Mujeres indignadas (1-11-2021)

Sé que no todo el mundo está en Twitter, en Instagram o Facebook (Tik Tok lo dejo para los más jóvenes), pero son un indicio, una manera de tomar el pulso a lo que pasa en la calle. También sé que yo solo veo aquello que me llega según a quien sigo, los algoritmos y toda la parafernalia de limitaciones que imponen las redes sociales. Contando con ello, observo que hay cada vez más mujeres indignadas, muy indignadas que se suman a frases, comentarios o reflexiones que hacen las usuarias y que reciben entusiastas adhesiones.

¿Y por qué hay tantas mujeres indignadas? Pues porque se está llevando a cabo un barrido sistemático de todo lo que representa ser mujer en nuestra sociedad; porque se está sustituyendo el cuerpo material por el símbolo, la realidad por la fantasía, la experiencia vivida por la imaginada.

Hace ya muchos años que se ha impugnado la idea de que es posible separar la mente del cuerpo, ya que ambas son indisociables pues no existen mentes sin cuerpos, salvo para quienes crean en las almas errantes que se encarnan en el primer cuerpo que encuentran y que no reparan en la fisonomía del incauto.

Pues bien, por mor y arte de la teoría queer y el transgenerismo, ahora resulta que nuestros cuerpos no tienen ninguna importancia y que lo relevante es el sentimiento interior que lo habita, esa especie de alma que ya viene coloreada de azul o rosa desde antes de nacer. Pero aquí yace la gran contradicción de esta nueva religión: que, por un lado, niega o minimiza el cuerpo sexuado, pero por otro lo enaltece hasta el punto de tener que adaptarlo artificialmente para que se ajuste a esa alma interior que ha equivocado su

camino. ¿En qué quedamos, queridos colegas queer, es importante el cuerpo o solo lo es para colgar de él abalorios, adornos y complementos?

Las mujeres están indignadas por esta usurpación estética que se está llevando a cabo por parte de varones que reclaman lo femenino como identidad mientras obvian o minimizan la opresión vivida por las mujeres precisamente por su sexo: exclusión de la vida pública, reclusión doméstica, prohibición del goce, despojo intelectual, explotación reproductiva, cosificación sexual, exclusividad del cuidado, etc.

Dicho brevemente: el transgenerismo pide usar los baños femeninos para maquillarse, pero no reivindica limpiar los retretes para mantenerlos practicables. Reclama lo accesorio sin atender a lo sustancial. Ser reconocidos como mujeres sin comprender ni compartir el origen de la subordinación sexual. Disfrutar de lo bello sin experimentar la desigualdad histórica padecida por la mitad de la humanidad.

Hay indignación porque se está reduciendo ser mujer a puro esperpento cuando no negando la dura batalla emprendida para conseguir ser reconocidas como sujetos de pleno derecho. Necesitamos convertir esa ira en acción política. Algunas ya han empezado, y muchas están rompiendo el silencio y anunciando que no las van a callar. No importa que insignes anti feministas, como Judith Butler (*The Guardian*), entre otros, nos asocien con la extrema derecha, las mujeres indignadas sabemos quiénes somos, de dónde venimos y a dónde vamos. Por nuestras obras nos conoceréis, así que ya podéis empezar a desgañitaos diciendo que somos de Vox.

Dolores y la justicia emocional (9-11-2021)

Acabo de ver la serie sobre el crimen de Rocío Wanninkhof ocurrido en 1999 y conforme he ido viendo los capítulos crecía mi indignación. He acabado no solo indignada, sino también avergonzada. Avergonzada de un país que permite una justicia tan chapucera que es capaz de mandar a la cárcel año y medio a una mujer con solo unas conjeturas que ni siquiera llegaban a indicios racionales de culpabilidad.

El caso de Dolores Vázquez es uno de los más ignominiosos errores judiciales que he visto en mucho tiempo. Seguro que hay otros, pero este clama al cielo por la indignidad de cómo se llevó a cabo: como hay que encontrar un culpable del asesinato de la joven Rocío Wanninkhof, construyamos un perfil delictuencial (palabras del miserable ministro de entonces, Ángel Acebes) y atribuyámosle el muerto. No importa si no hay móvil, lo inventamos; que no hay pruebas, las imaginamos; que hay coartada, la obviamos. Resulta inverosímil que Dolores pudiera salir de su casa donde cuidaba de su madre y un bebé y en un cuarto de hora matara a la joven Rocío y volviera a su casa como si nada. ¿Y el arma del crimen? ¿Y la ropa ensangrentada? ¿Y el traslado del cadáver que apareció en un lugar distante? Cómo alguien pudo pensar que esa mujer pudiera hacer todo eso sin mancharse las manos, sin cometer errores, sin contradecirse, sin derrumbarse.

Qué vergüenza da oír las explicaciones de los responsables judiciales, policiales o periodísticos. Qué vergüenza dan los miembros del jurado que emitieron la sentencia de culpabilidad, qué vergüenza da ver el circo mediático que acosaba la casa de la supuesta asesina. Qué vergüenza da la resurrección de un histriónico abogado madrileño que vuelve del baúl de los recuerdos, dispuesto a remover el cieno con tal de recuperar el esplendor de que gozó tiempo ha. La única persona digna de todo el circo en que se convirtió el caso Wanninkhof es Pedro Apalategui, el abogado de Dolores, que mantiene siempre una actitud coherente y humana.

Y qué vergüenza y qué miedo dar ver cómo la gente lo mismo vitorea que lincha a una persona o pasa de considerarla un héroe a convertirla en villano; con qué facilidad se manipulan las conciencias, cómo sobrecoge descubrir lo fácil que resulta que la masa aborregada por los medios condicione las decisiones judiciales. Y da más pena que vergüenza ver cómo una mujer dolida, la madre de Rocío, se empeña obstinadamente en culpar a su antiguo amor, incapaz de reconocer su error.

Es lo que tiene que la justicia se base en «intuiciones», en «corazonadas», en «emociones». En estar íntimamente convencidos de que alguien es culpable, como llega a decir un mando policial. Si no lo es, no importa, porque el corazón nos dice que tenemos razón. Es lo que tiene que los sentimientos invadan el ámbito legal. Es lo que tiene que no haya que aportar pruebas para corroborar lo que decimos, solo mostrar nuestras «convicciones» subjetivas.

En ese peligroso camino se está embarcando cada vez más la justicia, que las emociones invaliden la razón. La justicia no puede dar carta de naturaleza a las percepciones internas. Toda decisión judicial tiene que estar basada en evidencias, en pruebas sólidas que fundamenten resoluciones que afectan nuestra vida en común. Lo contrario es llegar al despropósito del «Yo soy quien digo que soy» y que a partir de que yo lo afirme la gente tenga que llamarme Napoleón.

Con flores a María (14-11-2021)

Así es como veo a las cinco mujeres que andan alborozadas por una calle de Valencia el pasado sábado. Las veo caminar decididas a depositar un ramo de flores a la virgen, como cuando yo era pequeña y cantábamos aquello de «con flores a María, con flores a porfía que madre nuestra es».

Dicen que son mujeres de izquierda y feministas, pero por sus palabras las conoceréis, que no por sus hechos: una de ellas, la mejor situada de todas y estrella del «aquelarre», ante una cierta indiferencia de las otras cuatro declara que juntas caminarán y cambiarán las cosas. Y, ¿cómo van a cambiar las cosas? Pues con «amor, afectos, esperanza y cuidados» y la ayuda de la Inmaculada Concepción.

Las palabras de esta mujer suenan deslavazadas, huecas, sin fuerza ni convicción, una palabrería hueca que nada quiere decir. Ninguna de ellas ha hecho propuestas creíbles, concretas, factibles, porque todo es un ritual cuasi místico, de apelaciones a la fe, efluvios religiosos y connotaciones caritativas, que recuerda aquellas señoras de la derechona franquista que ponían las mesas petitorias para salvar a los negritos de África.

¿Y qué proponen estas mujeres para cambiar esta profunda crisis cultural, política, social y económica que atravesamos? Pues, a juzgar por lo que sabemos del ideario de algunas de ellas, regular la prostitución porque es un trabajo tan digno como otro cualquiera, incentivando el proxenetismo como actividad lúdica y de ocio tan respetable como la que más; favorecer el derecho a la paternidad de *las personas con capacidad de gestar* apelando

al entusiasmo de las mujeres que alquilan su vientre por amor a la humanidad, o promover el uso del velo amparado en la libertad de elección, pues ya sabemos que cubrirse el cabello o incluso el rostro completo nada tiene que ver con la sumisión debida al varón, y sí con el empoderamiento personal.

Sorprende que a este «aquelarre feminista» no haya sido invitada una de las mujeres más comprometidas con el desmantelamiento del feminismo y la imposición de la agenda transgenerista, con la que todas las presentes parecen coincidir. ¿La dan por amortizada? ¿Prescinden de ella como estrategia? ¿Calculan que ante la debacle electoral que se avecina quieren poner distancia? ¿Es una operación para recuperar a las desencantadas podemitas?

Misterios eclesiásticos sin resolver. No sé si despertarán el entusiasmo de alguien, pero de lo que estoy convencida es que el de las feministas seguro que no; ya estamos muy curtidas y si alguna vez hubo titubeos y dudas respecto a lo que pretendía esta nueva pseudoizquierda neoliberal, ahora ya sabemos que sus propuestas se oponen a las del feminismo real. A saber cuántas incautas volverán a caer en la trampa.

Una cosa ha quedado muy clara en estos dos últimos años tras la ebullición vivida en las calles los 8 de marzo de 2017 y 2018: lo que es feminismo y lo que no. Las feministas no vamos a apoyar un engendro electoral solo porque esté protagonizado por mujeres, sino a quienes defiendan los muchos y acuciantes temas que conforman nuestra agenda. Hoy más que nunca hace falta que la voz de las feministas se oiga en el congreso y en otras instituciones. Feministas, no ursulinas disfrazadas de posmodernidad.

Tocar las pelotas (20-11-2021)

Me van a perdonar la vulgaridad del título, pero es una expresión tan utilizada incluso en los medios serios y por parte de personas relevantes que me parece que ya ha perdido un poco la grosería. Pero es que es una frase hecha que define muy bien el límite de lo que los hombres están dispuestos a tolerar: que les toquen las pelotas.

Tocar las pelotas tiene un sentido literal y un sentido metafórico, y no sabemos si el uso simbólico fue antes que el real o al revés, pues como según algunas filósofas no hay nada real que preceda al discurso (como por ejemplo el sexo, que según algunas interpretaciones fue inventado discursivamente ya que no existe en realidad), no sabemos si la expresión se inventó y un varón después se tocó las pelotas, o primero fue el gesto y luego la invención.

Yo me inclino a pensar que primero existían las pelotas (los testículos) igual que existía el sexo sobre el que luego se hacen todo tipo de elaboraciones discursivas, incluido lo que se podía o no hacer según con el que habías nacido. Tocarle a un mamífero (gato, perro, burro, caballo, hombre) las pelotas parece que le molesta en grado sumo, por lo que se ha convertido en el máximo grado de irritación que un individuo macho puede experimentar.

Los testículos son una parte de la fisiología masculina muy importante, casi más que el pene, pues en los testículos se produce el gameto masculino que permite fecundar el óvulo y también produce la testosterona, la hormona responsable de la virilización del cuerpo del niño. No es de extrañar que otra de las expresiones más populares, aparte de «tocar las pelotas», sea la de «tener a alguien cogido por los huevos», que trastoca la irritación en desposesión, ya que significa tener poder sobre un hombre de tal manera que no le queda margen de actuación. La trilogía se cierra con «estar hasta los cojones», que implica que el individuo está absolutamente exasperado, hartado y cansado de aguantar. Por no hablar de hacer las cosas «por mis santos cojones» que convierte el mandato gonadal en una orden no ya humana sino divina. Como vemos, las pelotas dan mucho juego.

Pelotas, huevos o cojones las mujeres no tenemos un órgano tan versátil y tampoco una expresión similar para manifestar nuestro hartazgo, y no es una casualidad que las mujeres hayamos tenido prohibido la expresión de nuestra ira o irritación, lo que pone de relieve la posición de poder del cuerpo de los varones y la desvalorización del cuerpo femenino, que como mucho es utilizado para expresar el fastidio: por ejemplo, ser un coñazo.

Qué potencia tiene el término «pelotas» que hasta los trans recurren a ellas cuando quieren imponer su voluntad. En un video que se puede ver en una red social una cómica trans se queja de que le dicen que como no tiene útero ni ovarios no es mujer, y concluye «pero tengo un par de pelotas...»

que parece que compensan ampliamente todos esos órganos femeninos de los que carece. Qué curioso, una mujer alardeando de poseer testículos con el mismo lenguaje que utilizaría un camionero. Que cada una saque sus propias conclusiones.

El Guinnes del disparate (29-11-2021)

El cambio climático no solo está afectando al medio ambiente, sino que está teniendo efectos devastadores en el cerebro humano. No de otra manera se puede entender la escalada de disparates que se han venido sucediendo en los últimos tiempos. Parece que haya una competición universal para ver quien dice la mayor extravagancia con que obtener aquellos quince minutos de gloria de los que hablaba Andy Warhol. Mediocres individuos a los que nadie conoce merecen la ostentosa atención de los medios de comunicación para expandir sus delirios.

Ya lo citó Amelia Valcárcel en su libro *Ahora, feminismo* al hablar de los discípulos tontos que le salen a cualquier pensador. Si al «nadie se baña dos veces en el mismo río» de Heráclito le enmendó la plana Parménides afirmando que ni siquiera hubiera río y a Margaret Mead, que fue de las primeras que observó que el género se construye sobre la dimorfia biológica, se la enmendó Judith Butler al afirmar que el sexo también se construye; a Judith Butler le enmienda la plana una investigadora catalana que sostiene que no solo existe una infinita diversidad de elección sexual, sino que también se puede autodeterminar la edad (*La Vanguardia*, 24 de noviembre de 2021).

Y así vamos de disparate en disparate hasta la debacle final. Cada vez hay que doblar la apuesta, y así el discípulo tonto siempre supera al maestro y sube un grado, o dos, la idea original. Yo también quiero ser la discípula tonta que supera a sus maestras y voy a hacer un triple salto mortal: vaticino que el canibalismo va a ser el remedio al hambre en el mundo en un futuro no muy lejano. ¿Cuánto se apuestan?

Cuando se empiecen a extinguir los recursos naturales del planeta por sobreexplotación, se abrirá una nueva ventana de Overton (ya saben, el me-

canismo que puede hacer posible lo que parecía impensable) que empezará a expandir la idea de que alimentarse de seres humanos no solo no es aberrante, sino que es un favor que se hace a la humanidad. De hecho, ya hay una película que aborda este tema, *Soylent Green* (1973), ambientada por cierto en 2022. No me digan que no es casualidad.

Esta enloquecida carrera para ver quien dice el mayor disparate parece diseñada para aparecer en el Guinness y tiene que acabar, porque está produciendo mucho daño, y más que va a producir. Nadie puede elegir su sexo, como nadie puede elegir el color de la piel, la altura y mucho menos la edad. Que cada uno tenga unos sentimientos o una percepción sobre sí mismo es legítimo, pero no puede conculcar la realidad, ni tener reflejo en la política y mucho menos en la legislación. Que yo me considere a partir de ahora un hombre negro de 1,90 de altura, de 35 años de edad puede ser un magnífico argumento para un relato de ficción, pero pónganme una camisa de fuerza si les obligo a ustedes a comulgar con mi subjetividad. O mejor aún, póngansela a aquellos políticos que nos quieren obligar, por ley, a ver lo negro blanco, y donde hay un hombre que veamos a una mujer.

Bípodo, No-bípodo y Otros (9-12-2021)

Imagínense que en un formulario para identificarnos se nos presentaran las opciones del título. Posiblemente el 99,9% señalaría la casilla de «bípodo», porque esa es la naturaleza humana, tener dos pies. Una minoría, bien por malformación fetal o bien por accidente, quizá señalaría no-bípodo, porque es una posibilidad que una persona tenga solo una o ninguna pierna. La opción «Otros» sería una casilla-comodín para contentar a todos aquellos seres que quieren sentirse especiales y necesitan llamar la atención sea como sea. Aunque pueda haber individuos con un solo pie ¿no es propio del ser humano tener dos?

Pues algo parecido está ocurriendo con los nuevos formularios, que sin haber sido sometidos ni a reflexión teórica, ni a debate público ni haberse consensuado científicamente, están proliferando en todo tipo de instituciones, empresas, asociaciones, encuestas, etc. Admira con cuanta facilidad se ha

aceptado que las personas puedan ser otra cosa diferente que hombre o mujer y que se acepte sin rechistar. Ahora algunos ya incorporan No binario de forma rutinaria, o «preferiría no decirlo», remedando la respuesta de Bartleby el escribiente en el famoso cuento de Melville.

¿Por qué deberíamos poder «no decir» nuestro sexo? Quizá no sea relevante en algunas actividades, aunque siempre es un dato que sirve para interpretar mejor la realidad. Pero en cuestiones de trascendencia social resulta de todo punto imprescindible conocer la composición por sexos en cualquier ámbito: educativo, sanitario, científico, deportivo, económico, cultural, político, lúdico, etc. No hay campo social que no esté afectado por la variable sexo, y es importante conocer este dato para ajustar las políticas a aplicar.

¿Qué es lo que se está solicitando con esta nueva formulación? Que cada uno se identifique como quiera o incluso que no se identifique. Qué bonito y qué democrático, dirán algunos: el sexo es una cuestión privada que a nadie importa, como la religión. Pues no, señores, consignar el sexo no es una cuestión íntima como profesar una religión, sino uno de los ejes que estructuran toda sociedad y que determina la posición social que en ella se ocupa.

¿Servirá esta nueva forma de recogida de datos para conocer mejor la realidad y atender los problemas a resolver? La respuesta es No, y las instituciones, empresas, gobiernos, asociaciones etc. que han aceptado tan acrítica y precipitadamente esta nueva nomenclatura están cometiendo una grave irresponsabilidad, pues si se sigue imponiendo esta formulación llegará un momento en que no tendremos información imprescindible para atajar las desigualdades derivadas de la pertenencia a uno u otro sexo.

Sustituir el sexo biológico binario como realidad material consustancial a los seres humanos (igual que es ser bípedos, pese a las posibilidades de no serlo), y sustituirlo por un sentimiento subjetivo nos dejará sin estadísticas fiables, pues todas estarán falseadas por opciones a las que el capricho de cada cual se haya querido adscribir.

Cuando los formularios incluyen por rutina que se puede ser «No binario» ¿Creen realmente que se pueda ser otra cosa diferente de hombre o mujer? ¿Qué características humanas, qué sexo, qué conformación corporal tienen los no binarios que los diferencien de los demás, aparte de una iden-

tividad flotante que puede ser una hoy y otra el día siguiente? ¿Qué naturaleza humana tienen los supuestos No binarios?

Estoy convencida de que la facilidad con que se ha aceptado esta nueva forma de clasificación no es producto del convencimiento científico o racional, sino que es una manera fácil de subirse al carro de la moda, contentar a una minoría insaciable en su pretensión de considerar el sexo irrelevante, y no crearse problemas.

Renunciar a consignar el sexo biológico de los seres humanos es un despropósito que pagaremos muy caro cuando, andando el tiempo, no sepamos ni siquiera cuantos hombres y mujeres conforman la pirámide poblacional. Quizá haya 37 columnas o vaya usted a saber, tantas como géneros se le haya ocurrido inventar al imaginativo personal.

Cuando la política se convierte en religión (27-12-2021)

Política es según la definición más corriente la ciencia que trata del gobierno y la organización de las sociedades. Las cosas pueden organizarse de una manera o de otra. No existe un orden divino ni natural por el cual las cosas tienen que ser como son. Hoy se organizan así, pero mañana podrían organizarse de otra manera. La larga historia de la humanidad nos enseña que la organización social no siempre ha sido la misma.

Sin embargo, algunas cuestiones que son totalmente políticas — y por tanto, susceptibles de organizarse de maneras diferente— acaban transformándose en religión, y por tanto en tabúes, en creencias incuestionables, en dogmas de fe. Hay muchos ejemplos de ello, pero yo conozco bien dos: la concerniente a la inmersión lingüística en catalán y la reciente elevación a los altares del género como identidad. Aunque aparentemente distintas, ambos ejemplos han seguido el mismo camino: la imposibilidad de ponerlas en cuestión.

Por lo que respecta a la primera, cuestionar la inmersión lingüística es convertirse en hereje. Son cosas que no se pueden debatir porque están ungidas de principios sagrados. Así, hay que aceptar como un mandato divino el hecho de que la lengua vehicular sea el catalán, desplazando a los márgenes de

la educación la otra lengua cooficial hablada en Cataluña. ¿Por qué hay que aceptar este dogma? Porque si. Debe ser el único país en el mundo que no escolariza (o muy tangencialmente) al alumnado en la lengua propia o familiar de más del 50% de la población. ¿Razones? Todas divinas, ninguna humana.

Si hay que dar algunas razones son de este cariz: primera, el catalán es la lengua propia de Cataluña y segunda, está en desventaja respecto al castellano, por lo que hay que protegerla. La primera de las razones olvida que son las personas las que hablan, no los territorios, que pueden cambiar según cambien sus poblaciones. La segunda es verdad, pero quizá habría otras maneras mejores de protegerla, y no haciendo que gran parte de los escolares tengan que aprender su propia lengua fuera de la escuela. Porque aprenderla la aprenden, claro, cómo no van a aprenderla si es la que tiene más presencia social. También los analfabetos saben hablar.

La otra cuestión política elevada recientemente a religión es la imposibilidad de cuestionar la denominada «identidad de género» o afirmar que el sexo es binario, so pena de ser tildada de infiel y expulsada de la congregación. Esta religión tiene cada día más fieles en todo el mundo, hasta el punto de estar despidiendo de sus trabajos a personas que no la profesan, investigadoras de sus universidades, docentes de sus centros, así como silenciando voces discrepantes, acallando críticas, expandiendo el miedo a la excomunión pues no otra cosa hacen las religiones cuando se cuestionan sus dogmas. ¿Dónde están las instituciones médicas defendiendo por ejemplo que no *asignan* el sexo al nacer, sino que lo constatan? ¿Dónde los medios investigando sus consecuencias? No saben, no contestan ni quieren saber.

Las dos religiones citadas, una local y otra universal, esconden entre preceptos religiosos asuntos que son totalmente mundanos, políticos y organizativos, y se libran así de tener que dar argumentos razonados para justificar su poder. Estamos bajo las sotanas del clero y, como en cualquier religión, ante los dogmas de fe solo se puede asentir. Suerte que cada día hay más infieles, más incrédulas, más ateas, más rebeldes, más gente que no está dispuesta a bajar la cabeza y responder Amén.

Las feministas y el juego a la ultraderecha (2-01-2022)

El nuevo mantra que se repite desde que Santa Judith Butler lo dijo en una entrevista en *The Guardian* en septiembre de 2021 (luego corregida por el diario porque les pareció excesivo) es que las feministas contrarias a la autodeterminación de género hacemos el juego al fascismo. Después esta cantinela se ha multiplicado y repetido, como no podía ser menos, por otras tantas voces con pretensiones transgresoras, la última Chiara Bottici en una entrevista en *El País* (2 de enero de 2022) y otros *grandes filósofos* que nos van a iluminar en breve sobre cómo el viejo feminismo le hace el trabajo a la ultraderecha. En este caso van a salir datos, fechas, nombres y apellidos de todas esas pérfidas fascistas que se empeñan en seguir oponiéndose a la ley *trans*. ¡Mira como tiemblo!

La conclusión que se desprende de este aserto, señoras mías, es que las feministas tenemos que callarnos, porque con nuestras reflexiones, nuestras argumentaciones y nuestras divergencias con teorías tan consolidadas y científicas como las que se están expandiendo estamos poniendo en riesgo la convivencia, la democracia y hasta la civilización.

Así que, señoras, para no hacerle el juego a la ultraderecha tenemos que aceptar calladitas que en el club de las mujeres entre quien quiera, sin tener que demostrar nada, porque según la *teoretilla queer* el del segundo sexo es un espacio habitado por múltiples cuerpos, no importa qué morfología tengan. Siguiendo esta lógica tenemos que aceptar en un silencio sepulcral que en el deporte compitan cuerpos diversos que se sienten mujeres, porque ¿cómo nos vamos a atrever a cuestionar los sentimientos de nadie? También tenemos que aceptar sin rechistas que en las cárceles de mujeres sean ingresados varones que tras un historial delictivo descubren que en realidad son dulces damiselas. Todo lo más que podemos pedir es que repartan preservativos entre las reclusas como forma de evitar embarazos no deseados perpetrados por las candorosas compañeras de celda con penes femeninos.

Y qué decir lo en silencio que tenemos que aceptar para no hacer el juego a la derecha que las criaturas que no se ajusten a los estereotipos o roles de género sean persuadidas de que son del sexo contrario, favorecer el bloqueo de la pubertad y su posterior hormonación de por vida para que se sientan plenamente liberadas del cuerpo en el que nacieron por error. Y nada de po-

ner de relieve que de los transmasculinos solo se habla cuando se embarazan o amamantan, mientras que los transfemeninos están hasta en la sopa, reciben premios, ganan medallas, ejercen cargos públicos, protagonizan series, dirigen empresas o son presentados como modelos a seguir.

Pero además tenemos que decir amén ante la violencia creciente que las mujeres padecen por el hecho de haber nacido hembras, ignorar las mutilaciones que se cometen en el cuerpo de las niñas, hacer oídos sordos al casamiento infantil, a la venta de adolescentes y mujeres para la prostitución, a la exclusión de las chicas en la escolarización, al apartheid y al velado de las mujeres para que no provoquen. Tenemos que callarnos ante la evidente brecha salarial, la falta de representación pública, la cosificación del cuerpo femenino, el desigual reparto de las tareas de cuidado, y así hasta un infinito listado de agravios que tenemos que silenciar porque si no estamos favoreciendo a la ultraderecha. Como calladas tenemos que permanecer cuando son los aliados del feminismo los que cometen las tropelías, incluido asesinar a su hija, como el reciente caso de Madrid.

Y se nos conmina a que estemos en silencio porque no aceptamos la mayor, a saber, que ser mujer haya sido reducido a un sentimiento interior que cualquiera pueda esgrimir sin posibilidad de discusión. Cualquiera día Putin, Bolsonaro, Pedro Sánchez o el mismísimo Trump se autoidentifican como mujeres y no podemos decir ni mu.

Pitágoras, Confucio, Platón, Aristóteles, San Agustín, Santo Tomás, Hobbes, Descartes, Hegel, Kant, Rousseau, Nietzsche o Schopenhauer son solo algunos de los cientos de pensadores que han contribuido a definir lo que es ser mujer a lo largo de la historia. Si tenemos que volver a redefinir la naturaleza humana, lo que es ser hombre o mujer, hagámoslo, pero no esperen que las feministas permanezcamos calladas esta vez. No vamos a permanecer mudas viendo cómo se redefine lo que es ser mujer sin nuestra participación. Las mujeres ya fueron calladas por imperativo legal o social demasiado tiempo. Ahora no vamos a permitir que se nos silencie de nuevo. Y mucho menos con la acusación de que si hablamos hacemos el juego a la ultraderecha. Ya lo pueden repetir como loros presuntas lumbreras intelectuales como Judith Butler, Chiara Bottici o Raúl Solís.

Feministas al Congreso echa a andar (25-01-2022)

Las personas que siguen este Blog posiblemente sepan que me he incorporado al proyecto Feministas al Congreso, un nuevo partido que aspira a ser «la voz y el voto de las mujeres», actualmente huérfanas de representación política. Somos muchas las que estamos airadas por el ninguneo y menosprecio que el Gobierno, y especialmente el Ministerio de Igualdad, ha mostrado hacia las feministas, por lo que hemos decidido convertir la ira en acción política.

Sabemos que este es un proyecto que requiere un esfuerzo titánico, ya que no contamos ni con recursos económicos ni mediáticos, imprescindibles para poner en marcha un partido que aspire a tener representación política. Pero después de la presentación del partido en Madrid el pasado 18 de enero, el entusiasmo mostrado por muchas mujeres nos impele a proseguir con toda nuestra energía.

Muchos medios nos han preguntado que por qué es necesario un nuevo partido político y aunque ya lo hemos dicho por activa y por pasiva, no está de más recordar que nuestro objetivo es poner la Agenda Feminista en el centro, una agenda que no debería haberse relegado a favor de colectivos cuyos derechos, por otra parte, nadie discute.

Feministas al Congreso quiere que se aborde el problema de la prostitución con una ley integral contra la explotación sexual, porque no podemos aceptar que esta actividad sea «un trabajo como otro cualquiera». Hace falta concienciar a la sociedad de que si existe la prostitución es porque hay hombres que recurren a ella. En este negocio se lucran muchos actores (traficantes, locales, intermediarios), pero nunca se pone el acento en quienes compran sexo. Hay que desmontar la idea de que recurrir a la prostitución es un aspecto del ocio, que es legítimo y que «siempre ha existido». Hay que convencer a los jóvenes de que comprar sexo no les hace más hombres.

Lo mismo ocurre con el tema de la gestación subrogada o vientres de alquiler. Un tipo de explotación reproductiva que reduce a las mujeres a vasijas, cuyos úteros se alquilan como si fuese un piso. No nos tragamos eso de la «subrogación solidaria». Queremos que se acabe con esta práctica denigrante que convierte a las mujeres y a las criaturas en mercancía. Los legítimos de-

seos de descendencia no pueden llevarse a cabo mediante la explotación de los cuerpos de las mujeres.

La denominada autodeterminación de sexo es un disparate que está teniendo efectos devastadores en los países donde se ha aplicado. No solo no se puede cambiar de sexo, sino que esta operación internacional auspiciada por fundaciones con mucho dinero, junto con la industria farmacéutica, está generando un incremento exponencial de chicos y chicas confusas con sus cuerpos, a las que se está abocando a procedimientos hormonales o quirúrgicos que van a convertir este tema en un importante problema de salud pública. Hay que terminar con este delirio.

La Agenda Feminista tiene muchos otros temas a los que hay que prestar atención: la violencia contra las mujeres requiere más recursos, más formación y más seguimiento de las leyes actuales. No vale con un Tuit cada vez que asesinan a una mujer. La violencia sexual, que no solo no decrece, sino que aumenta y se produce a edades cada vez más tempranas, hay que atajarla con leyes, pero también con educación. La precarización de muchos sectores feminizados, como el de limpieza o atención a dependientes; la brecha salarial, que continúa existiendo; la representación de las mujeres en la industrial cultural requiere de estudios y medidas que combatan la hipersexualización, así como poner coto a la pornografía, al alcance libre de niños y jóvenes. En definitiva, Feministas al Congreso tiene un ingente trabajo por delante. Se trata de construir un partido sólido, que haga propuestas realistas, sensatas, de posible implementación. Que recoja los problemas reales y urgentes de las mujeres de este país. No se trata de asaltar los cielos, pues ya vemos que aquellos que lo pretendieron han acabado por los suelos con un vuelo gallináceo. Queremos volar alto, pero sin estrellarnos por exceso de ambición.

El 8 de marzo pertenece a las mujeres (1-02-2022)

Empieza la cuenta atrás para el próximo 8 de marzo. Ya se empiezan a calentar los motores y todo el mundo está calibrando cómo será esta efeméride tras las últimas y espectaculares manifestaciones antes del parón de la pandemia.

Hay varias interpretaciones del origen del 8 de marzo, todas relacionadas con hechos protagonizados por mujeres en diferentes épocas, aunque las más recurrentes son las que hacen referencia a la conmemoración de la huelga de 1857 en Nueva York, que exigían mejores condiciones de vida, o la que se celebró en 1908 por los mismos motivos; también se considera origen de esta fecha el incendio habido en una fábrica textil en 1911, pero antes de eso las socialistas alemanas, con Clara Zetkin a la cabeza, ya habían determinado que el 8 de marzo sería el día de la mujer trabajadora, que finalmente fue propuesto por la ONU en 1975, año desde el que se celebra ininterrumpidamente.

En fin, lo importante no es el origen de la fecha, sino lo que representa, y en todas las posibles interpretaciones que se dan destaca inequívocamente que el 8 de marzo se dedica a reclamar los derechos de las mujeres.

Durante muchos años las manifestaciones del 8 de marzo reunían en todas las ciudades a unos cuantos miles de mujeres, de 3.000 a 6.000, según las fechas y fuentes consultadas, y siempre las pancartas de cabecera hacían alusión a reivindicaciones de la agenda feminista, ya fuesen la reclamación del aborto, la igualdad salarial, contra la violencia sexual o de género etc. Pero siempre las mujeres y sus demandas eran las protagonistas y jamás se vio violencia de unos grupos contra otros. También asistían muchos hombres que se solidarizaban con la lucha de sus compañeras. Basta con ver las fotos de los años 70 y 80.

Todo esto cambió cuando se vislumbró la potencia y capacidad de movilización del feminismo, con asistencia de más de 100.000 personas en las manifestaciones de 2017, 2018 y 2019 en las principales ciudades. Un jugoso bocado del que todo el mundo ha pretendido apropiarse. Ahora todos los partidos, los sindicatos, los grupos políticos y hasta la iglesia, las multinacionales y los bancos, todo el mundo se reclama feminista.

¿Qué precio ha pagado el feminismo por esta excepcional capacidad de aparente extensión? Pues el precio de desplazar la Agenda Feminista y diluir las reivindicaciones y problemas de las mujeres en una miríada de causas ajenas. Hay hasta carteles que anuncian próximas manifestaciones sin ni siquiera nombrar que el 8 de marzo es el día internacional de las mujeres. Es más, sin incluir la palabra mujer. Por lo visto el 8M (ya sin ningún tipo de referencia histórica) incluye la lucha contra el fascismo, contra la LGTBfobia,

contra la violencia machista, pero oye, ni una palabra que haga referencia a las mujeres, como si no existieran.

Es el precio de querer congraciarse con los varones, de ser super inclusivas, de no excluir a nadie en el feminismo porque por lo que parece el feminismo ya no tiene nada que ver con las reivindicaciones de las mujeres. En realidad, el 8M es de todo el mundo menos de las mujeres, pues tras las extrañas mutaciones ocurridas en los últimos años ya se sabe que somos unas privilegiadas que no merecemos ser el sujeto político del movimiento,

Así que ahí estamos otra vez, las 3.000 o 6.000 feministas que nos vamos a manifestar el 8 de marzo, Día Internacional de las Mujeres, para reclamar con más fuerza que nunca todos los asuntos que tenemos pendientes y que han sido arrinconados bajo otras banderas. Habrá que decidir si es mejor quedar sepultadas en una turba que vocifere de todo menos de nuestros problemas, o es preferible asistir a una concentración genuina sin que nadie nos estorbe o nos amenace.

Las mujeres que no amaban a los hombres (11-02-2022)

Hace unos días Clara Serra, a través de las páginas de *El País*, instaba al feminismo a bajar su contundencia porque su supuesta belicosidad estaba echando a los hombres literalmente en brazos de la reacción ultraderechista. Con mucho tacto se hacía preguntas sobre cómo podíamos ayudar a los hombres en sus angustias, sus miedos, sus tribulaciones en una sociedad «en la que la precariedad económica ha hecho especialmente imposible que los hombres puedan cumplir con los imperativos de la masculinidad tradicional». ¿Cómo se puede seguir siendo «un hombre de verdad» en una sociedad que los señala, los devalúa y los culpa sin atender a sus sufrimientos? ¿Cómo es que las feministas no estamos preocupadas por los altos índices de suicidio masculino, los accidentes de tráfico que se ceba en ellos o las muertes violentas que padecen, y dejamos que sea la derecha la que recoja estos preocupantes indicios de malestar? Qué malas pécoras, se podría añadir.

Voy a tratar de contestar a nuestra interpelante, porque de alguna manera de su artículo se desprende la responsabilidad de las feministas en el auge de la extrema derecha, algo que ya viene siendo un lugar común desde que la inefable Judith Butler (otra vez ella, que siempre está a la cabeza de todo), lo pusiera de relieve en una entrevista *The Guardian* y que otras repiten como loros.

Pues porque mientras Clara Serra se preocupa y nos insta a preocuparnos por los suicidios masculinos o las muertes de hombres en accidentes de tráfico (algo que en sí mismo es una decisión del individuo, en el primer caso, o una situación involuntaria en el segundo) estamos preocupadas por nimiedades como que en España son asesinadas un promedio de 50 mujeres al año por parte de sus parejas, y muchas más por individuos que interceptaron su paso y se sintieron con el derecho de acabar con su vida, como es el caso de Esther López, y antes los de Diana Quer, Laura Luelmo, Marta del Castillo, Rocío Wanninkhof, Sonia Carabantes, y muchas otras cuyos nombres han quedado en el olvido. En América Latina, 4.091 mujeres fueron asesinadas por hombres en 2020, según *La Cepal*, y en otras partes del mundo sigue habiendo asesinatos terribles de mujeres a diario, como el del reciente marido despedido que decapita a su esposa (17 años) y pasea su cabeza públicamente por la ciudad como manera de reparar su honor. La ONU dice que el 35% de las mujeres del mundo sufre violencia física y llega hasta el 70% si se incluye la sexual. Da la casualidad de que todas estas mujeres no se asesinan a sí mismas, sino que lo son por mano de esos hombres que tanto sufren porque están perdiendo su estatus. Clara Serra también olvida que no son las mujeres, sino unos hombres los que ejercen violencia contra otros hombres.

Mientras Clara Serra se preocupa por los accidentes de tráfico de los hombres, las feministas nos preocupamos porque dos de cada diez hombres (y cada vez más jóvenes), recurran a la prostitución en España, sin que les preocupe lo más mínimo cómo han llegado esas mujeres a la prostitución, si su situación es forzada, si son menores de edad, si están padeciendo esclavitud. Y que cada vez se exigen prácticas más arriesgadas, que previamente han visto en la pornografía, ese inocente entretenimiento que nutre la imaginación de la juventud y que luego se manifiesta en una sexualidad cada vez más violenta.

Mientras Clara Serra se preocupa porque la crisis económica impide a los hombres seguir siendo «un hombre de verdad», las feministas nos preocupa-

mos porque las mujeres se empobrecen cada vez más, que ganen menos y tengan una tasa de paro más alta (14,7%) que los hombres (11,5%) en 2021. Mientras las mujeres dedican una media de 20 horas semanales a tareas domésticas o de cuidados, los hombres dedican 11, según el INE.

Y así podríamos seguir dando datos motivo de preocupación por los que las feministas hemos descuidado un poco los sufrimientos masculinos. Si en lugar de proyectar las angustias de los hombres en la falta de comprensión de las mujeres, los varones se cuestionaran su propio papel en la sociedad, entendieran y asumieran que la violencia no la ejercen «monstruos» sino hombres sanos socializados en una cultura que les otorga esa prerrogativa; si dejaran de acudir a la prostitución porque asumieran que el sexo no hay que pagarlo; si compartieran al 50% las responsabilidades domésticas; si dejaran de ver a las mujeres como objetos sexuales para su disfrute y las vieran como iguales; si denunciaran a voz en grito en lugar de justificar las declaraciones de un individuo como Carlos Santiso, del Rayo Vallecano sobre la «necesidad de coger a una», como los de la Arandina, para fomentar el espíritu de grupo. En una palabra, mientras los hombres ni entiendan, ni comprendan, ni compartan las justificadas razones que tenemos las mujeres para quejarnos, las feministas vamos a seguir defendiendo un feminismo combativo en el que nosotras seamos las protagonistas. Que sí, que los sufrimientos de los hombres son muchos, pero los de las mujeres son infinitamente peor. Y que encima nos acusen de fomentar la ultraderecha. Un poquito de por favor.

Competencia por la sinrazón (19-02-2022)

Las elecciones en Castilla y León han puesto de relieve varias cosas que ya se veían venir pese a los cantos triunfalistas de todos los partidos, que siempre leen como éxitos lo que cualquier persona normal entendería como derrota: ha subido la extrema derecha y ha bajado la izquierda, hasta casi dejar en la irrelevancia al partido que quiso asaltar los cielos.

La deriva en la que se encuentran los antaño partidos de izquierda (PSOE, IU, Podemos) no es la única razón para esta desafección, pero es un indicador que podría explicar el desencanto de muchas personas, y entre ellas muchas

mujeres, que han visto cómo se han menospreciado, ninguneado y minimizado las justas objeciones que se han puesto a las políticas impulsadas por el Gobierno. Especialmente sangrante es el abandono de la Agenda Feminista por parte del Ministerio de Igualdad en beneficio de cuestiones identitarias que nada tienen que ver con los problemas reales de la mayoría de las mujeres de este país. Léase el empeño en promocionar e introducir en el ordenamiento jurídico —pero también en el ámbito docente, médico, deportivo, cultural, etc. — el cuestionable concepto de «identidad de género», o auto identificación de género, que ya se acepta como verdad revelada sin que haya ni fundamentos científicos ni teóricos suficientemente sólidos que lo avalen.

Este empecinamiento en redefinir la naturaleza humana —¿qué es ser mujer? ¿qué es ser hombre? — sin base empírica ni científica alguna, simplemente siguiendo los dictados de teorías esotéricas que se han abierto camino impulsadas por poderosos intereses económicos (léase industria fármaco-quirúrgica) ha llevado a muchas personas a la confusión, la incertidumbre y a un estado de estupefacción que en el momento de votar podría decantarse hacia aquellos partidos o propuestas que les parezcan más inteligibles, o hacia la abstención.

En esta carrera por introducir en las leyes y demás ámbitos sociales la indemostrada «identidad de género» (que la gente de la calle traduce como «quien soy yo para decirle a nadie lo que tiene que ser, que cada uno haga lo que quiera, que más me da») la están disputando todos los países y, como no podía ser menos, en España todas las Comunidades Autónomas compiten por ser el «faro» que ilumine al mundo. Todas se han apurado a aprobar leyes que encumbran la ficción de que se puede cambiar de sexo y a sustituir esta realidad biológica objetiva por la entelequia subjetiva del género sentido. Leyes que nadie conoce y que se han aprobado sin debate social alguno.

Estas leyes autonómicas consagran este principio de «identidad de género» cuyo primer efecto es que elimina el sexo como realidad objetiva; en segundo lugar, difumina la desigualdad basada precisamente en el sexo y, en tercer lugar, instaura una ficción en la que todos debemos creer incluso en contra de lo que podemos ver con nuestros propios ojos: que un hombre es una mujer si se auto identifica como tal

En Cataluña, que ha transmutado del oasis que todo el mundo elogiaba en los 90 y 2000 a la ciénaga en que se ha convertido en la actualidad, se pre-

para también una *ley trans*, cómo no, para añadirse a la lista de despropósitos que ya han perpetrado otras 11 Comunidades que han recibido este precepto como por arte de magia o ciencia infusa (por si alguien no sabe lo que es: conjunto de conocimientos que se adquieren sin haberlos estudiado o aprendido, sobre todo por influjo divino).

La Consejera de Igualdad y Feminismos ha difundido una memoria preliminar para un anteproyecto de *Ley integral del reconocimiento del derecho a la identidad y expresión de género* donde se engloba bajo el paraguas *trans* a transexuales, transgénero, *cross-dressers* ,(travestis en moderno) etc. Esto de etc. tiene su miga, a saber qué identidades se pueden incluir en unos puntos suspensivos. No hay la más mínima precisión de lo que es cada concepto y se mezcla deliberadamente orientación sexual con identidad o expresión de género. Considera la población *trans** un colectivo del que no se tiene información estadística, pero del que se afirma sin rubor que «tienen unos índices de ocupación inferiores a la media». Los datos se sustituyen por un acto de fe.

Pues bien, sigan preocupándose por los pronombres, por la autodeterminación de género y por los *cross-dressers*, porque uno tras otro todos los partidos que apoyen este fraude van a empezar a perder votantes, sobre todo mujeres que poco a poco se van dando cuenta de lo que significa este dislate. ¿Cuánto tiempo más vais a seguir alabando las riquezas del traje nuevo del emperador? El sueño de la razón puede crear monstruos, pero la sinrazón produce gilipollas.

Clarificar los 7500 millones de feminismos (9-03-2022)

Sólo en España hay 47 millones de feminismos diferentes, según el Ministerio de Igualdad, así, si extrapolamos la misma fórmula al mundo tenemos la cifra citada en el título. O sea, cada persona define lo que es el feminismo. En un momento de la historia tan absurdo como el que nos ha tocado vivir, eso mismo podríamos decir de la realidad: cada uno se fabrica la suya propia, así que si yo digo que soy Napoleón, que mido 1,90 y que tengo 25 años, pues ¿Quién va a ser capaz de contradecirme? Yo defino mi realidad, porque yo lo valgo.

Aunque parezca disparatado lo que acabo de escribir, hay gente capaz de validarme, e igual que confirmarían las tonterías que he dicho, es capaz de confirmar cualquier dislate que se le ocurra a cualquiera. Los filósofos del pasado, con toda su capacidad intelectual, escribieron cosas sobre las mujeres que hoy nos parecen risibles. Dentro de algunos años, a los futuros seres humanos del planeta les parecerá risible que a alguien se le eleve a los altares del pensamiento por escribir idioteces, como por ejemplo que el sexo no existe, y que es una construcción cultural. Y que encima se les otorguen premios.

En fin, todo este prolegómeno viene a cuento de que la celebración del 8 de marzo de ayer ha empezado a clarificar lo que era ya imprescindible: ¿De qué hablamos cuando hablamos de feminismo? Y del necesario debate que hace falta iniciar en la sociedad sobre todos los asuntos que las feministas llevamos denunciando hace ya años y que han sido opacados cuando no tergiversados por los medios de comunicación, y puestos en sordina por la clase política, partidos, sindicatos, asociaciones, universidades, etc. ¿De qué hablamos cuando hablamos de feminismo?

Que 6.000 mujeres en Madrid marchen separadas de la manifestación oficial, y que en otras muchas ciudades haya habido concentraciones «abolicionistas» ha puesto sobre la mesa las razones de esta separación. ¿Liquidamos el tema diciendo que esas mujeres son «basura transfoba», como dijo un diputado, de cuyo nombre no quiero acordarme, de las feministas que recorrieron Madrid el 23 de octubre pasado? ¿O nos ponemos a explicar los motivos que han llevado a la necesidad de marchar separadas?

¿Nos ponemos a debatir en serio las nefastas consecuencias que va a tener la aprobación de leyes que dicen que se puede cambiar de sexo por propia voluntad? ¿Nos ponemos a discutir en serio lo que ocurrirá en el deporte, en las cárceles, en la salud, en las estadísticas, en los espacios de mujeres, en el concepto de violencia de género y en tantos otros si se difumina quiénes son las mujeres y en esta categoría entra cualquiera que se defina como tal? ¿Nos ponemos a debatir en serio los daños que va a producir entre las criaturas y jóvenes la idea de que tienen un cuerpo equivocado y que esto puede ser solucionado haciéndoles dependientes de las hormonas de por vida, cuando no sometiénolos a cirugías irreversibles? ¿Nos ponemos a discutir en serio si en los colegios se debe co-educar de verdad o hay que convertir al profesorado en policía para detectar si las criaturas tienen el comportamiento adecuado a su sexo?

¿Nos ponemos a debatir en serio la idea de que dedicarse a la prostitución es un trabajo como otro cualquiera cuando sabemos que todas las mujeres prostituidas acaban dañadas física y psíquicamente si sobreviven a un sistema prostitucional que no tiene nada que envidiar a la esclavitud? ¿Discutimos seriamente sobre la idea de que las mujeres que gestan para otros lo hacen «por amor» cuando sabemos que lo hacen por necesidad? ¿Nos ponemos a discutir seriamente sobre si la pornografía es la mejor manera de educar a la juventud o si constituye el aprendizaje perfecto de la violencia sexual?

En definitiva, ¿nos ponemos a discutir seriamente todos los problemas que actualmente se están ocultando, eludiendo o tratando sin rigor, cuando no ridiculizando o estigmatizando como transfobas a las feministas que los estamos denunciando? Bendita sea la «ruptura» del Movimiento Feminista, si esta división implica que la sociedad empiece a preguntarse por qué hemos llegado a esta situación. Hay que clarificar los 7.500 millones de feminismos que hay en el mundo porque Feminismo solo hay uno, y es el que lucha por la abolición de todos los sistemas que mantienen a las mujeres en una posición de subordinación.

El corazón henchido de emoción (25-03-2022)

Que una tarde lluviosa de marzo un grupo de mujeres que no conozco se desplacen a la Universidad Autónoma de Barcelona para mostrarme su apoyo ante el boicot ideológico sufrido por parte de las alumnas de un máster. Si se considera, además, que el cambio de ubicación ha sido trasladado a 35 kilómetros de Barcelona para dificultar la asistencia a mi clase y con un día de antelación. Que además 700 mujeres estuvieran conectadas a través de la Plataforma Confluencia Feminista, que iba a retransmitir en directo la clase finalmente pospuesta. Que tantísimas personas de España, pero también de otros países me hayan transmitido su apoyo y solidaridad ante mi denuncia del clima de dictadura ideológica que ha impuesto el lobby queer y el transgenerismo. Que todo esto haya ocurrido es uno de los momentos más emocionantes, si no el que más, de mi ya larga carrera académica. Me gustaría

poder agradecer personalmente a todas y cada una de las personas que me han apoyado, pero ante la imposibilidad de hacerlo escribo esta columna con el corazón henchido de emoción.

Tras cuarenta años defendiendo incansablemente los derechos de las mujeres. Tras toda una vida siendo feminista, que es la única militancia que he tenido. Tras casi cuarenta años de ejercicio de la docencia universitaria y dedicado toda mi producción investigadora al tema del género y la comunicación, creo que me asiste cierta legitimidad para cuestionar algunos conceptos que el *lobby queer* ha impuesto y que mucha gente acepta ya como dogma de fe.

Pues sí, señoras y señores, conceptos tales como identidad de género, autodeterminación de sexo, identidades *trans* y no binarias, sexo asignado al nacer, sexo sentido y otras muchas cuestiones que hace apenas cinco años casi nadie conocía —salvo las gurús que los han inventado en sus torres de marfil— son perfectamente discutibles y nadie me va a impedir que los cuestione. Si podemos discutir que Dios sea al mismo tiempo uno y trino, si la Virgen conservó su virginidad tras parir y que el Espíritu Santo sea una lengua de fuego ¿cómo no vamos a poder discutir, señoras y señores, ideas que se inventaron ayer, como aquel que dice?

Es muy preocupante que tantísima gente, sobre todo joven, se haya lanzado a los brazos de esta nueva religión sin hacer el más mínimo esfuerzo intelectual para pensar seriamente sobre lo que representa, y que además sean incluso capaces de boicotear a docentes que discuten racionalmente y con argumentos sólidos cuestiones que no tienen ninguna consistencia teórica, y mucho menos científica.

El proceso que se ha seguido para imponer esta nueva dictadura de pensamiento se entiende perfectamente si se conoce el concepto de Ventana de Overton, teoría política que explica los mecanismos empleados para hacer posible lo impensable. Pero como la mayoría de la gente en la actualidad se abona al pensamiento mágico, ha hecho dejación de la función de pensar, y cree que la vida es como nos dice la publicidad, se entiende que los gobiernos, instituciones, empresas, organismos, fundaciones y grupos poderosos de presión aprovechen la ocasión para desactivar cualquier atisbo de oposición crítica. ¡Y sí, incluida la Universidad! Y quienes se atreven a cuestionar la sinrazón, como las feministas estamos haciendo, somos arrojadas a la hoguera,

que puede ir desde el hostigamiento en redes sociales, pasando por el boicot y el ostracismo docente hasta llegar al despido laboral.

Todas las burbujas que se erigen sobre principios falsos más tarde o más temprano acaban por pinchar. Ver cómo aparecen en las redes sociales imágenes del globo terráqueo con la frase «No estoy dispuesta a enseñar que la tierra es plana» me llenan de esperanza al mismo tiempo que de gratitud. Hoy escribo esta columna con el corazón henchido de emoción, y a mis compañeras feministas que me han mostrado su apoyo las abrazo una a una y les digo que hemos abierto una grieta en ese muro de hormigón que entre todas vamos a derribar.

Bruja, feminazi, terfa, tráfnsfoba (3-04-2022)

Las palabras se acuñan, se utilizan, se devalúan y se van por el sumidero de la historia cuando de tanto utilizarlas ya no tienen valor, ni nadie les hace caso, ni a nadie le importan, ni remiten a nada salvo a la inanidad más absoluta.

Hay gente que cree que cambiando el lenguaje se va a cambiar la realidad, y así se inventan eufemismos o resignificaciones estoicas, que diría Celia Amorós; se cree que llamando «trabajadora sexual» a la prostituta se supone que se des-estigmatiza su actividad, aunque a decir de Rachel Moran, «dignificar el sistema opresivo no dignifica a las víctimas». Muchas mujeres ponen como ejemplo de trabajo ingrato fregar suelos, pero nunca he oído que a ninguna mujer se la insulte con el sustantivo «limpiadora de suelos, que eres una limpiadora»; tampoco como «camarera, que eres una camarera». Ninguno de los dos oficios son utilizados a modo de insulto. Tampoco cuando se quiere insultar a una mujer se le llama «trabajadora sexual», sino directamente puta.

Bruja se utilizó para referirse a las mujeres fuertes, audaces, ambiciosas; era una manera de descalificarlas porque una mujer que quiere ocupar cargos, ascender en la escala social o tener un papel preponderante en cualquier ámbito se supone que accede a ello sólo por sus malas artes, no por sus talentos.

Después le llegó el turno a *feminazi*, una forma de relacionar a las feministas con el nazismo, poniendo de relieve su extremismo y su intransigencia,

como si las feministas hubieran enviado a la cámara de gas a alguien. Todavía no se ha demostrado que el feminismo haya recurrido a la violencia, más allá de las bombas que pusieron las sufragistas inglesas hacia 1913, que no causaron víctimas mortales. Por cierto, que como sigamos así vamos a tener que recurrir a los métodos de nuestras antepasadas. *Feminazi* pasó sin pena ni gloria porque las mujeres nunca se dieron por aludidas por este insulto.

Y ahora le llega el turno a *Terfa*, *Terf* o *tránsfoba*, acuñaciones de moda que pretenden callar la boca a cualquiera que disienta de los postulados *queer* o del transgenerismo. Si durante algunos años ha resultado eficaz, creando un pánico insuperable a cuestionar conceptos que no hace más que unos pocos años que se han popularizado, y ante los cuales la gente calla y otorga con un temor reverencial, cada vez está dejando más impasibles a las feministas a las que se descalifica con este pretendido anatema.

Ya no tenemos miedo porque el uso y abuso del término, empleado para todo y por todo, sea decir que el sexo biológico importa, sea hablar de la menstruación, sea para referirse a la vagina, a la maternidad o a la definición de lo que es ser mujer, en definitiva, tránsfoba tiene tan poca consistencia que nos ha hecho ver que quien lo utiliza no tiene más argumento que el insulto o la descalificación. Detrás del *palabro* no hay nada. Ni ideas, ni razones, ni solidez, solo intransigencia y ánimo de intimidación. Por tanto, remedando a Rhett Butler al final de *Lo que el viento se llevó*, cuando nos llaman tránsfobas esta es nuestra contestación: «Francamente, queridos, me importa un pimiento».

Nosotras, la no trans (12-04-2022)

Como ya no creo en la razón, tiendo a pensar que se ha expandido en la atmósfera un virus, polvillo, esencia o fragancia que afecta a las neuronas impidiendo pensar. No de otra manera se puede entender que universalmente se haya instalado en menos de 5 años la idea de que el sexo biológico no existe, o si existe es irrelevante, o directamente un invento del lenguaje (Butler dixit). Que cada uno pueda decidir qué ser, si hombre, mujer o alienígena. Que el cuerpo material no tenga nada que decir sobre el lugar que ocupamos en la sociedad, y que todo se haya trasladado a la «esencia interior», desde donde

se proyecta la luz del auténtico yo. Que la realidad se fabrique según los deseos de cada cual, y que además estos deseos no puedan ser cuestionados por nadie bajo pena de exclusión herética o de cuantiosa multa. No sé qué es peor.

Que los transactivistas defiendan sus delirios a capa y espada lo puedo hasta entender; ya me cuesta un poco más comprender cómo tantas periodistas de relumbrón, tanto intelectual charlatán, tanto político vende humo y tanto alto funcionariado pegasellos haya aceptado verdades reveladas, totalmente alejadas de la ciencia o el empirismo más elemental.

Pero lo que ya me deja totalmente estupefacta, atónica y ojiplática es que hasta el mismísimo Consejo General del Poder Judicial haya comprado el discurso trans y ahora divida a las mujeres entre las trans y las no trans. Según la sabia reflexión de nuestro más alto organismo de la judicatura (bueno, no sé si es el más alto o el mediano, en todo caso alto está en la pirámide judicial), y según he podido leer en su Informe sobre el anteproyecto de Ley Trans, no solo no cuestiona la autodeterminación de sexo, sino que se abona a la idea de que ya no hay hombres o mujeres, ese binarismo tan arcaico, sino que ahora ha sido sustituido por el binarismo trans, no-trans. Sí, es verdad que pone de relieve que el proyecto de ley tiene «algunos aspectos oscuros», y destaca la preocupación por la insuficiente protección de los menores a los que se aboca a la hormonación, o la injusticia que podría representar la participación de las mujeres trans en el deporte femenino frente a las no trans. Pero llegar a esas conclusiones lo puede hacer hasta una criatura de primaria, no hace falta ser juez.

Que las universidades, judicatura, colegios médicos y profesionales, partidos políticos, sindicatos, multinacionales y la administración en pleno hayan comprado ese discurso sin someterlo al más mínimo análisis racional es, como diría Tirant lo Blanch, digno de admirar. Una de dos: o la mayoría de las personas que forman parte de las élites sociales creen que ese debate es un tema menor que solo preocupa a cuatro feministas trasnochadas o realmente han respirado el virus de la ignorancia y la sinrazón.

O peor aún, han vislumbrado el poder subversivo del feminismo real y su capacidad para transformar el mundo y están haciendo todo lo posible para dinamitarlo. Apoyando una ideología oscurantista y retrógrada disfrazada de transgresión acabaremos con ese movimiento que pretende que las mujeres se salgan con la suya imponiendo las leyes de la sensatez y de la razón. ¡Muera la inteligencia! ¡Viva el pensamiento medieval!

Encarnizamiento judicial contra María Salmerón (29-04-2022)

¿Qué mal ha hecho María Salmerón para tener que cumplir una condena de 9 meses? Desobedecer a la justicia. De acuerdo. Desobedeció reiteradamente porque quiso proteger a su hija de las visitas a su padre que la niña no deseaba hacer. El padre había sido denunciado y condenado por malos tratos y según declaraciones de la hija tenía miedo a los encuentros a los que la obligaba la ley. La madre cumplía los deseos de su hija, a la vez que la protegía.

¿Es esto motivo suficiente para tener que ir a prisión? El exmarido estuvo condenado a veintiún meses por malos tratos, condena que no cumplió porque no tenía antecedentes y la pena era inferior a dos años. Sin embargo, María Salmerón, pese a no tener tampoco antecedentes y ser una condena inferior a dos años, parece ser que sí tendrá que entrar en prisión «al tratarse de una persona reincidente y haber sido informado negativamente el indulto por el tribunal sentenciador». También los informes de la Fiscalía y del «perjudicado» han sido desfavorables.

Los legos en la materia no entendemos estas incoherencias judiciales. Seguro que la aplicación de la normativa es correcta, pero el resultado es injusto. María Salmerón no ha hecho mal a nadie, solo ha evitado exponer a su hija a una situación que esta no deseaba y además con razón. Si el padre había maltratado a su madre se comprende que la niña no deseara encontrarse con él. ¿Tan difícil es de entender?

Con estos procederes, la justicia sigue considerando que la relación de pareja es algo íntimo y personal en la que están involucradas solo las dos personas afectadas, y que el maltrato es una cuestión intrínseca a esa relación; fuera de ella, el hombre puede ser considerado un hombre intachable, buen padre, y buen ciudadano porque la violencia en la pareja es algo de lo que no se tiene que dar explicaciones, una cuestión privada que solo incumbe a ellos dos.

Al situar la violencia de género en un contexto individual, la despojamos de toda connotación política. Esta lectura es la que continúa haciendo no solo la justicia, sino también los medios de comunicación. Al abordar la violencia de género —sea el asesinato, la violación, la agresión sexual o el maltrato— como un suceso puntual limitado a una relación concreta, la situamos en el

marco de la privacidad, no como parte de un problema social que hunde sus raíces en las relaciones de poder entre los sexos que estructuran la sociedad.

María Salmerón no ha cometido ningún delito, solo es víctima de la ceguera de la justicia que continúa considerando que la violencia en el seno de la pareja no es un problema político, sino una mera cuestión individual. El informe negativo del «perjudicado» se tiene en cuenta para que no se le conceda el indulto a la infractora. En una inversión de roles incomprensible, la justicia considera «perjudicado» al exmarido por haber sido privado de las visitas de su hija, mientras que a María Salmerón la considera «culpable» por evitar exponerla a una situación de riesgo, como es la relación indeseada con un padre maltratador. La justicia preserva el derecho del padre por encima de los derechos de la prole. La ley del patriarca sigue vigente, y la justicia no ha hecho más que darle la razón.

Las feministas y la ultraderecha (7-05-2022)

Mujeres feministas que hemos estado en la izquierda desde hace más de 30 años resulta que nos hemos vuelto de derechas. Todas. De golpe. Qué digo de derecha, de ultraderecha, y ahora estamos apoyando como locas ideas que siempre hemos combatido. Eso es lo que pensadores de medio pelo, periodistas mediocres, medios mansos o políticos de toda ralea difunden para desprestigiar nuestras posturas, tergiversar las razonadas críticas que se están haciendo ante la deriva de la izquierda y evitar que nuestras reflexiones lleguen a la población en general, a la que se está confundiendo con trapacerías varias.

Las feministas no compartimos la ideología de la ultraderecha. No solo no estamos de acuerdo, sino que la combatimos con uñas y dientes, porque mientras ellos apuestan por dismantelar lo público, nosotras creemos que es en lo común, en lo que es de todos, donde radica la esperanza de una vida mejor; no compartimos la ideología de ultraderecha porque ellos niegan la desigualdad estructural de las mujeres, la violencia que se sustenta en las relaciones de poder entre sexos y defienden una *pureza de sangre* anacrónica, porque hoy la sociedad es una mixtura de procedencias que enriquece nuestro paisanaje.

Antes al contrario, quienes coinciden con la ultraderecha son quienes creen que hay esencias que nos definen, y que ya nacemos con una identidad que brota de nuestro interior, incontenible, independiente de cual sea nuestra realidad corporal. Que esa esencia es innata y se puede manifestar tanto a los 3 años como a los 50, y que no hay nada que pueda evitar que ese yo interior verdadero acabe surgiendo más pronto o más tarde. Son quienes defienden que existen las infancias trans, criaturas que sin apenas saber contener los esfínteres saben perfectamente de qué género son; o adultos que tras una vida como hombres de acción se autoidentifican como una dama a la que *le pone* la sumisión.

El feminismo —al menos el que yo defiendo— nunca ha sido una filosofía de vida esencialista, ni biologista. Nunca ha defendido que haya nada propio de mujeres o de hombres, y siempre ha combatido la idea de que el sexo tenga que ser el destino de nadie. Quienes nos acusan de biologistas o esencialistas tergiversan deliberadamente el pensamiento feminista para hacer creer que nos aferramos al sexo para excluir de nuestra lucha a otras personas.

Cualquier persona, hombre o mujer, puede compartir los objetivos del feminismo, porque el feminismo siempre ha sido un movimiento emancipador cuyos postulados, si se llevan a la práctica, acaban beneficiando a toda la sociedad. Ahora bien, a lo que el feminismo no puede renunciar es a obviar la realidad material y a hacer un análisis a partir de ella. Y la realidad material nos dice que la desigualdad estructural entre los seres humanos se ha basado, sobre todo, en el sexo, y que esa desigualdad no desaparece porque lo hagamos irrelevante, porque lo eliminemos de los documentos administrativos o porque alguien crea pertenecer al sexo contrario con el que nació.

Que ahora, por imperativo de una ideología reaccionaria que ha convertido el género en identidad, nos quieran asimilar a otra ideología más reaccionaria aún —la que defiende una complementariedad entre sexos que hay que preservar— no es más que una burda maniobra para desactivar el componente transformador del feminismo. No, las feministas no nos hemos convertido de pronto en ultraderechistas, sino que son la izquierda y la derecha las que han acabado convergiendo y defendiendo parecidos planteamientos. Aunque por diferentes motivos, ambas han acabado aceptando los roles y estereotipos de género más convencionales: la derecha porque cree que son naturales, y la izquierda porque ha comprado el discurso de que constituyen una identidad.

Las feministas defendemos que el género y sus roles son una imposición social que hay que eliminar.

Por eso ahora somos la diana perfecta tanto de la derecha, que nos da la razón en algunas cosas por oportunismo, como de la izquierda, que ha abandonado el principio de realidad. Por lo demás, no vamos a pedir perdón si coincidimos con Vox en que la tierra es redonda, que el agua moja o que el sexo es una realidad inmutable. Que la izquierda tome nota, si sigue empeñada en alabar el traje nuevo del emperador, quizá la chiquillería se pase en masa a quienes, pese a sus delirios ultramontanos, son capaces de ver su desnudez.

Sobre cissexuales, transexuales y género fluido (25-05-2022)

No hemos salido todavía de la pandemia atribuida al murciélago o al pangolín (covid-19) cuando entramos de lleno en la de la viruela del mono (monkeypox-22); siempre va bien que haya animales a los que echar la culpa de la devastación que los seres humanos estamos provocando en el planeta.

El Ministerio de Sanidad, prestamente y con buen criterio, hizo público un protocolo para la protección precoz y el manejo de los casos que se pudieran producir ante la alerta de esta nueva amenaza. Y está bien que haya sido previsor, actualizando el protocolo a 20 de mayo de 2022. Nada que objetar, sino felicitar a la ministra por tan pronta actuación.

También hay que felicitarse de que rectificara la pregunta relativa al sexo que se incluía en la recogida de datos del final del documento. En una primera versión se ofrecían cuatro supuestos: mujer cissexual, hombre cissexual, mujer transexual, hombre transexual. Las críticas que llegaron tan pronto fue percibido el despropósito hicieron que se rectificase y que las dos respuestas para sexo fuesen finalmente Hombre o Mujer.

Porque, ¿qué dato es el que las administraciones, entidades e instituciones quieren recoger cuando se pregunta a la ciudadanía, el sexo o el género? ¿Qué es lo que necesitan saber para poder afrontar los diferentes problemas sociales?

Algunas entidades sin saber ni a qué criterio científico ni teórico responden hacen suyos los planteamientos de la teoría *queer* que divide a las personas entre *cis* y *trans*, en un nuevo binarismo que sustituye al convencional, sin que haya ni estudios empíricos, ni demostraciones científicas, ni teorías sólidas e incontrovertibles que demuestren que se puede nacer con el género incorporado.

Ignoro hasta qué punto la administración y demás entidades son conscientes de que están despreciando el sexo como forma objetiva de clasificación y lo están sustituyendo por una entelequia en la que se mezclan sin orden ni concierto rasgos biológicos con rasgos culturales; es decir, no sabemos si confunden deliberadamente sexo y género, o no quieren contrariar a la parroquia transactivista y hacen encaje de bolillos para introducir una retahíla incomprensible revestida de diversidad.

Por ejemplo, en el caso de una institución cultural altamente valorada en Barcelona ya no hay petición de Sexo, sino de Género, y las opciones que se ofrecen son: Mujer, Hombre, Persona no Binaria, Género Fluido, Intersexual, Persona Trans, Otros, Prefiero no decirlo, en una ceremonia de la confusión en la que se mezclan aspectos íntimos que no hace falta exhibir —como ser intersexual— con conceptos que se pueden solapar participando en más de una categoría a la vez: una persona puede ser al mismo tiempo mujer y tener género fluido; u otra fluir a ratos entre hombre o mujer o considerarse un día No Binario y otro día trans. ¿Dónde están los límites entre una cosa y otra? Demencial.

Claro, que aún es peor el nuevo censo de Argentina, donde se pregunta por el sexo registrado al nacer y las respuestas son a) mujer/femenino, b) varón/masculino o c) ninguna de las anteriores, en una flagrante confusión entre sexo biológico y género social. Pero para acabar de redondear el disparate, se pide la identidad de género, e introducen las categorías de mujer, mujer trans, travesti, varón, varón trans, masculinidad trans, no binario, otra identidad, ninguna de las anteriores, prefiero no contestar, o ignorado. En ese batiburrillo disparatado no se sabe por qué no se introduce *feminidad trans* en una falta de asimetría terminológica difícil de justificar.

También en nuestras instituciones empiezan a proliferar nomenclaturas similares. Será interesante ver cómo se interpreta y analiza este alarde de inclusividad esperpéntica en el que cada uno se atribuye su propia identidad

incluso dando la opción de que ni siquiera el propio individuo la conozca; cómo se conformará la pirámide de la población, cómo se harán estadísticas fiables sobre los diferentes problemas sociales o cómo se analizará y pondrá de relieve la desigualdad entre los sexos: ¿O precisamente hacen este remix de identidades precisamente para ocultarla?

Incorporar acríticamente categorías disparatadas o abonarse a formas de clasificación humana sin validación científica, solo puestas al buen tun tun es lo que tiene, que se difuminan los problemas reales y se sustituyen por problemas inventados. Luego que no se quejen de que la gente huya despavorida de esta nueva pandemia, quizá no tan mortífera como la Covid, pero tan amenazadora como la viruela del mono. Somos monos, y con nuestra familia de primates volveremos. No sé si prefiero estar gobernada por un humano o por un orangután.

Sobre filósofos horrorizados y otros escándalos invisibles (3-06-2022)

Leo por ahí que algunos filósofos se hallan horrorizados porque en algunos libros de texto se tacha a Platón o Aristóteles de machistas. Lo fueron, sin duda, aunque por supuesto hay que situarlos en un contexto diferente donde no existían los parámetros igualitarios entre sexos que manejamos en la actualidad. Hay que estudiarlos con espíritu crítico, pues junto con todos los que vinieron después cimentaron nuestra cultura y forjaron una visión androcéntrica del mundo que es necesario analizar para entender por qué todavía sigue existiendo una desigual manera de enjuiciar los comportamientos de hombres y mujeres, y que se refleja en las costumbres, las creencias, las prácticas sociales y... ¡ay!, en las leyes.

Pero no solo los filósofos deberían estar horrorizados. Deberían estarlo mucho más los psicólogos ante la tendencia a considerar transfobia cualquier terapia que vaya en contra de la «afirmación» de la identidad de género ya sea expresada por criaturas de jardín de infancia o de primaria. El caso de Carola López (@mamaresiliente), expedientada por la Junta de Andalucía por sus opiniones críticas en Twitter sobre la identidad de género y por sostener que

el sexo es binario debería haber hecho saltar todas las alarmas a este colectivo. De momento no han dicho esta boca es mía.

Horrorizados deberían estar los profesionales de la medicina, la biología y la ciencia ante los desmanes que se están cometiendo con la administración de bloqueadores de la pubertad a niños y adolescentes ante el menor síntoma de discomfort con sus cuerpos, a los que se aboca a la transición social de sexo sin la prevención, la escucha y la prudencia que tales síntomas requerirían. Ahí están, sin pronunciarse sobre si el sexo es binario, trinario o espectral.

Escandalizado debería estar el profesorado de primaria y secundaria, a los que se está convirtiendo en policías de género, adoctrinando con cursos o materiales acientíficos, y a los que se incita a detectar si las criaturas se ajustan o no a los estereotipos asociados a su sexo, y a aceptar sus nuevos nombres o identidades sentidas a veces sin ni siquiera el conocimiento de los padres o tutores.

Escandalizado debería estar el profesorado universitario ante los cada vez más frecuentes ataques a la libertad de cátedra por parte de alumnado que dictamina quién está legitimado para impartir docencia según sea su posición respecto a conceptos sin ninguna consistencia teórica o empírica. Que a Judith Butler se le ocurriera un buen día que el sexo es una construcción social no convierte esta postura en evidencia científica incuestionable equiparable al hecho de que la tierra es redonda o a la teoría de la relatividad. Abducidos están en sus torres de marfil, más callados que en misa, no sea que peligre su aparente infalibilidad.

Escandalizados deberían estar los juristas y abogados ante las nuevas formulaciones que se están introduciendo en la legislación, como «identidad de género», «sexo asignado al nacer», «autodeterminación de género» «mujeres cis» «persona no binaria» y otros conceptos de reciente aparición que están posibilitando que las mujeres deban aceptar situaciones que las perjudican (deportes, cárceles, hospitales, espacios reservados, etc.) bajo amenaza de ser denunciadas por delitos de odio. ¿Han hecho algún manifiesto o expresado dudas sobre esas nuevas denominaciones? No, solo amén.

En definitiva, hay muchos sectores profesionales que deberían estar escandalizados de que sin evidencias científicas que sustenten algunas teorías actuales se haya impuesto un pensamiento cuasi místico que impide la libre

expresión de las ideas, el debate racional o la discrepancia teórica. Y ahí están, callados, elogiando cobardemente el traje nuevo del emperador, mientras las feministas nos desgastamos y desgañitamos gritando que no, que el emperador está desnudo y que por mucho que nos desprestigien no vamos a aceptar el fraude intelectual.

Y sí, tenemos que seguir estudiando a Platón, Aristóteles, a Nietzsche o a Rousseau, porque solo mediante el análisis crítico y el pensamiento racional podemos poner coto a las disparatadas y falsas ideas que hoy día se han instalado como si fuesen la verdad. Y no, no lo son.

Oltra, Colau, Díaz y las demás (20-06-2022)

Independientemente de lo que pueda pasar con Mónica Oltra y su más que deseable dimisión por la presunta ocultación de los abusos cometidos por su exmarido en un centro de menores tutelado, es evidente que forma parte de esa generación de mujeres que ahora están entre los 40 y los 50 y pocos años y que ostentan puestos de poder al que se aferran con uñas y dientes. Mujeres que se hicieron jóvenes adultas en una época de cierta bonanza económica y social: los años 90 y hasta el final de siglo XX. Mujeres que ya no tuvieron que luchar por derechos por los que habían batallado sus predecesoras, como el divorcio, el aborto, la independencia económica o la incorporación al mercado laboral. Mujeres que estudiaron y se formaron en un momento en que el feminismo había dejado de tomar la calle para cobijarse en los Institutos de la Mujer. Todo parece indicar que fueron mujeres que se creyeron que ya se había conseguido la igualdad.

Como ya no había que embarcarse en reivindicaciones básicas, pensaron que el feminismo se les quedaba corto, y así se incorporaron a batallas que consideraron más ambiciosas, como el tema de los desahucios, el nacionalismo moderado o el medio ambiente. Ante el auge del neoliberalismo, la exaltación de la idea de libre elección y la fulgurante eclosión del Movimiento LGTBI se decantaron por lo que Nancy Fraser denomina «las políticas de reconocimiento» y dejaron aparcadas por obsoletas, anacrónicas y pasadas de moda lo que la misma autora llama «políticas de redistribución»; en palabras

simples: abrazaron las novedosas ideas de diversidad, pluralismo e inclusión olvidando la desigualdad, la base de la que la izquierda siempre había partido, que no es ni más ni menos que las condiciones materiales en las que transcurre la existencia.

Pero esto parecía muy antiguo, así que acorde con el espíritu del tiempo fueron las primeras en apuntarse al carro de «los feminismos», la identidad de género y la noción de trabajo sexual. Ya en la pendiente en caída libre de la izquierda no saben dónde detenerse, y en una suicida huida hacia adelante ya ni siquiera cuestionan el sistema prostitucional, queriendo convencerse de que las mujeres están en prostitución por propia voluntad de la misma manera que no cuestionan el hijab o creen que las mujeres alquilan sus úteros por altruismo; mujeres a las que también en sintonía con los nuevos tiempos no tienen reparos en denominar «personas menstruantes» o «cuerpos con vagina» para no dejar fuera a cuantos individuos quieran autoidentificarse como mujeres, no sea que las llamen Terf.

Y a ese grupo formado por Oltra, Colau, Díaz, García, Verge se han sumado otras un poco más jóvenes como Montero, Rodríguez o Rodríguez Pam, a las que jalean periodistas de su misma generación, que ya ni siquiera saben definir lo que es ser mujer. Afortunadamente, las viejas aún no nos hemos muerto, y acompañadas por un nutrido grupo de feministas jóvenes que están experimentando en sus carnes la involución patriarcal, junto a muchas otras mujeres que están despertando de la pesadilla neoliberal, vamos a poner freno a este delirio que habéis aceptado y gritar bien alto «No pasarán».

No pasarán quienes quieren arrasar con los derechos adquiridos de las mujeres, los y las que quieren convertir nuestro sexo en irrelevante, los que nos quieren calladas, las que nos llaman terf, las que están en caída libre como han demostrado las elecciones andaluzas y quieren convencernos de que están en la cresta de la ola.

Oltra, Colau, Díaz, García, Verge, Rodríguez, Montero y todas las demás, que sepáis que nosotras no nos tragamos el mantra de la diversidad, que priorizamos la lucha contra la desigualdad, que vamos a seguir peleando por la dignidad de las mujeres en todo el mundo, con o sin vosotras, hasta que caigáis de ese guindo desde el que parece que no veáis que mientras no nos salvemos todas, ninguna se salvará.

La peli rara del Tribunal Constitucional (9-07-2022)

A algunos directores de cine les encanta epatar al personal con películas cada vez más difíciles de entender. Al menos para personas tan obtusas como yo. Que sea el Tribunal Constitucional el que se haya marcado una peli rara ya es más llamativo. Me he leído la sentencia 67/22, de 2 de junio, que los medios se han apresurado a reseñar con alborozo porque dicen que estima que «la identidad de género tiene protección en la Constitución como derecho fundamental de la persona» (El País, 7 julio 2022).

La sentencia tiene 24 farragosas páginas que yo, lega en la materia, he leído como si de una de esas películas raras se tratase, estilo *Matrix* o *Tenet*, ninguna de las cuales entendí.

La película —digo la sentencia— empieza presentándonos una persona —S. C.M.S— cuyo sexo no se explicita en todo el metraje, muy en la línea actual de hacer irrelevante este dato biológico. Sin embargo, se nos dice que esa persona «unos días iba a trabajar con pantalón y otros con falda», siendo este el punto central que desencadena la acción. Rápidamente deducimos que esa persona es un varón, pues si fuese una mujer no tendría ninguna importancia que vistiese falda o pantalón, cosa que hacemos las mujeres desde hace mucho tiempo.

La persona protagonista, cuyo sexo no se cita, fue despedida en 2013, según la empresa por no superar el periodo de prueba, pero el *motivo real* que la película nos plantea es si tras ese despido se esconde, como afirma la persona protagonista, discriminación por ser trans. Conforme avanza la película la acción se complica: se explicitan todos los obstáculos que la persona protagonista ha tenido que superar en todas las instancias anteriores, todas las cuales daban la razón a la empresa y concluían que no había discriminación porque la persona unos días llevase falda y otros, pantalón sin mayores problemas (*leit motiv*, como se ha dicho, de la narración).

La trama introduce luego disquisiciones en torno a la diferencia entre sexo y género, para más adelante ilustrarnos sobre conceptos tales como orientación sexual, identidad de género, etc. para lo que recurre a un prolijo entramado de tratados y sentencias de todo tipo que abruma al espectador, que se pierde ante el enjambre de citas, números y fechas. Aquí la película

se torna densa, complicada, tan compleja que entran ganas de desistir de continuar su visionado. La directora de la película nos quiere demostrar qué progresista, qué moderno es el Tribunal Constitucional, que está situado a la vanguardia del mundo mundial en derechos individuales, cómo no.

Pero no nos vamos de la sala porque queremos comprender a dónde llevará toda esa complicación argumental. Vislumbramos que la trama avanza en la dirección de concluir que la persona que pide amparo fue despedida por su condición de trans, aunque se aclara que «acudir al término trans asume un cierto riesgo de imprecisión técnica, porque puede incluir una amplia diversidad de situaciones (transexuales hombres y mujeres, personas no binarias, travestis, queer, personas de género fluido, asexuales, polysexuales, quienes definen su género como «otro»).

Frustrante que después de tanta altura terminológica haya un bajón conceptual y no se definan todas esas situaciones o identidades.

Llegamos por tanto al final de la trama convencidas de que todo ese en-diablado armazón argumental está dirigido a discrepar de todas las sentencias anteriores, que han sido muchas, y proclamar finalmente el éxito del héroe (y a la vez colgarse una medalla el Tribunal Constitucional): reconocer el hecho de que tras el despido por no superar el periodo de prueba se encubre discriminación por identidad de género.

Pero ¡oh! sorpresa, en un giro de guión espectacular, el climax empieza a desvanecerse y tras toda la argumentación sobre la ilegalidad en que incurrirá cualquier discriminación por causa de la identidad de género, cosa que puede añadirse al listado de razones del Artículo 14 de la Constitución, se produce un bajón brutal del interés hasta llegar a un decepcionante final: «En atención a todo lo expuesto, el Tribunal Constitucional, por la autoridad que le confiere la Constitución de la nación española, ha decidido **desestimar** el presente recurso de amparo interpuesto por S.C.M.S». THE END

Se encienden las luces y la platea no entiende nada. Para ese viaje no necesitábamos alforjas. La peli en definitiva era más sencilla, y es que el hecho de llevar pantalón o falda es un estereotipo que no otorga identidad. Pero ya sabemos que los directores de cine siempre quieren ser lo más de lo más.

Cambiar la naturaleza humana a golpe de formulario (26-07-2022)

Veo el formulario de inscripción a una Guardería de Lleida y entre los datos que se piden aparece: Niño, Niña, No Binario. De entrada me quedo estupefacta, incrédula, ojiplática. Pienso, no es posible que la Administración —cualquiera que ella sea— esté aceptando que la naturaleza humana haya cambiado y ahora una criatura de preescolar pueda ser considerada como «No binaria». ¿Cómo es posible que la Administración pueda aplicar esta disparatada forma de clasificación? ¿En qué se basan? ¿Han consignado no-binaria porque les ha parecido exagerado añadir «trans»? ¿Por qué no añadir cross-dresser, travesti, agénero o cualquiera de los otros dislates que están proliferando por doquier? ¿Es consciente la Administración de estar alterando de manera totalmente arbitraria el sistema de clasificación por sexos por una entelequia acientífica y retrógrada?

¿Qué cualidades, condiciones, características humanas tiene una criatura para que pueda ser catalogada como No binaria desde antes de empezar el colegio? Ninguna, porque no existe una naturaleza humana «no binaria». Por ignorancia, por prurito innovador, porque no tienen ni idea de cómo frenar los avances imparable del transactivismo, por cobardía o simplemente para dar cumplida cuenta de las instrucciones de la Generalitat — ocurre también en otras CCAA — de que hay que ser «transinclusivos» a toda costa, la verdad es que los despropósitos que se están viendo en las diferentes administraciones dan pavor.

Se toman decisiones inverosímiles sin haber hecho una reflexión a fondo, sin ningún debate social, sin estudios rigurosos que avalen esas denominaciones, sin pensar en las consecuencias que para el conocimiento de la realidad social tiene confundir a lo loco el sexo biológico con los estereotipos de género y toda la batería de «identidades sentidas» que algunos atribuyen a criaturas incluso antes de que sepan hablar.

¿Cómo hemos llegado hasta este delirio que está devorando a la sociedad a una velocidad de vértigo? ¿Qué estudios científicos, acuerdos académicos, descubrimientos irrefutables se han llevado a cabo para que se esté aceptando una profusión de «identidades» a cuál más disparatada?

Pues empecemos por Butler, con la teoría que nadie entiende del sexo como una construcción social, a la que santificaron todas las Universidades del mundo mundial. Y sólo es una teoría, eh, que no inventó la ley de la gravedad. Sigamos con los 29 expertos que establecieron el concepto de «identidad de género» en los Principios de Yogyakarta (2006) sin citar el menor estudio o referencia científica, solo «porque yo lo valgo», y que tuvieron además la astucia de vincularlo a la orientación sexual como derecho humano, lo que hacía más fácil su aceptación y más difícil su cuestionamiento. Continuemos con las fundaciones americanas que inyectaron millones de dólares en promover la causa transactivista, como la Gilead Sciences, Arkus Foundation, Gill Foundation, Open Society y Ford Foundation, entre otras, que dieron 209 millones de dólares solo en 2018 (Tracking Reports LGBTQ). Y acabemos con la ONU-Mujeres, que ahora se dedica a bendecir las identidades como derechos humanos y a establecer convenios con compañías como Bayer, Google, Microsoft, Vodafone, Ogilvy, L'Oréal, H&M, entre otras muchas. Visiten por curiosidad su página web (UN-Stereotype Alliance) para que vean que no me lo invento y verán todas las multinacionales que se han adherido a la campaña, por algo será.

Y a partir de aquí, todas las organizaciones, partidos, entidades, Colegios Profesionales, sindicatos, agrupaciones e incluso Asociaciones de Vecinos, todos se han unido a ese balido de la industria fármaco-biotecnológica para que nadie pueda discrepar de este experimento de ingeniería social nunca antes visto, sin ser acusado de transexcluyente.

Stonewall, una entidad británica se empeña en propagar que las criaturas de 2 años «no conformes con su género» son trans; Rachel Levine, de la Subsecretaría de Salud de Biden considera empoderantes los tratamientos afirmativos de cambio de sexo para criaturas y adolescentes; entre nosotros no faltan grandes telepredicadores de la buena nueva, como @IreneMontero, @taniaverge Consellera de Igualtat i Feminismes, @Victorg91, Secretario LGTBI del Psoe, @ManoloRosadoC, del Psoe Andalucía y una pléyade de políticos y politicastros y otros tantos propagadores/as de esta transpandemia que se han volcado en cuerpo y alma en promover la buena nueva sin haber dedicado ni cinco minutos a pensar lo que están instigando. A ellos se han unido con un silencio clamoroso los medios de comunicación, los serios y los menos serios, promoviendo día sí día también lo glamoroso que es ser

trans, no bi-nario y otras etiquetas absurdas que no tienen la menor solidez científica pero que les deben reportar grandes beneficios.

Y las administraciones, que no tienen ni idea de lo que están haciendo, copian repiten, clasifican dando palos de ciego, proponen en sus formularios lo primero que se les viene a la cabeza para que nadie les acuse de transfobia. Porque hoy día no hay mayor herejía que defender la verdad. Y las feministas vamos a seguir diciéndola contra viento y marea, pese a quien pese y por mucho hostigamiento y desprestigio que estemos recibiendo.

Las mujeres que abrieron camino se lo merecen. Olympe de Gouges pagó con su vida su osadía. Esperemos que las feministas de hoy no tengamos que llegar a tanto

Clarificar la sopa LGTBIQ+ (5-08-2022)

Igual que clarificamos un caldo, creo que ya va siendo hora de hablar un poco de la amalgama que se ha creado en torno al supuesto «colectivo» LGTBIQ+ y de las diferentes problemáticas que en él se incluyen.

Es evidente que el acrónimo LGTBIQ+ ha servido para aglutinar una lucha imprescindible que tomó fuerza en los años 90 uniendo las reivindicaciones que surgían en el terreno de la sexualidad no hegemónica, que se ha convertido en el nuevo campo de batalla de la posmodernidad. Es fácil comprender que unirse en un amplio frente común es mucho más eficaz que si cada una de las siglas hubiera ido por separado. Pero conforme ha ido pasando el tiempo se han empezado a ver las fisuras que se han abierto en un movimiento que no es tan homogéneo como podría parecer.

Si analizamos los problemas de las diferentes letras que componen el acrónimo veremos que la L de lesbianas —con todo y ser la primera de las siglas— es el grupo más invisibilizado y el que tiene menos protagonismo público, protagonismo que durante muchos años fue ostentado por la G de Gays. De hecho fueron los gays los que enarbolaron la bandera y se hicieron visibles, consiguiendo casi superar el oprobio al que la sociedad los sometía. Muchas lesbianas fueron la avanzadilla del Movimiento Feminista, por lo que

quizá no tenían tanta necesidad de destacarse en un colectivo cuyos líderes eran sobre todo varones homosexuales.

La B de Bisexual siempre ha tenido un papel menor, casi inexistente, pues siendo una atracción sexual indistinta por hombres o por mujeres sus problemas no han sido identificados públicamente, ni parece que hayan concitado ni gran animadversión ni adhesiones incondicionales, si bien actualmente se está poniendo de relieve que, como Teruel, también existen.

Hasta aquí las tres letras que pueden en puridad considerarse el «leit motiv» del movimiento, que no es otro que agruparse para hacer patente que existen orientaciones diferentes de la heterosexualidad, y que es necesario reconocerlas y hacerlas públicas.

Mas problemático resulta la presencia en el colectivo de las letras T e I, que no constituyen orientaciones sexuales y cuya naturaleza y problemática no tienen nada que ver con la reivindicación de una sexualidad concreta. En el caso de la T se refería en un principio a los «transexuales», que corriendo el tiempo ha transmutado su sentido y se ha convertido en el paraguas «trans», una amalgama de supuestas «identidades» que, junto al interés económico que ha despertado en la industria farmabiotecnológica, y una eficaz campaña internacional vinculada a lo emocional, ha logrado colonizar todo el movimiento hasta prácticamente eclipsar las demás letras.

La I (intersexualidad) obedece a alteraciones cromosómicas, hormonales o gonadales, (que tienen, además, escasa prevalencia entre la población) y tampoco ha tenido un papel relevante en el acrónimo LGTBIQ+, pero actualmente se está exagerando y maximizando su exigua presencia con el fin de ayudar a desmontar el binarismo sexual, objetivo final de la Q (Queer). La intersexualidad no es un tercer sexo. Por último, la Q englobaría no ya un determinado tipo de personas, sino un conjunto de supuestos, ideas y tendencias que parte de la irrelevancia del sexo biológico y entroniza la libertad absoluta a la hora de «performar» el género. Apuesta por la diversidad expresiva, la infinita variedad de formas de manifestar la personalidad, en la que primarían los «sentimientos» profundos de cada persona a la hora de expresar su identidad, más allá del sexo con el que hayan nacido. Dado que las posibilidades son infinitas, se ha añadido el signo + para acoger cualquier otra forma de expresión de género que pueda surgir en el presente o en el futuro.

Como se ve, este movimiento tan variopinto aún a problemáticas diferentes e incluso contradictorias, con lo cual no es extraño que ya hayan empezado a surgir las primeras disidencias internas, con la creación, por ejemplo, de la LGB Alliance en Reino Unido, o que gays y lesbianas en España y otros países, en grupo o individualmente, se estén desmarcando del colectivo LGT-BIQ+ por considerar que difumina las orientaciones sexuales y las sustituye por una sexualidad «holística» basada en la atracción por el individuo y no por personas del mismo sexo. Las lesbianas son las más perjudicadas por esta nueva tendencia, ya que se ven cuestionadas y señaladas si se niegan a tener relaciones sexuales con transfemeninos, pues las acusan de transfobia si rechazan sus «penes femeninos». Como siempre, de hombres trans y gays y sus tribulaciones sexuales No se sabe/No contesta, todo parece indicar que el problema sigue siendo de mujeres, sean lesbianas o no.

En Twitter y otras redes sociales empieza a haber gays y lesbianas que denuncian que en las letras T y Q emergen rasgos homófobos, lesbófobos y misóginos. Y es que una sopa con tantas letras tan contradictorias no solo no es apetitosa, sino que acaba siendo indigesta.

¿Cómo hemos llegado hasta aquí? (26-08-2022)

Esto es la cosa más demencial que me ha pasado en la vida, que ser mujer sea un sentimiento ahora» se atrevió a decir una genetista molecular (no ha trascendido su nombre) en un escenario nada proclive a estas herejías, la Universidad de Bekerley, catedral desde la que Judith Butler empezó a difundir la teoría que ha acabado convirtiéndose en doctrina.

Pues en ese escenario algunas personas se atrevieron a aplaudir a esa mujer valiente, que entre compungida y estupefacta afirmó: «Las mujeres han internalizado la misoginia hasta tal punto que la comodidad del hombre se antepone a la seguridad de la mujer». Y esto lo pensamos muchas, y cada día son más las que ven que el transgenerismo es un gol que el feminismo se ha metido en su propia portería. Un gol neoliberal que se ha convertido en una fuerza desactivadora del potencial revolucionario del feminismo

La pregunta que aún no se ha contestado, o al menos la que se hace mucha gente es ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? Algunas ya lo hemos intentado explicar en columnas o libros, pero como hoy parece que se lee poco, y se recuerda menos, voy a intentar explicar cuál ha sido el proceso que ha llevado a que se acepte que un hombre con barba y genitales masculinos pueda llamarse «lesbiana»; que se considere que el sexo se asigna al nacer, o que ser hombre o mujer es un sentimiento íntimo que no tiene nada que ver con el cuerpo sexuado. No es una conspiración, sino que este proceso es la aplicación práctica de la teoría política conocida como «La ventana de Overton». Necesariamente tiene que ser un resumen, porque pormenorizadamente sería mucho más largo, pero este ha sido el proceso a mi juicio:

Primer paso: De lo impensable a lo radical. Se necesita una idea más radical que la anterior. Cuanto más radical mejor. Si el género es una construcción social, el sexo también (Judith Butler, 1990, 1999, 2004). La Academia celebra esta idea, la asume y la difunde. Adquiere legitimidad intelectual. Butler es elevada a los altares y las acólitas repiten sus ideas sin que nadie se atreva a refutarla, en parte por la oscuridad de su escritura.

Segundo paso: De lo radical a lo aceptable: Se organizan jornadas y se elaboran documentos que sistematizan las ideas. En una reunión de «expertos» en Indonesia se escriben los Principios de Yogyakarta (2006), carta fundacional en donde se presenta la orientación sexual y la identidad de género con los derechos humanos. Se hacen definiciones sin ningún tipo de referencia científica o académica. Se da el salto de lo científico a lo ideológico.

Tercer paso: De lo aceptable a lo sensato. Los filántropos financian actividades para promocionar los nuevos derechos. Las instituciones incorporan esos principios en sus directivas y objetivos de manera acrítica, sin analizar ni evaluar sus repercusiones, el acento se pone en «ampliar derechos humanos». Los grupos de activistas se movilizan. Se utilizan argumentos emocionales. Se esgrime el respeto a las minorías. Se manejan cifras inverificables o se magnifica la vulnerabilidad del colectivo (riesgo de suicidio, violencia y marginación sufrida, etc.)

Cuarto paso: De lo sensato a lo popular. Aparecen personajes populares que actúan como modelos a imitar, a la vez que se producen series, películas etc. que incluyen personajes que encarnan positivamente las nuevas identidades. Los medios de comunicación se hacen eco del tema de forma acrítica.

ca, sin profundizar y sin analizar a fondo la cuestión. Se silencian las voces discrepantes a las que se acusa de intolerantes. Se impide el debate público incluso en la Universidad; la mayor parte de la sociedad está confundida o teme posicionarse por miedo o por desconocimiento.

Quinto paso: De lo popular a lo político: Se insta a los gobiernos a legislar sobre el tema. Se introducen los nuevos conceptos en todas las normativas, protocolos educativos, etc. Se aprueban leyes clónicas más basadas en lo emotivo que en la razón. Se introducen sanciones económicas para quienes incumplan, cuestionen o discrepen de las nuevas ideas e incluso se despiden de sus trabajos a quienes contradigan el nuevo dogma. El tema deja de ser tabú para convertirse en tendencia. Se continúa con el proselitismo con documentos como por ejemplo, Only Adults? Good Practices in Legal Gender Recognition for Youth (2019) elaborado por el Gabinete de Abogados Dentons en colaboración con la Thomson Reuters Foundation y la IGLYO (International, Gay, Lesbian Bisexual, Transgender, Queer and Intersex Organisation), que da pistas en lo que hay que incidir o evitar para que la idea de las infancias trans sea aceptada como derechos inalienables. Por ejemplo, aconseja que no haya demasiado debate en los medios o que se ponga el acento en lo emocional.

Y de esta manera, escalonadamente, pero con pasos muy concretos que pueden seguirse incluso cronológicamente, se ha desmontado una de las principales evidencias científicas en las que se había basado la humanidad: la existencia de dos sexos inmutables que ha propiciado la reproducción de la especie. La sociedad ha sido adoctrinada para alabar sin sombra de duda el traje nuevo del Emperador. Las feministas llevamos años gritando que el Emperador va desnudo y estamos convencidas de que tarde o temprano la historia nos dará la razón.

Ley Trans, corre, corre que te pillo (25-09-2022)

Como los problemas de las personas que se agrupan bajo el paraguas «trans» son los más importantes que tiene ahora mismo nuestro país, las autoridades competentes (por decir algo), han decidido que hay que aprobarla por la vía

de urgencia. ¿Qué quiere decir? Pues que hay que acortar los plazos porque si no la mitad de las personas consideradas «trans» se habrían suicidado para cuando se haya aprobado si se siguieran los cauces normales. Y no es un argumento mío, lo han repetido hasta la saciedad los transactivistas y quienes apoyan este movimiento; de la misma forma que afirman tajantemente que son el colectivo más vulnerable de toda la historia (como si las personas con discapacidad, los gitanos, los pobres y otros grupos estuvieran montados en el dólar), y que tienen el porcentaje más alto de paro y que son los más expuestos a la violencia (en España llevamos ya 31 mujeres asesinadas por sus parejas o exparejas, ninguna trans, que se sepa) y a la discriminación. En ningún caso se aportan datos, porque los pocos que hay están sesgados y no hay estudios rigurosos hechos con metodología científica. Yo, en cambio, veo personas trans ejerciendo en ministerios, portavoces de grupos, dirigentes políticos, modelos, artistas, deportistas, y hasta algunas que se consideran humoristas ¡cuánta arrogancia!.

Por todo ello, y especialmente para que la sociedad no sepa de qué va esta ley, el procedimiento de urgencia reduce los plazos a la mitad, señal inequívoca de que a sus impulsores les quedan tres teledíarios, ya llevan dos y quieren aprobarla antes de que acabe el tercero. Esta Ley no es una «ley menor» como mucha gente cree: esos que te dicen «y a ti qué más te da lo que hagan los demás»; u otra muy socorrida: «es que estoy por los derechos humanos». Y no, no va de derechos humanos, porque las personas trans tienen los mismos 30 derechos humanos que tenemos todas las demás personas (pueden consultarlos aquí [Declaración de Derechos Humanos](#)). En el art. 23 se dice que toda persona tiene derecho al trabajo, y a igual salario por igual trabajo, y sin embargo el paro en España está en el 12,6%, y la brecha salarial entre hombres y mujeres está en el 24%.

En ningún sitio dice que las personas tengan derecho a cambiar de sexo si así lo deciden. Y esta es la causa por la que la mayoría de las feministas hemos criticado esta ley, porque no va de resolver los problemas de las personas trans, sino de permitir la autodeterminación de sexo, es decir, que toda persona mayor de 16 años (o menor según los casos) pueden ir al Registro Civil y cambiarse de sexo a voluntad, sin ninguna restricción ni requisito alguno, más allá de dar un tiempo de reflexión de varios meses. Cuando le dices a la gente que si se aprueba la ley cualquiera, sin cambiar ni siquiera de aspecto

o nombre, puede cambiar de sexo y figurar así en los registros, te dice que cómo va a ser eso, que eso solo es para trans. La mayoría del personal está en la inopia, e incluso los políticos y diputados, como es el caso de Marta Sorlí Fresquet, diputada de Compromís, que reconoció públicamente que los diputados no tienen tiempo de leerse todos los textos o proyectos de Ley. Así que si quienes nos representan en el Congreso no se leen los proyectos de ley cómo vamos a esperar que la ciudadanía lea esos tochos que no entienden ni quienes los escriben.

Así que no, que no nos vendan la moto de que es una ley imprescindible porque es una ley que mezcla churras con merinas. Esta es la otra gran trampa junto con la apelación a los derechos humanos: unir en una misma ley problemas totalmente diferentes. ¿Qué tiene que ver la orientación sexual con el hecho de cambiar de sexo? ¿Qué cosas tienen en común las lesbianas, los gays o los bisexuales con las personas que quieren pertenecer oficialmente al sexo contrario? Tener una orientación sexual no necesita de ningún cambio corporal, ni físico ni mental. Cambiar de sexo (cosa por otra parte imposible) implica no solo procesos costosos económica, física y psíquicamente, sino que también tiene impacto en toda la sociedad, pues no en vano el sexo es la variable principal que ha estructurado y jerarquizado el sistema social.

Las feministas no estamos contra los derechos de nadie, sino que reclamamos un debate riguroso, serio y público, en el que la sociedad sepa exactamente qué repercusiones tendría que cada uno se identificara como hombre o mujer por su mera voluntad. No voy a repetirlas. Ya lo han hecho en Do-femco, en Contra el borrado de las mujeres, en AMANDA, en el Partido Feministas al Congreso, en Confluencia Movimiento Feminista, en Women's Declaration International (WDI) en FemeS y en artículos de muchas otras autoras a título personal. Por tanto, infórmense, lean, escuchen los argumentos que se dan y saquen sus propias conclusiones. Algunos dicen que ya se ha debatido mucho este tema, pero los grandes medios de comunicación han silenciado los argumentos y razones del feminismo, decantándose en masa por una ley que seguro tampoco han leído. Así que ya sé que no apporto nada nuevo, salvo que hay acciones convocadas para dentro de unos días con el fin de frenar la aprobación de este disparate que está a punto de colarse por la puerta de atrás, con nocturnidad y alevosía.

El cuerpo humano reactiva un mercado moribundo (7-10-2022)

En el mundo sobran carretadas de productos inservibles, absurdos, que no tienen ninguna utilidad. Se producen miles de artículos que inundan un mercado saturado de artilugios inútiles. El mercado da síntomas de cansancio, todo está ya muy visto, muy anticuado. Hace falta renovarlo. ¿Y qué mejor que volver la mirada al cuerpo en una sociedad que ha entronizado el individuo como nuevo becerro de oro? Convertir el cuerpo humano en el nuevo objeto de consumo ha sido un invento genial que ha venido a revitalizar un mercado moribundo.

Y no me refiero a las necesidades vitales y básicas del cuerpo: alimentación, vestuario, hábitat, aditamentos para adornarlo, etc. No. Me refiero al cuerpo como objeto de transformación, un nuevo e infinito nicho comercial del que formamos parte todas y cada una de los casi 8.000 millones de personas que habitamos el mundo. Porque de lo que se trata es de crear falsas necesidades basadas en falsas ideas envueltas en falsos y transgresores ropajes.

El fenómeno «*trans*», los vientres de alquiler y la industria del porno son los tres nuevos nichos de mercado que se han abierto gracias a eficaces campañas de marketing global que han tenido éxito debido a las prácticas de ingeniería social que se han venido aplicando en los últimos años, y de las que ya he hablado en otros artículos (Cómo hemos llegado hasta aquí). Si en este reflexionaba sobre la teoría política que se había seguido para que la sociedad aceptara ideas impensables e ignoradas hace apenas cinco años, en el presente me propongo responder al **¿Por qué hemos llegado hasta aquí?** es decir, por qué se ha convertido el cuerpo humano en un objeto a explotar comercialmente.

El capitalismo da síntomas de agotamiento, los mercados ya no saben qué poner en circulación y el personal está inmerso en un sopor intelectual muy parecido a la catatonia. La mayoría somos como zombies, muertos vivientes que vagamos por el mundo sin saber ni por ni para qué: los Grandes Relatos (Cristianismo Redentor, Marxismo Emancipador, Iluminismo Igualitario y Capitalismo Consumista) han desaparecido, y los pequeños relatos se han fragmentado tanto que ahora cada uno se fabrica el suyo a su medida. El individuo es el centro del universo, y el mercado voraz, hambriento de nuevos productos, descubre que el cuerpo del ser humano es lo que en el siglo XXI hay que saber explotar.

La teoría de la «identidad de género» inaugura uno de los nuevos micro-relatos. Propaguemos que uno es hombre o mujer según la vivencia íntima, sin importar el sexo biológico, que pasa a ser irrelevante. Incentivemos el malestar con nuestros cuerpos, difundamos que se puede cambiar a voluntad, pregonemos *urbi et orbi* que cada uno es quien desea ser. Sigamos para ello la senda que iniciaron los homosexuales al reclamar el «matrimonio entre personas del mismo sexo». Si al principio se pudo cree que ello iba a desestabilizar el mercado, al capitalismo, a la familia o al patriarcado, pronto se vio que no, que no solo no los desestabilizaba sino que abría nuevos y fructíferos mercados. Liguemos la causa a la de Gays y Lesbianas porque es una causa justa relacionada con los derechos humanos y nadie va a pronunciarse contra los derechos humanos. «Ser quien uno es» también es una cuestión de derechos humanos. Cuando el mercado se da cuenta de que cambiar de sexo no le hace ni un rasguño al capitalismo y mucho menos al patriarcado, se lanza en masa a entronizar ese micro relato que tanta felicidad va a proporcionar a un recién inventado «colectivo trans», que todavía nadie ha definido con precisión. Un mercado que puede estar formado por millones de personas si hacemos una campaña eficaz.

El segundo micro-relato es que el del deseo de paternidad (más incluso que de maternidad) es también un derecho humano, y ya sabemos que nadie se opone a los derechos humanos. Aquí se trata de propagar la idea del altruismo, el deseo de formar una familia, la generosidad de las mujeres, la enorme felicidad que va a proporcionar tanto a los padres de intención como a las gestantes que alquilan su útero o las chicas que venden sus óvulos. Un mercado limpio, diáfano y en creciente expansión. ¿Representa un desafío para el patriarcado? Respondan ustedes.

Y por último (aunque hay otros micro relatos que no me da tiempo a explorar) está el de utilizar el cuerpo con fines erótico-comerciales: el porno clásico y las nuevas modalidades digitales: mujeres para la industria del sexo, chicas a las que se humilla, se veja, se agrede y casi se mata para felicidad de un mercado que puede estar compuesto por millones de personas a partir de los 8 o 10 años de edad. Otro gran desafío para el patriarcado, ¿verdad?

¿Y por qué creen ustedes que han triunfado estos micro-relatos? Porque han sido auspiciados y financiados globalmente por instituciones, multinacionales, gobiernos, y medios de comunicación. Me atrevo a afirmar que el

objetivo es no solo incentivar el capitalismo y revitalizar el mercado, sino desactivar el único movimiento que representa un desafío para el patriarcado: el feminismo. Un feminismo real que se extiende no solo por Occidente, sino también por Irán, por Afganistán, por África, por China. Un feminismo imparale al que hay que poner freno con leyes absurdas, con la maquinaria comunicativa, con acusaciones risibles y amenazas de cancelación.

Porque el feminismo no solo es un relato. Es la única esperanza en este mundo falaz.

Loa medios de comunicación o el desprecio de la verdad

(Publicado en Tribuna Feminista, 13-10-2022)

El tratamiento que los medios de comunicación han dado al «fenómeno trans» será estudiado en los próximos años en las facultades de periodismo, pero también en las de sociología, psicología e incluso en las de filosofía. Será un buen ejemplo de cómo se silencia, se sesga, se manipula, se tergiversa y se elude el debate público sobre un tema trascendental por intereses políticos y económicos que resultan opacos para la mayor parte de la sociedad.

Ya sabemos que la acción de los medios de comunicación es fundamental para imponer la agenda pública, es decir, los temas sobre los que la ciudadanía recibe información, y sobre lo que después habla, comenta, discute, se posiciona... o se queda pasmada incapaz de digerir tal cantidad de impactos audiovisuales. Ni que decir tiene que la mayor parte de las personas no puede formarse una opinión fundamentada sobre los temas que se le proponen porque pasan ante sus ojos y sus oídos con velocidad de vértigo. Lo más a lo que se puede aspirar es a tener un batiburrillo de ideas inconexas que nos permite balbucear sobre todo sin entender de nada.

En el tema «trans» todos los medios, sin distinción, (salvo los muy conservadores y alguna excepción) han abrazado acríticamente la visión positiva del fenómeno eludiendo las voces que se han desgañado advirtiéndolo de las múltiples consecuencias que para la sociedad tiene la libre autodeterminación de

sexo. Los medios han edulcorado el tema hasta silenciar por completo los argumentos razonados que las feministas hemos dado sobre la cautela con que habría que abordar este asunto. No han querido ni escuchar, ni entrevistar, ni convidar ni debatir con personas expertas que llevan años investigando sobre el sexo y el género, los roles sexuales que la sociedad impone, el descontento que muchas personas experimentan con sus cuerpos sin que por ello tengan que cambiar de sexo, etc.

Han ninguneado a mujeres y asociaciones que tienen experiencia y conocimiento del tema, como por ejemplo Dofemco, profesionales de la educación que están viendo lo que ocurre en los centros educativos donde aumentan cada día los y las jóvenes que se autoperciben como *trans* debido, entre otras cosas, al contagio social. Tampoco se han hecho eco de la marcha atrás que están dando países como Suecia, Nueva Zelanda o el propio Reino Unido, que ha cerrado la Clínica Tavistock tras un demoledor informe de la Dra. Cass sobre la ligereza con que se administraban tratamientos con bloqueadores de la pubertad. Tampoco han dicho ni mu sobre los problemas de salud que muchas personas arrastran a consecuencia de las hormonas, de las cirugías salvajes o de los efectos de los bloqueadores, sobre los que no hay todavía estudios rigurosos que aseguren su inocuidad. Las detransiciones no existen.

En fin, los medios han preferido dar altavoz a personajillos recién llegados al activismo *trans*, a *influencers* sin ninguna formación científica, a modelos que cantan las excelencias del cambio de sexo, y a otros individuos que no tienen empacho en mezclar el activismo con la publicidad comercial (como Paul B. Preciado con Gucci o L. Duval con Adolfo Domínguez).

La gota que ha colmado el vaso de mi paciencia —que ya se agotó hace tiempo, pero aún tenía alguna esperanza— ha sido la nula cobertura que ha dado Televisión Española a la presentación en el Colegio de Médicos de Madrid, a rebosar hasta la bandera, de la Asociación AMANDA, familias que están bregando con este tema y luchando para que a sus hijos e hijas no les desgracien la vida con cambios de sexo imposibles. TVE le dedicó 27 segundos a las protestas en la calle y sin declaraciones de la organización. En cambio, hacen una noticia de casi minuto y medio sobre Jamie L. Curtis, una actriz que hace tiempo está fuera del candelabro (Sofía Mazagatos *dixit*), que se queja de lo mucho que sufre su hija *trans*. ¡Qué noticia!

Para más inri y escarnio de profesionales curtidos en el tema, en ese minuto y medio entrevistan a personajes de segunda que dan fe de lo muy perseguidos que están los *trans*, aunque como hemos dicho los medios se han volcado en promocionar por tierra, mar y aire la felicidad que irradian todos los que descubren su «verdadero yo interior» y deciden «performar» el género contrario en el que fueron socializados.

Tampoco se han hecho eco, o mínimamente, sobre las situaciones de otros países, los despidos en empresas, en universidades o instituciones de personas que se han mostrado críticas con la idea de «identidad de género», concepto que, por otra parte, los medios han aceptado con una sumisión inconcebible en un oficio que por definición se basa en cuestionarlo todo. Hay una larga lista de feministas represaliadas en varios países por ser críticas con el concepto de «identidad de género» o por defender simplemente que el sexo importa y que es inmutable, lista que se puede consultar en [El Confidencial](#) y también en algunas cuentas de Twitter.

Pero todo esto no le interesa a los medios, porque han decidido que las feministas somos de ultraderecha, aliadas de la Conferencia Episcopal, como vilmente tuvo a bien ilustrar [eldiario.es](#) en una noticia sobre la iglesia con una foto de las concentraciones de mujeres el día 8 de octubre en Madrid. Hay que decir que las quejas fueron tantas que la foto fue sustituida con prontitud. Hay un interés especial en asimilar a las feministas con la ultraderecha, y como la gente solo oye a medias lo que vocean los medios, mujeres laicas, agnósticas, ateas y que llevan militando en el feminismo desde antes de que se inventara la rueda, ahora se ven tachadas de *femifachas*, el nuevo invento que ha sustituido a *feminazi*, de *tránsfobas* o de *terfs*.

De las cadenas privadas no esperamos nada. Pero de los medios públicos que paga la ciudadanía con sus impuestos, al menos esperamos un poquito de verdad. Es nuestro derecho y su responsabilidad.

La fraternía *queer*, el nuevo pueblo elegido (13-11-2022)

Ahora que parece que se abren algunas grietas en el monolítico bloque del pensamiento único transgenerista, voy a dar un salto al vacío y soltar la herejía que me condene definitivamente a la hoguera. A mis años y con problemas personales que me importan mucho más, me da igual que me excomulguen, me quemén en las redes o me envíen al infierno. Aquí va: el colectivo LGTBIQ+ no existe y la fraternía *queer* que se esconde tras la ristra de iniciales es el nuevo pueblo elegido.

La fraternía *queer*, como el pueblo hebreo del Éxodo, tiene al frente a su profeta, encarnado esta vez en una mujer que a los 65 años se ha declarado No binaria, y que por tanto aúna los rasgos considerados masculinos y femeninos, en una astuta operación de marketing que ni siquiera Moisés, con el truco de las zarzas ardiendo, igualaría (Éxodo, 3:1-7). Ahora es una y trina, nada que envidiar al Espíritu Santo.

Nuestra profeta actual conduce a su pueblo a través de las ondas radiofónicas o televisivas o en los diarios digitales, y sus palabras, cual Mar Rojo, separan y clasifican los algoritmos en Twitter, Facebook, Instagram, Tik-Tok y otras redes donde el eco de los feligreses retumba, retumba y retumba letanías como «son el colectivo más vulnerable», «nos odian», «los derechos *trans* son derechos humanos», «no nos dejan ser» en una especie de porompompero transinclusivo cuyos palmeros LGBTI se han tenido que conformar, muy a su pesar, con ser parte de los coros. Me consta que muchas lesbianas, gays, y bisexuales (a los intersexuales no se les oye pese a que según Anne Fausto-Sterling son el 1,7%) jalean el estribillo con la boca pequeña, porque aquí quien manda la grey LGTBIQ+ es la T. Otros y otras se han salido directamente del rebaño.

¿Y en qué me baso para sostener que el acrónimo LGTBIQ+ es un anagrama vacío de contenido y que no existe? Porque tras esas letras no hay comunidad, no hay un proyecto ideológico claro, no hay una visión del mundo, no hay una única agenda política. ¿Cuál es su ideario? ¿Cuáles son sus propuestas? ¿Cuáles sus objetivos?

Cada uno de los componentes de esa agrupación de consonantes (ya digo que la vocal apenas si tiene voz) tiene intereses diversos, a veces incluso

divergentes: las mujeres Lesbianas no tienen los mismos problemas que los hombres Gay y ambos grupos cada vez menos con los *Trans*; quienes se definen como Bi nadan en río revuelto sin que se sepa muy bien qué reclaman, y a los Intersexuales por mucho que quieran convertirlos en un tercer sexo la medicina, la ciencia y cualquier persona medianamente culta sabe que son alteraciones gonadales, cromosómicas u hormonales que nada tiene que ver con ser *Trans* o con la orientación sexual.

Por tanto ¿Qué argamasa mantiene unido este conglomerado de letras? Se habla del colectivo LGTBIQ+ como algo compacto y sólido cuando en realidad es líquido y gaseoso y si se mantiene su ascendiente es porque este acrónimo se ha rodeado de una especie de halo progresista y transgresor que cuestiona la heterosexualidad como única sexualidad posible. Pero ahora no es como en el pasado, y hay que tener en cuenta que en muchos países existe el matrimonio entre personas del mismo sexo. Bien es verdad que aún no gozan de los mismos derechos en todos los países, y que en algunos la homosexualidad se castiga duramente. Precisamente sorprende que en algunos de ellos esté penalizada la homosexualidad y en cambio se potencie el cambio de sexo mediante hormonación o cirugía.

Para que haya comunidad tiene que haber un ideario común, unos posicionamientos públicos unitarios, unas manifestaciones que recojan el sentir de todos sus componentes, un corpus teórico que le dé solidez al movimiento y unas propuestas políticas que puedan ser asumidas por la colectividad. En cambio, lo que vemos en el acrónimo LGTBIQ+ es una yuxtaposición de colectivos (estos sí) con problemáticas diversas. No puede haber comunidad de intereses en un grupo cuando una minoría impone su religión a la mayoría que calla por ignorancia, educación o miedo.

Por eso afirmo que la fraternidad *queer* es el nuevo pueblo elegido, cuyo nombre se pronuncia con veneración o temor reverencial; nadie puede poner en cuestión su credo, su palabra es su acreditación y cualquiera que lo cuestione incurre en sacrilegio o herejía. Su reino afortunadamente no es de este mundo, y cuando se desvanezca esta ficción se van a dar una hostia, con su profeta a la cabeza, solo comparable a la de Jesús tras repartir el pan a sus discípulos en la última cena. Necesitaremos al menos cuatro *detrans* para explicarla.

Por J o por B vamos para *trans* (11-12-2022)

Este país nuestro es muy sensible y empático. Nada más hay que ver la cantidad de gente que llora a moco tendido al contemplar un anuncio de una marca de *whisky*. Y que en menos de 3 minutos han comprendido y aceptado sin rechistar que basta con ponerse dos toneladas de maquillaje para ser mujer. A esta puerilidad se han rendido políticos, intelectuales, deportistas y hasta recalcitrantes anti-sistema.

Los que tenemos el corazón de esparto nos emocionamos, en cambio, con cosas más banales, como por ejemplo que un hombre deje agonizar a su mujer en el suelo durante cinco días; que un desalmado mate a golpes a una joven de 20 años en Madrid que ocasionalmente hacía de escort; que una chica permanezca secuestrada y sometida a abusos sexuales por su «presunto» exnovio en Terrassa (Barcelona) o que unos militares hagan el Sorteo de la Puta, el juego que va a desbancar al Gordo de Navidad. Solo por citar algunas anécdotas sin importancia.

No voy a entrar a analizar el anuncio de marras, porque ya lo han hecho algunas compañeras divinamente, ([@redindomitable](#)) la que más, y además sólo es publicidad lacrimógena. Lo verdaderamente importante es que en materia política y social, las mujeres vamos para atrás, como las cangrejas (habrá crustáceos de estos que tengan la identidad sentida femenina, digo yo).

Vamos para atrás pese a la «diarrea legislativa» ([Angela Rodríguez Pamdixit](#)) que ha desplegado este gobierno de coalición, el más super feminista de la galaxia. Y las feministas no es que nos opongamos por sistema a todo lo que hace el gobierno (si hace algo bien se lo reconocemos), sino que ha asumido como principio irrenunciable conceptos que fueron inventados ayer, como aquel que dice.

Porque a ver: ¿Cree Pedro Sánchez, por poner la cabeza del Ejecutivo, que el sexo se asigna al nacer? ¿Que existe la identidad de género innata? ¿Qué existen cerebros rosas y azules? ¿Que hay criaturas que creen en los Reyes Magos pero saben perfectamente que son trans desde los tres años? ¿Sabe el Gobierno de dónde surge la idea de que se puede cambiar de sexo? ¿Acepta que el sexo biológico sea irrelevante? ¿Que una persona puede elegir su sexo o

cambiarlo con su sola voluntad? ¿Sabe el jefe de gobierno qué características humanas específicas tienen los denominados No Binarios que los haga diferentes de los demás seres humanos? ¿Cree el gobierno que se puede nacer en un cuerpo equivocado?

Pues todas estas preguntas (y muchas otras) que deberían estar en permanente discusión se silencian y se eluden, y a toda aquella que ose formularlas se le pone el rótulo de transfoba y ahí se acaba la argumentación.

El mundo —y España no podía ser menos, porque hay que estar a la vanguardia— ha asumido sin parpadear como hechos científicamente probados lo que no son más que teorías académicas, teorías que deberían ser demostradas con evidencias empíricas, con experimentos rigurosos. Conceptos sobre los que no hay unanimidad teórica ni científica son esgrimidos para fundamentar leyes que afectan a toda la sociedad.

Vamos para atrás porque el gobierno más progresista del mundo mundial ha traicionado a las mujeres, abandonado la agenda feminista y embarcado en una cruzada irracional que, como vimos ayer, día 10 de diciembre, en la escasa asistencia a la manifestación trans de Madrid y en otras ciudades, no obedece a una demanda social sino a un proyecto de redefinición de lo que es el ser humano impuesto desde arriba. En la cúspide de este experimento transhumanista están la industria médico-tecno-farmacéutica, grandes fundaciones estadounidenses y empresas comerciales en busca de nuevos mercados.

A estos poderes se han unido sin la menor reflexión ni sentido crítico ONGs, sindicatos, partidos, asociaciones, instituciones educativas, corporaciones de todo tipo arrastrando como una riada de detritus a personas de buena fe. El resto de la ciudadanía está tan estupefacta que prefiere ver, oír y callar.

El momento es tan grave que deberíamos unirnos en un frente de Resistencia Feminista para poder hablar todas juntas con una sola voz. Una voz que se alzara, racional y sensata, sobre este despropósito mundial. ¿Seríamos capaces de tal muestra de sororidad?

Esos techos amarillos (25-12-2022)

Para Anna Bacardit

¿Cuántos techos amarillos debe haber en toda la geografía española, europea, mundial? Muchos, demasiados. Techos que pueden ser amarillos, pero también verdes como la menta, azules como el cielo, negros como un pozo seco. Techos que las niñas, las jóvenes, las mujeres adultas miran mientras están siendo violadas, mientras las manosean, las humillan, las destrozan. Se acaba de estrenar *El techo amarillo*, el documental que Isabel Coixet ha realizado sobre las menores que sufrieron abusos de Antonio Gómez y Rubén Escartín, director y profesor, respectivamente, de la Escuela de Teatro de Lleida entre los años 2001 y 2008, caso que no llegó a los tribunales porque había prescrito. La justicia a veces solo es poética, pero justicia al fin, porque los hechos están ahí para quien quiera comprenderlos.

Este texto no es una crítica del documental, sino una reflexión sobre los numerosos temas que plantea y que son la clave para que estos hechos sucedan. En primer lugar, el poder: esa fiera jerárquica que se ejerce sobre quienes sabemos que no pueden defenderse. El poder de quien se cree impune, de quien piensa que nadie va a osar revelar el abuso cometido porque juega con ventaja, la ventaja que le otorga la sociedad al que manda. Al que no se cuestiona; sobre el que se hace la vista gorda por miedo, por vergüenza, por desidia o indolencia. Porque desvelar el secreto a voces puede traernos problemas, total para qué.

En segundo lugar, la falacia, hoy tan cacareada, del *consentimiento*. El *consentimiento* no es estar de acuerdo, no es otorgar, no es siempre el ejercicio de la propia libertad. Consentir es aceptar que ocurra algo, pero puede permitirse por muchas razones, entre otras someterse a quien, como ya se ha dicho, tiene poder. Vanessa Springora retrata en su libro titulado, precisamente, *El consentimiento* la larga relación que mantuvo con el pederasta Gabriel Matzneff, escritor que adquiere triste fama por regodearse en la descripción que mantenía con niñas a quienes triplicaba la edad. Vanessa fue una de esas «niñas» que *consintió* con 14 años que un tipo de 50 la hiciera sentirse especial, igual que las chicas del Aula de Teatro de Lleida se sentían las «elegidas» cuando el profesor les hacía creer que las amaba. Otro caso de justicia poé-

tica el de Vanessa Springora, que vio cómo Matzneff cayó en el ostracismo cuando salió a la luz la obra de la hoy escritora.

La famosa ley del «Solo sí es sí» se basa precisamente en consagrar la idea de *consentimiento*, cuando sabemos que éste se puede otorgar por agradar, por no disgustar, por presiones sutiles que parecen halagos, por temor a no complacer, por miedo al rechazo, por cumplir los mandatos indelebles que la sociedad ha inscrito en las mentes, especialmente de las mujeres, y de las clases humildes en general. Las mujeres nos hemos pasado la vida *consintiendo* un rol social que rechazamos. Porque hay que repetir que consentir no es estar de acuerdo, sino transigir, claudicar, someterse ante alguien que tiene más poder.

Tercer elemento a destacar de *El techo amarillo* es la alianza que se establece entre los diferentes poderes; la complicidad entre la Administración y su capacidad para mirar hacia otro lado, ocultar o minimizar los comportamientos fraudulentos, cuando no cometerlos. La fraternidad que se forja entre quienes se creen iguales en la jerarquía social y las falsas amistades que se generan entre los poderosos, aunque ese poder sea de tercera categoría o residual.

Por último, pero no menos importante, la escasa credibilidad que se otorga a la palabra femenina, de la que siempre se duda, se recela, se sospecha porque ya se sabe que las mujeres somos perversas y siempre manipulamos a los demás, siguiendo la senda de Eva cuando dio de comer la manzana al pánfilo de Adán.

El techo amarillo habla de todo esto, pero también de la amistad entre las mujeres cuando sustituyen la rivalidad en la que hemos sido socializadas por ese sentimiento incomparable de reconocer en la otra tu cómplice, tu igual. Las mujeres no somos ángeles, desde luego, pero sabemos que juntas somos más fuertes. Y que siempre hemos estado de parte del sentido común y la racionalidad. Quizá un día no muy lejano se imponga esa poética que la justicia de los hombres nos niega. Y entonces todo el mundo sepa que, como las chicas de *El techo amarillo*, las feministas tuvimos el coraje de decir la verdad.

La sonrisa en la trinchera. A modo de epílogo

Silvia Carrasco, Profesora de Antropología de la UAB

Ahora que habéis llegado hasta aquí entenderéis el título de este epílogo.

Leer las columnas de mi admirada Juana Gallego me da alas, me recuerda que estamos en el lugar correcto, contra viento y marea, me hace más fuerte. Me río con ella a carcajadas, muchas veces, paliando el mismo enfado y la misma desazón que inevitablemente nos envuelve, con esos siglos de lucha que parece que llevamos cada una de nosotras personalmente a cuestas. Pero, al caer la noche, perdura la sonrisa de aquella ocurrencia verbal que su más bien discreta presencia impide adivinar al principio; de aquella osadía estilística que mira de frente, señalando, juguetona, los pies de barro de todo juez peñeportante desde palabras minuciosamente elegidas, que nos reconfortan. La columna de Juana me sostiene, nos sostiene, tantas veces.

Que la voz de esta señora que quería ser mediática se escuche con más fuerza este año que vamos terminando —escribo esto ya en noviembre— tiene mucha gracia. Recordemos que, nada más y nada menos, algunas voces más acordes con el poder vigente que medran dentro y fuera de la institución académica que compartimos han querido acallarla por la vía de la ridiculez en tiempos de las redes: pretendiendo dejarla sola en un aula vacía cuando, paradójicamente, ni cabían las aspirantes a llenarla al saber que podían entrar por la ventana de Internet a gozar de lo que tuviera que decir. Deberían darle un sexenio extra por tanto ingenio siendo, como pretenden, especialistas en comunicación.

También tiene su aquel que en menos de un año nuestra columnista haya desbordado las columnas, los ensayos académicos y las tarimas, y nos haya plantado en el corazón una novela. Ahí está otra Juana, porque hay más Juana. Y nos ha llevado desde ese titular injusto y erróneo, Muere una mujer, a un dolor áspero y a un desasosiego sin solución. Un recordatorio que no le cabía en tan pocos caracteres.

Repasando todos y cada uno de los puntos y ángulos de la agenda feminista, todas y cada una de las columnas que ya hemos descubierto y queremos re-

descubrir para volver a centrarnos, como quién mira una brújula, sin perder nunca el norte de lo que tenemos de personal en lo político y viceversa, nos damos cuenta de que ya esperamos la siguiente. Una reflexión, una anécdota, un breve cuento, al filo de la actualidad y de la historia, para ayudarnos a pensar en sintonía, y ejercitar la mirada sobre lo importante desde la distancia irónica. Y sin darnos cuenta, se nos llena de datos cualquier página entre descubrimientos y constataciones del ridículo androcentrismo que no cesa y algún giro literario o erudito inesperado.

Porque nuestra amiga no se corta ni un pelo. Todo pasa bajo el rodillo de su implacable evaluación, tan bien disimulada entre los ingredientes imprescindibles de todo caldo reparador, hecho del contraste de oraciones, por muy aderezado que se presente con toques modernos de albahaca ornamental y estrellas Michelin: el origen, la clase, la memoria de la escasez, el abuso estructural y la contundencia de los primeros aprendizajes de lo social y de cómo condicionan la posibilidad de la vida.

Y el sarcasmo, cuando ya no queda otra que echarse al monte por una temporada, jugando con el lenguaje y el mundo falaz, que no feliz, que nos ha creado a las mujeres por obra y gracia del patriarcado. Aquí la profesora lo borda y vuelve a él una y otra vez arrastrando telarañas que ocultan significados inquietantes en la cultura de masas que nos entra por los poros sin haber preparado nuestra piel con buenas pantallas solares.

No contenta con ese derroche de letras en diversos modos y formatos, y habiendo aposentado su escritura y mensaje en este volumen, que revela más vivamente a su autora que aquellos ejercicios académicos que nos vemos obligadas a realizar por contrato, se ha lanzado este mismo año turbulento y prodigioso a ponerla al servicio de transformar el mundo. Deseamos que tan noble empresa no la prive de seguir creando, pluma en mano, sentido común feminista.

Así que, amigas, con el feminismo en vena al que podéis volver una y otra vez con esta feliz y oportuna publicación, eligiendo al azar cualquiera de sus páginas, solo me queda rogar a la Editorial Feminista Victoria Sau que no tarde mucho en brindarnos una nueva compilación de artículos de Juana Gallego. Porque nos han declarado otra guerra y hace frío en la trinchera. La necesitamos para no perder la sonrisa contenida en la batalla para recordar que somos muchas y que vamos a ganar.

editorialfeministavs.com